

Paidós
Básica

Martyn Hammersley
Paul Atkinson

Etnografía

Métodos de investigación

2ª edición

revisada y ampliada



Título original: *Etnography, Principles in practice*
Publicado en inglés por Routledge, Londres y Nueva York

Traducción de Mikel Aramburu Otazu

Cubierta de Mario Eskenazi

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1983 by Martyn Hammersley y Paul Atkinson
© 1994 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-0012-6

Depósito legal: B-45.385/2005

Impreso en Novagràfik, S. L.
Vivaldi, 5 - 08110 Montcada i Reixac (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Los griegos más antiguos (aquellos cuyos escritos se han perdido) adoptaron [...] la postura [...] intermedia entre la presunción de pronunciarse sobre todas las cosas y la desesperación de no comprender ninguna de ellas; y, pese a que se lamentaban frecuente y amargamente de la dificultad de indagar y de la oscuridad intrínseca de las cosas, y cual caballos que mordisquean impacientes su bocado no persistían en su pesquisa y se centraban en la naturaleza, creyendo (al parecer) que a la auténtica cuestión —a saber, si el conocimiento es o no posible— no hay que abordarla con razonamientos sino con tentativas. Por lo demás, confiando plenamente en la fuerza de su entendimiento, no aplicaban regla alguna sino que lo elevaban todo al pensamiento riguroso, el trabajo constante y el ejercicio de la mente.

(Francis Bacon, 1620)

SUMARIO

Agradecimientos	11
Prefacio a la segunda edición	13
1. ¿Qué es la etnografía?	15
2. El diseño de la investigación: problemas, casos y muestras	39
3. El acceso	71
4. Relaciones de campo	97
5. Los relatos nativos: escuchar y preguntar	141
6. Documentos	175
7. Registrar y organizar la información	193
8. El proceso de análisis	223
9. La escritura etnográfica	259
10. Ética	283
Bibliografía	309
Índice de autores	335
Índice analítico	341

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

No hemos alterado la estructura básica de este libro al preparar la segunda edición del mismo. Sin embargo, sí hemos realizado cambios sustanciales, hemos clarificado y desarrollado el debate donde parecía necesario y lo hemos actualizado en aquellos puntos en los que posteriores investigaciones lo hacían imprescindible. El capítulo 1 prácticamente ha sido reescrito por completo, debido a las dos razones expuestas arriba. Una considerable cantidad de material nuevo ha sido introducida también en el capítulo 7, todo aquello relacionado con el uso de ordenadores en lo relativo al manejo de la información, y también en el capítulo 9, respecto a la escritura etnográfica. Finalmente, hemos añadido un capítulo sobre la ética de la etnografía, un tema al que no se le prestó suficiente atención en la primera edición.

El asunto central del libro sigue siendo la importancia de una aproximación reflexiva al trabajo etnográfico. Como explicábamos en el prefacio a la primera edición, intentamos trazar un camino entre el tratado abstracto y metodológico y un práctico «libro de cocina». Para nosotros, la metodología y el método, igual que la teoría social y la investigación empírica, están interrelacionados. Nada se puede tratar con eficiencia si se hace de manera aislada. El primer capítulo se centra en detallar qué es lo que entendemos nosotros por aproximación reflexiva, y en situar dicha reflexión en relación con otras ideas metodológicas que han tenido influencia en el campo de la etnografía, desde el naturalismo al postestructuralismo. Los siguientes capítulos tratan, de un modo más concreto, aspectos del proceso de investigación, defendiendo e ilustrando el punto de vista reflexivo. Hemos intentado que esta segunda edición fuera más accesible que la primera, a pesar de que los temas que aquí se tratan no siempre son fáciles de abordar. Sólo nuestros lectores podrán juzgar si hemos tenido éxito en este propósito.

Capítulo 1

¿QUÉ ES LA ETNOGRAFÍA?

En las últimas décadas, la etnografía se ha convertido en una manera popular de aproximarse a la investigación social, al igual que otro tipo de trabajos cualitativos. Esto es así debido en parte a la desilusión provocada por los métodos cuantitativos que, durante mucho tiempo, dominaron casi por completo las ciencias sociales, aplicándolos a la mayoría de las investigaciones sociales. De hecho, en la actualidad la popularidad de la investigación cualitativa es tal que se ha convertido en la tendencia mayoritaria para la investigación. Al mismo tiempo, este éxito ha provocado la diversificación y el desacuerdo: existen considerables diferencias de prescripción y práctica, y, de acuerdo con éstas, cierta divergencia acerca de la adecuada naturaleza de la investigación cualitativa y sus propósitos. Esta diversidad en la perspectiva y la práctica ha sido formalizada en trabajos que han intentado identificar los múltiples paradigmas. Marshall y Rossman (1989), por ejemplo, enumeran seis formas de investigación cualitativa, en tanto que en el campo de la educación, Jacob señala siete u ocho paradigmas cualitativos diferentes en Estados Unidos (Jacob, 1987); también se hizo patente una diversidad similar en los trabajos británicos en ese campo (Atkinson y otros, 1988).

Según los propósitos de este libro, interpretaremos el término «etnografía» de un modo liberal, sin preocuparnos demasiado sobre qué podrá servirnos de ejemplo para ello o no. Entendemos el término como una referencia que alude principalmente a un **método** concreto o a un **conjunto de métodos**. Su principal característica sería que el **etnógrafo** participa, abiertamente o de manera encubierta, en la vida diaria de las personas durante un período de tiempo, observando qué sucede, escuchando qué se dice, haciendo preguntas; de hecho, haciendo acopio de cualquier dato disponible que sirva para arrojar un poco de luz sobre el tema en que se centra la investigación. Igualmente, como veremos más adelante, en cierto sentido todos los investigadores sociales son observadores parti-

cipantes y, por lo tanto, las fronteras de la etnografía no pueden ser nítidas. No pretendemos, particularmente, llevar a cabo una distinción definitiva entre la etnografía y los otros tipos de indagación cualitativa.

En muchos sentidos, la etnografía es la forma más básica de investigación social. No sólo tiene una larga historia (Wax, 1971), sino que también se asemeja notablemente a los modos rutinarios con que la gente le da sentido al mundo en la vida diaria. Algunos críticos entienden que precisamente ahí radica su fuerza, otros creen que ésa es su debilidad elemental. En el pasado, era habitual enfocarlo desde el ángulo positivo. En cualquier caso, ahora los trabajos cualitativos se aceptan de un modo más amplio que antes, y esto ha llevado a un crecimiento del interés en la combinación de las técnicas cualitativa y cuantitativa (Bryman, 1988; Brannen, 1992). Sin embargo, había una tendencia compensatoria por parte de algunos etnógrafos a distinguir sus investigaciones de manera más marcada del método cuantitativo, y en el proceso de rechazar la propia noción de *ciencia* de la vida social **destinada a la comprensión del comportamiento humano** (véanse, por ejemplo, Smith, 1989; Guba, 1990; Lather, 1991).

Durante mucho tiempo, los investigadores sociales han sufrido la tensión entre las concepciones del método científico modeladas a partir de prácticas de las ciencias naturales, por una parte, y las ideas acerca del hecho diferencial del mundo social y de las implicaciones que conlleva cómo debe ser estudiado, por otra. Pero en los últimos años, esto se ha exacerbado al incrementarse las preguntas sobre el valor y el carácter de las ciencias naturales. Éstas ya no representan el prestigioso modelo que fueron en el pasado. En cierta medida, esto surge tras reconocer que los frutos que produce son una bendición confusa. Además, se pone mayor énfasis en el hecho de que se trata de un producto social; así pues, el esfuerzo se ha situado en el hecho de que participa de otros conjuntos de actividades humanas, y también paralelamente a la escolarización de las humanidades y las artes, escolarización que ha alcanzado gran influencia en la investigación social, especialmente entre los etnógrafos.

El propósito de este capítulo es explorar y atestiguar estos cambios en las ideas que configuran la metodología etnográfica. Empezaremos por observar el conflicto entre el método cuantitativo y el cualitativo como modelos de investigación social que compiten, presente en muchos campos en el pasado y todavía hoy en algunos. A menudo, este tipo de circunstancias se convierten en una pugna entre posiciones filosóficas opuestas. Ateniéndonos a los preceden-

tes, denominaremos estas tendencias como «positivismo» y «naturalismo»: el primero privilegia los métodos cuantitativos y el segundo propone la etnografía como método central, si no el único legítimo, de investigación social. («Naturalismo» es un término que se utiliza de maneras diversas, incluso contradictorias, en la literatura: véase Matza, 1969. Aquí adoptamos simplemente el significado convencional dentro de la literatura etnográfica.)

POSITIVISMO FRENTE A NATURALISMO

El positivismo ha tenido una larga historia en la filosofía, alcanzando su apogeo con el «positivismo lógico» de los años treinta y cuarenta (Kolakowski, 1972). Este movimiento tuvo una considerable influencia sobre los científicos sociales, particularmente en la promoción del estatus de la investigación experimental, de encuestas y de formas cuantitativas de análisis asociadas a éstas. Antes que esto, tanto en sociología como en psicología social, las técnicas cuantitativas y cualitativas habían sido utilizadas habitualmente en todo tipo de ámbitos, a menudo por parte de los mismos investigadores. Estudiosos del siglo XIX, como Mayhew (1861), LePlay (1879) y Booth (1902-1903), trataron los datos cuantitativos y cualitativos como complementarios. Incluso los sociólogos de la Escuela de Chicago, a menudo representados como los exponentes de la observación participante, empleaban tanto los «casos de estudio» como los métodos «estadísticos». Al tiempo que había debates recurrentes en torno a ellos, sobre sus ventajas relativas y los usos de las dos aproximaciones, también había una coincidencia general sobre el valor de ambas (Bulmer, 1984; Harvey, 1985; Hammersley, 1989b). Sólo más tarde, con el rápido desarrollo de los métodos estadísticos y de la creciente influencia de la filosofía positivista, este tipo de investigación fue observada por los que la practicaban como una tradición metodológica autosuficiente. (En la psicología social este proceso dio comienzo más pronto, y se convirtió en el método dominante de experimentación.)

Hoy, el término «positivismo» se ha convertido en poco más que una palabra de la que abusan los científicos sociales y, fruto de ello, su significado se ha oscurecido. Para nuestros propósitos, los principales dogmas del positivismo se pueden desarrollar de la forma siguiente (para una exposición más detallada véanse Keat y Urry, 1975; Giddens, 1979; y Cohen, 1980):

1. *La ciencia natural, concebida en términos de lógica del experimento, es el modelo de la investigación social.* Aunque es cierto que los positivistas no quieren sostener que todos los métodos de las ciencias naturales sean iguales, sí que argumentan que comparten una lógica común. Ésta es la lógica del experimento, donde variables cuantitativamente mensuradas son manipuladas con el objetivo de identificar las relaciones existentes entre ellas. Esta lógica, dicen, es la característica que define la ciencia.
2. *Leyes universales.* El positivismo ha adoptado una concepción característica de la explicación, normalmente conocida como modelo de la «ley protectora». Aquí los acontecimientos son explicados siguiendo un método deductivo al apelar a leyes universales que establecen relaciones regulares entre variables, y que permanecen constantes en todas las circunstancias. Sin embargo, la versión estadística de este modelo, en el cual las relaciones sólo tienen una determinada probabilidad de aplicarse a todas las circunstancias, ha sido la más adoptada por los científicos sociales, y esto ha motivado un gran interés por los procedimientos de muestreo, especialmente en las investigaciones que utilizan encuestas. En este modelo de explicación su punto fuerte se centra en la generalización de resultados.
3. *El lenguaje de la observación neutral.* Por último, los positivistas dan prioridad a los fenómenos que son observables de manera directa; cualquier apelación a factores intangibles corre el riesgo de ser descalificada como especulación metafísica. Las teorías científicas deben fundarse en —y estar probadas por medio de— descripciones que simplemente correspondan al estado de las cosas, sin presupuestos teóricos, quedando así libre de dudas. Esta fundamentación puede consistir en datos proporcionados por los sentidos, como en el empirismo tradicional o, como en versiones más tardías, del ámbito de lo «directamente observable»: el movimiento de los objetos físicos; el mercurio en un termómetro, por ejemplo, permite alcanzar más fácilmente un consenso entre todos los observadores. Así pues, el énfasis se centra en la estandarización de los procedimientos de recolección de datos, y lo que se intenta con ello es elaborar criterios de medición estables para todos los observadores. Si los criterios son fiables en este sentido, se afirma que se tendrá una base teóricamente neutra sobre la que trabajar.

Un aspecto central en el positivismo es, por lo tanto, la determinada concepción del método científico, siguiendo el modelo de las

ciencias naturales y, en particular, el de la física (Toulmin, 1972). Método, en este caso, quiere decir verificación de teorías. Se traza una distinción radical entre el contexto de los descubrimientos y el contexto de la justificación (Reichenbach, 1938 y 1951). La cuestión de cómo se generan las ideas teóricas pertenece al pasado y está fuera de los límites del método científico. Los procedimientos utilizados en el contexto de justificación marcan la diferencia entre la ciencia y el sentido común, con el objetivo de reemplazar éste por un cuerpo de conocimientos científicos.

Así pues, la característica más importante de las teorías científicas es que están abiertas y sujetas a una aprobación: pueden ser confirmadas o negadas. Este procedimiento requiere del control de las variables, que puede lograrse mediante el control físico, como en los experimentos, o mediante el análisis estadístico de un amplio número de casos, como en la investigación mediante encuestas. Sin control sobre las variables, se afirma, no se puede sino especular acerca de las relaciones causales, pues no se tiene una base para comprobar las hipótesis. Así, el proceso de comprobación implica comparar lo que afirma la teoría acerca de lo que debería suceder en ciertas circunstancias con lo que realmente sucede; en otras palabras, compararla con «los hechos». Estos hechos se recogen mediante métodos que, al igual que los hechos que tratan, son observados como neutrales respecto a la teoría; o sea, se asume que no pueden proporcionar una prueba conclusiva para la teoría. En particular, todos los intentos se llevan a cabo para eliminar el efecto del observador al desarrollar un conjunto explícito y estandarizado de procedimientos de obtención de datos, lo que requiere una réplica por parte de los otros para poder evaluar la fiabilidad de los hallazgos. En una investigación basada en encuestas, por ejemplo, el comportamiento de los entrevistadores está especificado típicamente respecto a la redacción de las preguntas y al orden en el que son realizadas. En los experimentos, el comportamiento del investigador y las instrucciones que ofrece a los sujetos están estrictamente definidas. Se afirma que si puede asegurarse que todos los que responden a la encuesta o los sujetos experimentales en estudio y sus correspondientes respuestas se encaran con el mismo tipo de estímulos, entonces sus respuestas serán contrastables. Allí donde no se emplean estos procedimientos explícitos y estandarizados, como en la observación participante, resulta imposible saber cómo interpretar las respuestas, pues no se tiene idea de a qué han respondido. Dicho de otro modo, los positivistas argumentan que sólo mediante un ejercicio de control físico y estadístico de variables y gracias a un

riguroso sistema de medición, la ciencia puede producir un *corpus* de conocimiento cuya validez sea conclusiva, reemplazando así los mitos y dogmas del sentido común.

La investigación cualitativa no se ajusta a estos cánones positivistas, y como resultado se convierte en objeto de crítica al carecer de rigor científico. Algunas veces se desestima como inapropiada para la *ciencia* social, sobre la base de que los datos y hallazgos que produce son «subjetivos», sólo impresiones idiosincrásicas de uno o dos casos que no proporcionan unos fundamentos sólidos para el análisis científico riguroso. Como reacción a esto, los etnógrafos desarrollaron una visión alternativa de la naturaleza propia de la investigación social, a menudo denominada «naturalismo» (Lofland, 1967; Blumer, 1969; Matza, 1969; Denzin, 1971; Schatzman y Strauss, 1973; Guba, 1978). También apelaron en alguna ocasión a las ciencias naturales como modelo, pero su concepción de este método era diferente al de los positivistas, y el ejemplo habitual era la biología del siglo XIX más que la física del siglo XX.

El naturalismo propone que, en la medida de lo posible, el mundo social debería ser estudiado en su estado «natural», sin ser contaminado por el investigador. Procedimientos «naturales» en lugar de «artificiales», como experimentos o entrevistas formales, deberían ser la principal fuente de datos. Además, el desarrollo de la investigación debe tener en cuenta el respeto a la naturaleza del lugar. El principal objetivo debería ser describir qué sucede en el lugar, cómo la gente involucrada entiende sus propias acciones y las de los otros, y el contexto en el que la acción sucede.

Un elemento clave para el naturalismo es la insistencia en que el investigador adopte una actitud de «respeto» o «aprecio» hacia el mundo social. Como dice Matza, el naturalismo es la perspectiva que permanece fiel a la naturaleza del fenómeno que se está estudiando (1964, pág. 5). Esto se contrapone a la concepción positivista del método científico como una reconstrucción de la experiencia de las ciencias naturales:

La realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos usados para estudiar ese mundo; ésta debe ser descubierta en el análisis de ese mundo. Los métodos son meros instrumentos diseñados para identificar y analizar el carácter inmutable del mundo empírico y, como tales, su valor existe sólo en la medida en que son apropiados para la realización de esta tarea. En este sentido fundamental, los procedimientos empleados en cada fase de la acción científica investigadora deberían ser valorados en términos de su grado de respeto a la naturaleza del

mundo empírico que estudian, si lo que ellos presentan como el verdadero significado del mundo empírico lo es realmente.

(Blumer, 1969, págs. 27-28)

De acuerdo con esta perspectiva, un primer requisito de la investigación social es ser fiel a los fenómenos que se están estudiando, y no a algún cuerpo particular de principios metodológicos, aunque éste se encuentre sólidamente fundamentado por argumentos filosóficos.

Además, los naturalistas entienden los fenómenos sociales como algo sustancialmente diferente de los fenómenos físicos. En este sentido, los naturalistas se mueven en un campo amplio de ideas filosóficas y sociológicas, pero especialmente en una interacción simbólica, fenomenológica y hermenéutica. A partir de diferentes puntos de partida, estas tradiciones coinciden en que el mundo social no puede ser entendido en términos de relaciones causales o mediante el encasillamiento de los acontecimientos sociales bajo leyes universales. Esto es así porque las acciones humanas están basadas, o inducidas, por significados sociales: intenciones, motivos, actitudes, creencias. Así por ejemplo, en el corazón de la interacción simbólica yace una reacción contra el modelo de comportamiento humano basado en la dinámica estímulo-respuesta, desarrollado por los argumentos metodológicos del positivismo. Según el punto de vista de los interaccionistas, la gente *interpreta* estímulos, y esas interpretaciones, sujetas a una continua revisión conforme al discurrir de los acontecimientos, moldean sus acciones. Como resultado, los mismo estímulos físicos pueden significar cosas diferentes para personas diferentes e incluso para las mismas personas en situaciones diferentes. Mehan aporta un ejemplo concluyente relacionado directamente con el tipo de recolección de datos que propone el positivismo:

Una pregunta de [un] test de desarrollo de lenguaje le propone al niño escoger como «el animal que puede volar» entre un pájaro, un elefante y un perro. La respuesta correcta (obviamente) es el pájaro. Algunos niños de primero, sin embargo, escogen el elefante al mismo tiempo que el pájaro como respuesta a la pregunta. Cuando les pregunto después por qué escogen esa respuesta ellos contestan: «Por Dumbo». Dumbo, por supuesto, es el elefante volador de Disney, bien conocido por los niños que ven televisión o leen libros infantiles como un animal volador.

(Mehan, 1974, pág. 249)

Dicha indeterminación respecto a la interpretación condiciona los intentos de desarrollar unas medidas estándar respecto al comportamiento humano. Las interpretaciones del mismo conjunto de instrucciones de experimentación o de preguntas variarán indudablemente entre diferentes personas y circunstancias.

De manera igualmente significativa, los naturalistas argumentan que esto es debido a que el comportamiento de las personas no se produce de manera mecánica, no se somete al conjunto de análisis causales y a la manipulación de variables que caracterizan la investigación cuantitativa inspirada en el positivismo. Cualquier esperanza a la hora de descubrir «leyes» de comportamiento humano es vana, sugieren, pues el comportamiento humano se construye y reconstruye de manera continua sobre la base de las interpretaciones que las personas hacen de las situaciones en que se encuentran.

De acuerdo con el naturalismo, para comprender el comportamiento de la gente debemos aproximarnos de forma que tengamos acceso a los significados que guían ese comportamiento. Afortunadamente, las capacidades que hemos desarrollado como actores sociales pueden darnos ese acceso. Como observadores participantes podemos aprender la cultura o subcultura de las personas que estamos estudiando. Podemos interpretar el mundo de la misma forma que ellos lo hacen, y así aprender a comprender su comportamiento de un modo diferente al de los científicos naturalistas acerca de la comprensión del comportamiento de los fenómenos físicos. (Esta forma de comprensión de los fenómenos sociales es a menudo definida como *Verstehen*. Véase Truzzi, 1974, para debatir y aclarar la historia de este concepto.)

La necesidad de aprender la cultura de aquellos a quienes estamos estudiando es mucho más obvia en el caso de las sociedades distintas a la nuestra. Aquí no sólo no podemos saber el *por qué* la gente hace lo que hace, muchas veces ni siquiera sabemos *qué* es lo que están haciendo. Nos encontramos así en la situación de extrañamiento referida por Schutz (1964). Schutz cuenta que durante las semanas y los meses siguientes a la llegada del inmigrante a la sociedad de acogida, lo que él o ella pensaban sobre aquella sociedad se revela de dudosa validez, incluso falso. Además, aspectos que ignoraban porque previamente se habían considerado de poca importancia, paulatinamente adquieren gran significación, lo que hace necesario afrontarlos para cumplir objetivos importantes, tal vez incluso hasta para lograr la propia supervivencia del recién llegado. En el proceso de aprendizaje de cómo comportarse en las si-

tuaciones extrañas que componen el nuevo ambiente, el forastero va adquiriendo un conocimiento interno que suplanta al conocimiento «externo» previo. Schutz señala que, como consecuencia de verse forzado a entender la cultura de la sociedad de acogida, el extraño adquiere cierta objetividad no accesible a los miembros de la cultura en cuestión. Éstos viven dentro de su cultura, incapaces de verla como algo que no sea un simple reflejo de «cómo es el mundo». A menudo no son conscientes de elementos fundamentales, muchos de los cuales son distintivos de esa cultura y moldean su visión.

El ejemplo de Schutz acerca de la experiencia del foráneo señala de manera más precisa el trabajo del antropólogo, que habitualmente estudia sociedades muy diferentes a la suya. Sin embargo, la experiencia del extraño no queda restringida a aquellos que se trasladan a vivir a una sociedad diferente. El movimiento entre grupos dentro de una sociedad concreta puede producir los mismo efectos, aunque generalmente de forma más suave. Existen diferentes estratos o círculos de conocimiento cultural dentro de una misma sociedad. De hecho, esto resulta particularmente cierto en las modernas sociedades industriales con su compleja división de labores, la multiplicidad de estilos de vida, la diversidad étnica y las comunidades desviadas, y también las subculturas, así como las perspectivas que mantienen, y que son generadas por estas divisiones sociales. Ésta es una de las principales razones para la investigación según la sociología de la Escuela de Chicago. Trazado según la analogía de la ecología animal y vegetal, los miembros de esa Escuela redactaron un documento que diferenciaba modelos de vida que podían encontrarse en diferentes partes de la ciudad de Chicago, desde la «alta sociedad» de la denominada «costa dorada» a los mugrientos guetos de la Little Sicily. Posteriormente, el mismo tipo de aproximación fue aplicado a las culturas y los trabajos, las organizaciones y los grupos desviados, así como a otros «mundos sociales» más difusos (Strauss, 1978 y 1993), como el arte (Becker, 1974), las apuestas (Scott, 1968) o el tráfico de droga organizado (Adler, 1993).

Según la explicación naturalista, el valor de la etnografía como método de investigación social se basa en la existencia de dichas variaciones en los modelos culturales de las sociedades, y su significación para la comprensión de los procesos sociales. La etnografía explota la capacidad que todo actor social posee para aprender nuevas culturas, y la objetividad que estos procesos ponen en funcionamiento. Incluso allí donde está investigando un grupo familiar o un ambiente, al observador participante se le pide que lo tra-

te como si fuera «antropológicamente extraño», en un esfuerzo por hacer explícitos los supuestos que él ha dado por garantizados como miembro de dicha cultura. De este modo se espera que la cultura se convierta en un objeto susceptible de ser estudiado. El naturalismo propone que mediante la marginalidad, según una perspectiva y una posición social, es posible construir una explicación de la cultura investigada en la que ésta aparezca como independiente y externa al investigador; en otras palabras, como un fenómeno natural. De hecho, la principal finalidad es la *descripción* de culturas. Se renuncia a la búsqueda de leyes universales en favor de descripciones detalladas de la experiencia concreta de la vida dentro de una cultura particular, y de las reglas o patrones sociales que la construyen. Los intentos de ir más allá de esto, como por ejemplo *explicar* formas concretas de cultura, a menudo son desestimados. Como dice Denzin (1971, pág. 168), «los naturalistas se resisten a los esquemas o modelos que simplifican la complejidad de la vida cotidiana»; aunque algunas formas de teoría, aquellas que son entendidas como capaces de captar la complejidad social, son recomendadas habitualmente, de manera especial la teoría básica de Glaser y Strauss (Glaser y Strauss, 1968; Strauss y Corbin, 1990; pero véase también Williams, 1976).

En los últimos años, la influencia del positivismo ha decaído y con ella, en muchas áreas, el dominio del método cuantitativo. Sin embargo, al mismo tiempo el naturalismo ha sido atacado desde posturas de investigación cualitativa. En la siguiente sección exploraremos estos desarrollos más recientes.

LOS ANTIRREALISTAS Y LAS CRÍTICAS POLÍTICAS DEL NATURALISMO

Como hemos señalado anteriormente, en la pasada década existieron tendencias de desarrollo en conflicto dentro de la metodología de la investigación social. Por un lado, existía una creciente aceptación de la etnografía y del método cualitativo, así como intentos de combinarlos con técnicas cuantitativas. Por otro lado, se criticó a este tipo de movimientos por eludir los pilares contrapuestos, tanto filosóficos como políticos, sobre los que se erigían las investigaciones cualitativas y cuantitativas respectivamente (Smith y Heshusius, 1986; Smith, 1989; Guba, 1990). También se criticaron formas de pensamiento y de trabajo etnográfico arcaicas por traicionar la influencia del positivismo y el cientifismo. Lo que señala este dato es que, a pesar de sus diferencias, el positivismo y el

naturalismo tienen muchas cosas en común. Ambos apelan al modelo de ciencia natural, a pesar de interpretarlo de diferente manera. Como resultado, los dos están comprometidos con la idea de entender los fenómenos sociales como objetos existentes de manera independiente a la investigación. Del mismo modo, ambos buscan el compromiso práctico y político por parte de los investigadores, en su mayoría ajenos al proceso de investigación; de hecho, como fuente de distorsión de cuyos efectos tienen que protegerse para preservar la objetividad. Muchos etnógrafos empezaron a preguntarse acerca del compromiso de la investigación cualitativa respecto al naturalismo, desafiando uno o ambos supuestos. Surgieron dudas respecto a la capacidad de la etnografía a la hora de retratar el mundo social en el sentido que requería el naturalismo. Del mismo modo, el compromiso de los viejos tipos de etnografía hacia cierto tipo de valor de neutralidad fue cuestionado y se recomendaron las formas de intervencionismo político de la etnografía. Debemos observar estos aspectos de la crítica al naturalismo de manera diferenciada, a pesar de que a menudo estén relacionados estrechamente.

Cuestionar el realismo

Hoy en día muchos críticos del positivismo y del naturalismo los niegan basándose en que ambos asumen que la labor del investigador social es representar los fenómenos sociales de cierta manera literal: para documentar sus mecanismos y explicar sus acontecimientos. Lo que se cuestiona es algo que a veces se refiere al realismo. En parte, la crítica al realismo aparece a partir de una tensión, en el interior de la etnografía, entre el naturalismo característico del pensamiento metodológico de los etnógrafos y el constructivismo y el relativismo cultural que relaciona su comprensión de las perspectivas y el comportamiento de la gente como *construcción* del mundo social, tanto a través de sus interpretaciones del mismo como a través de acciones basadas en dichas interpretaciones. Además, a veces estas interpretaciones reflejan diferentes culturas; así pues existe un sentido mediante el cual las acciones de la gente crean diferentes mundos sociales (Blumer, 1969, pág. 11). Pero el constructivismo y el relativismo son compatibles con el naturalismo únicamente en tanto que no se aplican en la investigación etnográfica en sí. En cuanto vemos a etnógrafos construyendo el mundo social mediante la interpretación que hacen de él, aparece un

conflicto con el realismo naturalista construido dentro de la metodología etnográfica.

Esta fuente interna de dudas acerca del realismo se vio reforzada por el impacto de diferentes desarrollos externos. Uno de ellos fueron los cambios en el campo de la filosofía de la ciencia. A pesar de que hasta principios de los años cincuenta el positivismo había dominado este campo, a partir de ese momento el dominio empezó a decrecer, dando lugar finalmente una serie de posiciones alternativas, algunas de ellas contrarias al realismo. Un signo de este cambio fue el enorme impacto del libro de Thomas Kuhn *The Structure of Scientific Revolutions** (Kuhn, 1970; publicado inicialmente en 1962). Kuhn se posicionaba en contra de las visiones de la historia de la ciencia que la retrataban como un proceso de desarrollo acumulativo hacia la verdad, conseguida mediante la investigación racional fundada en la evidencia. Él mostró, y otros también lo hicieron, que el trabajo de los científicos en los mayores desarrollos científicos del pasado estaba relacionado con supuestos teóricos acerca del mundo que no se basaban en investigaciones empíricas, y ahora muchos de ellos son juzgados como falsos. Kuhn incluso afirmó que la historia de la ciencia, más que mostrar el crecimiento gradual del conocimiento, está puntuada por períodos de revolución cuando los supuestos teóricos que forman el «paradigma» con el que los científicos de un campo particular han operado hasta ese momento cambian y son reemplazados. Un ejemplo es el salto desde la física newtoniana a la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica a principios del siglo xx. El cambio de un paradigma por otro, de acuerdo con Kuhn, no sólo tiene lugar según la simple comprobación racional de la evidencia. Los paradigmas son incommensurables, dibujan el mundo de maneras incompatibles, así que los datos en sí se interpretan de manera diferente si se trabaja con diferentes paradigmas. Esto implica que la validez de las afirmaciones científicas es siempre relativa, depende del paradigma con que son juzgadas, nunca es un mero reflejo de territorios independientes de realidad.

El trabajo de Kuhn materializaba la mayoría de los argumentos contra el positivismo que se habían convertido en influyentes: que no existe un fundamento de observación teórico-neutral con el que las teorías puedan ser probadas, y que los juicios acerca de la validez de las teorías nunca están totalmente determinados por una

* Trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2000.

evidencia. También propuso una concepción alternativa de la ciencia que contrastaba ampliamente con el modelo positivista. Sin embargo, su crítica también apuntaba contra el naturalismo, contra la idea de un investigador en contacto directo con la realidad, como había hecho contra el positivismo: en su explicación, todo conocimiento del mundo está mediatizado por una serie de supuestos paradigmáticos. Además, la visión alternativa que él ofrecía hacía que los científicos naturalistas aparecieran como personas más capaces de construir sus mundos sociales de lo que los etnógrafos eran capaces con sus relatos. Y los sociólogos de la ciencia, consecuentemente, produjeron etnografías del trabajo de los científicos naturales en esa línea (Latour y Woolgar, 1979; Knorr-Cetina, 1981). En este sentido, la ciencia natural pasó de ser el principal modelo metodológico para la investigación social a ser un objeto de investigación sociológica; y para los etnógrafos esto produjo el conflicto entre el naturalismo y el constructivismo en su propio seno.

Tan importante como los desarrollos dentro de la filosofía de la ciencia para la aparición de dudas acerca del realismo fue la influencia de diferentes tendencias de la filosofía continental europea. El naturalismo se vio influenciado por las ideas acerca de la hermenéutica del siglo XIX, sobre la interpretación de los textos históricos, y en particular por el trabajo de Dilthey. Ésta fue la fuente de la idea, mencionada anteriormente, de que el entendimiento sociocultural adquiere una forma diferente para la comprensión de los fenómenos físicos. En el siglo XX, sin embargo, esta temprana tradición hermenéutica fue cuestionada por una nueva forma de «hermenéutica filosófica». Allí donde anteriormente los textos humanos de comprensión habían sido presentados como un riguroso proceso de recuperación del significado que pretendía darle el autor y localizarlo en los lugares culturalmente relevantes, la hermenéutica filosófica observaba el proceso de comprensión como un reflejo inevitable de los «prejuicios», la pre-comprensión, del intérprete. La interpretación de textos, y por extensión también la comprensión del mundo social, ya no podía ser entendida como una cuestión de captura de los significados sociales en sus propios términos; los relatos producidos eran entendidos como un reflejo inevitable de la posición sociohistórica del investigador (Warnke, 1987).

Otra poderosa influencia en la etnografía de los últimos años ha sido el postestructuralismo. Se trata de un movimiento muy diverso, pero sólo es necesario mencionar dos de sus más influyentes corrientes: la «deconstrucción» de Derrida y el trabajo de Foucault. Al igual que la filosofía hermenéutica, la deconstrucción también

lleva a preguntarse acerca de la idea de que los etnógrafos pueden captar los significados sobre la base de los actos de la gente, y hacerlo en campos relacionados: dichos significados no son estables; no son propiedades individuales, sino que reflejan la constitución de las subjetividades a través del lenguaje. También resulta importante la desautorización que la deconstrucción realiza respecto a las distinciones entre diferentes géneros de escritura: entre «escritores» y críticos, entre ficción y no ficción, de hecho, entre escritura literaria y escritura técnica en general. Esto llevó al reconocimiento del hecho de que el lenguaje utilizado por los etnógrafos en sus escritos no es un medio transparente que permite ver la realidad a través suyo, sino que es más bien una construcción que esboza en muchos casos las estrategias retóricas utilizadas por los periodistas o incluso los novelistas. A partir de estos supuestos, algunos llegaron a la conclusión de que los fenómenos descritos en los informes etnográficos habían sido creados mediante las estrategias retóricas empleadas, más que tratarse de hechos externos al texto; en pocas palabras, a menudo esta relación con la retórica se asoció a formas de antirrealismo (véase, por ejemplo, Tyler, 1986).

El trabajo de Foucault se basa también en la negación del realismo. Él destaca el hecho de que la investigación social es un fenómeno sociohistórico, algo que funciona como parte del proceso de vigilancia y control, algo que él entiende como mecanismo central de la sociedad moderna. Sus productos reflejan su carácter social, más que *representar* cierto mundo independiente del mismo. Foucault argumenta que los diferentes «regímenes de verdad» se establecen en distintos contextos, reflejando el juego de diversas fuentes de poder y resistencia. Así pues, lo que se trata como verdadero y falso, en la investigación social o en cualquier otro campo, está constituido mediante un ejercicio de poder. (Para un debate sobre las implicaciones del trabajo de Foucault en la etnografía, véase Grubium y Silverman, 1989.)

Mientras que el realismo no fue abandonado por completo por la mayoría de los etnógrafos, la idea de que los relatos etnográficos pueden representar la realidad social de una manera relativamente poco problemática ha sido rechazada; y la duda ha llegado hasta la afirmación de la autoridad científica asociada al realismo. Incluso en el trabajo de Foucault encontramos un vínculo directo con la segunda crítica del naturalismo: su negación de la investigación política y social.

La política de la etnografía

Los naturalistas comparten con los positivistas un compromiso con la producción de relatos respecto a cuestiones factuales que reflejan la naturaleza de los fenómenos estudiados más que los valores o las implicaciones políticas del investigador. Por supuesto, ambos reconocen que la investigación práctica se ve afectada por los valores del investigador, pero la intención de los naturalistas era limitar la influencia de dichos valores en la medida de lo posible, para alcanzar conclusiones que fueran ciertas independientemente de determinadas posturas de valor. En los últimos años, todos los esfuerzos en pos de la neutralidad de los valores y de la objetividad han sido cuestionados, a veces reemplazándolos por la defensa de una investigación «abiertamente ideológica» (Lather, 1986).

Esto es, en parte, el resultado de una influencia continuada del marxismo y de la teoría «crítica», pero igualmente importante ha sido el impacto del feminismo. Desde el punto de vista tradicional del marxismo, la distinción entre hechos y valores es un producto histórico, algo que puede superar el futuro desarrollo de la sociedad. Los valores remiten al potencial humano que se construye en el desarrollo de la historia. En este sentido, los valores son hechos incluso cuando tal vez no hayan encontrado una *realización* en el mundo social. Además, proporcionan la clave para la comprensión de la naturaleza de las condiciones sociales del presente, el pasado y el futuro. La ciencia social proporciona, por lo tanto, no únicamente un conocimiento abstracto sino la base para la acción de transformación del mundo, para conseguir la autorrealización humana. Desde este punto de vista, la etnografía, como otras formas de investigación social, no puede tratar simultáneamente asuntos factuales y de valor, y su papel implica inevitablemente una intervención social (tanto si los investigadores son conscientes de ello como si no).

A la misma conclusión acerca del carácter político de la investigación social se ha llegado de otras maneras, por ejemplo aquellos que afirman que la investigación está siempre afectada por valores, y siempre tiene consecuencias políticas, lo que significa que los investigadores tienen que ser responsables de sus compromisos con unos valores y de los efectos de su trabajo. También se ha sugerido que la etnografía y otras formas de investigación social tienen un impacto social tan *pequeño* que sus repercusiones simplemente reposan en los polvorientos estantes de las librerías, y que por lo tanto no son preocupantes. Se ha dicho que, para que tenga valor, la

investigación etnográfica tiene que estar relacionada no simplemente con la comprensión del mundo, sino con la aplicación de sus logros para propiciar un cambio.

Existen diferencias en la observación de la naturaleza del cambio que debe promoverse. En ocasiones tiene que ver con hacer que la investigación sea más relevante para la política aplicada o para alguna forma de práctica profesional, como con algunas versiones del movimiento del profesor-como-investigador (véase, por ejemplo, Hustler y otros, 1986). De manera alternativa, podría decirse que la investigación puede ser emancipadora. Esto ha sido propuesto por las feministas, para las que el objetivo es la emancipación de la mujer (y del hombre) del patriarcado (Lather, 1991; Fonow y Cook, 1991); pero algo semejante también se puede encontrar en los escritos de los etnógrafos críticos y de los defensores de la investigación de acción emancipadora, para los que el objetivo de la investigación es alcanzar la transformación de las sociedades occidentales hasta alcanzar los ideales de libertad, igualdad y justicia (Carr y Kemmis, 1986; Kemmis, 1988; Gitlin y otros, 1989).

Por supuesto, bajo la premisa de que cualquier posibilidad de producción de conocimiento está socavada por los argumentos antirrealistas trazados en anteriores páginas, una relación con los efectos de la investigación puede parecer un objetivo alternativo apropiado para la tradicional búsqueda de la verdad. Esta línea también ha llevado al crecimiento de concepciones de mayor intervención de la etnografía. En este sentido, el postestructuralismo ha contribuido a la politización de la investigación social, a pesar del hecho de que simultáneamente parece socavar todos los ideales políticos (Dews, 1987).

REFLEXIVIDAD

La crítica del naturalismo que hemos esbozado es entendida a veces como una excrecencia del carácter reflexivo de la investigación social. Se dice que donde fallan tanto el positivismo como el naturalismo es en el hecho de que los investigadores sociales forman parte del mundo social que estudian. La separación entre ciencia y sentido común, entre las actividades del investigador y las de los investigados, permanece en el centro tanto del positivismo como del naturalismo. Esto lleva a la obsesión que ambos tienen por eliminar los efectos del investigador sobre los datos. Para unos la solución es la estandarización de los procedimientos de investi-

gación, para los otros es la experiencia directa del mundo social, cuya versión extrema sería aconsejar al etnógrafo que se «rinda» a las culturas que desea estudiar (Wolff, 1964; Jules-Rosette, 1978a y b). Ambas posiciones asumen que es posible, al menos en teoría, aislar una serie de datos no contaminados por el investigador, posible en cuanto éste se ha vuelto autómatas o receptor neutral de experiencias culturales. Sin embargo, es inútil perseguir este tipo de cosas en la investigación empírica puesto que cualquier tipo de datos presupone un trasfondo teórico (Hanson, 1958).

Así pues, reflexividad implica que las orientaciones de los investigadores pueden tomar forma mediante su localización sociohistórica, incluyendo los valores e intereses que estas localizaciones les confieren. Lo que esto representa es una negación de la idea de que la investigación social es, o puede ser, realizada en una especie de territorio autónomo aislado de la sociedad al completo y de la biografía particular del investigador, en el sentido de que sus logros pueden quedar a salvo de los procesos sociales y de las características personales. También se ha señalado que la producción de conocimiento de los investigadores tiene sus consecuencias. Como mínimo, la publicación de sus conclusiones puede marcar el clima en que las decisiones políticas y prácticas son llevadas a cabo, e incluso puede estimular directamente ciertas acciones concretas. Tampoco las consecuencias de la investigación son neutrales o necesariamente deseables. De hecho, algunos comentaristas entienden la investigación social como el hecho de desempeñar un papel indeseable a la hora de apoyar uno u otro aspecto del *statu quo* político en las sociedades occidentales.

No cabe duda de que la reflexividad es un mecanismo significativo dentro de la investigación social. De hecho, en un sentido todas las investigaciones sociales toman la forma de una observación participante: esto implica la participación en el mundo social, en el papel que sea, y verse reflejada en los productos de esta participación. Sin embargo, no podemos esgrimir las mismas conclusiones a partir de la reflexividad de la investigación social como hacen muchos críticos del naturalismo. Para nosotros, el reconocimiento de la reflexividad implica que existen elementos de positivismo y naturalismo que deben ser dejados de lado; pero esto no significa que se deban negar todas las ideas asociadas con estas dos líneas de pensamiento. Así pues, no entendemos la reflexividad como el debilitado compromiso de los investigadores respecto al realismo. Según nuestro punto de vista, sólo determina las formas ingenuas de realismo que asumen que el conocimiento se debe basar en cier-

tos fundamentos absolutamente seguros. De manera similar, no creemos que la reflexividad implique que la investigación sea necesariamente política, o que deba ser política en el sentido de servir a una causa política particular o a unos fines prácticos. Para nosotros, el principal objetivo de la investigación es, y debe seguir siendo, la producción de conocimiento.

Reflexividad y realismo

Es cierto que no podemos evitar relacionar el conocimiento con el «sentido común» ni tampoco, a veces, podemos evitar causar un efecto en los fenómenos sociales que estudiamos. En otras palabras, no existe una manera en la que podamos escapar del mundo social con la intención de estudiarlo. Afortunadamente, esto no resulta necesario desde un punto de vista realista. Hay una pequeña justificación para negar todo conocimiento basado en el sentido común, así como la hay para tratarlo como «válido en sí mismo»: no disponemos de un estándar externo, absolutamente conclusivo con el que juzgarlo. Pero podemos trabajar con el «conocimiento» del que disponemos, mientras que reconocerlo puede ser erróneo y conllevar una indagación sistemática allí donde las dudas parezcan justificadas; y haciendo esto podemos basarnos en la razonable suposición de que estamos intentando describir los fenómenos tal como son, y no meramente como los percibimos o como nos gustaría que fueran (Hammersley, 1992, cap. 3). En nuestras actividades diarias nos basamos en supuestos acerca del mundo; pocos de ellos podrían ser sometidos a examen, y ninguno sería aprobado por completo. La mayoría de las veces esto no nos afecta, y en este sentido la investigación social no es diferente de otras actividades. Necesitamos reflexionar sólo sobre lo que parece problemático, mientras que dejamos abierta la posibilidad de que lo que habitualmente no resulta problemático pueda serlo en el futuro.

También es importante reconocer que la investigación es un proceso activo, en el que los relatos sobre el mundo se producen mediante la selectiva observación y la interpretación teórica de lo que se ve, haciendo preguntas concretas e interpretando las respuestas, escribiendo notas de campo y transcribiendo grabaciones de audio y vídeo, así como escribiendo las conclusiones de la investigación. Y es verdad que últimamente ciertos aspectos de este proceso no han recibido la atención que merecen. Sin embargo, de-

cir que nuestros logros, e incluso nuestros datos, se construyen no implica automáticamente que no representen o no puedan representar los fenómenos sociales. Creer que lo hacen es asumir que la única forma verdadera de representación llevaría a que el mundo imprimiera sus características en nuestros sentidos, un relato muy poco plausible del proceso de percepción (Gregory, 1970).

De igual modo, el hecho de que como investigadores estemos en disposición de crear un efecto en la gente que estudiamos no significa que la validez de nuestras conclusiones quede restringida a los datos de situaciones provocadas en las que hemos confiado. Podemos minimizar la reacción y/o dirigirla. Pero también podemos utilizarla: la forma en que la gente responda a la presencia del investigador puede proporcionar tanta información como la reacción ante otras situaciones. De hecho, más que enredarnos en fútiles intentos de eliminar por completo los efectos del investigador, deberíamos intentar comprenderlos, un tema que Schuman ha señalado en relación con las encuestas sociales:

La posición básica que tomaré es sencilla: los artificios están en la mente de quien los ve. Fuera de una o dos excepciones, los problemas que ocurren durante las encuestas, si los tomamos en serio como acontecimientos de la vida, son oportunidades que se nos brindan para una mejor comprensión. Aquí distinguimos entre la encuesta simple y la encuesta científica. [...] Una concepción simplista de la investigación de encuestas toma las respuestas literalmente, omite las entrevistas como fuentes de influencia y no lleva en serio el problema del muestreo. Una persona que procede de esta manera probablemente caerá en la trampa de su instrumental analítico. La encuesta científica, por el contrario, valora la investigación con encuestas en tanto que búsqueda de significados; las ambigüedades del lenguaje y de la comunicación, las discrepancias entre actitudes y comportamientos, incluso los problemas sin respuesta, en vez de ser ignorados o simplemente vistos como obstáculos a la investigación eficiente, proporcionan una parte importante de la información.

(Schuman, 1982, pág. 23)

Es decir que «lo que se considera como un artificio si es tomado ingenuamente, refleja un acontecimiento de la vida si lo tomamos en serio» (1982, pág. 24). Para entender los efectos de la investigación y sus procedimientos, necesitamos comparar informaciones obtenidas en diferentes niveles de reacción a la investigación. Una vez que hayamos abandonado la idea de que el carácter social de la

investigación puede ser estandarizado o eludido, ya sea por medio de una metamorfosis en una «mosca en la pared» o mediante una «participación total», el papel del investigador como participante activo en el proceso de investigación se tornará más claro. El investigador o la investigadora son el instrumento de investigación *par excellence*. El hecho de que el comportamiento y las actitudes varíen con frecuencia dependiendo del contexto, y de que el investigador pueda desempeñar un papel importante en la configuración de esos contextos, se vuelve central para el análisis. De hecho, puede recurrirse a ello siempre que valga la pena. Los datos no deben ser afrontados de manera crítica por sus apariencias, sino que deben ser tratados como un campo de inferencias en el cual se pueden identificar los modelos hipotéticos y probar su validez. Con el objeto de llegar a conclusiones teóricas se exploran diferentes estrategias de investigación y se comparan sus efectos. Las interpretaciones deben ser explicitadas y hacerse uso de todas las oportunidades para probar sus límites y asegurar las alternativas. Esta perspectiva contrasta fuertemente con la imagen del investigador social proyectada por el naturalismo, aunque sea más cercana a otros modelos de investigación etnográfica como el de la «teorización fundamentada» (Glaser y Strauss, 1967), la «inducción analítica» (Cressey, 1950; Denzin, 1978) y el modelo estratégico que se encuentra dentro del naturalismo en la obra de Schatzman y Strauss (1973). En este sentido, la imagen del investigador se sitúa simultáneamente con la de la gente estudiada, como un sentido activo del mundo, sin determinar el compromiso de la investigación con el realismo.

La reflexividad y el carácter político de la investigación

El positivismo y el naturalismo, en las formas en que hemos hablado de ellos, tienden a presentar la investigación como una actividad que se lleva a cabo según su propio interés y sus propios términos. Por el contrario, como hemos visto, algunos críticos insisten en que la investigación tiene una función social, por ejemplo para legitimar y preservar el *statu quo*. Y sobre esta base, argumentan que los investigadores deben intentar realizar su trabajo para que sirva en diferentes funciones, como probar el *statu quo*. A menudo, este punto de vista se organiza alrededor de la pregunta: ¿en qué lugar se sitúa el investigador? (Becker, 1967a; Troyna y Carrington, 1989).

Como hemos visto anteriormente, otros arguyen que el error de la etnografía es su ausencia de impacto sobre la política y su práctica, su limitado resultado en el mundo del día a día de la política y el trabajo. Así, da la impresión de ser una especie de pasatiempo, una trivialidad mientras el mundo arde, que ocupa a intelectuales diletantes que no tienen que pagar los mismos impuestos que los ciudadanos trabajadores.

Según nuestra opinión, esta crítica de la etnografía naturalista parece conllevar una sobrevaloración de la contribución actual y potencial de la investigación de la política y la práctica, y un fallo asociado al más modesto valor de las contribuciones que efectúa. También señala que podría pensarse que la única justificación para la investigación es su contribución a la política y a la práctica, y reconocer que inevitablemente causa efectos en ellas, sin concluir que se debería dirigir hacia dichos objetivos. De hecho, existen buenas razones para no encaminarse directamente hacia esos objetivos. La más importante es que esto incrementaría las oportunidades de que las conclusiones fueran distorsionadas por ideas acerca de cómo debería ser el mundo o de cómo algunos creen que debería ser. Cuando estamos comprometidos en una acción práctica o política, la verdad de lo que decimos no es, a menudo, nuestro asunto principal, incluso aunque prefiramos ser honestos. Estamos más interesados en los efectos prácticos de nuestras acciones, y a veces esto nos puede llevar a ser «ahorrativos» con la verdad, como mínimo. Además, incluso cuando la verdad de nuestras creencias es el asunto principal, en el juicio de las actividades prácticas, de las afirmaciones factuales o de valor, tiende en mayor o menor medida a basarse en ciertas consideraciones que difieren de la producción de conocimiento, el objetivo principal de la investigación: es probable que estemos interesados sobre todo en saber si la información es suficientemente fiable para nuestros propósitos. Por supuesto, si uno cree, como Marx y otros creían, que (últimamente, al menos) la verdad y el bien son idénticos, puede negar la significación de esta diferencia de orientación entre la investigación y otras actividades prácticas. Pero este punto de vista se basa en una elaborada y poco convincente infraestructura filosófica (Hammersley, 1992, cap. 6 y 1993).

Es necesario decir que negar que la investigación debería apuntar hacia objetivos políticos no es sugerir que los investigadores tengan que, o deban, abandonar sus convicciones políticas. Se trata de insistir en que, en tanto que investigadores, su objetivo principal debe ser siempre producir conocimiento, y que deberían in-

tentar minimizar cualquier distorsión de sus conclusiones debido a sus convicciones políticas o a sus intereses prácticos. Tampoco sugerimos que los investigadores deberían desligarse de los efectos de su trabajo en el mundo. La cuestión es que ser conscientes de la reflexividad de la investigación no implica que deba estar pensada principalmente para cambiar (o, en otro orden de cosas, para preservar) el mundo de un modo u otro. Y, como hemos indicado, existen buenas razones por las cuales no hacerlo.

CONCLUSIÓN

Empezamos este capítulo examinando dos reconstrucciones opuestas referidas a la lógica de la investigación social y a sus implicaciones para la etnografía. Ni el positivismo ni el naturalismo proporcionan un marco adecuado. Ambos desatienden su reflexividad fundamental: el hecho de que formamos parte del mundo social que estudiamos y que dependemos del conocimiento basado en el sentido común y en los métodos de investigación. Todas las investigaciones sociales se basan en la capacidad humana para participar en la observación. Actuamos en el mundo social y entonces estamos preparados para reflexionar sobre nosotros mismos y nuestras acciones como objetos en ese mundo. Sin embargo, más que hacernos dudar acerca de si la investigación produce o no conocimiento, o sobre su transformación en una empresa política, para nosotros esta reflexividad proporciona la base para una indagación lógica reconstruida que une, más que separa, al positivismo y al naturalismo, pero que va más allá en importantes aspectos. Al incluir nuestro propio papel dentro del enfoque de la investigación, y quizá incluso explotando sistemáticamente nuestra participación en los lugares en estudio como investigadores, podemos producir relatos sobre el mundo social y justificarlo sin recurrir a apelaciones fútiles al empirismo, o bien a variedades positivistas o naturalistas.

Redefinir la investigación social en términos de su reflexividad también ilumina la relación entre las aproximaciones cuantitativas y cualitativas. Ciertamente, es difícil justificar la visión, asociada al naturalismo, de que la etnografía representa un paradigma superior, alternativo a la investigación cuantitativa. Por otra parte, supone una contribución a las ciencias sociales mucho más importante que la que admite el positivismo.

La reflexividad es un aspecto de la investigación social. Algo a lo que no sólo los etnógrafos han prestado un creciente interés en

los últimos años, en particular en la producción de «historias naturales» de sus investigaciones. (Por ejemplo, véanse Hammond, 1964; Freilich, 1970b; Bell y Newby, 1977; Shaffir y otros, 1980; Hammersley, 1983a; Bell y Roberts, 1984; Burgess, 1984b, 1985a y b, 1988a, 1989, 1990 y 1992; Golde, 1986; Whitehead y Conaway, 1986; McKeganey y Cunningham-Burley, 1987; Walford, 1987 y 1991b; Shaffir y Stebbins, 1991; Okely y Gallaway, 1992.) El resto de este libro está dedicado a detallar detenidamente las implicaciones que tiene la reflexividad para la práctica etnográfica.

Capítulo 2

EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN: PROBLEMAS, CASOS Y MUESTRAS

A primera vista, la conducción de la etnografía puede parecer decepcionantemente sencilla. De hecho, algunos autores dan tan poca información sobre la investigación como la que ellos mismos tenían antes de realizar su trabajo de campo. Nader, por ejemplo, cuenta cómo esto llegó a convertirse en una tradición entre los antropólogos de Norteamérica:

Antes de abandonar Harvard fui a ver a Kluckhohn. A pesar de la experiencia que ya tenía como estudiante de Harvard, esta última sesión me dejó completamente frustrado. Cuando pregunté a Kluckhohn si tenía algún consejo para darme, me contó la historia de un estudiante de posgrado que había planteado a Kroeber la misma pregunta. Como respuesta, se dice que Kroeber cogió de su estante el libro de etnografía de mayor tamaño y grosor y le dijo: «Vete y hazlo así».

(Nader, 1986, pág. 98)

Esta ausencia de consejos parece descansar en la suposición de que la conducción de la etnografía no es problemática en absoluto, y que casi no necesita preparación o conocimiento previo.

Una de las razones de esta reticencia a enseñar cómo realizar la investigación etnográfica parte de la convicción de que tal investigación no puede ser programada, que su práctica se constituye por lo inesperado, como cualquier lectura de las biografías etnográficas recientemente publicadas confirmaría. Es más, toda investigación es una actividad práctica que requiere el ejercicio de un juicio en el contexto; no se trata de seguir simplemente unas reglas metodológicas.

Existe otra razón, sin embargo, aunque menos legítima, por la que los consejos dados a los que se embarcan en el trabajo de campo frecuentemente se reducen a un simple «vete y hazlo»: se basa

en la idea, asociada al naturalismo, de que la etnografía consiste en una observación y descripción abierta, de forma que el «diseño de la investigación» parece algo superfluo. Lo que es una simple estrategia práctica de investigación se convierte en todo un paradigma de la aproximación. Hablando sobre el estudio del comportamiento animal, Tinbergen (1972, pág. 23) señala que el período de conocimiento exploratorio e intuitivo posee un valor especial «cuando se ve en peligro de no disponer de suficiente información sobre los fenómenos naturales o sentir que se está estrechando nuestro campo de visión». En sociología, los naturalistas han apelado algunas veces a la historia natural y a la etología para legitimar sus recomendaciones sobre la observación y descripción exploratorias (Lofland, 1967; Blumer, 1969; Speier, 1973). Sin embargo, es importante recordar que en etología la observación está dirigida por un relativamente bien definido cuerpo de axiomas derivados de la teoría evolucionista. El propio Darwin (citado en Selltitz y otros, 1959, pág. 200) señala en un determinado momento: «Qué raro es que no haya visto la observación como si debiera ir a favor o en contra de algún punto de vista, si es que esto tiene alguna utilidad».

Ciertamente, debemos reconocer que, mucho menos que otras formas de investigación social, el curso de una etnografía no puede estar predeterminado. Pero ello ni elimina la necesidad de una preparación previa al trabajo de campo ni significa que el comportamiento del investigador en el campo haya de ser caótico, ajustándose meramente a los hechos, tomando en cada momento «la dirección que presenta menos resistencia». En nuestra opinión, el diseño de la investigación debe de ser un proceso reflexivo en todas las etapas del desarrollo del proyecto.

PROBLEMAS PRELIMINARES

La investigación siempre comienza con el planteamiento de un problema o grupo de problemas; es lo que Malinowski denomina «problemas preliminares»:

Estar bien preparado teóricamente no equivale a cargar con «ideas preconcebidas». Si una persona que se embarca en una expedición está determinada a verificar ciertas hipótesis y es incapaz de cambiar cuantas veces sean necesarias su punto de vista y deshacerse de apriorismos cuando las evidencias así lo aconsejan, resulta innecesario decir que su trabajo no será de ningún valor. Sin embargo, cuantos más

problemas lleve consigo al campo, más propenso será a moldear la teoría de acuerdo con los hechos y a ver los hechos en relación con la teoría, y mejor preparado estará para el trabajo. Las ideas preconcebidas son perniciosas en cualquier tipo de trabajo científico, pero aventurar problemas preliminares es la principal cualidad de un científico, y esos problemas se revelan por primera vez al observador a partir de sus estudios teóricos.

(Malinowski, 1922, págs. 8-9)

A veces el punto de partida de una investigación es una teoría bien fundamentada de donde se extraen una serie de hipótesis. Estas teorías, que son relativamente escasas en antropología y sociología, son tal vez más frecuentes en psicología social (un ejemplo de observación participante de este tipo es la de Festinger y otros, 1956). Probaron la teoría de la disonancia cognitiva al investigar la reacción de los miembros de un grupo religioso apocalíptico ante el hecho de que el mundo no acabó el día que había predicho su líder.

La mayoría de las investigaciones etnográficas se preocupan más por desarrollar teorías a partir de datos de campo que en verificar hipótesis ya existentes, y una serie de autores, especialmente Glaser y Strauss (1967), han llamado la atención sobre la ventajas que comporta desarrollar teorías mediante el registro sistemático de información de campo en lugar de confiar en la «teorización de sillón». No obstante, como el propio Strauss ha señalado, a veces, antes de que el trabajo comience, se pueden conseguir avances considerables en la clarificación y el desarrollo de los problemas de investigación. Como ilustración, él se sirve del trabajo de Davis (1961a) sobre «la gestión de interacciones tensas con personas que tienen deficiencias visibles»:

La teoría de Davis trata de interacciones 1) *tensas* 2) *amistosas* en 3) *contactos cara a cara* entre 4) *dos personas*, una de las cuales tiene 5) *una deficiencia visible* y la otra es 6) *normal* (no tiene una deficiencia visible). [...] Los términos señalados en la frase anterior empiezan por sugerir lo que está explícita o implícitamente omitido en la formulación teórica de Davis. La teoría concierne a la visibilidad (física) de los incapacitados, no de gente cuyas incapacidades no sean inmediatamente visibles para la personas con las cuales interactúan. La teoría concierne a la interacción entre dos personas (no más de dos) [...] La interacción ocurre en situaciones denominadas «amistosas»; es decir, la relación entre las personas que interactúan no es ni impersonal ni íntima. Amistosa también denota una interacción suficientemente pro-

longada para permitir algo más que un encuentro momentáneo, pero no tan prolongado como para volverse familiar.

(Strauss, 1970, págs. 47-48)

Strauss continúa mostrando que al modificar diferentes elementos de una teoría se pueden generar nuevas cuestiones para investigar.

Frecuentemente, la literatura sobre el tema es menos elaborada que el caso expuesto por Strauss, pero, a veces, la ausencia de conocimiento detallado sobre un fenómeno o proceso puede representar un punto de partida práctico para la investigación. MacIntyre (1977) nos proporciona un ejemplo en su estudio sobre el embarazo de mujeres solteras:

Aproximadamente una quinta parte del total de embarazos, e incluso un porcentaje mayor de primeros embarazos, en Gran Bretaña a comienzos de los años setenta, eran de mujeres solteras. Normalmente las mujeres solteras embarazadas tenían ante sí cuatro tipos de respuestas posibles: el matrimonio con el supuesto padre, la inducción al aborto, permanecer solteras y tener el hijo y permanecer solteras y dar el niño en adopción. Se sabe que la incidencia de estas respuestas ha cambiado de una época a otra, como, por supuesto, han cambiado en este sentido las actitudes sociales, la política social y la legislación, y estos cambios han sido objeto de estudios históricos y demográficos. *Sin embargo, se sabe poco de cómo las respuestas arriba señaladas han influido o han sido influidas por las actitudes sociales, la política social y la legislación.*

(MacIntyre, 1977, pág. 9; las cursivas son nuestras)

Otra alternativa para estimular la investigación suele ser un hecho o una encadenación de hechos que causan sorpresa. Así, Measor (1983) notó no sólo que las chicas tendían a ir peor que los chicos en los exámenes de ciencias sino que esta diferencia era incluso mayor en las clases de ciencias de Nuffield, clases centradas en el aprendizaje de la ciencia mediante el descubrimiento. Ella investigó por qué ocurría esto a través de la observación participante en Nuffield y mediante entrevistas, realizadas tanto a chicos como a chicas, sobre sus actitudes respecto a las clases de ciencias.

Como ilustra este ejemplo, la relevancia de este problema preliminar puede ser no tanto teórica como política o práctica, en este caso relativo a la igualdad de oportunidades para las mujeres. A ve-

ces, cuando el punto de partida no es la teoría social, la elaboración del problema de investigación pronto conduce a la teoría, como indica el trabajo de Freilich sobre los héroes mohawk:

Los neoyorquinos a veces leen en los periódicos algo referente a un fenómeno insólito en su medio: los indios mohawk trabajan en las estructuras de acero de varios edificios de la ciudad y de los alrededores. Artículos, a veces ilustrados con fotografías de indios sonrientes, hablan sobre esos mohawk «valientes» y «seguros». Por qué tantos mohawk trabajan en estructuras de acero es una cuestión frecuentemente investigada por los estudiantes de las universidades de Nueva York y sus alrededores. En 1956, este problema constituyó mi primera investigación profesional. En mi proyecto de investigación utilizaba como contraposición el artículo de A. F. C. Wallace «Algunos determinantes psicológicos del cambio cultural de una comunidad iroquesa». El artículo de Wallace sugería que los mohawk carecían de vértigo y que esto explicaba su proliferación en la industria del acero. Yo argumentaba que una característica negativa (la ausencia de vértigo) no podía tener consecuencias positivas específicas (llevar a una tribu entera a trabajar en estructuras de acero). Continuaba argumentando que para la industria del acero no hay un valor funcional en la falta de miedo a las alturas y que, en realidad, el caso era el contrario: el miedo a los lugares altos conduce a una actitud prudente que salva vidas. Un argumento más plausible parecía ser que los mohawk actuaban *como si* no tuvieran miedo a las alturas. Mediante el planteamiento de un problema derivado, «¿por qué se produce esta actitud tan imprudente?», yo desarrollaba la teoría de que el hecho de que los factores socioculturales se explican mejor a través de factores sociales y culturales que psicológicos. Yo tenía la ligera impresión de que el hecho de que los mohawk trabajaran en las estructuras de acero representaba algún tipo de continuidad cultural. Así, las cuestiones que planteaba eran 1) ¿por qué es bueno, culturalmente, para un hombre mohawk trabajar en estructuras de acero? y 2) ¿cómo se relaciona esa valoración positiva con la cultura y la historia mohawk?

(Freilich, 1970a, págs. 185-186)

Los acontecimientos sociales pueden estimular la investigación, proporcionando una oportunidad para explorar acontecimientos poco usuales o comprobar la validez de una teoría. A este respecto, es importante considerar lo que a veces se llaman «experimentos naturales»: innovaciones organizativas, desastres naturales o crisis políticas que permiten revelar lo que pasa cuando se suprimen los factores limitativos que normalmente constriñen algún elemento de la vida social. En tales ocasiones los fenómenos sociales, que

normalmente son naturalizados, se tornan visibles para los propios participantes y para el observador. Schatzman y Strauss (1955) proporcionan un ejemplo de ello en sus estudios sobre los problemas de la comunicación interclasista que surgen después de un tornado. Estudiar los orígenes y consecuencias de las innovaciones organizativas suele ser todavía más común. Un ejemplo es el estudio de Walford y Miller de la Kingshurst School, el primer City Technology College en Gran Bretaña, establecido como parte de las reformas educativas de finales de los ochenta (Walford, 1991a; Walford y Miller, 1991).

Incluso encuentros azarosos o experiencias personales pueden proporcionar motivos y oportunidades para la investigación. Henslin realizó una investigación sobre los indigentes como resultado del encuentro con alguien para quien el problema de la indigencia se había convertido en una pasión absorbente:

Cuando [él] se dio cuenta de que yo era sociólogo y que estaba escribiendo un libro de texto sobre problemas sociales, me pidió que le dejara colaborar conmigo en un libro sobre la indigencia. Él pensaba que mis conocimientos podían aportar un marco de organización que nos ayudaría a condensar sus muchas experiencias y observaciones en un todo unificado. Durante nuestro intento de colaboración insistía que, como sociólogo, yo debía obtener mis propias experiencias de primera mano con los indigentes. Aunque yo entendía que la idea era atractiva, debido a mis compromisos de escritura yo no podía barajar esa posibilidad. Sin embargo, como él sacaba el tema una y otra vez, debo admitir que me tocó la fibra, haciendo aparecer en mí algo más que un pequeño sentimiento de culpa sociológico. Después de todo, soy instructor de problemas sociales, y no sabía *realmente* nada acerca de los indigentes [...] Ante la constante arremetida, me mostré más receptivo a la idea. (O tal vez debería decir que, finalmente, me preocupó.) Cuando me invitó a un viaje pagado a la ciudad de Washington y me prometió que vería algo desconocido hasta la fecha para mí —como los indigentes durmiendo en las aceras con vistas a la Casa Blanca—, mi imaginación se disparó, él agujereó mi coraza. Con el atractivo que suponía dicha intrigante yuxtaposición de poder y de falta de todo poder, de bienestar y pobreza, ¿cómo podía resistirme a su oferta?

(Henslin, 1990, pág. 52)

Por el contrario, Currer (1992, págs. 4-5) dio comienzo su investigación sobre madres pakistaníes en Gran Bretaña como resultado de su propia experiencia como madre inglesa en Peshawar, Pakis-

tán. Las preguntas de su investigación surgieron inicialmente de lo que ella había visto como un paralelismo entre su posición anterior y la de la gente que ella había escogido como tema de estudio, y desde su empatía por esa gente. Es habitual que la investigación se vea estimulada por experiencias previas en trabajos permanentes o temporales. Así, Olesen señala los orígenes de su investigación sobre los trabajadores clericales temporales en su propia experiencia de apoyo como estudiante mientras trabajaba en un servicio de mecanografía (Olesen, 1990, pág. 214). Por descontado, el interés de la investigación puede surgir igualmente de una diferencia, de un conflicto, y de sentimientos negativos. Van Maanen (1991, pág. 33) señala que su larga carrera investigando la cultura policial empezó en parte debido a que había sido «sujeto merecedor de algo más que la atención policial y de ahí que yo observara a la policía con algo de asco, cierto miedo y una considerable curiosidad».

Estímulos como éste habitualmente no suelen ser suficientes en sí mismos como para llevar a la formulación de un problema de investigación. Para que esto ocurra, las experiencias, antes de entrar en el campo de estudio, deben someterse a una reflexión analítica. Las experiencias se convierten en interesantes o significativas para las ideas teóricas: los estímulos no son intrínsecos a las experiencias en sí. Sin embargo, no existe una única regla universal que determine hasta qué punto se puede elaborar el problema de investigación antes de empezar el trabajo de campo. Explorar los componentes e implicaciones de un problema preliminar general con ayuda de la lectura de la literatura pertinente disponible es un primer paso necesario. En este sentido, no sólo son relevantes las monografías y los artículos periodísticos sino también los informes oficiales y periodísticos, autobiografías, diarios y novelas basadas en hechos reales, etcétera (véase el capítulo 6). De todas formas, siempre se llega a un punto donde no se puede progresar más sin iniciar la recogida directa de información, aunque la reflexión y el uso de la literatura secundaria deban continuar más allá de ese punto.

EL DESARROLLO DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El objetivo de la fase anterior al trabajo de campo y la de los primeros intentos por conseguir información, es convertir los problemas preliminares en un cuerpo de cuestiones a partir del cual se puedan extraer respuestas teóricas, ya consistan éstas en una descripción narrativa de una secuencia de hechos, en un relato gene-

ralizado de las perspectivas y prácticas de un grupo particular de actores o en formulaciones teóricas más abstractas. Sin embargo, en este proceso los problemas originales son transformados o incluso completamente abandonados a favor de otros, como ilustra Dollard:

Mi objetivo original era estudiar la personalidad de los negros del Sur, tener acceso a algunas historias de vida y aprender algo sobre la manera como crecen las personas negras. No estaba entre mis preocupaciones hacer un estudio de comunidad, considerar el problema de la herencia cultural del negro o tratar de la estructura emocional de una pequeña ciudad del Sur profundo. No obstante, estaba obligado a estudiar la comunidad porque la vida de los individuos que la integran está enraizada en ella.

Sólo habían transcurrido unos días de los cinco meses que pasé en Southerntown cuando me di cuenta de que lo blanco y los blancos forman parte inseparable de la vida mental del negro. Éste tiene un patrón blanco; frecuentemente tiene también algún antepasado blanco; a veces, de niño, juega con otros niños blancos; y vive bajo una serie de reglas impuestas por la sociedad blanca. Las vidas de blancos y negros están tan dinámicamente entrecruzadas y fijadas en un sistema que los unos no pueden ser entendidos sin los otros. Este descubrimiento puso fin a mi objetivo de recoger historias de vida de negros de forma aislada.

Las historias de vida de negros hacen referencia constantemente a una situación global, por ejemplo, a la propia Southerntown, al condado, al área cultural sudista y, en sentido más global, a toda la región productora de algodón en Estados Unidos. Este planteamiento es sin duda incómodo, porque me fuerza a tener que informarme sobre la comunidad, el condado y otros muchos aspectos aparentemente no relacionados con el problema de la investigación. El estudio del contexto social de los negros desbordó el objetivo original de la investigación, al menos en lo que concierne a las historias de vida.

(Dollard, 1957, págs. 1-2)

El cambio de los problemas de investigación puede obedecer a diferentes causas. En el caso de Dollard, él descubrió que la formulación original del problema estaba basada en suposiciones equivocadas. Igualmente se puede concluir que, dado el estado del conocimiento existente, un problema determinado es irresoluble. Medawar comenta:

Los buenos científicos estudian los problemas más importantes entre los que ellos piensan que pueden resolver. Y, verdaderamente, su co-

metido profesional es solucionar problemas y no sólo intentar superarlos. El espectáculo del científico enfrascado en un combate contra las fuerzas de la ignorancia no es muy aleccionador si, al final, ese científico sale derrotado. Por eso los problemas biológicos más importantes todavía no han aparecido en la agenda de las investigaciones en curso.

(Medawar, 1967, pág. 7)

Periódicamente, los metodologistas redescubren la verdad del viejo adagio que dice que encontrar la pregunta es más difícil que responderla (Merton, 1959). Gran parte del esfuerzo invertido en el desarrollo teórico concierne a la formulación y reformulación de problemas de investigación con la intención de hacerlos más propicios a soluciones teóricas.

Los problemas varían entre sí en su grado de abstracción. Algunos, especialmente los derivados de preocupaciones prácticas o políticas, se llamarán «tópicos» (Lofland, 1976), concernientes a tipos de gente y situaciones rápidamente identificables en el lenguaje cotidiano. Otros tienen un carácter más «genérico». En estos casos el investigador hace preguntas del tipo «¿Cómo se manifiesta en una determinada situación particular el concepto sociológicamente abstracto de *clase*?» y «¿Cuáles son las características abstractas de un tipo especial de situación?». Esta distinción entre problemas de investigación tópicos y genéricos está estrechamente relacionada con la división establecida por Glaser y Strauss entre análisis formales y sustantivos:

Por teoría sustantiva entendemos el tipo de investigación desarrollada por un interés sustantivo o empírico o correspondiente a un área de la sociología, problemas como el cuidado de los enfermos, las relaciones raciales, la educación profesional, la delincuencia o la investigación de organizaciones. Por teoría formal entendemos el desarrollo de una investigación formal o conceptual, que plantee problemas como el estigma, el comportamiento desviado, la organización formal, la socialización, las incongruencias entre estatus, poder y autoridad, el sistema de recompensas o la movilidad social.

(Glaser y Strauss, 1967, pág. 32)

Frecuentemente, la investigación etnográfica suele ser una constante interacción entre lo tópico y lo genérico, entre lo sustantivo y lo formal. Se puede comenzar con alguna noción de análisis formal e intentar extender o refinar su aplicación en el contexto de una deter-

minada cuestión sustantiva. Esto queda ilustrado con la referencia al trabajo de Hargreaves, Hester y Mellor (1975) sobre la desviación en contextos escolares. Comenzando por el concepto formal de «teoría de la nivelación», Hargreaves y sus colegas buscan extender el uso de esta estructura analítica y examinar su valor para el estudio de la desviación escolar. Ellos consiguieron establecer una especie de «lista de la compra» de temas. Esta lista de temas cambia el foco de atención desde lo formal hacia lo sustantivo, de lo genérico hacia lo tópico:

Reglas. ¿Cuáles son las reglas en escuelas y aulas? ¿Cuáles son las reglas supuestamente desobedecidas en casos de desviación? ¿Quién establece las reglas? ¿Siempre están sujetas a negociación? ¿Cómo se transmiten las reglas a los miembros? ¿Cómo se justifican las reglas, quién las justifica y a quiénes, y en qué ocasiones? ¿Los profesores y los alumnos perciben las reglas de la misma manera? ¿Son algunas reglas percibidas como legítimas por algunos profesores y algunos alumnos? ¿Cómo saben los miembros a qué se refieren las reglas en una situación dada? ¿Cómo clasifican las reglas los miembros? ¿Qué diferencias ven los miembros entre diferentes reglas? Por ejemplo, ¿varía la importancia de las reglas?

Actos desviados. ¿Cómo relacionan los miembros un acto a una regla de forma que se pueda caracterizar como desviación? ¿Cómo saben los profesores que un alumno ha desobedecido una regla?, es decir, ¿cuál es la parte de interpretación que les corresponde a los profesores para que algunos actos sean caracterizados como desviación? De forma similar, ¿cómo saben los alumnos que sus actos son una desviación?

Personas desviadas. ¿Cómo imputan los profesores actos desviados a personas de forma que algunas sean definidas como desviadas? ¿Cuál es la relación entre diferentes niveles? ¿Por qué un nivel es más importante que otros?

Tratamiento. ¿Qué reacciones tienen los profesores frente a actos o personas definidos como desviados? ¿A qué niveles y con qué justificaciones deciden los profesores sobre los tratamientos aplicados?

El desarrollo de la desviación. ¿Cuál es la estructura de la trayectoria del alumno desviado? ¿Cuáles son las contingencias de esas trayectorias? ¿Cómo se inician y terminan esas trayectorias?

(Hargreaves y otros, 1975, págs. 23-24)

Una lista de problemas como ésta requiere sin lugar a dudas un conocimiento previo del trabajo sociológico existente sobre las escuelas y la desviación, y refleja una interacción entre intereses formales y sustantivos. Estas cuestiones no constituyen una hipótesis (o cuerpo de hipótesis) de investigación, ni siquiera representan pro-

piamente un diseño de investigación. Asimismo, no es de esperar que esta lista sea la definitiva: en algunos aspectos se revelará demasiado ambiciosa y en otros, probablemente, omitirá problemas imprevistos.

También se pueden desarrollar problemas de investigación mediante el trasplante de una estructura de investigación de área sustantiva a otra. Uno de los principales procedimientos del estudio de la escuela médica de Kansas realizado por Becker y otros (1961) es de este tipo. Ellos adoptan una perspectiva de la sociología industrial —los trabajadores industriales intentan establecer su propio «nivel y organización del esfuerzo de trabajo»— y la aplican a la situación tópica de los estudiantes de medicina que, superados por las demandas académicas, intentan negociar niveles razonables de esfuerzo y establecer una dirección apropiada a su trabajo.

Así como se pueden formular problemas desplazándose de lo formal hacia lo sustantivo, también se puede hacer en sentido contrario, de lo sustantivo hacia lo formal o genérico. Esto puede ilustrarse en parte con un proyecto de investigación en el cual uno de nosotros (Atkinson, 1981b) ha estado participando. El proyecto en cuestión está relacionado con la investigación de «unidades de formación industrial», diseñadas para facilitar la transición de la vida escolar a la vida de trabajadores. La investigación consideraba varios tipos de líneas de trabajo, incluyendo la observación participante en dos unidades industriales, entrevistas a cargos de responsabilidad de la empresa, fuentes documentales, etcétera. El proyecto no era un mero estudio de caso «único» sino que estaba compuesto de un número de investigaciones similares que se estaban llevando a cabo en varios lugares de Gran Bretaña. Esos otros proyectos también estaban investigando intervenciones innovadoras para facilitar la transición de la escuela al mundo del trabajo.

La formulación de las líneas del trabajo de investigación comenzó con el planteamiento de problemas preliminares, originalmente de naturaleza sustantiva o tópica. En los primeros movimientos exploratorios, el equipo de investigación comenzó la fase de trabajo de campo intentando responder a preguntas del siguiente tipo: ¿cómo es el trabajo del día a día en la unidad? ¿Cómo son seleccionados y evaluados los estudiantes? ¿Qué clase de trabajo hacen y para qué tipo de trabajo van a ser preparados?

Durante el transcurso del trabajo de campo fueron identificados con más precisión varios temas y surgieron nuevas categorías de análisis. Al mismo tiempo, en nuestro proyecto se hizo necesario formular esas ideas en términos que fueran más generales que sus

manifestaciones locales. Un importante motivo para ello era que teníamos que generar conceptos o principios que permitieran una comparación sistemática entre los diferentes proyectos que se estaban realizando en Gran Bretaña. Un memorando de la investigación lo planteó de la siguiente manera:

En nuestra última reunión [...] estudiamos la posibilidad de desarrollar y trabajar con algunas categorías de análisis general. La idea que yo estaba planteando [...] era que los proyectos de evaluación estaban condenados a ser poco más que asuntos locales y aislados, a menos que consiguiéramos trabajar con ideas y armazones conceptuales de una aplicación más generalizable. Esa «generalización» no significaba que necesariamente todos los proyectos tuvieran que trabajar dentro del «mismo» diseño de investigación o recoger los «mismos» datos mediante la «misma» técnica. No hay duda de que algunas evaluaciones concretas deben ser sensibles a las condiciones locales y estar atentas a las circunstancias cambiantes. Esta sugestión tampoco debe ser interpretada como una reivindicación de la elaboración de problemas rígidos y categorías predeterminadas. Tales categorías deberían ser pensadas sólo como conceptos «sensibilizadores», indicativos de aspectos amplios con los que comparar proyectos y desarrollar criterios que permitan relacionar proyectos y análisis diferentes.

(Atkinson, 1981b)

Los criterios de comparación considerados en este memorando serán tratados más adelante. Ahora simplemente queremos ilustrar el proceso racional que supone desplazarse desde lo específico hacia lo general, en el sentido de dirigir la atención hacia la comparación, para lo cual podemos basarnos en el trabajo de otros analistas. No pretendemos detallar todas las ideas estudiadas y aludidas en este proyecto en particular. Los siguientes extractos tomados del mismo memorando son ilustrativos de cómo se aplicaron estas ideas para categorizar algunos temas clave de la investigación y estimular el planteamiento posterior de otras cuestiones específicas:

Porteros. Por porteros quiero decir actores que controlan recursos clave y pasajes desde donde se conceden oportunidades. Esos porteros ejercitan el control durante fases importantes que constituyen momentos de transición en el estatus de los más jóvenes. En realidad, las funciones de los porteros son desempeñadas por diferentes tipos de personal en distintos lugares de la organización.

La identificación de la categoría general de los «porteros» permitirá que nos formulemos algunas preguntas de naturaleza general. Por ejem-

plo: ¿de qué recursos disponen los porteros? ¿Qué percepciones y expectativas tienen los porteros de los «clientes»? ¿Esas percepciones están mutuamente compartidas o existen diferencias sistemáticas de opinión? ¿Creen los porteros que se cumplen las expectativas que ellos tienen de los clientes? ¿Tienen un modelo implícito (o explícito) de cuál es el cliente ideal?

¿Cuál es el estado de información de los porteros? Por ejemplo, ¿con qué modelo de mercado de trabajo están operando? ¿Qué visión de la vida trabajadora están aplicando? ¿Cuán precisas son sus afirmaciones respecto al estado del mercado de trabajo local?

¿Qué tipo de rutinas y estrategias emplean los porteros? Por ejemplo, ¿qué criterios (formales o informales) se usan para referirse y categorizar a los «clientes»? ¿Qué rutinas burocráticas existen (si es que existen)? ¿Cuáles son los procedimientos usados para recopilar datos y cómo se interpretan éstos en la práctica?

(Atkinson, 1981b)

Estrechamente relacionadas con esta categoría de los «porteros», como criterio general de análisis, el memorando también incluye las siguientes cuestiones:

Nivelación. Esta categoría se superpone claramente con el razonamiento práctico de los porteros y, en algunos aspectos, también con las definiciones de la población de clientes. ¿Hasta qué punto existe el peligro de autocumplimiento de las profecías al identificar poblaciones-objeto? ¿Hasta qué punto los propios proyectos ayudan a cristalizar estereotipos y categorías raciales, de género o calificación?

¿Los empresarios operan con estereotipos estigmatizantes? ¿Los proyectos superan o ayudan a confirmar estos estereotipos? ¿Qué aspectos particulares de los proyectos o de los jóvenes aceptan o rechazan los porteros y los empresarios?

¿Cómo se relacionan los jóvenes entre sí y con otros en función de los niveles, formales o informales, que les atribuyen? ¿Los profesionales están involucrados en proyectos sujetos a *estigma* en las visiones de otros profesionales y acciones?

(Atkinson, 1981b)

Obviamente, estos extractos sacados de un memorando de investigación no constituyen ni siquiera el comienzo de un análisis exhaustivo para proyectos destinados a suavizar la transición de la escuela al trabajo, o en lo que hace referencia a los problemas del empleo juvenil. La relación de estos extractos que incluimos aquí

es un intento de ejemplificar la fase del proceso que consiste en formular ideas. Si bien muchas de las cuestiones planteadas aquí son de un contenido muy concreto, el tenor general del documento llama la atención sobre conceptos genéricos como porteros, nivelación, estigma, rutinas, estrategias, razonamiento práctico y profecías autocumplidas.

Así, este memorando de investigación ayuda a «congelar» el proceso de formulación de problemas durante una fase intermedia en el proyecto de investigación. El trabajo de campo inicial sugiere un número de aspectos potencialmente importantes que se deben identificar mejor y algunas ideas analíticas que pueden ser provechosas. Así, los problemas de investigación se pueden concretar con más precisión. Al mismo tiempo, esta mayor identificación de problemas permite el planteamiento de nuevas cuestiones o que éstas sean elaboradas de forma más sistemática. Incluso, pueden constituir líneas-guía para la posterior recogida de información.

Debemos ser cuidadosos para no simplificar demasiado la distinción entre niveles de análisis particulares y genéricos. El progreso no debe darse en sentido unidireccional, de un lado al otro. En la conducción del proyecto, no se debe esperar que uno comience a partir de una serie de temas sustantivos y acabe con categorías formales, o viceversa. Normalmente, lo que se da es una trayectoria bidireccional entre estos dos modelos analíticos. La atención a temas particulares y sustantivos sugerirá afinidades con algunos conceptos formales que, a su vez, indicarán la importancia que tienen otros aspectos sustantivos, y así sucesivamente.

SELECCIONAR LUGARES Y CASOS DE INVESTIGACIÓN

Existe otro factor que, a menudo, tiene un papel significativo a la hora de dar forma a la manera en que los problemas de investigación se desarrollan en la etnografía: la naturaleza del lugar elegido para el estudio. A veces el lugar aparece de inmediato: llega la oportunidad de investigar un lugar interesante y la manera de prefigurar los problemas nos la da la naturaleza del lugar. Esto es cierto, por ejemplo, en el caso de la investigación sobre «experimentos naturales» y otro tipo de «investigaciones oportunistas» (Riemer, 1977). Aquí, la selección de lugares para el estudio difícilmente surge, y el problema de investigación y el lugar están cerca uno de otro. Lo mismo sucede en el caso de las prácticas profesionales realizadas para la investigación en los lugares en que se trabaja:

La decisión de dónde hay que situar un caso de estudio etnográfico suele ser una cuestión que requiere una cuidadosa consideración y la valoración de las ventajas y desventajas de diferentes lugares cuidadosamente considerados. [...] Debido a mis circunstancias, mi elección se reduce a una decisión franca entre realizar mi investigación en la escuela en la que trabajo o abandonar mi deseo de realizar un estudio etnográfico.

(Pollard, 1985, pág. 218)

Sin embargo, incluso donde se selecciona un lugar basándose en los problemas previos la naturaleza del lugar puede marcar el desarrollo de las preguntas de la investigación. Esto sucede, como hemos señalado, porque en la investigación etnográfica el tratamiento del desarrollo de los problemas de investigación raramente se completa antes de que dé comienzo el trabajo de campo; de hecho, a menudo la recolección de los principales datos tiene un papel clave en el proceso de desarrollo.

Al mismo tiempo, a menudo sucede que algunas de las preguntas en las que se han descompuesto o transformado los problemas previos no están preparadas para dar resultado en el lugar seleccionado. El investigador se encuentra ante el dilema de desestimar estas cuestiones para la investigación o dar comienzo de nuevo a la investigación en un lugar donde *pueda* utilizarlas. A pesar de que ciertos problemas importantes pueden llevar a un posterior cambio de orientación, generalmente los investigadores permanecen en el lugar elegido y seleccionan problemas que puedan ser investigados allí. Después de todo, como en el caso de Hargreaves y otros (1975), se generan más preguntas de las que habitualmente pueden ser utilizadas en un único estudio. Además, el trasladarse de lugar no sólo implica un retraso y una renovación de los problemas de acceso, sino que nada garantiza tampoco que el nuevo lugar será el apropiado para investigar los problemas preferentes. Everett Hughes decía, bromeando, que había que seleccionar el problema de investigación que fuera ideal para el lugar elegido.

Todo esto no quiere decir que la selección de los lugares para el estudio no sea importante; significa simplemente que el etnógrafo rara vez se encuentra en posición de especificar la naturaleza precisa del lugar requerido. Se trata de una cuestión de identificación del conjunto de lugares que podrían ser apropiados para la investigación de los problemas de investigación. Además, cuando se ha elegido el lugar, es aconsejable (en caso de ser posible) «acercarse»

a posibles emplazamientos de investigación con miras a asegurar su idoneidad para llevar a cabo allí la investigación y ver dónde será más fácil el acceso a la información (Schatzman y Strauss, 1973, pág. 19). Ello implica recoger y analizar de manera preliminar cualquier prueba documental sobre el medio, entrevistando a cualquiera que pueda ser fácilmente contactado y que tenga experiencia y conocimiento del medio y, tal vez, hacer breves visitas, abiertas o encubiertas, al lugar.

«Inspeccionar» de esta manera no sólo proporciona información acerca del lugar donde tal vez se desarrolle la investigación, sino que también influye en el desarrollo y refinamiento del propio problema de investigación. Puede descubrirse que lo que había sido pensado como una categoría social homogénea deba dividirse en un número de subtipos con diferentes características y que ocupan distintos lugares dentro de la sociedad. Warren nos da un ejemplo:

La primera decisión que debe acometer un investigador que quiera estudiar la comunidad homosexual —a menos que tenga tiempo y dinero ilimitado— es resolver qué comunidad homosexual desea estudiar: el mundo exclusivista de los clubes privados para ejecutivos y profesionales o el de los travestidos toxicómanos tan vivamente retratados en *Última salida: Brooklyn* (Lezte Ausfahrt Brooklyn, 1989) o el sadomasoquismo de los chicos de cuero. Cualquier observación preliminar que se haga pondrá de manifiesto que la comunidad homosexual no es un todo homogéneo —además de ser francamente difusa en sus fronteras— y está dividida en una jerarquía relacionada en cierto sentido con criterios de estatus y clase en el mundo «real».

(Warren, 1972, pág. 144)

No se debe infravalorar el papel de las consideraciones pragmáticas a la hora de elegir un lugar donde realizar el estudio. Éstas no están en modo alguno ausentes en la investigación que busca verificar hipótesis, pero desempeñan un papel más importante todavía en la investigación concerniente al desarrollo teórico. Ello es así porque en esta última los criterios que especifican la idoneidad de un lugar suelen ser menos determinantes: hay una amplia gama de lugares plausibles. Los criterios de selección, pues, no se refieren tanto a la identidad del medio como a aspectos prácticos, tales como el contacto con personas que faciliten el acceso, los costes del viaje y el trabajo, la disponibilidad de información documental, etcétera. (Véase, por ejemplo el planteamiento de Fox, 1964, sobre la elección de Bélgica para ubicar su estudio sobre la investigación en Europa.)

A veces, la búsqueda de un medio apropiado para realizar la investigación puede tomar rumbos impredecibles, como Campbell ilustra con el informe de su investigación en Grecia en los años cincuenta. Eligió, para realizar su estudio, un pueblo de una región montañosa situada al nordeste de Jannina. Sin embargo, comprobó que la cantidad de habitantes de esos pueblos había disminuido como resultado de la guerra civil, y que sus antecedentes ingleses les llevaba a sospechar que él era un espía. Un acontecimiento fortuito transformó sus planes de investigación. Los pastores trashumantes sarakatsan vivían en las colinas que rodeaban el pueblo, y las relaciones entre ellos y los lugareños no eran fáciles:

Nuestros contactos con ellos no fueron más allá de los saludos formales hasta que un día, en el calor del verano, un joven pastor que regresaba de la escuela se detuvo en una fuente del pueblo para beber agua, y allí se encontró con otros chicos del pueblo. [...] En ese momento, la esposa del antropólogo intervino muy indignada para rescatar a la víctima. Esta pequeña aventura tuvo sus consecuencias. Recibimos una invitación para visitar el campamento sarakatsan y la relación prosperó. Cuando, semanas después, llegó el momento de que los sarakatsan recogieran sus cosas y sus familias y partieran hacia las llanuras de Thesprotia para pasar el invierno, una familia nos envió un mensaje perentorio. Les acompañamos y nos construyeron una cabaña.

(Campbell, 1992, pág. 152)

Este ejemplo también ilustra cómo, ocasionalmente, los investigadores se dan cuenta de que han escogido un lugar para la investigación gracias a que una o más personas se han visto envueltas en el asunto, aunque habitualmente hay más aspectos que cabe considerar en este caso. En estas circunstancias, el etnógrafo debe equilibrar la facilidad del acceso inicial ofrecido respecto a la idoneidad del sitio en otros aspectos, y algunos problemas que el apoyo directo de un portero puede causar.

Habitualmente, los etnógrafos estudian sólo uno o un pequeño número de lugares, y casi siempre uno que esté geográficamente cerca del sitio en el que se ha establecido. A menudo esto viene forzado por el coste que supone la utilización de lugares más remotos y los limitados recursos disponibles. No siempre es así, por otro lado. Una excepción la constituye el estudio de Henslin sobre los indigentes. Decidió realizar un estudio a nivel nacional, pero comprendió que establecerse con su familia en una caravana para combinar la investigación con el descubrimiento de paisajes no le proporció-

naría mucho trabajo de campo. Afortunadamente, apareció una alternativa:

Escuché algo así: «Vuele-a-cualquiera-de-los-lugares-a-los-que-nosotros-volamos-cuando-quiera-durante-veintitún-días», un anuncio de la Eastern Airlines. Pensé que su oferta era buena, que por setecientos cincuenta dólares podía aterrizar en tantas ciudades como quisiera; de hecho, más de las que podía. [...] El método en sí, la observación participante, se convirtió en la clave para hacer de esta investigación algo asequible. Obviamente, los indigentes gastan muy poco dinero, lo que encajaba perfectamente con mi situación y mis deseos. (Los refugios, sin embargo, presentaban demasiados problemas para cubrir mis necesidades básicas de orientación.) Además de una cama gratis y una ducha, los refugios habitualmente proporcionan comidas de mediodía y tarde. Aunque estas comidas no siempre son aceptables, esperaba que la cena fuera de calidad, y que estuviera incluida en el precio de mi billete de avión. [...] Me centré principalmente en las ciudades más grandes del Oeste de Estados Unidos y más tarde añadí ciudades de otras zonas durante viajes posteriores. Mi propósito era obtener un «despliegue geográfico» tan bueno como fuera posible.

(Henslin, 1990, pág. 55)

En líneas generales, por supuesto, cuanto mayor es el número de lugares en estudio, menor es el tiempo que se le dedica a cada uno de ellos. El investigador debe trazar una raya entre amplitud y profundidad de la investigación.

Es importante no confundir la elección de un medio con la selección de un caso de estudio. Los términos «campo» y «entorno» del estudio se utilizan a menudo al hablar y escribir sobre etnografía. La principal fuente que inspira esta tendencia, que ofrece los lugares naturales como objetos de estudio, es el naturalismo, aunque sus antecedentes se pueden remontar más atrás, por ejemplo a la Escuela de Chicago:

[La sociología de Chicago] se organizó como un ejercicio cartográfico, estudiando Little Sicily, el gueto judío, los barrios de inmigrantes polacos, la costa dorada, las barriadas, los distritos de edificios de apartamentos de una habitación, los grupos de vagabundos y las bandas juveniles. Cada una de esas áreas era tratada como un mundo simbólico que creaba y perpetuaba una moral y una organización social específicas. Éstas estaban sujetas a un análisis interpretativo que intentaba reproducir el proceso que había generado ese tipo de organización social. Eran identificadas colectivamente como áreas naturales:

«naturales» porque ellas mismas formaban parte de la evolución natural que establece la sociedad, porque eran diferentes de las estructuras producidas por la planificación y la ciencia y porque representaban una unidad que formulaba supuestamente el verdadero pensamiento norteamericano sobre la vida social y política.

(Rock, 1979, pág. 92)

En otros contextos sociológicos también se da la misma búsqueda del modelo de grupos autónomos o «comunidades». La tradición antropológica, por ejemplo, suele poner énfasis en la investigación de sociedades de pequeño tamaño donde predominan las relaciones «cara a cara» y colectivos locales (como el «pueblo»). Esta tradición, así como sus «estudios de comunidad» similares, suele descansar en la perspectiva del *Gemeinschaft*, el estudio de las pequeñas sociedades, enfatizando su estabilidad interna y su discreción relativa.

Pero el medio no es un fenómeno natural sino que está constituido y sostenido por definiciones culturales y estrategias sociales. Las fronteras no están fijadas, cambian de una ocasión a otra y también de grado, a través de procesos de redefinición y negociación.

Existe otra razón por la que podría ser potencialmente confuso hablar de «estudiar un medio». No es posible dar un informe exhaustivo de ningún objeto. Al producir descripciones siempre empleamos criterios teóricos para seleccionar y establecer inferencias. Incluso en estudios orientados por las características descriptivas, el objeto de investigación no es isomórfico con el medio en el que se ubica. Un medio es un contexto determinado en el cual ocurren los fenómenos, que pueden ser estudiados desde varias perspectivas; un objeto de investigación es un fenómeno visto desde un ángulo teórico específico. A determinadas características no se les presta atención e, incluso, el fenómeno considerado no se agota completamente en la investigación. Además, un medio presenta varios casos. Así, por ejemplo, si queremos estudiar los efectos de algunas formas de examen externo en una escuela secundaria, lo que en realidad constituye el objeto de estudio son determinados tipos de exámenes dentro de la escuela y no la escuela como un todo (Scarth y Hammersley, 1988). De manera inversa, el objeto de estudio tal vez no esté circunscrito dentro de los límites de un medio, puede ser necesario salir fuera del lugar para encontrar información sobre aspectos relevantes del estudio. Para estudiar la formación de bandas entre los presos (Jacobs, 1974), puede ser necesario explorar las relaciones que tienen esos hombres con grupos que están fuera de la cárcel

para así entender cómo se constituyen las bandas y la forma que utilizan para continuar reclutando nuevos miembros.

Aunque pueda parecer ingenua, la concepción naturalista del campo y el medio estudiados dificulta la selección sistemática y explícita de los aspectos que se van a estudiar, así como los movimientos fuera del medio para seguir líneas teóricas prometedoras. Y, por supuesto, el proceso de identificación y definición del objeto de estudio debe proceder codo con codo con el refinamiento del problema de investigación y el desarrollo teórico.

Una de las limitaciones frecuentemente planteadas en relación con el trabajo etnográfico es que, como lo que se estudia es un caso, o como mucho un pequeño número de casos, la representatividad de los resultados siempre se pone en duda. Éste puede ser un punto importante, aunque no siempre es así. A veces, la investigación etnográfica tiene que ver con el caso que presenta interés intrínseco, así que esta generalización no es un asunto primario. Es más cierto en las acciones de investigación y los estudios de evaluación, en los que el objetivo son las características de unas situaciones particulares. Y, ocasionalmente, el trabajo etnográfico remite al estudio de un amplio número de casos que, de todas formas, a menudo proporcionan una base sustancial para la generalización. Por ejemplo, Strong (1979) estudió mil casos de consulta pediátrica en tres hospitales, dos en Gran Bretaña y uno en Estados Unidos. Sin embargo, incluso cuando la generalización es un fin de la investigación etnográfica pero sólo en un pequeño número de casos de estudio, se pueden utilizar estrategias diferentes para relacionarse con el problema, de manera más o menos adecuada. Cómo debe llevarse a cabo depende de si el investigador se centra en el desarrollo y el examen de una teoría o en la afirmación general acerca de un número concreto de casos, ya sean del presente o de un posible futuro (Schofield, 1990).

Cuando el asunto es el desarrollo y el examen de una teoría, la selección estratégica de casos es particularmente importante. Es lo que Glaser y Strauss (1967) denominan «muestras teóricas». La principal preocupación de estos autores es la formación y desarrollo de una teoría. Ellos argumentan que es necesario diseñar la selección de casos para generar tantas categorías y propiedades como sean posibles, y relacionarlas entre sí; y recomiendan dos estrategias complementarias: minimizar las diferencias entre los casos con el fin de sacar a la luz propiedades básicas de una categoría particular y, posteriormente, maximizar las diferencias entre los casos con la intención de incrementar categorías y acotar la incidencia de la

teoría. Como ejemplo, ellos citan su investigación sobre el contexto que rodea a los pacientes terminales en los hospitales:

Las visitas a varios servicios médicos fueron programadas de la siguiente manera. Primero quería considerar los servicios en los que la conciencia del paciente es mínima (así, observé en primer lugar los servicios dados a los nacimientos prematuros y después la sección de neurología, donde los pacientes suelen estar en coma). Después quería observar muertes rápidas, en situaciones donde existe una gran expectación por parte del personal del hospital e incluso de los pacientes; por eso centré mi observación en una Unidad de Cuidados Intensivos. Después quería ver los servicios donde la expectación del personal sobre los pacientes terminales era grande, pero donde la muerte suele ser lenta. Así, observé una sección de enfermos cancerígenos. Después mi interés se centró en las condiciones donde la muerte era inesperada y rápida; entonces observé un servicio de urgencias. Mientras me dedicaba a observar diferentes tipos de servicios hospitalarios, estudiaba también las situaciones mencionadas arriba en otro tipo de hospitales. Así, nuestra programación de diferentes tipos de situaciones fue dirigida por un esquema conceptual general que incluía hipótesis sobre estructuras conceptuales con aspectos no considerados en un principio. A veces volvíamos a los mismos servicios después de tres o cuatro semanas de haberlos observado intensamente, para comprobar aspectos que necesitaban mayor información o que estaban confusos.

(Glaser y Strauss, 1967, pág. 59)

La selección estratégica de casos también se puede emplear para *examinar* ideas teóricas. Aquí el fin es seleccionar casos para la investigación de las teorías subjetivas para un examen relativamente severo. Un ejemplo es la secuencia de estudios de Hargreaves, Lacey y Ball (Hargreaves, 1967; Lacey, 1970; Ball, 1981; véase también Abraham, 1989a). Ellos afirman que la manera en que las escuelas diferencian a los alumnos según campos académicos y de comportamiento, especialmente a través de la división según sus aptitudes, según el nivel académico y según la actitud, los polariza en subculturas que están a favor y en contra de la escuela. Estas subculturas, por su parte, marcan el comportamiento de los estudiantes dentro y fuera del colegio y afectan a sus niveles académicos. Esta teoría se ha probado con los ejemplos de tres tipos de escuela secundaria: secundaria moderna (Hargreaves), *grammar* [instituto de enseñanza media más selectivo] (Lacey) y *comprehensive* [instituto de enseñanza media normal] (Ball). Además, en el caso de la escuela *grammar*, debido

a que los estudiantes que acuden a ella están muy comprometidos con los valores de sus escuelas primarias, en el centro las variables de sus explicaciones para el proceso de polarización —como la actitud en la escuela, los aspectos de la relación familiar, etcétera— están parcialmente controladas. De manera similar, en su estudio de la Beachside Comprehensive, Ball examina los efectos de un cambio desde la organización según la actitud a la habilidad mezclada de manera grupal dentro de un caso singular (algunos valores permanecen constantes); en este caso singular surge la diferenciación. (Para una exposición más pormenorizada, véase Hammersley, 1985.)

Cuando el fin es la generalización de algún grupo finito de casos, más que el desarrollo y el examen de la teoría, puede ser posible valorar la tipificación del caso o casos estudiados mediante la comparación de las características relevantes con información acerca de las metas de la población, y si son accesibles en las estadísticas oficiales o en otros estudios. Así pues, en su investigación sobre los matrimonios interreligiosos en Irlanda del Norte, Lee examinó la representatividad de las parejas en sus muestras al estilo bola de nieve mediante la comparación de ciertas características con una tabulación especial del censo de datos. Esto reveló que su muestra «indicaba un tendencia hacia las parejas jóvenes, casadas hacía poco, principalmente sin hijos, con un nivel de educación relativamente alto» (Lee, 1992, pág. 133). En tanto que no pudo corregir sus vías de muestreo, debido al problema de acceder a aquellas parejas cuya posición era delicada a causa de la situación política en Irlanda del Norte, fue capaz de hacerlo en su análisis.

A veces, incluso es posible que pueda llevarse a cabo un control a pequeña escala en una amplia muestra de población para obtener información que asegure la tipicidad de los casos estudiados. Así, en su estudio de los estudiantes de la Rutgers University, Moffatt utilizó encuestas para asegurar que tenían una orientación vocacional, y fue capaz de comparar los resultados con los de un estudio nacional (Moffatt, 1989, pág. 331). Otra posibilidad es combinar el estudio profundo de un pequeño número de casos con el examen más superficial de otros casos. Por ejemplo, en su estudio sobre los agentes de la ley, Skolnick se concentró en una sola ciudad, pero hizo una breve investigación en otras ciudades para confirmar la generalización de sus conclusiones (Skolnick, 1966).

La estrategia apropiada a la hora de seleccionar casos puede variar a lo largo del curso de la investigación. En las primeras fases, los casos escogidos para la investigación tal vez no tengan una gran relevancia. Más adelante, pueden adquirir una considerable importan-

cia. Las decisiones iniciales tal vez deban revisarse. Tenemos los informes de Klatch sobre cómo, en su investigación sobre las mujeres involucradas en organizaciones conservadoras, empezó con «una pulcra tabla por cuadruplicado comparando cuatro organizaciones: dos grupos de la Vieja Derecha y dos de la Nueva Derecha; dos organizaciones «religiosas» y dos «seculares»». Sin embargo, pronto tuvo que enfrentarse a algunos problemas. En particular, descubrió que

las organizaciones escogidas para el diseño original *no* se dividían en líneas opuestas seculares contra religiosas. [...] Además, me di cuenta de que existía un modelo general desarrollado entre el tipo de mujer «ama de casa» activa en muchos grupos religiosos/pro familia [...] y el tipo de mujer «profesional» activa en los grupos seculares conservadores. [...] El diseño final continuó basándose en las entrevistas de profundidad, la observación participante y el análisis textual de la literatura de derechas, pero amplíé la muestra para incluir un mucho más extenso sector de grupos conservadores con la intención de incrementar la variación entre las activistas femeninas, y así obtuve una mejor comprensión de las más amplias divisiones dentro de la Derecha.

(Klatch, 1988, pág. 75)

El diseño de la investigación en etnografía, tanto si está relacionado con la selección de casos de estudio como con otros aspectos, es un proceso continuo. La relación entre problemas de investigación y los casos seleccionados debe ser revisada constantemente.

TOMAR MUESTRAS DENTRO DEL CASO

Seleccionar casos para investigar no es la única forma de tomar muestras considerada en la investigación social. Igualmente importante es tomar muestras *dentro* de los casos. Al menos esto es así donde los casos no son tan pequeños que pueden ser objeto de una investigación exhaustiva, como, por ejemplo, en el estudio de las consultas pediátricas de Strong. En etnografía, se debe decidir dónde y cuándo observar, con quién conversar, así como qué información registrar y cómo hacerlo. En este proceso no sólo estamos decidiendo lo que es o no relevante para la investigación, también estamos extrayendo varias muestras de la información disponible. Muy a menudo la extracción de muestras ni siquiera es intencional, pero es importante establecer lo más explícita y sistemáticamente posible los criterios utilizados, para asegurar así que la muestra ha

sido adecuadamente escogida. Existen tres grandes dimensiones a lo largo del proceso de extracción de muestras: el tiempo, la gente y el contexto.

El tiempo

El tiempo puede parecer una dimensión de una importancia obvia en la vida social, pero ha sido frecuentemente eludido. Las actitudes y actividades en el campo suelen variar a lo largo del tiempo de forma significativa para la teoría social. Berlak y otros nos proporcionan un ejemplo tomado de su investigación sobre escuelas primarias «progresistas» en Inglaterra:

Durante nuestras primeras semanas en escuelas inglesas nos fuimos dando cuenta gradualmente de que las imágenes de las escuelas transmitidas en la literatura existente sobre el tema estaban hasta cierto punto distorsionadas. Para mostrar la manera como llegamos a esta conclusión podemos tomar un ejemplo de nuestra experiencia durante las primeras semanas del estudio de una clase del señor Thomas. En sus clases, en una escuela de un barrio residencial acomodado, observamos a una treintena de alumnos un miércoles por la mañana, los cuales, después de una breve charla con el profesor, continuaron con sus trabajos individuales: algunos empezaron a estudiar «mates», otros a formar palabras o a escribir relatos originales, a semejanza de las descripciones que nos da la literatura especializada sobre escuelas progresistas. Ese día observamos el comportamiento del profesor, que no parecía estar diciéndolo a los alumnos qué es lo que debían hacer. Parecía que los alumnos estuvieran decidiendo por sí mismos qué debían estudiar; hacían su trabajo con esmero y parecían hacerlo por propio interés. No obstante, durante los días siguientes pudimos ver algunos hechos y patrones que nos proporcionaron otra explicación de lo que habíamos observado aquella mañana del miércoles. El siguiente lunes por la mañana vimos que el señor Thomas les ponía tareas mínimas que debían hacer durante la semana. [...] El viernes por la mañana le vimos recoger los «diarios» de trabajo de sus alumnos donde cada chico relataba el trabajo realizado durante la semana. En el fin de semana, el señor Thomas y, como descubrimos más tarde, algunas veces el director, corregían cada libro de trabajo y escribían comentarios como «bien», «más mates» o el temido «ven a verme». Tales comentarios, que explicaban parte del comportamiento aparentemente espontáneo de la clase, no habían aparecido en la literatura especializada.

El tema de la construcción y distribución social del tiempo es demostrado de forma elegante en el estudio de Zerubavel (1979) sobre el tiempo en los hospitales. En el trabajo de Zerubavel la organización del tiempo no es una característica periférica o un trasfondo donde se ubica un enfoque sustantivo sobre otros aspectos de la organización. Más bien es un ejercicio, en la tradición de Simmel, respecto a determinar cómo se configura la propia categoría formal del tiempo:

Siguiendo el modelo metodológico de la sociología formal de Simmel, dirigí mis observaciones hacia un único aspecto de la vida del hospital: su estructura temporal, omitiendo deliberadamente —para los propósitos analíticos— la historia del hospital, su reputación nacional, la calidad del cuidado dispensado a los pacientes, su diseño arquitectónico y organización espacial, sus finanzas, la composición étnica y religiosa del personal del hospital, etcétera.

(Zerubavel, 1979, pág. xvii)

El trabajo de Zerubavel es, por lo tanto, una etnografía poco común, con un objeto de estudio disperso. Sin embargo, la singularidad de sus observaciones y sus análisis formales le permiten revelar el complejo modelo de la estructura temporal de la organización en la cotidianidad del hospital. Él anticipa esta diversidad en la introducción:

La lista de aspectos sociológicos de la temporalidad que pueden ser planteados dentro del contexto de la vida hospitalaria es prácticamente infinita: la estructura temporal de la trayectoria de los pacientes del hospital; las relaciones entre el tiempo y el espacio; los plazos y el cumplimiento de horarios; la relación temporal entre las distintas secciones del hospital; consideraciones de grado, rapidez, secuencia y gestión del tiempo en el trabajo del hospital; el impacto del tiempo de la organización sobre la vida del personal del hospital fuera del centro; y así sucesivamente.

(Zerubavel, 1979, pág. xxi)

Siguiendo con el ejemplo de Zerubavel, pensemos hipotéticamente acerca del departamento de urgencias de un gran hospital. Cualquier estudio sistemático hecho aquí, casi con toda seguridad, revelará diferentes patrones y actividades en función de si es de día o de noche y de acuerdo con el día de la semana. El tipo de emer-

gencias también variará. Los sábados las urgencias probablemente serán muy diferentes a las que se dan la noche del domingo. En nuestro departamento de urgencias el tiempo también variará en función de los cambios súbitos entre el personal de enfermeras, rotaciones entre los médicos residentes y así sucesivamente. Consideraciones muy similares se podrían aplicar a muchos otros tipos de ambientes, como fábricas, prisiones, instituciones educativas y barrios residenciales, por ejemplo.

Además, parece evidente que cualquier intento de representar todos los aspectos de personas o acontecimientos en el caso que se está estudiando debe basarse en una división adecuada de las diferentes divisiones temporales. Por un lado, es imposible conducir el trabajo de campo veinticuatro horas por día, es inevitable tomar alguna muestra de lapsos temporales. Se puede intentar abarcar todo el tiempo posible durante el transcurso del trabajo de campo, pero es difícil de conseguir. (Estas consideraciones no se pueden aplicar de la misma manera al trabajo de campo de los antropólogos, donde el etnógrafo suele estar «en escena» todo el día y todos los días: pero incluso aquí, el trabajador de campo necesitará «escaparse» periódicamente para poder escribir el diario de campo o, simplemente, relajarse.) De todas formas, no siempre es aconsejable realizar el trabajo de campo durante largas temporadas ininterrumpidas. La producción de un diario de campo serio, el registro de organización del material, escribir memorandos y anotaciones reflexivas, son actividades que consumen y exigen un tiempo considerable. Si se realizan largos períodos de observación el material se tornará desordenado y asistemático. Cuanto más tiempo pase entre la observación y la anotación de las observaciones, más difícil será elaborar registros suficientemente detallados y consultar posteriormente descripciones concretas. Los largos períodos de observación, si no son interrumpidos por otros de sistematización y reflexión sobre el material, darán como resultado una información de poca calidad.

Es más, todos los etnógrafos tienen que resistir la tentación de intentar ver, oír y participar en todo lo que ocurre. Una aproximación más selectiva generará normalmente una información de mayor calidad, proporcionada por la alternativa de períodos de recolección productiva de información y otros de reflexión. Más que intentar cubrir una jornada de trabajo entera, por ejemplo, uno puede construir una representación adecuada siguiendo el tipo de estrategia que Schatzman y Strauss señalan:

Si el investigador quiere observar todos los turnos de trabajo, primero puede observar el turno de mañana durante varios días, después el turno de tarde y luego el de noche, durante jornadas consecutivas hasta que esté relativamente familiarizado con los tres turnos. O tal vez puede cubrir varias horas mediante la «superposición» de horarios en días consecutivos —por ejemplo, desde las siete hasta las nueve de la mañana, de las ocho a las diez, de las nueve a las once— y así durante una secuencia de días cubrir la organización del tiempo durante toda la jornada.

(Schatzman y Strauss, 1973, pág. 39)

Además de adoptar estos procedimientos para garantizar una cobertura adecuada, el investigador probablemente identificará períodos y momentos particularmente importantes: el relevo de los turnos, por ejemplo, puede ser crucial para la organización del trabajo, la transmisión de información, etcétera. Esos momentos significativos deben merecer una atención especial.

Consideraciones como las que hemos señalado arriba también se pueden aplicar para dimensiones temporales a gran escala, como los ciclos estacionales o anuales, y modelos de reclutamiento de nuevos trabajadores, si bien las restricciones de tiempo y recursos son factores limitativos a la hora de pensar en investigaciones durante un gran lapso de tiempo.

Hasta ahora nos hemos referido prioritariamente a los temas relativos al trabajo de campo en organizaciones e instituciones similares. Debería entenderse que hay consideraciones semejantes que se pueden aplicar al trabajo de campo realizado en medios que están formalmente menos definidos. Aspectos como la vida urbana, «relaciones en público», el uso de lugares públicos y formas de comportamiento desviado también siguen una dimensión temporal: las estaciones, los días de la semana, la hora (si es de día o de noche) son aspectos significativos. Además, puede ser importante prestar atención a ocasiones especiales, como fiestas, carnaval, ceremonias y rituales, ritos de paso y criterios sociales que marcan el cambio de estatus.

Al organizar estos muestreos de diferentes lapsos temporales, también es importante observar las actividades rutinarias de la misma forma que se observan las extraordinarias. El propósito de estos procedimientos de registro sistemático de información es asegurar una cobertura tan amplia y representativa como sea posible, y no sólo identificar y seleccionar algunos aspectos superficialmente «interesantes».

La gente

Ningún medio social es socialmente homogéneo, y la representación adecuada de la gente involucrada en un caso particular normalmente requerirá tomar algunas muestras (a menos que el total de la población investigada pueda ser estudiado adecuadamente y con igual profundidad). El muestreo de la gente puede realizarse en términos de criterios demográficos estandarizados. Es decir, dentro de un contexto particular, uno puede clasificar a las personas mediante la utilización de criterios como el de género, raza, edad, ocupación, nivel de instrucción y cosas por el estilo. De todas formas, estas categorías son importantes sólo cuando son relevantes para la teoría que se está desarrollando o para contraponerlas a teorías rivales, y normalmente han de ser complementadas por otras categorías de relevancia teórica. Estas categorías emergentes pueden ser o bien «categorías elaboradas por los miembros del grupo» o bien «categorías elaboradas por el observador». La distinción entre estos términos se ha tomado de Lofland (1976). Las «categorías elaboradas por los miembros» se refieren a las categorizaciones que son empleadas por los propios miembros del grupo, es decir, son categorías *folk*, normalmente utilizadas en el vocabulario de una determinada cultura. Las categorías elaboradas por el observador son tipos contruidos por el analista.

Algunas culturas son particularmente ricas en categorías generadas por los miembros del grupo. Spradley (1970), por ejemplo, en su trabajo sobre los vagabundos, identifica la siguiente taxonomía de términos usada para referirse a tipos mayores: *ding*, *bore car tramp*, *bindle stiff*, *working stiff*, *airedale*, *home guard tramp*, *mission stiff* y *rubber*. La taxonomía también incluye los subtipos *harvest tramp*, *tramp miner*, *fruit tramp*, *construction tramp*, *sea tramp*, *nose diver* y *professional nose diver*. De forma similar, en su estudio sobre mujeres presidiarias, Giallombardo (1966) documenta la siguiente secuencia de niveles que las propias reclusas emplean para categorizar a sus compañeras internas: *snitchers*, *inmate cops* y *liutenants*; *squares*, *jive bitches*; *rap buddies*, *homeys*; *connects*, *boosters*; *pinnars*; *penitentiary turnouts*, *lesbians*, *femmes*, *stud broads*, *tricks*, *commissary hustlers*, *chippies*, *kick partners*, *cherries*, *punks* y *turnabouts*. Estos términos son aplicados sobre la base del «tipo de respuesta exhibida por las reclusas en relación con la situación de prisión» y en interacción con las otras internas y con los funcionarios (Giallombardo, 1966, pág. 270). En particular, la identificación refleja estilos de respuesta sexual.

Por otro lado, el observador puede elaborar tipos hipotéticos basados en la información de campo. Por ejemplo, en un estudio sobre el comportamiento de la espera, Lofland identifica los siguientes tipos clave:

1. *Esas cosas dulces y jóvenes.* (Generalmente una mujer.) Una vez que adopta una posición, normalmente sentada, es raro que la deje. Su postura es correcta, potencialmente sugestiva o revelando cierta «indolencia», no es una postura atrevida.
2. *El animado.* Habiendo establecido una posición, estas personas se ocupan de asegurar y reordenar sus apoyos, de la misma forma que un pájaro construye un nido.
3. *El observador.* Una vez que ha ocupado una posición, el observador escruta los alrededores con cuidado. Entonces [...] deja su posición y empieza una inspección detallada de cualquier objeto inanimado que esté en su campo de visión.
4. *La persona sociable.* Es tranquila y relajada [...] dentro del ámbito del uso legítimo del ambiente y un comportamiento público apropiado.
5. *Los heterodoxos.* No es un estilo definido [...] son aquellos que, o bien no saben, o no son capaces, o no les importa protegerse en un lugar público. [...] Hay tres tipos: *niños*, los que están *constantemente estigmatizados* y los *excéntricos*.

(Lofland, 1966, citado en Lofland, 1971, pág. 35)

Si el muestreo de personas se efectúa sobre la base de categorías elaboradas por los miembros o por el observador (normalmente se utilizan ambas), el proceso relacionará estrechamente el desarrollo de la teoría con la recogida de información; las dos juntas proporcionan las categorías en términos de las cuales se realiza el propio muestreo.

El contexto

Prestar atención a las variaciones existentes en un contexto es tan importante como realizar muestreos de lapsos temporales y de personas. Dentro de cualquier ambiente se pueden distinguir contextos muy diferentes, y el comportamiento de las personas actúa en función del contexto en el que están. Algunos de estos comportamientos contextuales son bastante obvios, y otros no tanto. En escuelas, por ejemplo, es bien sabido que el comportamiento de los profesores a menudo difiere radicalmente dependiendo de si están

en clase o en la sala de profesores (Woods, 1979; Hammersley, 1980). Este contraste es un ejemplo de una distinción más abstracta entre el palco y los bastidores desarrollada por Goffman:

La parte de detrás, o los bastidores, puede ser definida como un lugar, relativo a una determinada representación, donde la impresión dada en la representación es sabida y regularmente contradicha. Por supuesto, estos lugares cumplen diferentes funciones. Aquí es donde se busca cuidadosamente que una representación no exprese algo que vaya más allá de sí misma; aquí es donde las ilusiones e impresiones se construyen abiertamente. Aquí, las puestas en escena y las pautas de representación, contenidas en un compacto de repertorios completos de acciones y personajes, entra en colapso. Aquí los accesorios escénicos, como determinadas bebidas y ropas, pueden estar ocultos de forma que el público no pueda ver la diferencia existente entre el tratamiento que se les da y el que se supone que se les debe dar. Aquí, recursos como el teléfono están apartados de forma que puedan ser utilizados de manera privada. Aquí el vestuario y otras partes de la representación están abiertos a la crítica. Aquí los actores pueden reconstruir su representación, recurriendo a expresiones ofensivas cuando el público no está presente para constatarlas; aquí los miembros más marginales del grupo, expresivamente inepetos, pueden ser aleccionados o no para la representación. Aquí los actores pueden relajarse, abandonar sus papeles, olvidarse del guión y salir de sus personajes.

(Goffman, 1959, págs. 114-115)

Goffman ilustra su argumento haciendo referencia a una amplia gama de ambientes que va desde restaurantes de hoteles hasta astilleros.

De todas formas, es importante no confundir los lugares con los contextos. Debemos recordar, de nuevo siguiendo a Goffman (1963), que las estructuras arquitectónicas son meramente los soportes utilizados en el drama social y que no determinan el comportamiento de manera directa. Por ejemplo, lo que consideramos un comportamiento propio de un área de empleados escolares puede ocurrir también en otras partes de la misma escuela donde se den las condiciones apropiadas, o incluso en un bar. Por el contrario, el comportamiento típico de un área de empleados tal vez no ocurra cuando haya visitantes o aparezca el director. Si queremos asegurarnos de que no producimos falsas generalizaciones sobre actitudes y comportamientos a través de los contextos existentes dentro de un caso, debemos identificar dichos contextos en función de cómo los in-

dividuos actúan en éstos, y reconociendo que son construcciones sociales y no localizaciones físicas, e intentar asegurarnos de que tomamos muestras de todos los que son relevantes.

Hasta ahora la mayor parte del tiempo hemos estado hablando como si fuese muy fácil para el investigador seleccionar los ambientes y los casos para su estudio, así como para establecer muestras apropiadas de ellos. Los casos que hemos decidido estudiar, por una razón u otra, pueden no estar abiertos para el estudio; incluso si lo están, han de desarrollarse estrategias concretas para conseguir acceder a la información necesaria. Igualmente, no todas las personas a las que queremos observar o con las que queremos conversar, ni todos los contextos de los cuales queremos extraer muestras, son accesibles; ciertamente, no lo son siempre que queremos que lo sean. El problema de conseguir el acceso a la información es particularmente importante en la etnografía, ya que actuamos en medios donde el investigador tiene poco poder, y los individuos ya sufren suficientes presiones como para, además, tener que cooperar en la investigación. En el próximo capítulo abordaremos este problema.

Capítulo 3

EL ACCESO

La obtención del acceso a la información necesaria es uno de los principales problemas de la etnografía. Este problema suele ser más grave en las negociaciones iniciales entabladas para acceder al espacio que hay que estudiar y durante los «primeros días en ese campo»; a pesar de todo, el problema persiste de una u otra forma durante todo el proceso de recopilación de información.

En muchos sentidos, la obtención del acceso es una cuestión totalmente práctica. Como veremos, ésta conlleva una serie de estrategias y recursos interpersonales que todos nosotros tendemos a desarrollar en el transcurso de la vida cotidiana. Pero el proceso de ganar el acceso no es *simplemente* una cuestión práctica. Su logro no sólo depende de una comprensión teórica, de desvelar el «código nativo»; el descubrimiento de los obstáculos que dificultan el acceso y también los medios efectivos para sortearlos, por sí mismos, aportan indicios de la organización social del lugar.

El trabajo de Barbera-Stein (1979) ofrece un buen ejemplo de ello. Su trabajo de campo se llevaba a cabo en diversos centros terapéuticos y guarderías para niños en edad preescolar. El diseño original de su investigación no llegó a ser ejecutado porque le fue vetado el acceso a diversos centros. Haciendo una retrospectiva de su experiencia, ella escribe al respecto de la negociación del acceso: «Las negociaciones para conseguir el acceso pueden constituirse como una situación en la que están involucrados puntos de vista múltiples sobre lo que es profano y está abierto a la investigación, y lo que es sagrado o tabú y está cerrado a la investigación a menos que se asuma una posición apropiada de respeto o distancia prudente» (Barbera-Stein, 1979, pág. 15). Ella relaciona esta observación con determinados lugares y con las actividades realizadas en éstos:

Había pedido permiso para observar lo que el equipo psicoanalítico consideraba sagrado. En sus interacciones con niños emocionalmente perturbados, el equipo intentaba establecer lazos de sociabilidad efecti-

vos más allá de la relación entre padres e hijos. Éste era el primer paso en sus intentos de corregir las deficiencias en el desarrollo emocional del niño. Ésta era también la principal tarea de los trabajadores sociales en las guarderías. De acuerdo con lo dicho anteriormente, me pusieron restricciones para acceder formalmente a la guardería. Primero, el acceso formal a la guardería estaba condicionado a no realizar observaciones ni los martes ni los jueves, cuando los trabajadores sociales se ocupaban de los niños en sesiones de juego con marionetas. El juego de marionetas era utilizado como una técnica de proyección psicológica para observar y estimular el desarrollo emocional de los niños.

(Barbera-Stein, 1979, pág. 15)

Incluso después de ocho meses de trabajo de campo y de varias negociaciones, el acceso a esas sesiones «sagradas» de juego con marionetas sólo le fue permitido de manera muy restringida. Únicamente se le permitieron observar tres sesiones y le prohibieron tomar notas.

Por el contrario, Barbera-Stein comprendió que la información interaccional de las familias en sus hogares era demasiado sagrada, así que inicialmente no solicitó acceso a este tipo de información. Lo que ocurrió, de hecho, fue que los trabajadores sociales no veían este espacio familiar como sagrado, ya que el trabajo con las familias era de interés prioritario para ellos. Esta última experiencia ilustra que, al mismo tiempo que hay que mostrarse sensible ante la problemática del acceso a los diferentes dominios, no es del todo aconsejable dejarse guiar completamente por presupuestos propios acerca de lo que es o no accesible.

La negociación del acceso y la recogida de información no son, por lo tanto, fases distintas dentro del proceso de investigación. Éstas se sobreponen de manera significativa. Se puede aprender mucho de los problemas que acarrea la toma de contacto con la gente, así como de la forma en que ésta responde a las aproximaciones del investigador.

LA ENTRADA EN EL CAMPO

El acceso no sólo es una cuestión de presencia o ausencia física. Es mucho más que una simple cuestión de conseguir o poseer un permiso para llevar a cabo la investigación. Esto quedaría ilustrado mediante referencias a investigaciones en las que una noción demasiado literal del acceso ha sido especialmente engañosa. Se podría pensar

que los problemas de acceso se evitarían si sólo se investigase en lugares «públicos» como calles, tiendas, vehículos de transporte público, bares y locales similares. Y en cierto sentido así es. Cualquiera puede, en principio, entrar en estos lugares públicos, puesto que son «públicos». No se requiere negociación alguna para ello. Pero, por otra parte, las cosas no son tan sencillas. En muchos lugares, mientras que la presencia física no representa en sí un problema, la actividad investigadora sí puede presentarlo.

Entre otras cosas, los lugares públicos pueden caracterizarse por un tipo de interacción social que hace referencia a lo que Goffman (1971) califica como «desatención civil». El anonimato en los lugares públicos no es necesariamente una de sus características inherentes; éste se manifiesta en actitudes que muestran falta de interés entre los sujetos, un contacto visual mínimo, un tratamiento cuidadoso de la proximidad física, etcétera. Existe, por lo tanto, la posibilidad de que la atención e interés mostradas por el trabajador de campo provoquen alteraciones en estos delicados rituales de interacción. De la misma manera, gran parte de la actividad desarrollada en lugares públicos es superficial y breve. El trabajador de campo que desee embarcarse en una observación prolongada deberá resolver el problema de la «superficialidad» y tratar de proporcionar una explicación al respecto.

Karp (1980) aporta algunos ejemplos de estos problemas en su investigación sobre «escenarios públicos de interacción sexual» en Times Square y sus alrededores, en Nueva York, particularmente en las librerías y cines pornográficos. Seguramente, ésta es una localización pública muy singular en la cual una buena parte de lo expuesto tiene «mala reputación», lo que hace que el comportamiento en público sea discreto. Karp ensayó varias estrategias para conseguir el acceso y comenzar la interacción. Intentó negociar abiertamente con algunos gerentes de librerías pero no tuvo éxito. Después de un tiempo de observación, los transeúntes habituales de la zona, extrañados por su presencia sistemática en los alrededores, empezaron a pensar que era un *chapero* o un policía. Karp también explica su poca eficacia a la hora de entablar relaciones con prostitutas, aunque sus notas de campo parecen reflejar unos intentos más bien discretos e ingenuos.

Karp resolvió parcialmente sus problemas de acceso cuando se dio cuenta de que éstos eran similares a los problemas de interacción de los propios actores; de esta forma pudo reconducir sus problemas de acceso hacia propósitos analíticos. Él señala este punto al describir su investigación:

Basándome en mi propia experiencia puedo describir, por lo menos parcialmente, la problemática de la presentación personal entre los actores que participan en los escenarios de interacción sexual en Times Square. Frecuenté librerías y cines pornográficos durante casi nueve meses. A pesar de mi relativamente extensa experiencia, no fui capaz de superar una incómoda sensación durante todo el trabajo de campo. Por ejemplo, me sentía nervioso ante la perspectiva de entrar en una sala de cine. Este nerviosismo se expresaba en unas palpitaciones crecientes. Para entrar, esperaba hasta que quedaban pocas personas en los alrededores del cine, preparaba el dinero de la entrada con antelación y no me atrevía a mirar a la cara a la taquillera.

(Karp, 1980, pág. 94)

En vista de estas limitaciones interaccionales, Karp decidió refugiarse únicamente en la observación, con una participación mínima fuera de la conversación informal. Él concluye que para los investigadores los lugares públicos pueden ser tan difíciles como los ámbitos institucionales.

El caso de Karp es un ejemplo de relativo fracaso a la hora de conseguir una «presencia» y unas relaciones de trabajo efectivas, aunque él aprovechara sus problemas para fines analíticos. Sin embargo, basándonos en esta experiencia no podemos concluir que la «superficialidad» nunca desembocará en condiciones de trabajo viables. West escribe sobre el valor de estas aproximaciones aparentemente aleatorias: «Me encontré [...] tanto con delincuentes como con otro tipo de gente al frecuentar sus ambientes, como tiendas, casas de baño, restaurantes, callejones o intentando entablar relaciones informales»; aunque él comenta que «resultaba útil cierto descaro y un carácter fuerte frente a ocasionales rechazos personales, además de tener habilidades orientadas a replicar agudamente, practicar deporte y tener empatía y sensibilidad. Después de unas pocas visitas, quizá un par de semanas, fui conocido como un transeúnte habitual y ya había conseguido entablar conversaciones con varios jóvenes» (West, 1980, pág. 34).

Como en el caso de la investigación de West, algunos individuos y grupos que tal vez uno desea estudiar pueden estar disponibles al acceder a lugares públicos. Sin embargo, no siempre reciben amablemente a los investigadores, o incluso a los extraños de cualquier tipo. A veces es necesario un extensivo «dejarse caer», además de una serie de casualidades afortunadas, antes de conseguir el acceso, como ilustra la experiencia de Wolf:

Como estudiante recién licenciado en antropología por la Universidad de Alberta, Edmonton, quería estudiar la «tribu de las Harley». Pretendía obtener una perspectiva desde dentro de las emociones y la mecánica que esbozara la creación de una subcultura alternativa por parte de los motoristas. [...] Preparé mi moto Norton, me hice con algo de ropa al uso y me dispuse a llevar a cabo mi trabajo de campo. Mis primeros intentos de contactar con este club formado por gente fuera de la ley fueron algo parecido a un desastre. En Calgary conocí a algunos miembros del Kings Crew MC en una tienda de motocicletas y expresé mi interés en «unirme a ellos». Pero no tuve la paciencia suficiente y llevé la situación demasiado lejos al realizar demasiadas preguntas. Enseguida comprendí que los intrusos, incluso los motoristas, no se debían precipitar en ese tipo de cosas, y que nadie que no demostrara el dominio adecuado sería aceptado.

A partir de esta premisa, Wolf se compró una moto nueva y se aproximó a otro grupo, los Rebels, en un último esfuerzo por «conseguirlo-o-abandonar-el-intento». Describe cómo se sentó en un bar observándolos e intentando descubrir cómo aproximarse a ellos:

Descubrí que era mucho más intuitivo de lo que había supuesto al sentarme en el lado opuesto al lugar donde se encontraban los Rebels en el Kingsway Motor Inn. El sonido atronador de la música *heavy metal* hubiera dificultado, si no imposibilitado, una presentación delicada, y allí no había caras individuales o mecanismos para singularizar a alguien entre la humareda, sólo una serie de calaveras Rebel enganchadas en las chaquetas de cuero en un rincón del bar en el que estos personajes parecían prescindir de cualquier tipo de cautela. [...] Decidí salir fuera y preparar una aproximación estratégica, que incluyera cómo reaccionaría si uno de los Rebels se volviera hacia mí y me dijera: «¿Quién te ha invitado a estar aquí?». Barajé cinco diferentes aproximaciones cuando Wee Albert, de los Rebels MC, salió fuera del bar para echar un vistazo de seguridad a sus motos, en el aparcamiento. Me vio montado en mi moto y se acercó para saber quién era. Durante un rato Wee Albert y yo nos quedamos en el aparcamiento hablando de motocicletas, de cabalgar en el viento y de la tradición Harley. Me enseñó algunos de los *choppers* (piñones de moto) más impresionantes de los Rebels y me relató los detallados trabajos de preparación que los miembros del club habían llevado a cabo con sus máquinas. Después revisó mi «burra», mostrando su aprobación, y me invitó a entrar y a tomar algo con los Rebels en sus mesas. Beber en el bar me dio la oportunidad de conocer a los Rebels y también les proporcionó a ellos la oportunidad de observarme en un terreno neutral. Realicé el primero de una larga serie de cruces de

frontera que todos los moteros efectúan si esperan pertenecer a un club.

(Wolf, 1991, págs. 212-215)

Por lo tanto, realizar contactos en lugares públicos con la gente que uno desea estudiar puede ser un proceso difícil; aunque obviamente la experiencia de Wolf es un caso extremo.

A veces, los contactos iniciales pueden transformar por completo los planes de investigación. Liebow (1967) explica que el primer día que entró en contacto con una de las personas estudiadas presencié una discusión entre un policía y una mujer. Esto le llevó a hablar durante horas con un hombre joven. Lo que sigue es lo que comenta retrospectivamente:

No había conseguido lo que me había propuesto, pero sólo era el primer día. Y, de todas maneras, cuando escribí sobre esta experiencia aquella noche, sentí que presentaba una buena imagen de ese joven y que la mayor parte del material recogido era válido. Mañana, me dije, volveré a mi plan original; nada se había perdido. Pero el mañana nunca llegó.

(Liebow, 1967, pág. 238)

El «plan original» que Liebow acariciaba inicialmente consistía en realizar diversos estudios en pequeños ámbitos, «cada uno cubriendo una parte estratégica del mundo de los varones de renta baja»: un estudio del vecindario, otro del sindicato, otro de un bar clandestino, quizá complementados con diversas historias de vida y genealogías. En la práctica, no obstante, en vez de «patearse» el vecindario elegido,

me metía tan a fondo que me vi sumergido completamente, y cualquier plan de hacer tres o cuatro estudios separados, cada cual con sus propios límites, nítidos y claros, cayó para siempre en el olvido. Mis excursiones iniciales por las calles —para realizar averiguaciones, captar el sentido de las cosas y sentar las líneas del trabajo de campo— rara vez me llevaron más allá de una manzana o dos de la esquina de donde había partido. Desde las primeras semanas, o incluso días, me encontré en medio de los acontecimientos: las principales líneas de mi trabajo de campo fueron sentándose casi sin que me diera cuenta. Durante la mayor parte del año siguiente, e intermitentemente después, mi centro de operaciones fue la primera esquina de la calle en que comencé mi trabajo.

(Liebow, 1967, págs. 236-237)

El segundo día de trabajo, Liebow volvió al lugar de su primer encuentro. De nuevo estuvo conversando con tres «borrachines» cuarentones y un hombre más joven «que parecía salido del anuncio de una revista de moda» (1967, págs. 238-239). Este hombre más joven era Tally Jackson, que actuó como padrino e informante de Liebow y en cuyo círculo social se centró la investigación.

El estudio de Liebow constituye hoy en día una contribución importante e impresionante a la etnografía urbana, aunque hay señales de peligro en su relato sobre su trabajo de campo. Puede o no haber sido una buena idea abandonar sus planes originales y sus, algo vagas, intenciones respecto a la conducción de varias pequeñas investigaciones relacionadas entre sí. Por otra parte, puede no parecer tan buena idea, tal como hizo, entregarse completamente al encuentro casual con Tally y sus consecuencias. Tal como el propio Liebow señala, «las principales líneas de mi trabajo de campo fueron abandonadas *casi sin que me diera cuenta*» (1967, pág. 237; las cursivas son nuestras). En este punto, más que la transformación del problema de investigación en respuesta a las oportunidades surgidas en el curso de la misma y la modificación del diseño de la investigación de acuerdo con ello, el problema de Liebow es que parece haber abandonado el diseño sistemático de la investigación.

No obstante, la investigación de Liebow ilustra la importancia del «padrinazgo» informal. Tally le avala, introduciéndole en su círculo de amigos y conocidos, facilitándole el acceso a la información. El más famoso de estos «padrinos» en el campo es sin duda Doc, quien ayudó a Whyte en su estudio sobre «muchachos de la calle» (Whyte, 1981). Su apéndice metodológico es una descripción clásica del desarrollo imprevisto de la investigación, determinado por acontecimientos casuales, y de la influencia de Doc como lo más determinante de su evolución. Doc ofreció a Whyte la protección de su amistad y le adiestró en una conducta y comportamiento adecuados.

Los contactos de Liebow y Whyte con sus padrinos fueron bastante fortuitos. Sin embargo, se puede alcanzar una protección de este tipo recurriendo a redes sociales existentes basadas en la amistad, el parentesco, las relaciones de trabajo, etcétera. Sin embargo, esto no siempre resulta sencillo. Cassel explica las dificultades que tuvo en la negociación de su acceso a un estudio sobre cirujanos, y su dependencia de las redes personales y de ocupación:

Cuando decidí estudiar a los cirujanos, negocié durante gran parte del año con un representante del Departamento de Cirugía, en un hospital en el que mi ex marido había ejercido como médico asistente, an-

tes de que el jefe de Cirugía me negara definitivamente el acceso a ese departamento.

Al mismo tiempo, después de pasar seis meses para obtener una entrevista con un representante del Colegio Americano de Cirugía, volé hasta Chicago para pedirle consejo y una posible ayuda por parte de su prestigioso grupo. El cirujano Southern, de sesenta años de edad, se pasó una hora hablando conmigo de vaguedades; entonces yo le corté y le pregunté si creía que mi estudio estaba mal encaminado. Silencio. «¿Su marido es médico?», me preguntó finalmente. Cuando asentí, dijo: «¿Ha pensado alguna vez... quiero decir, con su experiencia... se le ha ocurrido convertirse en una auxiliar activa en el hospital en que trabaja su marido?». Ése fue el único consejo que recibí.

Finalmente, casi en el último minuto, cuando un crítico que trabajaba para la agencia que financiaba mi estudio me pidió que aportara pruebas que demostraran mi acceso a los cirujanos, un amigo de mi ex marido dijo que podía investigar en el hospital en el que era jefe de Cirugía (y escribió una carta a tal efecto).

(Cassell, 1988, pág. 94)

Hoffman (1980) también aporta indicios acerca de cómo se pueden activar estas redes, al tiempo que llama la atención, una vez más, sobre las relaciones entre los problemas de acceso y la calidad de la información resultante. La investigación de Hoffman hacía referencia a una élite influyente: miembros del equipo directivo de un hospital en Quebec. En primer lugar, ella destaca el problema del acceso a esa élite:

Presentándome como una estudiante licenciada en sociología tuve un éxito muy limitado en los contactos con los porteros del mundo ejecutivo. Hacía constantes llamadas telefónicas y enviaba cartas solicitando una entrevista con el señor X, que siempre estaba «ocupado» o se encontraba «en una reunión». Cuando conseguía entrar, las entrevistas no excedían la media hora y continuamente eran interrumpidas por llamadas telefónicas (anunciando reuniones «importantes», secretarías preguntando si pasaban las llamadas, etcétera) y la única cosa que conseguí extraer fue la «tapadera del trabajo» (Goffman, 1959), la versión pública de lo que hacían los diferentes equipos del hospital.

(Hoffman, 1980, pág. 46)

Sin embargo, durante una de las entrevistas, el informante descubrió que conocía a miembros de la familia de la etnógrafa. Ello dio lugar a un tipo de entrevista e información muy diferente:

El resto de la entrevista aportó datos drásticamente diferentes a los recogidos hasta entonces. Fui presentada ante los equipos con una imagen muy diferente a la usual. Supe, por ejemplo, lo inexpertos que suelen ser los miembros de esos equipos, cómo el comité ejecutivo ejerce su control sobre el resto del equipo, cómo se orientaban las actividades y cuáles eran sus contenidos, y muchos otros aspectos de la organización social informal de los equipos.

(Hoffman, 1980, págs. 46-47)

Abandonando la línea original de su investigación —basada en entrevistas que aportaban ejemplos representativos a partir de diferentes instituciones— Hoffman, debido a sus observaciones, empezó a seleccionar informantes a partir de sus ocupaciones sociales. Empezó con sus contactos entre el personal directivo y, luego, les pedía que le recomendaran a otros informantes y así sucesivamente. Ella sacó la conclusión de que esta estrategia «producía más informantes y una información más significativa».

Hoffman yuxtapone gráficamente las respuestas más comunes para ilustrar esta cuestión:

Respuesta a un sociólogo desconocido

Miembro A del equipo

P: *¿Qué opinión tiene sobre la forma utilizada para reorganizar el equipo?*

Creo que la idea básica de participación es buena. Necesitamos una mayor comunicación con los diferentes grupos. Y pienso que probablemente ellos tendrán mucho que aprender.

Respuesta a un individuo conocido

Miembro B del equipo

Esta actividad es impracticable. Todo es muy bonito y está muy bien el tener a estas personas por equipos, ellos nos pueden aclarar cosas sobre esto o aquello o explicarnos cualquier situación, pero no puedes llevar un hospital así.

P: *¿Cómo se desenvuelven los nuevos miembros del equipo? ¿Participan? ¿Hay problemas?*

... Oh, sí, el señor X (un auxiliar) participa. Hoy me preguntó algo pero no recuerdo qué era. A veces les falta habilidad y experiencia, pero ya la irán cogiendo. No hay problemas con ellos. Nos llevamos muy bien.

El señor X no ha abierto la boca excepto para comer bocadillos. [...] Pero ¿en qué puede contribuir? [...] Se podía con... r en el tipo de miembro que había antes... sabías que podías contar con su apoyo. No te-

nías que estar vigilándole todo el tiempo. Pero esa gente nueva, ¿quién sabe cómo van a reaccionar? ¿Se van a poner de tu lado? Además está el problema de la confidencialidad. Cualquier cosa que digas va a correr por el hospital diez minutos después de haberla dicho. Ya no puedes hablar tanto. Has de tener cuidado por si alguien interpreta que eres demasiado condescendiente o demasiado altivo.

(Hoffman, 1980, págs. 48-49)

Hoffman tiende a ver aquí las fuentes de acceso en términos de «frentes de información penetrante» y opone claramente las dos variedades de datos en función de la «mejor» y la mayor veracidad de sus relatos. Esto puede ser problemático: la «franqueza» también puede ser un cumplido social en aras de la «discreción», pero más adelante volveremos al problema de la autenticidad de la información. El estudio de Hoffman se centra, específicamente, en las relaciones entre el «acceso», la imagen que da el trabajador de campo y la información recogida.

LOS PORTEROS

Tanto el relato de Cassell como el de Hoffman nos llevan hacia los ámbitos «formales» o «privados», en los que los límites están muy marcados, no son fácilmente penetrables y suelen estar vigilados por «porteros». En las organizaciones formales, por ejemplo, las negociaciones iniciales para el acceso pueden centrarse en el permiso formal que será garantizado legítimamente por un tipo de personal que se puede considerar clave. Aunque los porteros no son siempre el punto inicial de contacto del etnógrafo para introducirse en el lugar que está estudiando.

No obstante el ámbito de influencia de tales mediadores no está siempre claro. Efectivamente, la distinción entre los responsables y los mediadores no se presenta de manera clara. Incluso en las organizaciones burocráticas formales no siempre está definido a quiénes hay que recurrir para obtener el permiso, o a quién de entre los miembros es aconsejable recurrir. Gouldner se refiere a este

problema en su estudio sobre la fábrica de yeso de Oscar Center. Cuenta que el equipo de investigación

hizo una «doble entrada» dentro de la planta, introduciéndose al mismo tiempo a través de la compañía y del sindicato. Pronto nos dimos cuenta claramente de que habíamos cometido un error. El problema no había sido hacer una doble entrada, sino no haber hecho una triple entrada. Nos habíamos olvidado de hacer un contacto independiente con un grupo distinto: el equipo directivo de la planta específica que nos interesaba. De forma descuidada habíamos supuesto que el equipo directivo central también representaba al equipo de la planta local y, como constatamos más tarde, ése no era el caso. Como consecuencia de ello, nuestras relaciones con el equipo directivo local nunca fueron tan buenas como con los trabajadores o con el equipo directivo central.

(Gouldner, 1954, págs. 255-256)

Saber quién tiene el poder de facilitar o bloquear el acceso o quiénes se consideran o son considerados por los demás como poseedores de la autoridad suficiente para garantizar o rechazar el acceso es, sin lugar a dudas, un aspecto fundamental del conocimiento sociológico del campo. Pero este dilema no es tan terrible como puede parecer en un principio. De acuerdo con lo que dijimos en el capítulo 1, la investigación nunca empieza de la nada; se basa en mayor o menor medida en el conocimiento proporcionado por el sentido común. Debemos intentar saber lo suficiente de un lugar como para poder valorar las estrategias que probablemente serán más efectivas para conseguir entrar. En el caso de que no lo sepamos, podemos «inspeccionar» con anterioridad el campo, por ejemplo contactando con gente que lo conozca o que tenga conocimiento de otros lugares similares. Normalmente, esto resolverá el problema aunque, como Whitten (1970) descubrió en su investigación sobre las comunidades negras en Nueva Escocia, no existen garantías de que la información conseguida sea válida. La gente del lugar aconsejó a Whitten que llamara por teléfono al concejal del distrito puesto que intentar encontrarse con él sin antes llamarle no sería prudente. Así lo hizo, «con resultados desastrosos»:

Me presenté como un antropólogo de Estados Unidos, interesado por los problemas que enfrentan a las personas de las comunidades rurales de diferentes partes de América. Siguiendo el procedimiento habitual en Estados Unidos y apoyado por lugareños instruidos, le dije que estaba especialmente interesado por las comunidades negras que esta-

ban marginadas dentro del sistema socioeconómico global. Educada pero firmemente, me dijo que la gente del interior de la región de Dartmouth ya tenía bastante con forasteros que les insultaban y les causaban perjuicios con la excusa de la investigación, que la gente de la región era tan humana como yo mismo y que podía hacer los estudios en otras comunidades de la provincia. Me preguntó por qué había elegido a los «negros», y cuando le expliqué que los negros, más que otros, habían sido excluidos de la plena participación, me dijo de nuevo que la gente rural de Nueva Escocia no era diferente y que la gente de color estaba harta de ser considerada distinta, puesto que no lo era.

(Whitten, 1970, pág. 371)

Whitten descubrió que había cometido dos errores básicos:

Primero, cuando los habitantes de Nueva Escocia dicen que hay que llamar al responsable oficial de la comunidad están guardando el respeto debido al funcionario pero no esperan que el investigador tome en cuenta el consejo, sino que el investigador establezca un contacto duradero con alguien que pueda presentarle al funcionario. Lo crucial de este procedimiento es que el investigador sea conocido primero por la persona que hará su presentación, para que el mediador pueda hacerse responsable de los errores del investigador. La recomendación de acudir directamente al funcionario les exime de la responsabilidad que podría devenir de su mediación, y por esta razón se espera que ninguna persona siga el consejo. Segundo, no se espera que uno use el término negro para referirse a los lugareños identificándolos étnicamente a través del color. El uso de la terminología étnica (incluyendo el término «de color») está reservado a aquellos que forman parte del sistema. [...]

Descubrimos que la manera más efectiva de aproximarnos al funcionario responsable era no establecer ningún tipo de diferenciación étnica, esperando a que éste hiciera por su cuenta la distinción (por ejemplo, entre la comunidad de color y la comunidad blanca). Actuando de esta manera, el investigador está en disposición de inquirir inmediatamente sobre el significado de la etnicidad. Si hubiéramos actuado un poco más despacio y omitido las diferencias étnicas podríamos haber tenido éxito y conseguido el acceso rápidamente, pero nos equivocamos al suponer que conocíamos la mejor manera de hacer las cosas en Angloamérica. Por hablar demasiado, y no reflexionar cuidadosamente sobre las posibles connotaciones implícitas en nuestras «instrucciones», temporalmente nuestro trabajo se fue a pique.

(Whitten, 1970, págs. 371-372)

Garanticen o no la entrada al lugar, a los porteros generalmente les interesará, comprensiblemente, dar una imagen de la organización que el etnógrafo va a retratar, y tendrán intereses prácticos en que a ellos y a sus colegas se les presente bajo una luz favorable. Como mínimo, ellos desearán salvaguardar lo que consideran que son sus intereses legítimos. Los porteros, por lo tanto, suelen intentar ejercitar algún grado de vigilancia y control, tanto para bloquear ciertas líneas de investigación como para guiar al trabajador de campo en una u otra dirección.

Como ejemplo del modo en que los porteros pueden intentar influir en algunas cosas, Bogdan y Taylor explican:

Conocimos a un novato que contactó con un reformatorio para establecer una cita a partir de la cual comenzaría con su observación. El supervisor con el que habló le dijo que no sería interesante visitar el reformatorio aquel día ni el siguiente porque los chicos estaban preparando la decoración para Halloween. Entonces él sugirió algunos momentos del día que serían los más apropiados para que el observador «examinara alguna cosa». El observador se vio forzado a elegir entre un número limitado de alternativas, cuando había dejado claro que le interesaba analizar una amplia variedad de actividades y momentos.

(Bogdan y Taylor, 1975, págs. 44-45)

Aunque Bogdan y Taylor narran este episodio como propio de un novato, este problema se plantea a menudo incluso entre los trabajadores de campo más expertos. (En estos casos, el etnógrafo necesita argumentar que está intentando, o incluso desea, observar lo mundano, la rutina y hasta los aspectos más tediosos de la vida cotidiana.)

En este contexto, una de las dificultades a las que nos enfrentamos a menudo surge porque los aspectos más delicados son los más interesantes *prima facie*. Los períodos de cambio y transición, por ejemplo, pueden ser percibidos por los propios participantes como problemáticos y, por esta razón, ellos querrán mantener a los observadores a cierta distancia: el interés por el conflicto viene dado por el hecho de que, entre las oportunidades de investigación disponibles para el trabajador de campo, esos disturbios pueden ser particularmente productivos.

El tema de los períodos «sensibles» es algo que Ball (1980) observa explícitamente en el contexto de un estudio sobre los encuentros iniciales en las aulas escolares. Él observa que los investigado-

res tienden a centrar su atención en las aulas, donde los patrones de interacción siempre están bien establecidos. Por esta razón hay una tendencia a retratar la vida en las aulas según modelos fijos o estáticos. Ball argumenta que las imágenes de la interacción en las aulas con las que estamos familiarizados pueden ser instrumentos privilegiados para la estrategia de investigación. Y continúa diciendo:

El problema es que la mayoría de investigadores, con disponibilidad limitada de tiempo y dinero, se ven obligados a organizar sus observaciones en el aula durante cortos períodos de tiempo. Ello implica acomodarse a situaciones que ya están establecidas dentro del aula, donde profesores y alumnos tienen mucha más experiencia sobre sus encuentros interaccionales que la que tiene el observador. Incluso, cuando el investigador se dispone a analizar los encuentros iniciales entre un profesor y los alumnos, el profesor, no sin razón, se niega a verse observado en su propio medio.

Pero las razones del rechazo de los profesores coinciden exactamente con las razones por las cuales el investigador está allí. Estos primeros encuentros son de una importancia crucial no sólo para la comprensión de lo que vendrá más tarde, sino también para tomar nota de cosas que le permitan una mejor preparación ante los acontecimientos posteriores.

(Ball, 1980, págs. 143-144)

Aquí, pues, Ball llama la atención sobre un problema particular del acceso, y muestra que no es una simple cuestión «práctica» de la organización del trabajo de campo (aunque también lo es), sino que también plantea cuestiones acerca de la descripción cuidadosa y de la conveniencia teórica.

ENGañAR O NO ENGañAR

Algunas veces se puede prever que, con toda seguridad, los porteros bloquearán la entrada en el campo. En este caso se puede recurrir a realizar la investigación de manera secreta (trataremos el factor ético relacionado con la investigación secreta en el capítulo 10). Holdaway (1982) ofrece un ejemplo a partir de su trabajo sobre la policía. Como un oficial de servicio destinado a la universidad para estudiar sociología que volvía al cuerpo para llevar a cabo una investigación sobre el mismo, Holdaway se encontró con estas seis opciones:

- A) Solicitar el permiso del jefe de policía para investigar, dando plenos detalles del método y de los objetivos.
- B) Solicitar el permiso al jefe de policía pero escondiendo las verdaderas intenciones.
- C) Solicitar el permiso de los oficiales de menor graduación para posteriormente requerir una aceptación formal de los oficiales de mayor graduación.
- D) No investigar.
- E) Dejar el servicio de policía.
- F) Realizar la investigación de manera encubierta.

Elegí la última opción sin pensarlo demasiado. A partir de las evidencias, ésta parecía ser la única opción realista; las otras alternativas o bien no eran realistas o bien contenían algún elemento no ético que equivalía a algo similar a realizar una observación encubierta. Creo que los policías de mayor graduación me hubieran denegado el permiso para investigar o me hubieran puesto obstáculos. La opción B es una estrategia tan deshonesto como la de encubrir la investigación, si es que esta última puede considerarse deshonesto. Por ejemplo, si yo fuera un marxista y quisiera investigar a la policía declarando mi marxismo, sé que me sería denegado el permiso para investigar. Y si me «presentara» con un tipo de investigación diferente seguramente sería deshonesto. La opción C no era viable. La D niega la relevancia de mis estudios, y la opción E hubiera sido la salida más lógica; sin embargo, me sentí moralmente obligado a no abandonar el cuerpo de policía que había financiado mis estudios.

(Holdaway, 1982, pág. 63)

Holdaway estaba en la situación poco común de conocer verdaderamente bien el lugar que él quería investigar y los porteros que podían concederle el permiso para realizar el estudio. Sin embargo, muchas veces las razones que nos llevan a prejuzgar como imposible el acceso al lugar no están bien fundadas. Existen muchos lugares en los cuales se podría esperar que nos impidiesen la entrada pero que, al menos en parte, resultan accesibles. Por ejemplo, Fielding (1982) se acercó a una organización de extrema derecha, el Frente Nacional, para solicitar permiso con objeto de llevar a cabo una investigación sobre esa organización y lo aceptaron, a pesar de que él consideraba necesario complementar el acceso oficial con algún tipo de observación encubierta.

De hecho, en la negación de acceso a menudo deben tenerse en cuenta diversas incertidumbres y variantes. Shaffir dijo que la comu-

nidad hasídica Tasher en la que estaba interesado no aceptaba su investigación. Se le aconsejó que encontrara un trabajo en la comunidad y llevara a cabo una investigación encubierta, lo que él hizo:

En cuanto sospeché que los miembros de la comunidad no autorizarían mi investigación sociológica, no les informé acerca de que estaba recogiendo datos sobre ellos. (Tampoco les dije nada de mi conexión con los Lubavitcher, una comunidad que ellos desaprobaban por la relación que mantenían sus miembros con judíos no ortodoxos.) Sin embargo, les dije a aquellos que estaban interesados que era un estudiante de sociología la McGill University. Una y otra vez me pidieron que explicara el significado de «sociología», un término que era totalmente ajeno para los miembros de Tasher. [...] Pero yo lo hacía de una manera que, mediante mi interés en la sociología, podía justificar mis preguntas regulares acerca de la organización de la comunidad. [...] A algunas personas les sorprendía mi curiosidad respecto a temas alejados de mis deberes religiosos. Sin embargo, otros parecían convencidos por mis explicaciones y me proporcionaban de manera voluntaria información que ellos creían que podría interesar a un foráneo. Pero algunos miembros me miraban de manera tan extraña que empecé a sentir que me consideraban un intruso y que mi presencia les resultaba sospechosa.

(Shaffir, 1985, pág. 126)

Shaffir afirma que su papel de espía supuso una seria restricción a su investigación, y experimentó una gran dificultad a la hora de combinar el trabajo religioso a tiempo completo y sus estudios universitarios. Decidió reducir sus horas de trabajo explicando su decisión a sus jefes Tasher en el campo de este modo:

Mis compromisos con la universidad requieren que lleve a cabo una investigación y escriba una tesis. Esta tesis, expliqué, sería probablemente acerca de los billares. «¿Billares?, ¿qué es eso?», me preguntó en yiddish el rabino. El otro hombre, que se había licenciado en la universidad antes de convertirse en Tasher Hassid, le ofreció su versión de lo que él entendía que eran los billares: «Es un lugar en el que se juega con unas bolas encima de una mesa»; y, volviéndose hacia mí, me preguntó: «¿Cómo puedo describirle lo que son unos billares? Nunca ha estado en uno». Entonces añadió: «Es un lugar sucio que atrae a elementos criminales. Para los gentiles es un lugar agradable, pero no para los judíos».

Ambos coincidieron rápidamente en que era necesario disuadirme de realizar semejante investigación y, de repente, el rabino dijo: «Mira, tú nos conoces... ¿Por qué no escribes sobre nosotros para que podamos ayudarte? Lo que quiero decir es que ganarás un premio. Te ayudaré y

así los otros también lo harán y ganarás el premio... ¿Cuándo quieres empezar? Puedes hacerlo cuando quieras». El otro hombre parecía de la misma opinión. Sorprendido, tuve que controlarme para decir, con toda la calma posible, que tenía que considerar su propuesta y que me encontraría con ellos al día siguiente para trazar los posibles detalles.

Por supuesto, me propuse decirles que haría lo que me habían aconsejado. La tarde siguiente, sin embargo, ambos habían cambiado de opinión. [...] Ahí acabó mi primera intentona de trabajo de campo entre los Tasher.

Tendría más éxito pocos años después en la misma comunidad. Había nuevos administradores a cargo de los asuntos cotidianos que se mostraron más receptivos a mis peticiones de visitar y charlar acerca de asuntos de la vida de la comunidad que me interesaban. Les expliqué con toda candidez los intereses de mi investigación. [...] El administrador jefe aparentemente adoptó la postura del «No tenemos nada que ocultar».

(Shaffir, 1985, págs. 128-129)

Chambliss explica algo quizá más sorprendente, un proceso más directo para ganar el acceso al mundo del crimen organizado, pero de nuevo relacionado con una aproximación inicialmente encubierta:

Vestido con ropas de camionero, fui a los barrios bajos, a las zonas donde viven los japoneses, los filipinos y los negros de Seattle. [...] Sentado en la barra de un café, un día me di cuenta de que había gente muy distinta que entraba por una puerta situada en el interior del local. Le pregunté a la camarera, Millie —una esbelta ex prostituta cuarentona y consumidora ocasional de drogas con la que había entablado cierta amistad—, a dónde iba toda esa gente:

MILLIE: A jugar a las cartas.

Yo: ¿Allí detrás?

MILLIE: Sí, ahí se juega al póquer.

Yo: ¿Y yo puedo jugar?

MILLIE: Claro, ve. Pero vigila tu bolsillo.

Así que, prudentemente, me dirigí hacia allí, a través de la puerta trasera y me introduje en una amplia sala que tenía siete mesas octogonales cubiertas por un tapete verde. En cinco de las mesas estaban jugando al póquer. El encargado de la sala de juego, inmediatamente, con un gesto, me invitó a que me sentara. Jugué, vigilando todo el rato mi bolsillo, como me habían avisado.

Durante la semana siguiente volví todos los días. [...] Conversando con el encargado de la sala de juego y con otros jugadores descubrí lo

que algún taxista ya me había dicho: que la pornografía, el juego, la prostitución y las drogas estaban prácticamente disponibles en cualquier esquina de la calle. Así que empecé a frecuentar otros cafés, salas de juego y bares. Mientras practicaba diversos juegos iba reuniendo mucha información a partir de conversaciones casuales.

En una semana me convencí de que la ilegalidad estaba muy bien organizada. El problema era descubrir cómo y por quiénes. El día treinta de ese mes estaba sentado hablando con Millie cuando un hombre, que identifiqué como policía, entró por la puerta y se introdujo en el despacho del gerente. Le pregunté a Millie qué hacía ese hombre allí:

MILLIE: Es el recaudador.

Yo: ¿El qué?

MILLIE: El recaudador. Recoge el dinero para la gente de abajo.

Yo: Ah.

Me pasé los dos meses siguientes hablando informalmente con la gente que conocía durante las partidas de cartas, en los *sex shops* o por la calle. Pronto empecé a sentir que había llegado a un punto muerto. [...] Había descubierto los aspectos generales del crimen organizado en Seattle pero el funcionamiento a un nivel más alto seguía siendo un misterio. Decidí que era el momento de «revelar mi identidad».

Invité al encargado de la sala de juego donde jugaba más a menudo a que me acompañara a comer. Le llevé al club de la facultad de la Universidad de Washington. Ese día él me vio de modo distinto, yo iba afeitado y llevaba camisa y corbata. Le hablé sobre la experiencia y mis intereses «puramente científicos» y, como mejor pude, le expliqué por qué le había engañado al principio. Él se ofreció a ayudarme. Pronto empecé a recibir llamadas telefónicas: «Entendí tu interés por Seattle. ¿Aceptarías investigar al cuñado de Charles Carroll?». Y hubo un encuentro verdaderamente clandestino en un almacén abandonado del muelle. [...]

Durante los siguientes diez años continué con esta investigación ampliando mis contactos y participando incluso en una gran variedad de prácticas ilegales. Conforme se iba difundiendo mi interés por estos temas aumentaba mi credibilidad como alguien en quien se podía confiar y recibía más ofertas para «hablar» de las que podía atender.

(Chambliss, 1975, págs. 36-38)

Los trabajos de Holdaway, Fielding, Shaffir y Chambliss plantean la cuestión del engaño dentro de las negociaciones para el acceso. Cuando la investigación se oculta tanto a los estudiados como a los porteros, el problema de acceso se «resuelve» definitivamente, siempre que no se descubra el engaño. Incluso cuando el «encubrimien-

to» ha sido mantenido con éxito, el investigador se ve obligado a convivir con las dudas morales, las angustias y las dificultades prácticas para llevar a buen término esta estrategia. Sin embargo, si la investigación se lleva a cabo sin el conocimiento o la complicidad de alguien, el trabajo de campo resultará extraño. Es mucho más normal que a algunas personas se les escondan las verdaderas intenciones mientras que otras se convierten en confidentes del investigador, al menos parcialmente.

Pero aquí el problema no sólo radica en si pedimos permiso para realizar la investigación y a quiénes se lo solicitamos, sino también en qué piensan aquellos a los que les concierne. Algunos autores recomiendan que se negocie la investigación explícitamente, exponiendo con detalle las propuestas de la misma y los métodos que serán empleados, aclarándolo todo desde el comienzo a cuantos estén implicados. Sin embargo, frecuentemente esto no es posible ni siquiera deseable. Dada la forma en que los problemas de investigación cambian en el curso del trabajo de campo, al inicio de éste las demandas que uno piensa que probablemente va a tener que hacer a los actores en el campo, así como sus implicaciones y consecuencias políticas, serán poco más que meras especulaciones. También existe el peligro de que la información proporcionada a las personas estudiadas influya en su comportamiento hasta el punto de que los resultados de la investigación queden por ello invalidados. En el caso de Festinger y otros (1956), que informaron al grupo religioso apocalíptico que estaban estudiando no sólo el hecho de que estaban realizando una investigación, sino también las hipótesis que manejaban, la validez de su investigación se podría cuestionar.

Otro argumento a favor de que no se informe totalmente sobre las intenciones de la pesquisa a los porteros desde el comienzo de la misma, es el de que, a menos que uno pueda establecer una relación de confianza relativamente rápida con alguno de ellos, éstos pueden rechazar o negar el acceso de una forma mucho más radical de la que emplearían más adelante durante el trabajo de campo. El estudio de Wolf sobre los motoristas, en el que empleó tres años tratando con ellos antes de aclarar que estaba realizando una investigación, es un extremado pero instructivo ejemplo (Wolf, 1991). Una vez que la gente considera que el investigador es una persona en la que se puede confiar y es discreta en el manejo de la información referente al lugar y que, en sus publicaciones, respetará sus promesas de anonimato, el acceso que anteriormente habría sido denegado de raíz ahora podrá ser garantizado. Al respecto, muchas veces es recomendable no requerir desde el principio el acceso a to-

da la información sino que es mejor pedirlo poco a poco, dejando la negociación sobre puntos de acceso más delicados para cuando las relaciones de campo estén más establecidas; aunque tal vez sea necesario reiterar que los supuestos acerca de lo que es o no delicado no siempre son fiables.

En cualquier caso, aunque decir «toda la verdad» en las negociaciones al inicio de la investigación, como en muchas otras situaciones sociales, tal vez no sea siempre una estrategia adecuada y ni siquiera viable, se debe evitar en la medida de lo posible el engaño, no sólo por razones éticas, sino también porque más adelante, durante el trabajo de campo, la omisión de determinada información podría volverse en contra de uno mismo. Efectivamente, algunas veces suele ser necesario avisar a los porteros o padrinos de las posibles consecuencias que puede tener la investigación para evitar de este modo algunos problemas subsiguientes, tal como Geer destaca a partir de su investigación en universidades norteamericanas:

En las universidades más prestigiosas, el investigador puede ver obstaculizadas sus negociaciones porque los administradores no pueden imaginar que en ellas sea descubierta alguna información nociva. En este caso es conveniente que el investigador explique el tipo de cosas que muchas veces suelen salir a la luz; homosexualidad, por ejemplo, o mala enseñanza. A veces se puede involucrar al administrador en una especie de complicidad científica. Tratándole como a un académico tolerante y de amplias miras, uno gradualmente le convencerá de que aunque el estudio pueda ser amenazador, él y su universidad son lo suficientemente importantes como para que se realice la investigación. Puede parecer innecesario preparar a los administradores para lo peor, pero esto allana el terreno para el *shock* que posiblemente tendrán cuando vean las conclusiones del estudio. Los administradores pueden intentar impedir la publicación o sentir que la universidad ha sido perjudicada y que semejante investigación no hubiera tenido que autorizarse. Sin embargo, el administrador que se ha comprometido generosamente en la negociación inicial suele estar orgulloso de los resultados.

(Geer, 1970, pág. 83)

La negociación del acceso es una cuestión de equilibrio. Las ganancias obtenidas y las concesiones otorgadas en las negociaciones, así como las consideraciones éticas y estratégicas, deben juzgarse a la luz de los propósitos de la investigación y las circunstancias que la rodean.

RELACIONES FÁCILES Y RELACIONES BLOQUEADAS

Buscar el permiso de porteros o el apoyo de padrinos es a menudo un primer paso inevitable para obtener el acceso a la información. Además, las relaciones que se establezcan con esas personas tendrán consecuencias importantes en el curso subsiguientes de la investigación. Berreman, acerca de su investigación en una villa pahari del Himalaya, comenta:

Fuimos presentados [a los lugareños] a través de una nota que les dio el comerciante, que no era pahari, del mercado de la ciudad más cercana, el cual durante un tiempo había comprado a los campesinos pahari los excedentes de su producción agrícola y que además, al parecer, había adquirido tierras en la aldea mediante prácticas poco escrupulosas de oscura naturaleza. Él dijo que aquellos campesinos trataban a los extranjeros como «nuestra gente» y eran muy hospitalarios con ellos. Como era de esperar, nuestro benefactor no era querido en la aldea y fue más a pesar de su intención que a causa de la misma que, al final, consiguiéramos realizar un año de investigación en el lugar.

(Berreman, 1962, pág. 6)

Del mismo modo, uno puede tener suerte al asociarse con los porteros:

La impresión que recibí de la actitud de la gente hacia mí fue que sentían curiosidad y se mostraban muy amistosos. Cuando caminaba por los senderos, me sabía constantemente observado por los lugareños, que no mostraban inhibiciones a la hora de hablar de sus problemas, especialmente en relación con la tierra. Tardaba al menos una hora en atravesar el pueblo debido a que me detenían constantemente y conversaban conmigo. Esto contradecía los informes que había recibido de los antropólogos que trabajaron antes en zonas de habla quechua del Perú, pues se habían encontrado con gente hosca y poco comunicativa. Creo que una de las razones para esto es que mi introducción en la zona fue excepcionalmente buena. Por un lado, mis presentaciones oficiales a través del Ministerio de Agricultura habían tenido lugar gracias a un oficial que no había sido desconfiado. Hablé de mí en estos términos: «Es una buena persona, no pretende engañarnos como otros oficiales». Por otro lado, yo había sido presentado por los miembros de la Iglesia progresista católica, e incluso durante un tiempo viví bajo el mismo techo que ellos. También eran europeos. Su identificación con los lugareños, y mi propia identificación con ellos, tuvieron un valor determinante.

(Rainbird, 1990, pág. 89)

Sin embargo, incluso los porteros y padrinos más amistosos y cooperativos condicionarán la conducción y desarrollo de la investigación. De una u otra manera, el etnógrafo encauzará su trabajo de campo de acuerdo con las redes existentes de amistad y enemistad, con el territorio y con otros factores «limitantes». Una vez que ha sido «adoptado» por un padrino, el etnógrafo puede encontrar difícil conseguir independizarse de esa persona y verse en una situación en la que los límites de su investigación se fijan a partir del horizonte social del padrinazgo individual o grupal. Estos compromisos sociales y personales pueden, como las tácticas de bloqueo de los porteros, cerrar ciertas vías a la investigación. El trabajador de campo se podría encontrar atrapado en relaciones «patrón-cliente» con los padrinos y, de esta manera, la influencia de éstos tendrá consecuencias imprevistas. Las ambigüedades y contingencias del padrinazgo y del patrocinio quedan muy bien ilustradas por dos estudios similares de la España rural (Barrett, 1974; Hansen, 1977).

Barrett explica cómo los miembros del pueblo que había elegido, Benabarre, inicialmente se mostraron bastante reservados. Esta situación cambió parcialmente cuando el panadero del pueblo trabó relación con Barrett y empezó a presentarle a los demás. Sin embargo, la gran transformación se produjo cuando llegó al pueblo un profesor de Barcelona que descendía de una familia de Benabarre. El profesor se interesó por el trabajo de Barrett, de forma que pasaba mucho tiempo en su compañía:

Nada podía haber tenido efectos tan benéficos para mi relación con la comunidad. Don Tomás gozaba entre los lugareños de una popularidad y respeto inmensos, y el hecho de que considerara mi trabajo importante se convirtió en un modelo de referencia para el comportamiento de la mayoría de la gente. El razonamiento que ellos parecían seguir era el siguiente: si, aparentemente, yo fuera alguien de quien debían precaverse, don Tomás no se dejaría embaucar; si él creía que yo era de fiar, entonces es que debía de serlo. La reacción fue inmediata. Las puertas que hasta entonces se me habían cerrado, se abrieron; la gente me saludaba por las calles y me ofrecía sus servicios.

(Barrett, 1974, pág. 7)

Barrett se dio cuenta de que no había sido simplemente una afortunada transformación, también era una importante clave de las relaciones sociales que existían en el pueblo. Las relaciones jerárquicas tenían una importancia fundamental. Al principio, Barrett había eludido relacionarse estrechamente con las familias de «clase alta»:

Pensaba que si existía polarización entre estratos sociales, posteriormente esto me haría más difícil ganar la aceptación entre los campesinos, pero ¡ocurría virtualmente lo contrario! El hecho de que no me asociara con aquellos que me consideraban sus iguales les parecía confuso y hacía mucho más difícil mi situación dentro del orden social. Una vez que don Tomás me brindó su amistad y me presentó a otras familias de rango social similar, la comunidad prácticamente me concedió un certificado de respetabilidad.

(Barrett, 1974, pág. 8)

Las experiencias de Hansen en la Cataluña rural son igualmente reveladoras del orden jerárquico en la sociedad campesina:

Primero, la concesión de entrevistas no estaba funcionando bien porque yo era demasiado educado y solícito a la hora de concertar las entrevistas con gente que apenas conocía. Cometí el error de ser demasiado formal, lo que hizo que aquellas personas sospecharan de mí. Me di cuenta de que me había equivocado gracias a uno de los pocos nobles que quedaban en el Alt Penedès, al cual había entrevistado por casualidad. Me explicó en términos nada vagos que yo me estaba comportando como un criado o un cliente de aquellos individuos, cuando mi riqueza, apariencia y educación indicaban que era superior a ellos. Él me acompañó a visitar a más de veinte terratenientes burgueses y les pidió que me dieran en el acto lo que yo quería, incluyendo detalles sobre escándalos financieros, etcétera. Todos lo hicieron, algunos mostrando reverencia hacia el conde, todos con amabilidad y afabilidad hacia mí. El conde supervisaba todas sus respuestas para ver si encubrían u ocultaban información importante. Yo estaba sorprendido y embarazado: el conde había dado en el clavo. Después de más de veinte entrevistas me sentía abrumado y turbado con tantas muestras de solicitud. De repente, se había puesto de moda entre los lugareños hacerse entrevistar por el *distinguido antropólogo norteamericano*.

(Hansen, 1977, págs. 163-164)

Los porteros, padrinos y similares (ciertamente, la mayoría de las personas que actúa como anfitrión durante el proceso de investigación) operarán en términos de sus expectativas acerca de las intenciones y la identidad del etnógrafo. Como dejan claro los ejemplos de Hansen y Barrett, éstas pueden estar seriamente implicadas en la calidad y naturaleza de la información recogida. Muchos anfitriones depositan expectativas demasiado imprecisas en la investigación, especialmente en lo que se refiere al trabajo etnográfico.

En este sentido, tienden a predominar dos modelos estrechamente relacionados entre sí: el «experto» y el «crítico». Ambas imágenes pueden contribuir a hacer que el portero se sienta incómodo sobre las consecuencias de la investigación y los efectos de su conducción.

Muchas veces el modelo del «experto» parece sugerir que el investigador social es, o debería ser, una persona que está extremadamente bien informada sobre los «problemas» y sus «soluciones». Esta expectativa puede suponer que el etnógrafo que negocia el acceso está reivindicando su papel de experto, y se espera que él «caracterice» la organización o comunidad. Este punto de vista, por tanto, conduce directamente a la segunda imagen, la del «crítico». Los porteros podrían temer que el etnógrafo intente actuar como un examinador. (A veces, por supuesto, el etnógrafo puede comprometerse oficialmente en una evaluación: véase Fetterman, 1984; Fetterman y Pittman, 1986. Sin embargo, incluso en esa situación, todavía sigue siendo posible distanciarse de los papeles del experto y del crítico.)

Bajo algunas circunstancias, esas expectativas pueden tener connotaciones favorables. La evaluación hecha por expertos, llevada con el objeto de mejorar la eficiencia, las relaciones interpersonales, la planificación, etcétera, puede tener al menos el apoyo de aquellos que están en la cima (aunque no necesariamente de los que están en posiciones de subordinación). Por otro lado, los porteros pueden mostrarse recelosos de la vigilancia que esperan que los expertos críticos ejerzan. Incluso, aunque no se niegue el permiso para investigar, los porteros pueden, como ya sugerimos, intentar dirigir la investigación hacia los terrenos que ellos prefieran o alejarla de los aspectos potencialmente más delicados.

Por otro lado, al etnógrafo tal vez le será difícil ganarse la credibilidad si sus anfitriones esperan de él cierto tipo de conocimiento experto. Tales expectativas chocan con la ignorancia e incompetencia real o simulada del trabajador de campo. Smigel (1958), por ejemplo, comenta la propensión de los abogados a no prestar atención a los investigadores que parecen estar jurídicamente mal informados, reacción que también ha sido confirmada por las investigaciones de Mungham y Thomas (1981). A veces los etnógrafos también se distinguen por su aparente falta de actividad. Esto puede contribuir a que los anfitriones no les tomen en serio.

En una amplia variedad de contextos, los investigadores suelen destacar los recelos y expectativas que exhiben los anfitriones como importantes obstáculos para conseguir el acceso. Tales sospe-

chas pueden ser alimentadas por las propias actividades del trabajador de campo. Barrett (1974), por ejemplo, señala cómo los habitantes del pueblo español que estudió interpretaban sus acciones. Él no era consciente de la posibilidad de que los campesinos estuviesen asustados por alguien que se pasaba el día tomando notas, puesto que ellos no sabían qué era lo que estaba escribiendo. Se extendían rumores sobre él que le identificaban como un espía comunista, un agente de la CIA, un misionero protestante o un inspector de Hacienda. En su campo de trabajo en Brasil, a finales de los años treinta, Landes fue acusada de buscar a hombres «vigorosos» para algo más que llevar su equipaje. Se la tildó de prostituta durante su investigación pues ella, de manera inadvertida, rompió las reglas locales acerca del comportamiento adecuado de una mujer (Landes, 1986, pág. 137). Como era de esperar, esto creó problemas en su investigación y en sus relaciones personales en el campo.

Al mismo tiempo, es posible confundir las respuestas de los porteros y participantes como más negativas de lo que son en realidad. En el caso de su investigación sobre los judíos hasídicos, Shaffir comenta:

Mi sospecha de que no era totalmente bienvenido fue el resultado de una confusión básica: interpreté una reacción de indiferencia por una negativa. Yo imaginé que la gente se mostraría curiosa y entusiasta respecto a mi investigación, pero a la mayoría no podía interesarles menos. Mi investigación no les afectaba, y ellos tenían cosas más importantes que atender.

(Shaffir, 1991, pág. 76)

Dicha indiferencia no es infrecuente, ¡como tampoco lo es la tendencia a la paranoia por parte del etnógrafo!

Como apuntamos al inicio de este capítulo, el problema del acceso no está resuelto una vez que uno ha conseguido entrar en el campo, ya que esto no garantiza de modo alguno poder lograr toda la información necesaria. Todos los agentes que forman parte del lugar no estarán igualmente abiertos a la observación ni todo el mundo querrá hablar, o incluso los que quieran no estarán preparados o quizá ni siquiera sean capaces de divulgar toda la información de que disponen. Puesto que la información requerida para desarrollar y comprobar la teoría ha de ser constantemente solicitada, es probable que la negociación para el acceso sea una preocupación permanente para el etnógrafo. La negociación, entonces,

toma dos formas diferentes aunque relacionadas entre sí. Por un lado, las negociaciones explícitas con aquellos cuyas actividades uno quiere estudiar serán parecidas a aquellas que se establecieron con los padrinos y los porteros. Pero, por otro lado, el término «negociación» también se refiere a un proceso mucho más extenso y sutil que supone maniobrar entre diferentes posiciones favorables para la adquisición de la información necesaria. Paciencia y diplomacia resultan de gran ayuda. La negociación del rol del etnógrafo en el campo y las implicaciones de sus diferentes roles en la naturaleza de la información recogida serán examinadas en el próximo capítulo.

Capítulo 4

RELACIONES DE CAMPO

La investigación etnográfica puede y tiene lugar en una amplia variedad de lugares: pueblos, ciudades, vecindarios de la ciudad, fábricas, minas, granjas, tiendas, oficinas de negocios de todo tipo, hospitales, teatros de operaciones, prisiones, bares, iglesias, escuelas, institutos, universidades, agencias tributarias, tribunales de justicia, tanatorios, capillas funerarias, etcétera. Estos lugares varían en todos los sentidos que son relevantes para la naturaleza de las relaciones posibles y deseables con la gente que vive y/o trabaja en ellos. Además, existen muchas diferencias dentro de cada lugar. Las generalizaciones acerca de las relaciones de campo están sujetas, en última instancia, a un montón de excepciones. Ningún conjunto de reglas puede ser tratado como algo que produce automáticamente buenas relaciones de campo. Todo lo que se puede ofrecer es un estudio de ciertos tipos principales de consideraciones metodológicas y prácticas en torno a las relaciones de los etnógrafos en el campo.

RESPUESTAS INICIALES

Igual que los porteros o los padrinos, los actores en el campo también intentarán situar al etnógrafo en su zona de experiencia. Esto resulta necesario para ellos, por descontado, para saber cómo deben tratar con el etnógrafo. Algunos individuos o grupos tienen escaso o nulo conocimiento sobre la investigación social, y por eso los investigadores de campo se encuentran a menudo bajo sospecha, al menos al principio, de ser espías, inspectores de Hacienda, misioneros, etcétera, como hemos señalado en los capítulos anteriores. Así pues, Kaplan explica que los pescadores de Nueva Inglaterra que ella había estudiado creían que era o bien una delegada del gobierno o una investigadora de una agencia de seguros (Kaplan, 1991, pág. 223).

Generalmente estas sospechas se disipan con rapidez al incrementarse el contacto, pero no siempre sucede así. Y a veces, dada la naturaleza de la investigación, puede resultar difícil distanciarse de dichas etiquetas. Hunt (1984, pág. 288) explica que los oficiales de policía que estudiaba sospechaban que ella era una agente encubierta del Departamento de Asuntos Internos o del FBI, una sospecha provocada por los oficiales del departamento de policía en el que estaba trabajando. Pero en realidad ella era, y así se la conocía, una asesora contratada por la ciudad para evaluar a la policía, un papel que los sujetos que sufrían esa investigación podían considerar como de espía. A pesar de esto, Hunt fue capaz de ganarse la confianza de los oficiales de policía que estaba estudiando gracias a que se mostró predispuesta a ayudar en las emergencias callejeras, y gracias también a criticar abiertamente a los altos cargos del departamento de policía.

Como contraste, Den Hollander nos proporciona un ejemplo de una de estas identificaciones iniciales, que aparentemente es más favorable pero que, a la postre, será un obstáculo insuperable para su investigación:

Pocos días después de haber llegado a una ciudad del sur de Georgia (1932) se rumoreaba que yo era un agente de una empresa de fibras sintéticas enviado para estudiar la viabilidad de la instalación de una industria en la ciudad. Mis desmentidos no hacían otra cosa que reforzar el rumor; todo el mundo trataba de venderme las excelentes cualidades de la ciudad y su población; el observador se había convertido en una verdadera hada madrina, hasta el punto de que se hizo imposible realizar un trabajo mínimamente serio. La solución fue abandonar la ciudad.

(Den Hollander, 1967, pág. 13)

Incluso cuando en un lugar determinado las personas se muestran familiarizadas con la investigación, puede haber una seria divergencia entre las expectativas que tienen depositadas en la investigación y las intenciones del investigador. Como los porteros, la gente en general puede ver al investigador como un experto o un crítico. Además, aunque la etnografía no sea familiar para ellos, pueden ser, o al menos así se consideran a sí mismos, expertos en la metodología de investigación, y mantener una actitud negativa hacia aquélla. Este problema es especialmente grave, por supuesto, cuando la gente tiene formación académica, o si hay, incluso, sociólogos entre ellos (Platt, 1981). Scott proporciona un ejemplo de investiga-

ción sobre la experiencia de los estudiantes licenciados en las universidades británicas. Junto a su compañero de investigación, se le pidió que presentara en el seminario de graduación del departamento de sociología un documento que explicara cómo iba a realizar las entrevistas:

Casi antes de que hubiéramos acabado de hablar, el profesor se puso en pie de un brinco y dio comienzo a su diatriba, en la que evidenció no sólo su desacuerdo con nuestra presentación y metodología, sino su molestia. Nos dijo que escribiéramos un artículo para *Network*, la revista de la Asociación Británica de Sociología [...], porque esto «haría que nuestra investigación fuera menos despreciable», y que debíamos publicarlo antes de completar nuestra investigación. [...] Sentimos que se nos había clasificado como ejemplo del «peligro» que entrañaba la investigación etnográfica, así que ese profesor podía desempeñar el papel de gran hombre y ningunearnos frente a sus alumnos. Más tarde comprendimos que el profesor había sido uno de los más exaltados a la hora de exigir que se nos controlara detalladamente cuando nuestro proyecto fue expuesto.

(Scott, 1984, pág. 175)

Fuera de la academia puede haber un menor conocimiento pero igual o mayor hostilidad. El comentario de un agente de policía en la comisaría del Royal Ulster, citado por Brewer (1991, pág. 16), proporciona un ejemplo: «Si algo me subleva es la sociología. Creo que se trata de una buena carga de mierda, así de sencillo». Brewer señala que para algunos oficiales de policía, la palabra «sociología» suena muy parecida a «socialista». Pero ésa no es la única fuente de problemas; él cita a un oficial veterano:

Creo que la mayoría de policías no puede relacionar la sociología con nada, porque la cuestión es que ellos lo piensan todo en términos de blanco o negro: aquellos que hacen cosas malas deben ser castigados, y los que lo hacen bien deben ser recompensados. La sociología parece cambiar el esquema que tienen en la cabeza. Parece decir que aquellos que hacen el bien y son honestos están equivocados. Es como si la sociología dijera que si un hombre que no gana tanto dinero como yo roba para mantener a su familia no está actuando mal. Y una cosa más, la sociología parece afirmar que aquellos que están sanos y hacen el bien actúan así a expensas de los pobres desafortunados.

Allí donde estas actitudes prevalecen, la gente pondrá en duda la legitimidad de la investigación y las credenciales de los investiga-

dores, como le sucedió a la colega de Brewer Kathleen Magee en su investigación sobre RUC:

POLICÍA DE GUARDIA: Mira, espera un minuto. ¿Qué te da derecho a venir aquí y empezar a preguntar cosas personales acerca de nuestras familias y todo eso? [...] No vas a aprender nada de la policía mientras estés aquí. No te van a decir nada... ¿Sabes por qué? Porque siempre vas por ahí con ese bloc de notas apuntándolo todo, y ni siquiera te estás acercando a la verdad... Además, ¿para qué va a servir tu investigación de todas maneras? ¿Nos va a reportar algún beneficio? ¿Por qué investigas? Porque, déjame decirte, las únicas personas que van a estar interesadas en tu investigación son las autoridades.

Este tipo de asaltos verbales continuó durante un tiempo, pero finalizó en una nota menos hostil:

POLICÍA DE GUARDIA: Tal vez la policía me ha hecho así, pero ¿no te das cuenta de que si vienes de ese modo, haciéndome preguntas acerca de mi familia, si pretendes saber todas esas cosas, yo tengo que confiar en tí? Por eso, después de esta noche, te dejaré salir en coche conmigo.

(Brewer, 1991, págs. 21-22)

Como muestra este ejemplo, tengan o no conocimiento de la investigación social, y sea cual sea la actitud que muestren ante ella, la gente a menudo se siente más preocupada acerca del tipo de persona que es el investigador que por la investigación en sí. Intentarán calcular hasta qué punto se puede confiar en él, si es mejor aproximarse o mantener cierta distancia y tal vez también si pueden ser manipulados o explotados (para un análisis interesante de este proceso, véase Edgerton, 1965). Es muy importante cuidar «la presencia» (Goffman, 1955). Como en otras situaciones en las cuales es necesario crear o establecer una imagen, se debe prestar mucha atención a la «impresión» que se causa. Ante todo se deben evitar los aspectos de la imagen del investigador que puedan obstaculizar el acceso, al tiempo que se deben resaltar aquellos que lo faciliten; siempre, claro está, dentro de los límites marcados por consideraciones éticas.

EL CUIDADO DE LA PRESENCIA

La apariencia personal puede ser un aspecto especialmente importante. A veces tal vez será necesario que el investigador se vista

de un modo similar a la gente que estudia. En el caso de la investigación encubierta se trata de un detalle imprescindible; en este caso el trabajador de campo debe ser más cuidadoso con sus aspectos personales que los otros participantes. La investigación que Patrick realizó sobre bandas de Glasgow revela la dificultad que implica «pasar inadvertido» de esta manera:

La ropa era otra dificultad importante. Yo ya sabía de la importancia que los miembros de la banda le dan a la ropa que llevan a la escuela; por eso, después de comentarlo con Tim, compré [un traje de noche azul, con un cinturón de doce pulgadas, flecos de tres pulgadas sobre los bolsillos y un pañuelo azul claro con lunares blancos, para combinar con la corbata, en el bolsillo de la solapa]. A pesar de todo cometí dos errores. Primero, pagué el traje en efectivo en vez de pagarlo a plazos, atrayendo así la atención del personal de la tienda y provocando la desconfianza de la banda cuando, inocentemente, mencioné lo ocurrido. En segundo lugar, la primera noche que salí con la banda, me abroché los botones centrales de mi chaqueta, como solía hacer siempre. Tim me aclaró en seguida el malentendido. Los muchachos de la banda se abrochaban sólo el último botón de la chaqueta para así poder tener las manos en los bolsillos de los pantalones mientras su chaqueta estaba abotonada.

(Patrick, 1973, pág. 15)

El mismo tipo de cuidado que se le presta al vestuario es necesario prestárselo al hecho de mostrarse abierto, algo que durante el período inicial es necesario para ganar la confianza. Sin embargo, en el caso de la investigación de Wolf sobre los «motoristas fuera de la ley», era importante no sólo que él pareciera un motorista —el pelo hasta los hombros y una chaqueta de cuero y unas botas también de cuero, una barba considerable y una serie de parches apropiados en la ropa, etcétera—, sino también que tuviera una «burra», una moto, que pudiese aprobar el examen de los expertos (Wolf, 1991, pág. 214).

Incluso allí donde el investigador está al descubierto, la apariencia puede ser un factor importante a la hora de relacionarse con la gente en el campo. Van Maanen señala que, tras participar en una observación como estudiante de la academia de policía, al examinar a los agentes que patrullaban en la calle él

segua llevando la placa y el revólver. Esos símbolos de pertenencia significaban para los otros mi compromiso a la hora de correr el riesgo que entraña la vida de policía. Al margen de unos pocos acontecimientos especiales, desfiles y ceremonias cívicas en las que los cuerpos uniformados

eran mayoría, la chapa y el revólver estaban, como dijo un policía, fuera de lugar. Me vestía para la calle como yo pensaba que debía hacerlo un oficial; zapatos de pesado talón, un pasador de corbata y una chaqueta amplia que dejaría invisible el bulto de mi revólver. Llevaba conmigo mi porra y mis esposas, un puñado de llaves y balas de repuesto, y a veces un walkie-talkie y un revólver pequeño que me habían proporcionado mis compañeros de trabajo para que sintiera que iba bien preparado.

(Van Maanen, 1991, págs. 37-38)

Van Maanen explica que este «vestuario completo de apariencia policial» causaba cierta confusión entre los ciudadanos, que tendían a pensar que se trataba de un oficial de alto rango!

Consideraciones similares, aunque un tanto diferentes en su significación, son las que recibió Henslin en su investigación sobre los indigentes. Tuvo que vestirse de un modo que le permitiera «mezclarse» con los habitantes de los lugares que visitó. Esto resultaba imprescindible tanto para facilitar el trabajo como para convertirse en una diana para los atracadores. Al mismo tiempo, tenía que parecerse lo suficiente a un investigador como para hacerse reconocible ante los trabajadores de los refugios para indigentes en los que pretendía realizar entrevistas. Solventó esta ambigüedad cargando con un viejo maletín de aspecto barato, cuyas costuras estaban rotas, «haciendo que pensarán que acababa de sacarlo de un cubo de basura». Henslin comenta:

Cuando le decía a alguno de los miembros del personal de un refugio que era un sociólogo que estaba realizando una investigación sobre los indigentes, ellos inmediatamente me miraban con más atención —el estatus que yo aseguraba poseer me distinguía de los miles de tipos sin aspecto concreto que pasaban por allí—, haciendo que ese elemento de *attrezzo* de repente tuviera un papel destacado. Para centrar su atención y ayudarles a aceptar lo que acababa de anunciarles, les indicaba que, a veces, aclaraba mi situación en ese tipo de registros de entrada (mientras le daba la vuelta al maletín con la costura rota hacia mí mismo para crear el efecto deseado).

(Henslin, 1990, págs. 56-58)

En su investigación sobre las escuelas de élite en Edimburgo, Delamont relata cuestiones parecidas respecto a la vestimenta en el sentido de que ésta le preservaba a la hora de mantener relación con múltiples audiencias:

En particular, tenía un vestido gris y un abrigo para los días en que esperaba ver a varios alumnos. El abrigo me llegaba hasta las rodillas y tenía un aspecto muy conservador, mientras que el vestido era corto, para dar a entender a los alumnos que estaba a la moda. Me dejaba el abrigo puesto cuando iba al despacho del director, y me lo quitaba cuando estaba con los alumnos.

(Delamont, 1984, pág. 25)

Aunque al realizar una investigación abierta el investigador no tiene que copiar detalladamente la vestimenta y el comportamiento de la gente a la que está estudiando, tal vez necesite alterar un poco su apariencia y sus hábitos con la intención de reducir las diferencias. Así logrará que la gente que esté en su presencia se sienta más cómoda; pero ésta no es la única razón para realizar esos ajustes, como señala Liebow:

En cuanto al vestuario, parecerme a ellos (en verano, con camiseta de *sport* y pantalones informales) casi no supuso ningún esfuerzo. Mi vocabulario y dicción cambiaron, pero no radicalmente. [...] Así, aunque seguía siendo patente mi forma anterior de hablar y vestir, había conseguido deshacerme de algunas de las características de mi entorno social. Me hice más accesible a los otros y, ciertamente, más aceptable para mí mismo. Esto quedó claro una mañana que me dirigía a un encuentro profesional, en traje y corbata. La poca gracia que ello me hacía me permitió tomar conciencia de que el vestuario, la forma de hablar, la apariencia en general, tenían unos efectos tan importantes sobre mí como sobre los otros.

(Liebow, 1967, págs. 255-256)

En algunas situaciones, sin embargo, puede ser necesario utilizar el vestuario para desmarcarse de las categorías concretas a las que uno podría ser asignado. De este modo, en su investigación en Nigeria, Niara Sudarkasa se dio cuenta de que, con el fin de obtener respuestas para sus preguntas en lugares en los que la gente no la conocía, tenía que evitar vestirse como una mujer yoruba: «La gente sospechaba de una mujer con un bloc de notas, pues a la mayoría no les parecía la estudiante norteamericana que afirmaba ser». Sospechaban que se trataba de una mujer yoruba recogiendo información para el gobierno:

Me acusaban tan a menudo de ser una yoruba que, cuando iba al mercado, en el que no estaba segura de encontrar a algún amigo que

me identificara, hablaba únicamente inglés (en beneficio de los que allí lo hablaban) y me vestía «como una norteamericana». En mi primer viaje al mercado, dejé mis sandalias, me calcé unos zapatos de tacón discreto y me maquillé, incluso me pinté los labios.

(Sudarkasa, 1986, pág. 175)

Así pues, en la observación participante, donde hay que construir un rol de investigación explícita, la indumentaria elegida puede transmitir el mensaje de qué el etnógrafo busca mantener la posición de un miembro marginal aceptable, relacionado con distintos públicos. La indumentaria puede manifestar afinidad entre el investigador y los anfitriones o bien marcar distancia por parte del etnógrafo.

Tal vez no haya prescripciones explícitas sobre el vestuario, pero sí es recomendable ser muy consciente de la imagen y la apariencia que cada uno ofrece. Un error en una cosa tan simple puede echar por tierra todo el esfuerzo. Por ejemplo, Paul Atkinson (1976, 1981a), una vez que había conseguido el acceso a una universidad de medicina en Edimburgo, fue a ver a uno de los porteros influyentes y entabló con él una conversación «informal» sobre el trabajo de campo. Él vestía con desarreglo (además de llevar el pelo muy largo) y no tenía ninguna intención de entrar dentro del hospital de ese modo. Pero el portero se quedó sorprendido por su apariencia informal y empezó a desentenderse completamente de la investigación. Fue necesario un encuentro posterior, después de un corte de pelo y vestido con traje, para hacerle cambiar de actitud.

Hechas estas consideraciones sobre la presencia a través del vestuario, también se debe trabajar la forma de hablar y de comportarse, aunque, como hemos visto, no es necesario imitar al objeto de estudio exactamente. El investigador debe decidir cuál es la impresión que quiere dar y comportarse de un modo acorde con ella. De todas formas, la apariencia que es conveniente ofrecer difícilmente será una sola. Suele haber diferentes categorías de participantes y contextos sociales diversos que exigen que el investigador ofrezca imágenes diferentes. En este sentido, el investigador no es distinto de los actores sociales en general, cuya competencia social requiere una sensibilidad capaz de adaptarse a situaciones cambiantes.

La construcción de una identidad acorde con las necesidades del trabajo en algunas circunstancias puede verse favorecida mediante conocimientos y habilidades, relevantes en el entorno, que el investigador ya posee. Parker ilustra el uso de habilidades sociales en el transcurso de su trabajo con bandas de Liverpool. Escribe que:

El conocimiento de ciertas habilidades básicas facilitó que me pudiera mezclar con ellos. Una de las más importantes era la de ser «rápido»: aunque normalmente me consideraban «tranquilo» y socialmente marginal, no es conveniente dar una imagen pacífica. A menos que se te considere una especie de «protegido», debes ser capaz de cuidar de ti mismo en la guerra verbal de los bares y la calle. [...] Ser capaz de jugar al fútbol mínimamente bien también fue algo muy importante que facilitó el que encajara en su esquema. Aunque «no era Kevin Keegan», ellos solían repetirme: «Vete a jugar al Rugby Special». Pero esto era muy importante en un ambiente donde jugar al fútbol ocupa varias horas por semana. También seguía de cerca al equipo de la banda, e iba al «partido» para animarles siempre que podía. Esto me ayudó muchísimo. Y cuando todo el mundo se enteró de que mi equipo era el Preston (además del Liverpool, por supuesto) se convirtió en una especie de broma, pues perdían con frecuencia. «¿Por qué no juegas con ellos?, seguro que no les iría peor; ¿es que acaso hay una escuela de ciegos en Preston?» (Danny).

(Parker, 1974, págs. 217-219)

Otro tipo de ventaja que suelen tener los antropólogos es la de poseer un cuerpo de conocimientos variados y recursos disponibles que la población estudiada no tiene. Por ejemplo, tener nociones sobre medicina y salud y saber realizar tratamientos simples constituyen una ventaja de este tipo. El tratamiento de pequeñas enfermedades, por medio de métodos fáciles y rápidamente disponibles, ha sido una manera a través de la cual los antropólogos han conseguido la confianza de las personas en el campo. Pero eso puede crear otros problemas añadidos, como los que descubrió McCurdy (1976) cuando dedicaba el día entero a realizar trabajos curativos. De todas formas, ésta es una manera a través de la cual los trabajadores de campo pueden demostrar que no son unos intrusos exploradores, sino que tienen algo que ofrecer. Cosas como la orientación jurídica, escribir cartas y otro tipo de servicios pueden desempeñar el mismo papel. Además, a veces proporcionar dichos servicios puede ayudar directamente en la investigación. En su estudio sobre «supervivientes» Mitchell (1991, pág. 100) explica:

Me ofrecí a componer un grupo de cartas en mi procesador de textos y, al hacerlo, me vi convertido en receptor de una corriente de opiniones escritas y de las percepciones de los miembros. Por lo tanto, convertirme en el editor del *The Survival Times*, como las cartas llegaron a conocerse, legitimó el uso de grabadoras y cámaras en los grupos, y me proporcionó una *entrée* en los grupos de supervivientes de otras partes del país.

Los participantes a veces esperan que se les proporcione un servicio, y no hacerlo quizá les decepcione. Mientras realizaba su estudio sobre la organización de una campaña política, Corsino a menudo ayudó transportando materiales, recogiendo recortes de prensa, etcétera. En una ocasión no quiso fregar los suelos y ayudar a preparar la recepción en casa de uno de los miembros, con la excusa de que sería más útil si empleaba su tiempo observando las preparaciones de organización del acontecimiento. Así describe el resultado:

Las reacciones del director de campaña y del director de los voluntarios fueron más adversas de lo que esperaba. En los días siguientes me di cuenta de que se había producido un enfriamiento, amable pero marcado, en mi relación con los oficiales. [...] Empecé a sentirme más y más incómodo. [...] Esto tuvo lugar en un período estéril de las observaciones del trabajo de campo. [...] Lo bueno es que así me convertí en un observador pasivo.

(Corsino, citado en Adler y Adler, 1987, pág. 18)

Esto no quiere decir que todas las expectativas de los que se encuentran en el campo sean legítimas o deban ser satisfechas. En ocasiones, el etnógrafo tendrá que declinar peticiones y aceptar las consecuencias. De hecho, hay que tener cuidado de no ofrecer demasiado, en detrimento de la investigación.

El valor de la pura sociabilidad no debe ser desestimado a la hora de ganar la confianza. De hecho, el investigador debe intentar encontrar formas en las que el intercambio social «normal» pueda establecerse. Esto requiere encontrar un terreno neutral con participantes mundanos con los que se pueda conversar. Para las personas que hospedan al investigador en su medio resulta muy desagradable que éste les bombardee constantemente con preguntas referentes al tema de la investigación. En especial durante los primeros días de negociaciones de campo es recomendable atenerse a los temas de conversación más «irrelevantes» con la finalidad de construir, frente a los otros, una identidad de persona «normal», «regular» y «decente».

Beynon (1983) se refiere a ello comentando sus intentos de establecer relaciones con el profesorado en su investigación sobre escuelas masculinas de educación secundaria:

Aunque no lo buscaba deliberadamente, me centraba en temas sobre los cuales ellos y yo podíamos compartir cierto interés, y que sir-

vieran como telón de fondo, un buen recurso para empezar y llenar los vacíos que permitan continuar la conversación.

(Beynon, 1983, pág. 40)

No es necesario decir que estas conversaciones aparentemente «irrelevantes» a la postre suelen ser de utilidad para iluminar aspectos de la investigación que en principio no parecían importantes pero que, en el transcurso del trabajo de campo, muestran su relevancia. Beynon elaboró una lista de «entradas» utilizadas para establecer conexiones locales:

Ser reconocido como miembro de la sociedad «local» fue un paso fundamental, especialmente cuando se hizo público que vivía cerca de Victoria Road. Este hecho aminoró considerablemente el sentido de amenaza que yo representaba para ellos.

(Beynon, 1983, pág. 41)

Seguramente algo como lo que ilustra este ejemplo no siempre eliminará el sentido de «amenaza» que el investigador inspira. Dependiendo del lugar, la gente se puede sentir menos amenazada por el «extraño» o más preocupada por las posibles implicaciones que pueden venir del conocimiento local que adquiere el observador. Esto lo podemos ver en otra forma de «entrada» que nos proporciona Beynon:

Todavía más importante fue mi experiencia anterior como profesor de escuela secundaria, experiencia que utilizaba sin pudor para mostrar a los profesores que no era ajeno a su profesión, a las clases y a la vida escolar en general. Ya era demasiado viejo para presentarme como el «estudiante ingenuo», figura tan familiar en las actuales etnografías; pensé que era mejor presentarme como un antiguo profesor que después entró en la universidad y se hizo investigador.

(Beynon, 1983, pág. 41)

Beynon continúa reproduciendo la siguiente conversación, que ilustra cómo esa experiencia anterior de profesor significó un «punto a su favor» en tales circunstancias. Al mismo tiempo, la conversación explicita la reacción natural contra el trabajador de campo, típica en ciertos medios.

SEÑOR BUNSEN: ¿En qué parte de Londres trabajaste como profesor?

J.B.: Primero en la región sur y después en Hertfordshire.

SEÑOR PIANO (*que estaba leyendo el tablón de anuncios de los profesores*): ¡Dios mío! ¡No sabía que fueras uno de los nuestros! Había pensado que eras uno de esos «expertos» que no tienen ni idea de lo que ocurre en la práctica pero creen saberlo todo.

J.B.: Yo no lo sé todo, pero sí conozco cómo son las cosas en la práctica.

SEÑOR PIANO: ¿Durante cuánto tiempo fuiste profesor?

J.B.: Diez años, primero en *grammar* y después en *comprehensive*.

SEÑOR PIANO: Eso es bastante tiempo. Bien, bien... ¡ahora ya puedo empezar a ser duro con ellos!

(Beynon, 1983, pág. 42)

A este respecto hay que destacar el resentimiento que algunos profesionales, especialmente los profesores, suelen tener por los fríos y frecuentemente invisibles «expertos»; aunque el deseo natural que el trabajador de campo tiene de quedarse y aprender debe ser suficiente para superar esas hostilidades entre los miembros de un determinado grupo y el analista.

Beynon continúa señalando que el recurso a estas estrategias para establecer «afinidad» con los profesores era algo más que un intento de adularles para conseguir confianza. Y es que estas estrategias comunicativas iniciales no sólo facilitan el acceso a la información, también son información por derecho propio. Asimismo, Beynon destaca su intranquilidad cuando se preguntaba si su oferta de «amistad» a cambio de información no era excesivamente interesada.

Un problema que se le puede presentar al etnógrafo en tales circunstancias es el de decidir cuán abierto a los demás es conveniente mostrarse. No se debe esperar «honestidad» y «franqueza» por parte de los participantes y los informantes si uno nunca se ha preocupado en ser honesto con ellos. Y las feministas también han señalado la importancia de este detalle a partir de un punto de vista ético (véase, por ejemplo, Oakley, 1981). Al mismo tiempo, como en muchas situaciones cotidianas, el investigador a menudo tiene que ocultar sus creencias personales, sus compromisos y sus tendencias políticas. Esto no quiere decir que sea necesario engañar por completo. Los requerimientos normales respecto a tener tacto, ser cortés y a la «interacción ritual» en general (Goffman, 1972) significan que en cierto sentido «todo el mundo se ve obligado a mentir» (Sacks, 1975). Para el investigador esto puede ser una cuestión de gestión autoconsciente de la imagen, y llegar a convertirse en un as-

pecto omnipresente de la interacción social en el campo. No se debe, por ejemplo, realizar un trabajo de campo en el que únicamente se hable con las personas con las que se tiene cierta afinidad política: no se pueden elegir los informantes de la misma manera que se eligen los amigos (como norma general).

Los problemas concretos aparecen allí donde las tendencias religiosas o políticas del investigador difieren marcadamente de las personas que estudia. Esto lo ilustra la investigación de Klatch sobre las mujeres relacionadas con organizaciones de derechas. Klatch comenta:

A menudo tuve que afrontar una situación difícil a la que las mujeres llegaban porque yo no oponía resistencia: tenía que estar de acuerdo con ellas. Afirmar con la cabeza dando a entender que comprendía sus palabras, por ejemplo, era interpretado como una aceptación de sus creencias básicas. Así, a menudo las mujeres que entrevisté terminaban dándome las gracias por hacer el estudio, diciéndome lo importante que sería para la gente media congraciarse con su perspectiva. Como me dijo una activista a favor de la familia: «Necesitamos gente como tú, gente joven, para restaurar la fe». Habiendo ganado con éxito su confianza, esta mujer interpretó que dicha confianza, y mi entusiasmo por aprender, eran una muestra de mi adhesión a sus creencias.

(Klatch, 1988, pág. 79)

A veces, el trabajador de campo puede sentirse «probado» y presionado para que se sincere, especialmente cuando se trata de grupos o culturas que están organizadas en función de determinadas creencias y objetivos (tales como convicciones religiosas, filiaciones políticas, etcétera). Aquí, el proceso de negociación del acceso al grupo y la confianza de éste puede darse como una especie de iniciación progresiva. En la gestión de su apertura hacia los otros el trabajador de campo encontrará un punto particularmente crucial de este delicado proceder. Eso mismo es aplicable, con más cuidado si cabe, a las investigaciones sobre desviación, ya que los desviados normalmente exigirán al etnógrafo garantías de que no alberga sentimientos de desaprobación y de que no intentará iniciar acciones que vayan en su contra.

LAS CARACTERÍSTICAS PERSONALES DEL INVESTIGADOR

Existen, por supuesto, aspectos de la impresión personal que es posible «gestionar» y que pueden limitar la negociación de las iden-

tidades en el campo, y éstos incluyen las tan conocidas características «adscritas». Aunque sería un error considerarlas como absolutamente determinantes e inmutables, características como el género, la edad y la identificación étnica influyen de manera importante en las relaciones con porteros, padrinos y la gente que se está estudiando en general.

El investigador no puede escapar de las implicaciones que devienen del género: no es posible alcanzar una posición de neutralidad en ese sentido, aunque las implicaciones de género varían de acuerdo con el lugar y se entrelazan con la orientación sexual (Roberts, 1981; Golde, 1986; Whitehead y Conaway, 1986; Warren, 1988). De manera reveladora, la mayoría de los efectos de género se centran en el papel de las trabajadoras de campo: en particular, la manera en que su género les obstaculiza el paso a ciertas situaciones y actividades, mientras que abre otras puertas que no son accesibles para los hombres. Durante mucho tiempo esto ha sido un tema en la escritura metodológica de los antropólogos, en el que se ha señalado que las propias mujeres pueden ver restringido el acceso al mundo doméstico de las mujeres, los niños, los abuelos y así sucesivamente. En el estudio de Golde sobre los nahua, el problema se vio exacerbado por otras características:

El problema se centraba en que yo no estaba casada y era mayor de lo que se entendía como razonable para no estarlo, no tenía la protección de mi familia y viajaba sola, y eso las chicas solteras y vírgenes no lo hacían. Les resultaba difícil comprender cómo yo, una chica obviamente atractiva a sus ojos, podía seguir soltera. [...] No estar casada significaba que yo no debería beber, ni fumar, ni salir sola por las noches, ni hacer visitas durante el día sin un auténtico motivo, ni hablar de temas como el sexo o el embarazo, ni charlar con chicos u hombres en mi casa excepto en presencia de personas mayores, ni tampoco hacer preguntas de ningún tipo.

(Golde, 1986, págs. 79-80)

Más o menos en el mismo sentido, a los investigadores hombres les puede resultar difícil acceder al mundo de las mujeres, especialmente en culturas en las que existe una fuerte división entre sexos.

Sin embargo, en cierta medida el estatus de extranjero del antropólogo puede permitir distanciarse de estas restricciones. Papanek (1964), como reflejó en su estudio acerca de su experiencia con los purdah, señala que, en tanto que mujer, tenía acceso al mundo de las mujeres, en el que no podía penetrar ningún hombre, mientras

que el hecho de ser extranjera la ayudó a apartarse de las obligaciones más estrictas propias de la modestia femenina. La experiencia de Rainbird fue similar:

Ser mujer afectó a mis relaciones en el campo en tanto que ciertas actividades estaban restringidas a un sexo o a otro. Sin embargo, el hecho de que fuera más alta que la mayoría de los lugareños, vistiera pantalones y me mantuviera fuera del estatus social elevado en el que me colocaban, más bien en una categoría ambigua, me permitía concretar citas y visitar a gente libremente por todo el país, como hacían los hombres, pero no beber con los hombres a menos que otra mujer estuviera presente. [...] Por otra parte, tenía un buen acceso a las actividades de las mujeres, así como a la red de cotilleos, a su calor y a su afecto.

(Rainbird, 1990, págs. 78-79)

Problemas similares y libertades sujetas al género pueden también aparecer en investigaciones dentro de las sociedades occidentales. Easterday y otros (1977) señalan que en los lugares dominados por el hombre la presencia de mujeres puede tropezar con la «fraternidad» masculina, de la que están excluidas; estas mujeres se pueden considerar como el objeto de una suerte de «prostitución» ejercida para los hombres de la comunidad de acogida; pueden ser encasilladas en el papel del «recaderas», o tal vez ser adoptadas como una especie de mascota. Todas estas posibilidades implican una falta de participación, o una participación poco seria, por parte de las mujeres. La investigadora no sólo puede encontrar a veces dificultades para ser tomada en serio por parte de los hombres, sino que otras mujeres pueden también mostrarse suspicaces y hostiles frente a su intrusión. Al mismo tiempo, Easterday y otros también reconocen que las investigadoras pueden tener ventajosas compensaciones. La informante «marrullera» tratará de impresionar a la investigadora para probar su particular proximidad con ella, y los hombres se sentirán influidos por su feminidad. De manera similar, en tanto que como mujeres son consideradas poco amenazadoras, tal vez puedan ganar el acceso a lugares e informaciones con relativa facilidad. De este modo, los estereotipos culturales comunes sobre las mujeres pueden beneficiarlas en algunos aspectos.

Warren proporciona un ejemplo de ambos tipos de restricción y de la libertad que puede surgir del hecho de ser una mujer investigadora:

Cuando llevé a cabo mi estudio-tesina sobre la secreta comunidad *gay* durante finales de los años sesenta y principios de los setenta, estaba en disposición de hacer un trabajo de campo en aquellos lugares dedicados a la sociabilidad y el ocio: bares, fiestas, reuniones familiares. No lo estaba, sin embargo, para observar en aquellos lugares dedicados a la sexualidad: incluso en lugares semipúblicos como las saunas homosexuales [...] y los «salones de té». [...] Así pues, mi retrato de la comunidad *gay* sólo es parcial; está limitado por los papeles sociales asignados a las mujeres dentro del mundo homosexual masculino.

Warren contrasta este detalle con la investigación en un centro de rehabilitación de drogadictos:

Esta institución estaba abierta tanto a hombres como a mujeres. Pero como investigadora mujer, y después de muchos meses de observación, comprendí que los hombres estaban más dispuestos a hablar conmigo que las mujeres. Además, los hombres no percibían en mí la capacidad de incomodarlos, y me ofrecieron el acceso. Recuerdo muy vivamente un día que decidí subir las escaleras hasta la planta de arriba, una acción expresamente prohibida a los no residentes. Alguien empezó a protestar; la protesta fue silenciada por una voz masculina que dijo: «Vamos, ¿qué mal puede hacernos ella? Sólo es una tía». Subí al piso de arriba.

(Warren, 1988, pág. 18)

La «raza», la etnia, y la tendencia religiosa, así como el género, pueden marcar límites y plantear problemas. La etnia no es meramente una cuestión de características físicas, sino que también implica cuestiones de cultura, poder y estilos personales. Las reflexiones de Keiser (1970) sobre su trabajo con los «Señores del vicio», una banda callejera de Chicago, planteaba la dificultad que para él, un hombre blanco, significaba establecer relaciones con informantes negros. Mientras que unos se mostraban favorables a aceptarlo como «negro blanco», otros manifestaban una abierta hostilidad. Problemas similares pueden surgir, sin embargo, incluso allí donde tanto el investigador como los investigados son negros. Whitehead (1986) era considerado por los jamaicanos que estudiaba como «grande», «marrón», «un hombre que habla bien». «Grande» remitía no a la estatura, sino a su estatus como extranjero con estudios; «que habla bien» indicaba su uso del inglés estándar más que el dialecto. «Marrón» era el término utilizado por los jamaicanos para referirse a una combinación de la claridad de la piel y unas características económicas y sociales deseables. Él señala que uno de los efectos del hecho de ser visto de este modo fue que

cuando intenté charlar de manera distendida o realizar entrevistas formales con cierta cantidad de hombres con bajos recursos económicos, ellos evitaban mirarme a la cara y, a menudo, sugerían que yo estaba hablándole a otra persona, a alguien de posición más elevada. Frecuentemente me respondían con latiguillos sin sentido como «sí, señor» y «no, señor».

(Whitehead, 1986, pág. 215)

La experiencia de Peshkin en su investigación en una escuela protestante fundamentalista mostró que la etnia y las afiliaciones religiosas del etnógrafo podían ser un factor importante en el establecimiento de las relaciones de campo:

En Bethany quise ser un estudioso no cristiano interesado en aprender acerca del fenómeno de la educación fundamentalista que estaba aflorando en el país. [Pero] descubrí [...] que ser judío sería el detalle personal que más pesaría en mi investigación; se convirtió en un destacado aspecto insalvable de mi subjetividad. Las personas de Bethany me dejaron definir mi investigación, pero nunca olvidaron mis características. Me di cuenta forzosamente de que las amenazas a mi identidad como judío no eran sólo una cuestión histórica.

Con el fin de inculcar a sus alumnos las doctrinas y las significaciones de la identidad cristiana, los educadores de Bethany nos comunicaron a ellos y a mí que yo formaba parte de los rechazados, como Satán; yo materializaba la oscuridad y la falta de rectitud que contrastaba con su bondadosa luz y su rectitud. Dijeron a los niños que nunca se hicieran amigos, se casaran o hicieran negocios con gente como yo. Lo que ellos esperaban hacer con alguien como yo era convertirlo a su fe.

(Peshkin, 1985, págs. 13-15)

Aunque esto no forzó la salida de Peshkin del lugar de investigación, sí afectó a la totalidad de su trabajo de campo.

Magee, una mujer católica tuvo que afrontar un problema similar al estudiar la (predominantemente protestante) comisaría del Royal Ulster en Irlanda del Norte; sin embargo, supo establecer algunas buenas relaciones en el campo:

Después de un período de doce meses, la persistencia inquisitiva de un trabajador de campo está a punto de convertirse en algo irritante. [...] Pero dejando de lado ejemplos de irritación momentánea, de los que existe un buen número [...] la mayoría de los entrevistados se convierten en confidentes en presencia del trabajador de campo para ex-

presar que, sin duda, sienten un considerable temor respecto a la investigación. A veces esas dudas son expresadas mediante el humor y la hilaridad. El trabajador de campo empieza a ser conocido como «viejo estorbo»,* y aparecen chistes que todos conocen acerca de la correcta pronunciación de los nombres propios en el periódico *Republican News* del Sinn Féin.

(Brewer, 1991, pág. 21)

En ocasiones, pertenecer a una etnia o a un grupo nacional diferente puede incluso suponer distintas ventajas. Hannerz (1969), al hablar de su investigación sobre el gueto negro en Estados Unidos, señala que, mientras uno de sus informantes sugirió jocosamente que él podría ser el auténtico «diablo rubio de ojos azules» del que hablan los musulmanes negros, su nacionalidad sueca le distanciaba de otros blancos.

La edad es otro aspecto importante para el investigador de campo. Aunque ésta no sea una verdad universal, al parecer existe una tendencia a que la etnografía sea desempeñada por los investigadores más jóvenes. En parte esto puede ser debido a que los más jóvenes tienen más tiempo para comprometerse con el trabajo de campo (a menudo estudiando a tiempo completo para graduarse); en parte puede sugerir que para los jóvenes es más sencillo adoptar la posición del «incompetente», del «no comprometido» o del «marginado». Esto no significa que la etnografía deba quedar restringida a los investigadores más jóvenes, sino que uno debe, al menos, manejar la posibilidad de que la edad pueda pesar en el tipo de relaciones que se establezcan y en la recolección de datos. El investigador primerizo puede establecer relaciones de trabajo que no son accesibles para el profesor de mediana edad.

Una razón para esto es el efecto de la edad sobre el *modus operandi* del investigador, como ilustra Henslin, comparando su investigación sobre los taxistas, a los veintinueve años de edad, con la de los indigentes, a los cuarenta y siete:

[En la observación participante de los taxistas] no tuve apenas sensación de peligro, me atraía la excitación de la búsqueda sociológica. Aunque dos o tres taxistas habían sido apuñalados la primera semana que yo conduje un taxi, no creía que algo así pudiera sucederme a mí; no pensé mucho en las implicaciones.

* En el original aparece aquí un juego de palabras intraducible en castellano. (Nota del editor.)

Ahora, sin embargo, tenía que enfrentarme de nuevo a las realidades callejeras, y en ese momento de mi vida no veía las cosas del mismo modo. La edad había supuesto para mí lo que se dice que suele suponer: mi aproximación a las experiencias de la calle era más conservadora. Me sorprendí en más de una ocasión preguntándome qué es lo que estaba haciendo, y si realmente debía hacerlo.

Henslin sigue describiendo su nerviosismo al aproximarse a los grupos de gamberros:

En la parte baja del edificio vi cerca de media docena de hombres jóvenes y dos mujeres agrupados frente al aparcamiento. De algún modo, no se parecían a los jóvenes suburbanos del Medio Oeste que yo conocía. Lo más sorprendente acerca de ese grupo era la cantidad de «metal» que mostraban de manera ostensible, con prominentes tachuelas en diferentes partes de sus vestimentas.

Unos pocos años atrás, estos jóvenes me habrían impresionado como otra variante de las muchas experiencias que podría vivir. Ya no. Ahora me impresionaron como grupo, y la discreción me indicó que lo mejor era dejarlos solos.

(Henslin, 1990, págs. 69-70)

De hecho, contactó con ellos. Le dijeron que dormían en edificios abandonados, y él inmediatamente se preguntó cómo habían llegado a eso, cómo se protegían de los intrusos, etcétera. Sin embargo, a pesar de su curiosidad decidió que pasar con ellos la noche sería peligroso.

La edad y sus mecanismos asociados pueden afectar también la manera en que la gente reacciona frente al investigador, algo para lo que éste no está preparado. Un ejemplo extremo nos lo proporciona la investigación de Corsaro (1981) sobre los niños que acuden a las guarderías:

Dos niñas de cuatro años de edad (Betty y Jenny) y un investigador adulto (Bill) en una guardería:

BETTY: ¡No puedes jugar con nosotras!

BILL: ¿Por qué no?

BETTY: Porque eres demasiado grande.

BILL: Me sentaré. (*Se sienta.*)

JENNY: Todavía eres demasiado grande.

BETTY: Sí, ¡tú eres «Bill el Grandullón»!

BILL: ¿Y no puedo miraros?

JENNY: Vale, ¡pero no toques nada!

BETTY: Tú sólo mira, ¿vale?

BILL: Vale.

JENNY: ¿Vale, Bill el Grandullón?

BILL: Vale.

(Más tarde, Bill el Grandullón consigue que le dejen jugar.)

(Corsaro, 1981, pág. 117)

Tenemos aquí una discusión limitada acerca de las características estándar del etnógrafo y las implicaciones para las relaciones de la investigación. El valor enfatizado de esta discusión quizá no abarque todas las características personales que pueden crear una diferencia. Oboler proporciona un impresionante ejemplo de ello, al hablar sobre la aceptación de su marido entre los nandi de Kenia:

Su primer desplazamiento hasta el río para bañarse fue un examen crucial. En un espíritu de camaradería, como suele ser el baño comunitario de personas del mismo sexo, él estaba acompañado por toda una serie de hombres jóvenes. Alrededor de ellos había un numeroso grupo de niños curiosos y adolescentes... Todos querían saber la respuesta. [...] ¿Estaba Leon circuncidado? Entre los nandi, la iniciación masculina incluye la circuncisión del adolescente como el acontecimiento crucial del ciclo de vida masculino, sin el cual la identidad adulta, la entrada al sistema de las edades, así como el matrimonio eran imposibles. También se entendía como una importante marca étnica [...] Afortunadamente Leon, judío al que habían inculcado en la tradición, pasó el examen. Estoy convencida de que un marido que no estuviera circuncidado habría dificultado en gran medida mi trabajo de campo.

(Oboler, 1986, pág. 37)

En el transcurso del trabajo de campo, las personas que conocen u oyen hablar acerca del investigador lo encasillarán dentro de determinadas identidades teniendo en cuenta «características adscritas», así como de aspectos de su apariencia y maneras. Este «trabajo de identificación» (Goffman, 1959) se debe tener en cuenta al analizar sus efectos sobre el tipo de información recogida. Al mismo tiempo, generalmente el etnógrafo intentará adaptarse a la naturaleza de su rol, mediante la adaptación del vestuario y el comportamiento, con la intención de facilitar el acceso a los datos necesarios.

ROLES DE CAMPO

En los primeros días del trabajo de campo, la conducta del etnógrafo no suele diferir mucho del tipo de actividades realizadas por una persona normal cuando se encuentra ante la necesidad práctica de encajar en un determinado grupo social. Es comparable con la situación de un novicio o un recluta —un estudiante neófito, un soldado novato o una persona que comienza en un nuevo empleo, por ejemplo— que se encuentra en un ambiente relativamente extraño. ¿Cómo pueden «saber comportarse» y convertirse en «personas experimentadas» estos novatos? Obviamente, no hay nada mágico en el proceso de aprendizaje. Los novatos miran lo que hacen las otras personas, piden a la gente que les explique lo que está ocurriendo, experimentan cosas —ocasionalmente cometen errores— y así sucesivamente. Por tanto, los novatos actúan como los científicos sociales: haciendo observaciones e inferencias, preguntando a los informantes, construyendo hipótesis y trabajando sobre ellas.

Cuando estudia un medio que no le es familiar el etnógrafo también es un novato. Cuando es posible, se sitúa en la posición del «incompetente aceptable», como Lofland (1971) describe con precisión. Únicamente al mirar, escuchar, preguntar, formular hipótesis y cometer errores el etnógrafo puede adquirir un conocimiento sobre la estructura social del lugar y comenzar a entender la cultura de los miembros del grupo.

Styles proporciona un ejemplo de los primeros escenarios de aprendizaje para ser un observador participante en su investigación sobre las saunas homosexuales. Comenta que antes de empezar asumió que como homosexual se encontraba «entre la "clientela natural" de las saunas. Nunca se me ocurrió que no entendería lo que estaba sucediendo» (Styles, 1979, pág. 151). Antes de ir a una sauna consultó con un amigo homosexual que las frecuentaba:

A partir de esa conversación, no vi mayores problemas y empecé a realizar ciertas tentativas sobre un plan de investigación. Lo primero sería investigar sobre los diferentes escenarios de actividad sexual en las saunas y realizar un diagrama del diseño físico y sexual de éstas. Después de observar la interacción en las diferentes áreas, debería empezar a trabar conversaciones con uno o dos clientes, explicándoles que era la primera vez que visitaba uno de esos lugares, y haciéndoles preguntas acerca de su sauna habitual. Para escribir notas de campo podría usar el aislamiento de algunos lavabos en el piso de abajo, descri-

tos por mis amigos, que tenían puertas que podían cerrarse con pestillo para asegurar la privacidad.

Como podría suponerse, sus planes no salieron como esperaba:

La sauna estaba llena de gente, había mucho ruido y el olor era fuerte. Mi primer proyecto —investigar sobre el diseño de la sauna en sí—, consistió en pasar veinte o treinta minutos dando vueltas, cruzándome con hombres desnudos o casi desnudos en los pasillos. [...] Dejé de lado tomar notas cuando vi una cola de media docena de hombres frente a los lavabos de la planta de abajo... y seguía creciendo. Identifiqué las principales zonas sexuales [...] pero éstas estaban, en su mayoría, tan tenuemente iluminadas que observé algunos detalles del comportamiento y me dejé llevar a la sala de orgías, donde, después de atravesar una masa de cuerpos, me encontré en mitad de la oscuridad, empujado hacia un conjunto de hombres que realizaban actividades sexuales; cogí mi toalla y me di la vuelta mientras uno de ellos me tocaba los genitales. Por fin me rendí en la sala de vapor, entre grandes vaharadas y después de que se entelaran los cristales de mis gafas. El atronador rock de Muzak, el aspecto duro de los clientes y el terrible dolor de cabeza que empecé a sentir (debido a lo que luego supe que era el olor de la amylinitrina, una droga que se inhala para intensificar la experiencia sexual), anularon todo deseo de conversación que hubiera tenido.

(Styles, 1979, pág. 138)

Comenta que «sólo mediante un proceso de prueba y error llegué a entender gradualmente algunos modelos de conducta en la sauna» (Styles, 1979, pág. 139).

La diferencia crucial entre el novicio «profano» y el etnógrafo en el campo es que este último intentará ser consciente de lo que ha aprendido, de cómo ha sido aprendido y de las transacciones sociales que informan sobre la producción del conocimiento etnográfico. Como vimos en el capítulo 1, uno de los principales requerimientos de la etnografía es que suspendamos momentáneamente nuestro sentido común y conocimiento teórico para así minimizar el peligro de confiar demasiado en presuposiciones engañosas sobre el lugar y la gente que lo habita.

Cuando se trata de lugares «extraños» o «exóticos», la confianza que el etnógrafo tiene en sus presuposiciones se viene rápidamente abajo, como, por ejemplo, ocurre con la figura del forastero que nos relata Schutz (1964), cuando éste descubre que lo que sabe

sobre el nuevo país no es suficiente para sobrevivir en él. Laura Bohannon (bajo el *nom de plume* de Eleonore Bowen) escribió un vívido relato, semificticio, sobre sus encuentros iniciales con la cultura africana. Bowen capta el sentido de alienación y «extrañamiento» vivido por la trabajadora de campo, junto con el sentimiento de ser «incompetente»:

Me sentía más como si volviera a mi infancia que como una joven mujer independiente. La familia que me acogía me protegía más o menos contra los extraños, pero posteriormente me hicieron saber sus opiniones sobre mí; obviamente, lo hicieron por mi propio bien, de forma que yo no podía enfadarme por eso. Todavía me vi menos en mi papel de antropóloga profesional preparada llevando a cabo su investigación. Me transportaban de una casa a otra y me llamaban la atención por mi falta de educación o por mojarme los zapatos. Lejos de ser dóciles informantes de los que podía aprender, me encontraba con gente que me enseñaba lo que ellos consideraban que era bueno que supiese y más me interesaba en ese momento, casi siempre cuestiones referentes a las plantas o a las personas.

(Bowen, 1954, págs. 40-41)

Bowen documenta las emociones personales que supone llegar a adaptarse a este extrañamiento, pero en su relato se ve que eso es intrínseco al proceso de aprendizaje.

Esta experiencia de extrañamiento es lo que se suele denominar «choque cultural» y constituye la moneda corriente en la antropología social y cultural. Esa confrontación entre el etnógrafo y la cultura «extraña» es la fundamentación metodológica y epistemológica de la empresa antropológica, ya sea desde el punto de vista de la perspectiva románticamente inspirada en la cultura exótica, o de un encuentro, menos idílico, como el descrito por Chagnon sobre su trabajo entre los yanomamo. Él describe con franqueza cómo empezó su trabajo de campo con una mezcla de impresiones. Por un lado, confiesa una expectación a lo Rousseau sobre sus futuras relaciones con los yanomano: que él les iba a gustar, que éstos le adoptarían, etcétera. Al mismo tiempo, debido a su preparación como antropólogo durante siete años, llevaba consigo un considerable bagaje de supuestos científico-sociales: como él dice, iba a encontrar «hechos sociales» habitando en la aldea, todo el mundo querría explicarle sus genealogías, etcétera. En contraste con estas fantasías románticas y sus suposiciones teóricas, no encontró un conjunto de hechos sociales, ni los indios elegidos se adaptaron a

la imagen de nobles y acogedores salvajes que albergaba en su imaginación. Al contrario:

Levanté la mirada y contuve la respiración al ver a una docena de hombres grandullones, desnudos y horribles que nos miraban apuntándonos amenazadoramente con sus flechas. Grandes hileras de tabaco verde colgaban de sus dientes y labios haciendo que pareciesen incluso más horribles, y una especie de moco de color verde oscuro colgaba de sus narices. [...] Me quedé horrorizado. ¿Qué clase de bienvenida era ésa, para una persona que va allí a vivir contigo y a aprender de tu forma de vida, y que quiere hacerse amigo tuyo?

(Chagnon, 1977, pág. 4)

Es necesario decir aquí que la revelación de Chagnon muestra no sólo el «choque cultural» del occidental que encuentra una cultura «exótica», sino también el problema del científico social que, a través de la observación directa, tiene que encontrar «hechos sociales», «reglas», «instituciones», «organizaciones» y cosas por el estilo. Tal vez sea ésta una de las lecciones más duras que se aprenden ahí fuera. No se puede «ver» la vida cotidiana como si ésta estuviera esperando ser leída, como si fuera un libro de antropología o sociología, y no se pueden extraer directamente conceptos analíticos de los fenómenos que ocurren en el día a día. Algunos investigadores, recién llegados al campo, tienen incluso la impresión de haber sido traicionados cuando descubren esto, o tal vez se dejen llevar por el pánico y la indecisión, creyéndose incapaces de realizar el trabajo de campo porque sus observaciones no encajan con las categorías que manan de la sabiduría «bibliográfica».

En los campos de investigación con los cuales se tiene mayor familiaridad resulta mucho más difícil distanciarnos de nuestras presuposiciones, ya procedan éstas de la teoría social o del conocimiento profano. Una de las razones de ello es que lo que descubrimos en estos medios es demasiado obvio. Becker proporciona un ejemplo clásico en este sentido:

Hemos llegado a comprender cuál es la dificultad de observar aulas escolares. No es una cuestión de métodos de encuesta escolar ni tampoco se trata de que haya alguna cosa que nos impida ver lo que está ocurriendo. Creo más bien que, principalmente, lo que sucede es que todo aquello es demasiado familiar, de forma que resulta imposible seleccionar acontecimientos propios del aula para el análisis como cosas que realmente han ocurrido, aunque estén sucediendo delante de tus

narices. No tengo la experiencia de observar clases de escuelas primarias y secundarias, pero en las clases de la universidad representa un tremendo esfuerzo de voluntad e imaginación dejar de ver solamente las cosas que están «allí» para ser vistas. He conversado con un par de grupos de investigación que se sentaron en la clase intentando observar y es extremadamente difícil que ellos vean o escriban algo que vaya más allá de lo que «todo el mundo sabe».

(Becker, 1971, pág. 10)

Otro problema implicado en la investigación en un medio de nuestra propia sociedad es que no es fácil refugiarse en el papel de novato. En el capítulo anterior vimos cómo los investigadores suelen ser catalogados dentro del papel de expertos o críticos. Además, las características adscritas, especialmente la edad, y las identidades latentes —como en el caso de la investigación de Beynon (1983) sobre profesores— pueden reforzar esto. Estudiando en estos lugares el etnógrafo se enfrenta con la difícil tarea de adquirir rápidamente la habilidad necesaria para actuar de forma competente, lo que no siempre es fácil incluso en los ambientes familiares, mientras que, simultáneamente, en el ámbito privado está luchando para suspender, con fines analíticos, las presuposiciones que ha debido exteriorizar para ganarse la confianza de los miembros del grupo.

El «incompetente aceptable» no es, pues, el único papel que el etnógrafo debe representar en el campo y, verdaderamente, incluso cuando se adopta suele ser, de una manera u otra, abandonado posteriormente a medida que se desarrolla el trabajo de campo. Ha habido varios intentos de clasificar los diferentes papeles que los etnógrafos pueden adoptar en el campo. Junker (1960) y Gold (1958), por ejemplo, distinguen entre el «totalmente participante», el «participante como observador», el «observador como participante» y el «totalmente observador» (véase la figura 1).

En el papel de «totalmente participante» las actividades del etnógrafo permanecen ocultas por completo. Aquí el investigador puede unirse a un grupo u organización —Alcohólicos Anónimos (Lofland y Lejeune, 1960), pentecostalistas (Homan, 1980), una unidad del ejército (Sullivan y otros, 1958), un hospital psiquiátrico (Rosenhahn, 1973)—, los cuales piensan que el etnógrafo es un miembro efectivo, aunque, éste albergue el propósito de llevar a cabo una investigación. La «participación total» también puede ocurrir cuando el supuesto investigador ya es un miembro efectivo del

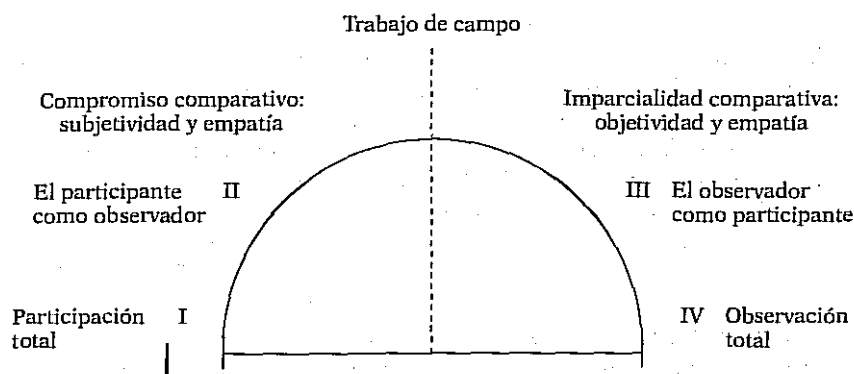


FIGURA 1. Roles teórico-sociales para el trabajo de campo.

Fuente: Junker, 1960, pág. 36; reproducido gracias a la autorización de University of Chicago Press.

grupo u organización y decide realizar un estudio. Éste fue el caso de la investigación que Holdaway (1982) hizo sobre la policía, y el trabajo de Dalton (1959) sobre los «hombres que dirigen (o controlan)». Un ejemplo extremo es el relato de Bettelheim (1970) sobre la vida en los campos de concentración alemanes.

La «participación total» es, por lo tanto, aconsejable en ciertas circunstancias. Algunos autores han sugerido que éste sería el ideal al cual los investigadores deberían aspirar. Jules-Rosette (1978a), por ejemplo, ha defendido la necesidad de una «inmersión total» en la cultura nativa. Esto no quiere decir simplemente «hacerse pasar» por un miembro, sino «convertirse» realmente en un miembro. En el caso de Jules-Rosette, éste se convirtió a la Iglesia apostólica de John Maranke, un movimiento africano nativo. Jules-Rosette reivindica en efecto este procedimiento, lo que ella llama «etnografía reflexiva», y que no tiene nada que ver con la formulación que nosotros hicimos de este concepto.

La «participación total» puede parecer muy atractiva. Dicha identificación e inmersión en el lugar puede dar la impresión de ofrecer seguridad: se puede viajar de incógnito, obtener un conocimiento «desde dentro» y evitar el problema de las negociaciones de acceso. Algo de cierto hay en ello y, de hecho, en algunos lugares la participación completa puede ser la única estrategia mediante la cual obtener los datos requeridos. Sin embargo, «pasar» como miembro durante un período establecido, habitualmente tiene un efecto importante en las capacidades dramáticas del trabajador de cam-

po. El encubrimiento del etnógrafo podría «saltar por los aires», y las consecuencias serían desastrosas para la finalización del proyecto de trabajo de campo, y quizá también para el investigador a nivel personal. Afrontar una situación especialmente embarazosa sería el menor de los problemas que podrían esperarse:

Athena apareció de nuevo, y con nerviosismo me dijo que algunas personas querían hablar conmigo. [...] y me llevó a una habitación en la que cinco miembros del consejo estaban reunidos: los reverendos Armat y Wif, y los maestros Firth, Huf y Lare. Ésta última era la presidenta del consejo.

En primer lugar, mientras me adentraba en la habitación, estaba encantada de tener finalmente la oportunidad de hablar de ciertas cuestiones elevadas, pero en seguida la elaborada trama que se había desarrollado a mis espaldas se convirtió en algo dolorosamente obvio.

En cuanto me senté frente a Huf, Lare me miró fríamente. «¿Cuáles son tus motivos?», inquirió.

Entonces me di cuenta de la hostilidad que había en la habitación, y esa repentina conciencia, tan inesperada, me dejó sin habla.

«Evolucionar», contesté de manera poco convincente. «¿Estáis al corriente de las cintas?»

«Bien, ¿qué pasa con ellas?», preguntó ella.

«Así puedo recordar cosas», dije.

«¿Y las preguntas? ¿Por qué has estado preguntándole a todo el mundo acerca de su pasado? ¿En qué puede ayudar eso a tu crecimiento?»

Intenté explicárselo. «Pero es que yo siempre pregunto a la gente acerca de sí misma cuando los conozco. ¿Qué hay de malo en eso?»

Sin embargo, a Lare no le satisfizo mi explicación. «No te creemos», me respondió.

Entonces Firth añadió: «Tenemos mucha gente inteligente en el grupo... Hemos leído tu diario...».

En ese momento no supe qué decir. Apparently, ahora me consideraban una especie de enemiga encubierta o de periodista sensacionalista dispuesta a molestarlos o a exponer a la Iglesia, y esgrimían estas pruebas para probármelo. [...]

Más tarde, Armat explicó que tenían temores respecto a mi persona o acerca de cualquier otro que llamara la atención sobre ellos debido al clima negativo hacia los cultos entre los «humanos». Así que temían que la atención prestada desde el exterior pudiera llevarles a la destrucción antes de que estuvieran preparados para la llegada de la aniquilación. Sin embargo, en la tensión de un juicio sumarisimo, no hubo manera de poderles aclarar mis intenciones para reconciliarlos con mi creencia expresa en el aprendizaje de la magia. Al recordar que Firth había leído mi diario, me di cuenta de que ya no tenía nada que decir.

«Así que ahora, márchate», espetó Lare. «Coge tu pentagrama y vete.» Al librarme de mis cadenas les expliqué que había llegado allí en un coche con otras personas y que ahora no tenía manera de regresar. «Ése es tu problema», dijo ella. «Simplemente esperamos que te hayas ido cuando regresemos.» Y, de manera amenazadora, añadió: «Deberías estar contenta de que no hayamos hecho nada más».

(Scott, 1983, págs. 132-133)

Afortunadamente, Scott había recogido ya una cantidad sustancial de datos antes de que su identidad como investigadora fuera descubierta y el grupo en el que se había visto incluida decidiera tomar una represalia violenta.

Aquí, incluso si se hubiera tenido éxito, la estrategia de una «participación completa» normalmente se habría mostrado limitada. El tipo y las características de la información que se recopila frecuentemente serán bastante limitados en la práctica. Por definición, el participante se verá obligado a implicarse en las prácticas sociales existentes y las expectativas que sobre él recaerán serán mucho más rígidas que las que recaerían en un investigador que hace su tarea abiertamente. La actividad investigadora estará, además, rodeada por estas rutinas y realidades preexistentes. En esta situación será muy difícil que el trabajador de campo pueda optimizar las posibilidades de recoger información. Determinadas líneas de investigación que parezcan potencialmente provechosas pueden resultar inviables en la práctica, pues los «totalmente participantes» tienen que actuar de acuerdo con las expectativas que los miembros depositan en sus papeles.

Gregor (1977) señala los límites de la participación total. Durante los primeros días de su trabajo de campo en un aldea de indios en Brasil, Gregor y su mujer intentaron —en aras de unas «buenas relaciones públicas»— vivir como si fueran indios:

Desgraciadamente, no estábamos aprendiendo mucho. Todos los días volvía de las largas caminatas a través de la selva, llegaba cansado, incapaz de pensar en nada, muerto de hambre y lleno de picaduras de insectos. Mi trabajo no estaba funcionando bien, porque cazar y pescar son asuntos demasiado serios para ellos como para molestarles con preguntas irrelevantes sobre el hermano de su madre. Mientras tanto, a mi mujer le estaba yendo un poco mejor con las mujeres.

(Gregor, 1977, pág. 28)

Después, Gregor y su mujer dejaron de «fingir» que se estaban «volviendo» indios brasileños, y reiniciaron la actividad de investigación sistemática.

En contraste con el «totalmente participante», el «totalmente observador» no tiene ningún contacto con lo que está observando. Así, Corsaro (1981) completó su observación participante con los niños de la guardería para observarlos a través de un espejo sin azogue. La observación encubierta, el que observa el comportamiento de la gente de la calle desde una ventana (Lofland, 1973), también entra dentro de esta categoría, y quizá también investigaciones como la de Karp (1980) sobre los «escenarios públicos donde hay interacción sexual» en Times Square.

Paradójicamente, la observación total comparte muchas de las ventajas e inconvenientes de la participación total. A su favor está que las dos minimizan el problema del rechazo: en ninguno de los casos el etnógrafo interactúa como investigador con la gente que está estudiando. Por otro lado, podrían haber serios límites para lo que puede o no ser observado, y las entrevistas a los participantes normalmente resultan imposibles. En teoría, si sólo se adopta uno de los dos roles será muy difícil trabajar de una manera rigurosa, aunque ambas pueden ser estrategias prácticas para adoptar en determinados momentos del trabajo de campo y, en ciertas situaciones, su adopción puede ser inevitable.

La mayoría de las investigaciones de campo se hacen empleando unos roles que se encuentran en un punto intermedio entre estos dos polos. La cuestión de si la distinción entre los participantes como observadores y observadores como participantes tiene algún valor o no es difícil de responder. Examinando la distinción realizada en la tipología de Junker (1960) sobresale un problema serio: se mezclan diferentes dimensiones que no tienen necesariamente que estar relacionadas. Una de ellas, mencionada en el capítulo anterior, es la cuestión del secreto y el engaño. Otra es si el etnógrafo asume un rol preexistente en el campo o negocia uno nuevo; aunque no pueden hacerse distinciones apresuradas y rígidas y, ciertamente, deberíamos tener cuidado en no tratar los roles que ya están establecidos en el campo como si tuviesen unas características rígidas y estáticas (Turner, 1962).

En las investigaciones secretas, por supuesto, el etnógrafo tiene pocas posibilidades al margen de seguir un rol ya existente, aunque tal vez sea posible ampliarlo y modificarlo hasta el punto que convenga a la investigación (Dalton, 1959). Algunas veces, en la investigación abierta tampoco hay otra opción que no sea representar

un rol establecido, tal como Freilich (1970a y b) descubrió en su estudio de los metalúrgicos mohawk en Nueva York. Después de haber hecho amistad con uno de los mohawk, intentó volver al rol de antropólogo:

Pronto quedó claro que cualquier símbolo antropológico era tabú. [...] No podía usar lápices, libretas o cuestionarios. No podía siquiera ser semiantropólogo. Por ejemplo, intentaba decir: «Eso es realmente interesante; deja que lo escriba para que no se me olvide». De repente, mis compañeros mostraban una actitud hostil y las pocas palabras que conseguía garabatear me costaban su antipatía durante los días siguientes.

(Freilich, 1970a y b, pág. 193)

Currer (1992) explica una experiencia parecida en la negociación del acceso a las informantes pathan:

Se me otorgó un permiso para hacer una visita; las visitas se trazaban en términos sociales: mi agenda y mi propósito de dominio público nunca fueron relatados. Cuando lo hice, las mujeres involucradas se sintieron muy ofendidas y nuestra relación se cuestionó. Las mujeres, no menos que los hombres, ya sabían de mis propósitos de investigación. Sólo en dos casos la relación combinó de manera estrecha lo personal y lo profesional. En esos casos, yo podía tomar notas y guiar el intercambio.

Currer concluye diciendo: «Tuve que escoger entre insistir en mis reglas y que me fuera negado cualquier acceso real o [visitar] según los términos de las mujeres» (Currer, 1992, págs. 17-18).

Generalmente, en la investigación abierta el etnógrafo tiene la opción de decidir si va a asumir o no uno de los roles ya existentes en el campo. Así, por ejemplo, en la investigación sobre los colegios, a veces los etnógrafos tienen que adoptar el papel de profesor (véase, por ejemplo, Aggleton, 1987; Mac an Ghail, 1991), pero otras veces no (Brown, 1987; Walker, 1988; Stanley, 1989; Riddell, 1992). Quizá no resulte sorprendente, pero ellos rara vez adoptan el papel de alumnos de la escuela (véase Llewellyn, 1980), aunque en los estudios sobre la educación superior los etnógrafos sí se incorporan al rol de estudiantes (Moffat, 1989; Tobias, 1990).

Las decisiones sobre el rol que hay que adoptar en el campo dependerán de los propósitos de la investigación y del tipo de lugar en el que ésta se lleve a cabo. En cualquier caso, las previsiones que se hagan sobre las probables consecuencias de adoptar diferentes

roles raramente son algo más que meras especulaciones. Por fortuna, a lo largo del trabajo de campo frecuentemente se producen cambios de rol. De hecho, existen poderosos argumentos a favor de la movilidad entre diferentes roles durante el trabajo de campo, para poder evaluar sus efectos sobre la información. Seigny (1981), al estudiar las clases de arte en una universidad, recogió datos combinando el papel de estudiante, el de tutor y varios roles de profesor. Se pueden utilizar, pues, diferentes papeles dentro del campo, para poder tener acceso a diversos tipos de información, así como para conocer mejor los distintos perfiles de cada uno.

ADMINISTRAR LA MARGINALIDAD

Existe una tercera dimensión en la variedad de roles de investigación, incluida en la tipología construida por Junker y Gold: desde el punto de vista «externo» del observador hacia la perspectiva «interna» de los actores. Sin embargo, esta dimensión está rodeada por lo que Styles define como mitos externos e internos:

En esencia, los mitos externos afirman que sólo lo externo puede conducir de manera válida una investigación en un grupo dado; sólo lo externo, se sostiene, posee la objetividad y la distancia emocional necesarias. De acuerdo con los mitos externos, lo interior presenta invariablemente su grupo bajo una luz favorable no real. De manera análoga, los mitos internos afirman que sólo lo interno está en disposición de llevar a cabo una investigación válida en un grupo concreto y que todo lo externo es inherentemente incapaz de apreciar el verdadero carácter de la vida en grupo.

Los mitos de lo que está dentro o fuera no son generalizaciones empíricas acerca de las relaciones entre la posición social del investigador y el carácter de los hallazgos de la investigación. Son elementos de una retórica moral que pide la legitimidad en la investigación de un grupo concreto.

(Styles, 1979, pág. 148)

Por supuesto, es cierto que los que están fuera y los que están dentro se encuentran en disposición de acceder de manera inmediata a diferentes grupos de información. Y ambos están expuestos también a distintos tipos de peligros metodológicos. El peligro que incumbe al papel del observador total es el de no llegar a entender las perspectivas de los participantes. Allí donde esta estrategia es utilizada de ma-

nera única, esas perspectivas se infieren a partir de lo que se pueda observar más allá del conocimiento previo del investigador, sin posibilidad de comprobar estas interpretaciones respecto a lo que dicen los participantes como respuesta a sus preguntas. Aquí el riesgo no sólo es perder un importante aspecto del lugar, sino más bien confundir de manera seria el comportamiento de los observados.

Un peligro más común en la investigación etnográfica, y que afecta a los otros tres roles en la tipología de Junker, es «convertirse en nativo». A veces no sólo se abandona la tarea de análisis para poder disfrutar plenamente de la participación, sino que incluso cuando se continúa con la investigación con un «exceso de amistad» puede surgir una actitud de parcialidad. Miller subraya este problema en el contexto de un estudio sobre el liderazgo en un sindicato local:

Una vez que había entablado una estrecha relación con los líderes sindicales, estaba decidido a mantenerla, lo que suponía abandonar algunas líneas de investigación. Ellos me habían dado una información muy importante y delicada sobre las actividades internas de la rama local del sindicato: cuestionar abiertamente sus actitudes básicas hubiera abierto varias áreas de conflicto. Continuar con la estrecha amistad y seguir los senderos de investigación que los líderes sindicales consideraban antagónicos hubiera sido imposible. Volver a un nivel inferior de amistad hubiera sido difícil, porque un cambio súbito les induciría a mantener una distancia y desconfianza considerables.

(Miller, 1952, pág. 98)

Después de haber establecido relaciones amistosas, Miller encontró límites para la recopilación de información. Él incluso sugiere que los mismos líderes podrían haber utilizado esa relación tan estrecha para limitar sus observaciones y críticas. Miller también llama la atención sobre el hecho de que el exceso de amistad con un grupo lleva a problemas de relación con otros grupos; en su estudio, su proximidad con los líderes sindicales limitó su relación con los propios trabajadores.

La cuestión de las relaciones de amistad tiene dos implicaciones, y ambas presentan problemas de «identificación». En un caso como el señalado por Miller, el etnógrafo puede ser identificado con determinados grupos o individuos, de forma que ello complique su movilidad social en el campo y las relaciones con otros. Más sutil, tal vez, sea el peligro de «identificarse con» las perspectivas de algunos actores, sin constituir siquiera motivo de conflicto.

Un muy conocido estudio etnográfico británico que ha sido acusado por muchos lectores de tener una «perspectiva parcial» es el estudio de Paul Willis (1977) sobre los adolescentes de las clases trabajadoras. El trabajo de Willis está basado en entrevistas con doce alumnos que se caracterizan por sus actitudes contrarias a la escuela. Estos muchachos de clase trabajadora se describen a sí mismos como «valientes», distinguiéndose de los que ellos llaman «pelotas», quienes aceptan los valores de la escuela. Los «valientes» no tienen oportunidades para encontrar empleos de «clase media» y, de forma entusiasta, buscan empleos propios de la clase trabajadora. Willis argumenta que esta contracultura «encaja» con la cultura de los lugares de trabajo de la clase baja, incluso llega a sugerir que los alumnos más conformistas están menos adaptados a la cultura de los empleos propios de la clase trabajadora.

Hay dos indicios de «exceso de afinidad» en el trato de Willis con esos jóvenes. En primer lugar, él parece haber dedicado su atención casi por completo a los «valientes»; en muchos aspectos parece adoptar sus puntos de vista sin someterlos a análisis. Al final, el libro es una celebración de las hazañas de los «valientes»: Willis no puede o no quiere tomar la distancia adecuada con respecto a los relatos de los «valientes». En segundo lugar, trata a los «valientes» como si fueran portavoces de la «clase trabajadora». Aunque Willis reconoce explícitamente que la cultura de la clase trabajadora es heterogénea, él, no obstante, parece considerar los puntos de vista de los «valientes», o al menos algunos de ellos, como representativos de la clase trabajadora en general. Puesto que «los pellets» conformistas también proceden de la clase trabajadora, este tratamiento es, como mínimo, problemático. No hay duda de que Willis es culpable de «identificarse» con sus doce elegidos y, como resultado, su descripción de la escolaridad se ve comprometida.

En un interesante paralelismo, Stein (1964) proporciona una descripción reflexiva de su identificación con el grupo de mineros que estudiaba junto con Gouldner (1954):

Mirando hacia atrás, ahora pude ver los tipos de influencias que estaban presentes. Mi tema de investigación era la cuestión de la autoridad y, decididamente, escogí las expresiones de hostilidad características de los mineros en lugar de la represión que caracterizaba a los trabajadores de la superficie. Yo procedía de una cultura de clase bastante heterogénea que conllevaba una mezcla de elementos de clase alta, media y baja, que aún no había conseguido asimilar del todo. El caso es que asociaba el espacio de la clase trabajadora con la espontaneidad

emocional, y el espacio de la clase media con la contención emocional. Nunca me enfrenté al hecho de que los hombres de la superficie eran tan miembros de la clase trabajadora como los propios mineros.

La redacción de la investigación se volvió un acto de vasallaje puesto que pensaba que escribir sobre la vida en la mina era mi manera de ser fiel a la gente que vive allí. Fue lo más fácil que nunca haya escrito. Pero los esfuerzos para interpretar el comportamiento de los mineros como el producto de fuerzas sociales y, especialmente, verlo como un conjunto de prácticas estratégicas en vez de espontáneas, me dejó un profundo sentimiento de zozobra.

(Stein, 1964, págs. 20-21)

Aunque el etnógrafo puede adoptar diversos roles, el objetivo de cada uno de ellos es mantenerse en una posición más o menos marginal. Como señala Lofland (1971, pág. 97), el investigador elabora «interpretaciones creativas» desde la posición marginal de estar, simultáneamente, dentro y fuera. El etnógrafo debe estar intelectualmente suspendido entre la «familiaridad» y el «extrañamiento» mientras que, socialmente, su papel oscila entre el «amigo» y el «extraño» (Powdermaker, 1966; Everhart, 1977). Funciona, pues, según el título de una colección editada por Freilich (1970b), como un «nativo marginal».

LAS TENSIONES Y LAS PRESIONES DEL TRABAJO DE CAMPO

No resulta fácil mantener una posición de marginalidad, puesto que ésta conlleva una sensación de inseguridad constante, incluyendo vivir en dos mundos simultáneamente, el de la participación y el de la investigación. En la investigación encubierta, existe un constante esfuerzo por mantenerse encubierto y, al mismo tiempo, aprovechar cualquier oportunidad que surja. En la observación abierta y participante, existe la tensión de vivir con la ambigüedad y la incertidumbre de la posición social situada en el margen, y hacerlo de una manera que sea útil para la investigación pero también de un modo éticamente aceptable. En un aspecto o en otro, como Thorne (1983, pág. 221) señala, a menudo se «corre hacia la semilla» de los lugares en los que se trabaja.

Johnson (1975) ha recogido varios detalles de sus reacciones físicas y emocionales bajo las presiones del trabajo de campo. Algunas de sus notas de campo documentan sus respuestas con una franqueza destacable:

Todas las mañanas, alrededor de las ocho menos cuarto, mientras voy conduciendo hacia la oficina, comienzo a sentir una molestia en el lado izquierdo de mi espalda, y la maldita cosa permanece allí hasta cerca de las once, cuando hago mis planes diarios de acompañar a uno de los trabajadores. Puesto que casi todos los trabajadores están en la oficina hasta las once o las doce, y como hay una única silla de sobra y absolutamente ninguna mesa en las dos unidades, en esas dos o tres primeras horas me sumerjo en una profunda agonía todos los malditos días. Intentar estar ocupado sin molestar demasiado a ningún trabajador es como jugar al ajedrez chino, saltando de un lado para otro, de aquí para allí, sin encontrar un sitio donde esconderme.

(Johnson, 1975, págs. 152-153)

Los síntomas físicos que Johnson describe son tal vez un ejemplo bastante extremo de la presión existente en el trabajo de campo. Pero, en general, este fenómeno es bastante común: muchos trabajadores de campo relatan la experiencia con cierto grado de constreñimiento en función de su «rareza» y «extrañeza» o posición «marginal». Podemos comprobar algunas de estas características a partir del análisis psicológico de Wintrob (1969) sobre las ansiedades sufridas por los antropólogos en el campo, basándose en las experiencias de estudiantes graduados y algunos relatos autobiográficos publicados.

Wintrob identifica diferentes fuentes de estrés, incluyendo lo que él define como el «síndrome de desadaptación», que supone una amplio abanico de sensaciones: incompetencia, miedo, ira, frustración. Cita la explicación de un estudiante graduado:

Al principio tenía miedo de todo. Miedo de tener que presionarles, de intentar mantener un rol completamente diferente al de los que están a tu alrededor. Antes de hacer una irrupción en una situación pasaba mucho tiempo hasta decidirme. Quería dejarlo para otro día. No paraba de pensar en la posibilidad de que me rechazaran y constantemente dudaba de la pertinencia de los datos recogidos. Sabía que tenía que instalar mi propia tienda pero continuaba retrasándolo. No me decidía a empezar a pasarles los cuestionarios. Me estaba refugiando claramente en el campamento (una zona de tiendas que reunía a un grupo de parientes). Todo el mundo sabía lo que estaba haciendo. Me parecía difícil trasladarme a otro campo (a unas millas de distancia). Yo lo racionalizaba diciéndome que un trabajador de campo no debe querer abarcar demasiado.

(Wintrob, 1969, pág. 67)

Los propios diarios de Malinowski revelan muchas de estas situaciones de ansiedad y desasosiego: son realmente un importante documento, puesto que revelan sus sentimientos ambivalentes hacia los isleños trobriandeses y también su ensimismamiento y su preocupación por su propio bienestar (Malinowski, 1967). De forma similar, Wax (1971) proporciona un excelente informe sobre sus dificultades para trabajar en un centro de confinamiento para los japoneses-norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial. Wax describe sus dificultades iniciales con la recogida de información, frente a una (incomprensible) hostilidad y sospecha: «Al final de mi primer mes de trabajo había conseguido muy poca información y estaba descorazonado, confundido y obsesionado por mi sensación de fracaso» (1971, pág. 70).

No queremos dar la imagen de que la experiencia del trabajo de campo es un sufrimiento continuo: para muchos suele ser un período de intensa satisfacción personal. Sin embargo, la presión que vive el «nativo marginal» es un aspecto muy común e importante de la realidad etnográfica. El etnógrafo, dependiendo de si plantea resistencia a la superidentificación o a la rendición ante los «anfitriones», tendrá o no un sentimiento de «traición» o de fidelidades divididas. Lofland (1971, págs. 108-109) llama la atención sobre la «profundidad» de esta experiencia. El etnógrafo, en su dinámica de inmersión y distanciamiento simultáneos, puede vivir una especie de esquizofrenia. Pero este sentimiento, u otros equivalentes, debería ser tomado por lo que realmente es. No es algo que necesariamente tenga que evitarse o sustituirse por sensaciones más agradables de bienestar. La impresión de estar «como en casa» también es una señal de peligro. Desde la perspectiva del etnógrafo «marginal» y reflexivo, la cuestión no es «rendirse» a ellos o «volverse» uno de ellos. Siempre quedará algo sin mostrar, una determinada «distancia» intelectual y social. Ya que en el espacio creado por esa distancia se efectúa el trabajo analítico, la etnografía no será más que un relato autobiográfico sobre una conversión personal. Y esto puede ser un documento valioso e interesante, pero no constituye un estudio etnográfico.

Los etnógrafos deben esforzarse por evitar sentirse «como en casa». Si se pierde totalmente la sensación de ser un «extraño» es que se ha dejado escapar la perspectiva analítica y crítica. Se sabe porque los primeros días del trabajo de campo son problemáticos y, normalmente, están llenos de dificultades: se tienen que tomar decisiones difíciles concernientes a la estrategia del trabajo, se tienen que establecer rápidamente relaciones de trabajo, y la inco-

modidad social es una posibilidad real. Por otra parte, sería peligroso decir que ésta es una fase momentáneamente difícil que el investigador superará, a la que sucederá un discurrir placentero y exento de problemas. Aunque las relaciones sociales y el establecimiento de contactos vayan bien y los problemas profundos de extrañamiento se resuelvan, es importante que ello no desemboque en una actitud mental demasiado cómoda. Everhart (1977) ilustra este riesgo en su estudio sobre las relaciones entre alumnos y profesores:

La saturación, la fatiga del trabajo de campo y el hecho de que las cosas estaban yendo bien condujeron, hacia el final del segundo año, a una merma de mi perspectiva crítica. Comencé a percatarme de que los hechos se me estaban escapando de las manos y de que no me daba cuenta de su valor hasta más tarde. Por ejemplo, ya había recopilado minuciosamente las conversaciones en que los profesores clasificaban a los estudiantes, y también había atendido a las formas empleadas por los estudiantes para categorizarse entre sí. Como quiera que esas conversaciones continuaban y resultaban especialmente ricas por los cambios que introducían en dichas perspectivas, me encontré desestimando esas discusiones porque sentía que todo aquello ya lo había escuchado previamente, cuando, en realidad, se planteaban dimensiones que antes nunca había considerado. Por una parte estaba enfadado por no haber recogido y analizado esos sistemas de categorías y, por otra, estaba cansado y me había acostumbrado a sentarme con los profesores y entablar pequeñas conversaciones. Mi actitud inquisitiva había desaparecido.

(Everhart, 1977, pág. 13)

Esto no quiere decir que no habrá ocasiones, muchas incluso, en que sea necesario establecer una interacción por razones pragmáticas y de sociabilidad, en lugar de por estrategias e intereses de investigación. La cuestión fundamental es que uno nunca se debe entregar completamente al momento o al lugar. En principio, uno debería estar constantemente alerta y permanecer atento a las posibilidades de investigación que se abren en todas y cada una de las situaciones sociales.

Si uno comienza a despreocuparse y el campo de investigación empieza a tomar la apariencia de una rutina familiar, entonces es necesario plantearse algunas cuestiones pertinentes. ¿Esta sensación de comodidad quiere decir que el trabajo de campo realmente ha acabado? ¿Ya ha sido recogida toda la información necesaria?

(En teoría siempre hay algo nuevo que descubrir, eventos imprevisibles que hay que investigar, pistas de investigación que hay que seguir, etcétera.) Siempre hay que plantear una cuestión: estar deambulando por ahí, sin ningún propósito, sólo por estar allí, «por interés» o por falta de confianza, no hará que obtengamos la información necesaria.

Más tarde o más temprano uno ha de plantearse si acabar el trabajo de campo o bien trasladarse a un nuevo ambiente social. Puede pasar también que el sentido de familiaridad haya sido generado por pura indolencia. Si la investigación no parece estar acabada, hay que plantear algunas cuestiones: ¿me siento cómodo porque estoy siendo complaciente?, es decir, ¿me esfuerzo por ser tan «agradable» para mis anfitriones hasta el punto de que nunca les planteo cuestiones potencialmente conflictivas o problemáticas? Asimismo, ¿esto quiere decir que mi bienestar dentro del grupo estriba en que estoy evitando relacionarme con determinadas personas y refugiándome junto a la gente con la cual me siento más cómodo? En muchos contextos sociales necesitamos realmente la protección de padrinos formales o informales, informantes que hagan de asistentes, etcétera. Pero es importante no «colgarse» de ellos. De cuando en cuando, uno debe preguntarse si la investigación está siendo excesivamente limitada por esta posibilidad. En general, es recomendable hacer una pausa para considerar si la sensación de bienestar y familiaridad se debe a la pereza, a una limitación impuesta sobre la investigación por la incapacidad de continuar formulando nuevas preguntas, a una negativa a ir contra el sentido común, a un miedo de poder cometer errores o a una falta de voluntad respecto a intentar establecer relaciones sociales nuevas o difíciles. Es posible ganarse un lugar donde estar cómodo en el campo durante las primeras fases del trabajo: pero es importante no permanecer allí eternamente e intentar buscar un sitio en otros contextos.

La marginalidad no es la única fuente de tensión y de presión en el trabajo de campo, por supuesto. Otra se encuentra en las situaciones sociales y físicas que uno puede encontrar y que, normalmente, podría evitar. Henslin proporciona un ejemplo a partir de su observación participante en la investigación sobre los indigentes:

No fue la amplitud y la gran impersonalidad del refugio [...] lo que me produjo un *shock* a nivel cultural. Fue, más bien, la aproximación radicalmente diferente a los indigentes. Por ejemplo, al entrar a cada

hombre se le asignaba un número, y luego localizaba una cama marcada con ese número, y a los pies de la misma encontraba una cesta también con su número. Se desnudaba junto a la cama y esperaba hasta que oía decir su número. Entonces, todavía desnudo, desfilaba en fila junto a otros ciento nueve hombres, llevando sus ropas [...] hasta un centro de chequeo asistido por hombres uniformados. [...] Después de ducharse, pero todavía desnudo y rodeado por otros hombres extraños desnudos, a cada hombre se le exigía que se afeitara, utilizando las maquinillas que se habían dejado encima de las picas. Finalmente, todavía desnudo, volvía caminando hasta la cama que le había sido asignada.

Esta rutina me deslumbró como experiencia. [...] Para mí [...] desfilas desnudo junto a otros extraños, [...] y observar a esos otros hombres desfilas también desnudos era algo humillante y degradante, un asalto frontal a mi sensibilidad.

Tampoco pasé una buena noche. Alejado de la que había sido mi compañera de cama durante doce años. Apartado de mi entorno familiar. Y, especialmente, apartado de aquello que me protegía de los desconocidos. [...]

Entonces mi mente insistió en repasar los detalles que me había relatado el director del refugio. Muy temprano, ese mismo día, cuando le entrevisté, [...] él mencionó las violaciones homosexuales que tenían lugar en los dormitorios. Durante la entrevista, dos hombres habían tenido que ser sacados del comedor después de haberse amenazado con un cuchillo y una pistola respectivamente. Cuando le dije que había planeado pasar la noche allí y le pregunté si estaría a salvo, a pesar de que yo esperaba que me tranquilizara, me dijo que en una ocasión un tipo le había clavado un cuchillo, y añadió: «Nada es realmente seguro. En esta vida, tienes que estar preparado para morir».

No fue, precisamente, la noche más tranquila de mi vida, pero la mañana me alcanzó totalmente dormido. Sé que fue debido a que muy temprano, a las cinco y treinta y cinco para ser exactos, las numerosas luces del techo se encendieron de repente iluminando mi cara mientras simultáneamente los altavoces bramaban: «¡Todo el mundo arriba! ¡Todo el mundo arriba! ¡Moveos!».

(Henslin, 1990, págs. 60-61)

Las trabajadoras de campo a veces pueden ser susceptibles de ser atacadas, particularmente en el aspecto sexual. Como señala Warren (1988, pág. 30), en el trabajo de campo la cuestión de la sexualidad surge en primer lugar en el contexto de la seguridad respecto a la violación de las «mujeres blancas» solas en sociedades «primitivas». Ella propone, para tener una más amplia perspectiva, anotar la participación sexual de los trabajadores de campo duran-

te la investigación (véase también Fine, 1993). No obstante, la agresión sexual puede ser, como mínimo, un problema. Warren habla de la investigación de una de sus alumnas, Liz Brunner, sobre los indigentes:

Durante su trabajo de campo, Liz durmió, bebió, conversó y compartió la comida con los indigentes de las calles de Los Ángeles; casi todos eran hombres. Después de una serie de episodios de toqueteos físicos no deseados, aprendió a evitar estar sola con algunos hombres en particular, o a pasar por zonas oscuras de la calle con aquellos que no conocía bien. [...] Estos indigentes varones —algunos de ellos antiguos pacientes de instituciones mentales— a menudo no sabían, o quizá tenían algún conocimiento, de que Liz pertenecía a la clase media, era feminista y tenía una serie de creencias relativas a la expresión sexual en las relaciones entre hombres y mujeres.

(Warren, 1988, págs. 33-34)

Dichos problemas no están, por descontado, restringidos a los contactos con indigentes en las calles, como Gurney señala en su investigación sobre los abogados:

Un claro ejemplo del problema asociado a mi género fue el acoso sexual por parte de uno de los fiscales. Intentó, en diferentes ocasiones, que fuera a su apartamento con la excusa de que utilizara su ordenador. [...] Al fracasar, me preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarle a programar su ordenador para analizar datos bancarios en los casos de desfalco. Le dije que no conocía a nadie, pero le ofrecí la posibilidad de colgar algún cartel en la universidad. Él rechazó la idea y nunca más sacó el tema.

(Gurney, 1991, págs. 58-59)

Sin embargo, las experiencias desagradables durante el trabajo de campo no surgen únicamente a causa de aquello que puede sufrir el etnógrafo. Aún puede ser más desagradable lo que el observador participante siente que hay que hacer para mantener su papel participante. Éste es un problema que tiene lugar en especial cuando se adopta el papel de observador totalmente participante, pues a partir de ahí, como hemos señalado, se reduce el margen de maniobra. La situación se ve exacerbada cuando la gente con la que uno se relaciona es proclive a la violencia. En dichas circunstancias, uno se puede ver envuelto en actividades que son peligrosas y detestables, como Mitchell comprobó en su investigación sobre los supervivientes:

Solo, a cuatro mil kilómetros de mi casa, durante el tercer día de las Conferencias de los Patriotas Cristianos Supervivientes, me ofrecí voluntario para realizar una guardia. [...] Los de la Nación Aria estaban allí con el Posse Comitatus y los del Klan. En el nombre de la razón, el patriotismo y Dios, ellos exigían el repudio de la deuda nacional, la revolución racial, la asistencia económica a los pequeños granjeros y el genocidio. [...] Cuatro de nosotros fuimos asignados a vigilar las puertas de entrada por la tarde. En medio del polvo, dirigíamos el tráfico de los que habían llegado tarde, controlábamos los pases y vigilábamos. El campo estaba controlado. La conversación viró hacia los temas típicos de los supervivientes. Primero, las armas: las iban extrayendo uno a uno para compararlas y admirarlas. «La mía está en el coche», mentí. Entonces, debido a que éramos extraños con una presumible causa común, fue el momento de contar historias, para confirmar de nuevo a nuestros enemigos y reiterar nuestros principios. Estábamos reunidos alrededor de un fuego de campo. [...] Nuestras historias fueron surgiendo en el sentido de las agujas del reloj. A las doce en punto hablamos de los homosexuales que frecuentaban el parque de la ciudad de su comunidad y se preguntaron qué tendrían que hacer con ellos «en el futuro». Sus propuestas incluían cadenas y árboles y dinamita que volara sus cuerpos en pedazos. Hay que entender estas afirmaciones. Hablaban de esto no como si se tratara de una masacre, algo excesivamente cruel, sino como una propuesta razonable. Todos teníamos que afrontar el «desagradable» problema, ¿no era cierto? Y la comunidad necesitaba «limpiarlo», ¿verdad? Asentimos todos con solemnidad como muestra de acuerdo. A las tres en punto se propuso una solución útil aprovechando la noche y las prácticas de tiro. «Buena idea», murmuramos. [...] Un nuevo coche cruzó la puerta de entrada. Se detuvo. Eran las nueve en punto. Mi turno. También conté una historia. Cuando empecé, otro hombre se unió a nosotros. Escuchó mi idea y la aprobó, presentándose a sí mismo, y entonces me dijo cosas que no todos conocían, acerca de planes que se habían realizado y que pronto serían llevados a cabo. Dijo que podrían utilizar a hombres como yo y me dijo que estuviera preparado. Lo tomé en serio. Otros también lo hicieron. Ese hombre se encontraba en la lista de los «Diez más buscados» del FBI. Si existen investigadores que pueden participar en semejantes asuntos sin verse afectados, yo no soy uno de ellos, y espero no serlo nunca. Lo único que deseo es poder olvidarlo algún día, olvidar todos los sonidos inconfundibles, mi propia voz, mis propias palabras, contando la historia de las nueve en punto.

(Mitchell, 1991, pág. 107)

Con esto estamos recordando que los investigadores de campo no siempre abandonan el campo físico y emocionalmente indemnes, y que rara vez no se ven afectados por la experiencia de la in-

vestigación. Pero incluso cuando resulta muy desagradable, la experiencia casi nunca es «sólo» negativa, como indica Cannon sobre la base de su estudio de mujeres con cáncer de mama:

Puede sonar muy dramático decir que «cambió mi vida» (aunque ése fue su efecto posterior), pero ciertamente «me tocó», en el sentido de verme involucrada emocionalmente de una manera para la que no estaba preparada, y me aportó toda una serie de lecciones «extracurriculares» acerca de la vida y la muerte, el dolor, la resistencia y las relaciones humanas.

(Cannon, 1992, pág. 180)

ABANDONAR EL CAMPO

A toda investigación le llega un momento en que el trabajo de campo necesita ser finalizado. A menudo esto viene determinado por la inaccesibilidad de nuevas fuentes, o por la aproximación de las fechas tope para la producción de los informes escritos. Con la excepción de aquellos que realizan la investigación en un lugar en el que viven o trabajan normalmente, generalmente finalizar el trabajo de campo significa dejar el campo; aunque a veces el lugar en sí se desintegra, como apreció Gallmeier (1991, pág. 226) en su investigación sobre un equipo profesional de hockey:

Comparado con otros investigadores de campo [...] yo tuve menos dificultades para desengancharme del lugar y de los participantes. Esto puede atribuirse, casi en su totalidad, al hecho de que una vez finalizada la temporada los jugadores se dispersan rápidamente y regresan a sus trabajos de verano con sus familias en el «Gran Norte Blanco». A finales de abril, los Rockets fueron eliminados en la tercera ronda de las eliminatorias y la temporada se acabó de repente. En pocos días, la mayoría de los integrantes de los Rockets abandonaron Summit City.

Virtualmente en mitad de la noche, la gente que había estado estudiando se dispersó, aunque él podría haberlos seguido de manera individual.

La mayoría de los etnógrafos, sin embargo, deben organizar el abandono del campo, y eso no siempre es una tarea fácil. Como el resto de aspectos de las relaciones de campo, habitualmente debe ser negociada. De hecho, a veces los participantes se muestran reacios a dejar partir al investigador, debido a una variada serie de

razones. Los primeros intentos de David Snow por separarse del grupo budista Nichiren Shosnu encontraron una ráfaga de actividad de reconversión:

Tan pronto como acabé (al hablar al líder de mi grupo acerca de mi creciente desilusión) él me felicitó, añadiendo que (dichos sentimientos) eran un buen signo. Llegó a sugerir que [...] algo estaba sucediendo realmente en mi vida. [...] En lugar de verse decepcionado y rendirse, me dijo que cantara y me pidió que fuera incluso más participativo. También sugirió que fuese al centro de la comunidad a las diez de la noche y hablara con los líderes ancianos. [...] Más tarde, por la noche, ese líder llegó a mi apartamento, a las diez —sin anunciarse—, para llevarme al centro de la comunidad y así asegurarse de que recibía la «orientación».

Mientras yo intentaba cortar mi compromiso y ofrecer lo que parecían razones legítimas para abandonar, ellos intentaban volverme a introducir.

(Snow, 1980, pág. 110)

Dejar el campo no suele ser tan difícil; generalmente se trata de despedirse de aquellos con los que uno ha establecido relación, trazar contactos para el futuro (por ejemplo, con la intención de mostrarle los datos y sus conclusiones más adelante), y generalmente suavizar la partida. Y marcharse no significa necesariamente romper toda relación con aquellos que uno ha conocido al trabajar allí. La mayoría de los etnógrafos mantienen amistades y conocidos de sus períodos de trabajo de campo, a veces durante un largo período de tiempo. El caso de Cannon supone una triste excepción, pues los amigos que hizo en su investigación fueron desapareciendo progresivamente al morir de cáncer (Cannon, 1992).

Sin embargo, si se sabe llevar con delicadeza, la partida puede ser una experiencia emocional. Será en ciertas ocasiones extraño y desorientador para la gente del lugar comprender que el etnógrafo ya no va a formar parte de su mundo cotidiano. Los informantes deben adaptarse al hecho de que deben verlo como a un amigo que se convierte en un extraño, al menos en cierta medida. Para el etnógrafo la experiencia también puede ser traumática. Un caso extremo es el de Young, pues el final de su trabajo de campo coincidió con su jubilación de la policía:

Durante los meses que transcurrieron entre mi jubilación y la recopilación del material para este libro, me di cuenta de manera crucial que [...] había estado [...] involucrado en lo que yo decidí que sólo podía ser

la deconstrucción de una identidad. Despojarse del marco institucional y de las severas normas de la organización disciplinar después de treinta y tres años, igual que la serpiente pierde la piel, supuso otro *shock* cultural. [...] Durante ese tiempo, soñé con regularidad (a todo color) con situaciones en las que vestía parcialmente de uniforme, a menudo, por ejemplo, con chaqueta de policía pero con pantalones de civil, y sin galones en la chaqueta o sin botones o marcas de rango. En esos sueños, en los que aparecían a menudo colegas del pasado, de algún modo era consciente de que me encontraba fuera de mi identidad policial, pero que seguía deshaciéndome de los últimos vestigios de la misma.

(Young, 1991, pág. 391)

Frecuentemente, el etnógrafo deja el campo con una mezcla de sentimientos, pero a veces con un pequeño alivio.

CONCLUSIÓN

En el capítulo 1 dijimos que la influencia del rol del investigador en la información recogida es muy importante. Antes que intentar, por todos los medios, evitar las reacciones en contra, se tendría que poner el énfasis en gestionar sus efectos y no perderlos de vista en la medida de lo posible. Como hemos visto, existe una variedad de roles que el etnógrafo puede adoptar en el campo, que conllevan una serie de ventajas y de desventajas, oportunidades y peligros. Además, al modificar de manera sistemática los roles de campo, será posible recoger diferentes tipos de datos, cuya comparación puede ampliar la interpretación de los procesos sociales que se están estudiando. Sin embargo, establecer y mantener relaciones de campo puede resultar estresante y, a la vez, una experiencia excitante, y los etnógrafos deben aprender a convivir con sus sentimientos, mantener su posición como nativo marginal y completar el trabajo de campo.

Los diferentes roles que los etnógrafos establecen en cada lugar son, por supuesto, las bases a partir de las cuales se recogen los datos. Una manera de recoger datos es la descripción del comportamiento de la gente, de lo que ellos hacen y dicen en diferentes circunstancias. También es muy importante la información que la gente, en el lugar de investigación, puede proporcionar acerca de sus propias creencias y sentimientos, y de su comportamiento y el de los otros en la actualidad y en el pasado. En el próximo capítulo consideraremos el papel de dichas explicaciones nativas en la investigación etnográfica.

Capítulo 5

LOS RELATOS NATIVOS: ESCUCHAR Y PREGUNTAR

Una de las características de la investigación social es que los «objetos» que estudiamos en realidad son «sujetos» que por sí mismos producen relatos de su mundo. Como vimos en el capítulo 1, el positivismo y el naturalismo interpretan este hecho de manera muy diferente. Para el primero, esos relatos procedentes del sentido común son subjetivos y deben ser sustituidos por la ciencia; como mucho, son productos sociales que deben ser explicados. Para el naturalismo, por el contrario, el conocimiento procedente del sentido común *constituye* el mundo social: debe ser descrito, pero no sometido a un escrutinio crítico que determine su validez. Las críticas más recientes de la etnografía al naturalismo centran su interés en los relatos nativos, aunque adoptan diversas actitudes hacia él. Algunas atienden al rol del etnógrafo como amplificador de las voces de aquellos que se encuentran en los márgenes sociales; y, por lo tanto, buscan maneras de representar los relatos nativos de una manera retóricamente convincente. En este caso, el rol del etnógrafo se aproxima al del abogado defensor. Otros ven la labor como una deconstrucción de relatos con la intención de comprender cómo se han producido y los supuestos en los que se basan. Aquí, el rol del etnógrafo se acerca al de la crítica ideológica. Y asociada a ambas visiones, a veces está la tendencia a rechazar el concepto de la validez de unos relatos que impliquen una correspondencia entre ellos y el mundo.

Nuestra posición no se enmarca netamente en ninguna de estas categorías. Para nosotros, existen dos maneras legitimadas e igualmente importantes en las que los relatos nativos pueden ser utilizados por el etnógrafo. Por una parte, los pueden leer aquellos que nos hablan del fenómeno al que se refieren. No vemos razón alguna para negar (o, por el mismo motivo, afirmar) la validez de los relatos según la idea de que son subjetivos; tampoco los entendemos como simplemente constitutivos del fenómeno que documentan. Todo el mundo es un observador participante, que adquiere

conocimiento acerca del mundo social en tanto que participa en él. Y según nuestro punto de vista, dicho conocimiento participante por parte de ciertas personas en el lugar de la investigación es una fuente importante para el etnógrafo, aunque su validez no sea aceptada como un valor incuestionable, aun menos que como información por parte de otras fuentes.

Sin embargo, por muy hábiles que sean los investigadores en negociar el rol que les permita observar los hechos, habrá información a la que, al principio, no tendrán acceso. Para paliar esta deficiencia, en el campo muchas personas son cultivadas o incluso entrenadas como informantes (Paul, 1953). De hecho, durante un tiempo el uso de informantes parece haber sido el principal método de investigación en la antropología cultural. La preocupación central era la búsqueda de «especímenes» representativos de la vida primitiva, ya fuesen artefactos materiales o mitos y leyendas, como ilustra un extracto del diario de campo de Franz Boas:

He tenido un día muy pobre. Los nativos están haciendo un potlatch otra vez. He sido incapaz de retener a nadie y he tenido que agarrarme a lo que he podido. Después, por la noche, he conseguido algo (un cuento) que había estado buscando —«El nacimiento del cuervo»—. [...] Los grandes potlatch continuaron hoy, pero la gente encontró tiempo para contarme historias.

(Rohner, 1969, pág. 38, citado en Pelto y Pelto, 1978, pág. 243)

Como señalan Pelto y Pelto, «la mayoría de los antropólogos de hoy se hubiese regocijado ante la perspectiva de observar un verdadero potlatch, y asumiría que a partir de los detalles de la ceremonia se podría haber extraído información de una importancia estructural y cultural crucial» (1978, pág. 243). Aunque en tiempos más recientes los etnógrafos han demostrado tener prioridades bastante diferentes y han pasado a apoyarse más en sus propias observaciones, todavía se hace un uso considerable de los informantes, tanto para conseguir información sobre actividades que por una u otra razón no se pueden observar directamente como para comprobar las inferencias producidas por las observaciones (Burgess, 1985e).

Los relatos nativos también son importantes por lo que nos dicen sobre la gente que los produce. Podemos emplear los relatos que nos proporcionan los informantes como evidencias de las perspectivas de los grupos o de las categorías particulares de los actores. En efecto, el conocimiento de esas perspectivas puede ser un instru-

mento importante del desarrollo teórico. Aquí el modelo de análisis es el de la sociología del conocimiento (Berger y Luckmann, 1967; Curtis y Petras, 1970), aunque, igualmente, podemos enmarcarlo en términos postestructuralistas: lo que aquí resulta interesante son las formas de discurso que constituyen los relatos. También es instructivo el trabajo etnometodológico que demuestra que los relatos no son simples representaciones del mundo; forman parte del mundo que describen y por lo tanto comparten el contexto en el que tienen lugar (Atkinson, 1988).

Aparte de ayudar a la teoría sociológica, este modelo de análisis también contribuye a calibrar la validez de la información proporcionada por un determinado relato. Cuanto más efectivamente podamos comprender un relato y su contexto —quién lo produce, para quién y por qué— mejor podremos prever los sesgos de uno u otro tipo que, como fuente de información, sufrirá. En este sentido, las dos formas de leer relatos —lo que podríamos denominar respectivamente análisis de «información» y «perspectivas», son complementarios—. El mismo relato se puede analizar desde ambos ángulos, aunque a la hora de preguntar a los informantes estaremos pensando prioritariamente en uno u otro.

Separar la cuestión de la verdad o la falsedad de las creencias, que normalmente suele ser la preocupación más común del análisis de esas creencias como fenómenos sociales, nos permite tratar el conocimiento de los actores al mismo tiempo como recurso y como contenido y hacerlo a partir de unos buenos fundamentos.

RELATOS SOLICITADOS Y NO SOLICITADOS

Algunos relatos nativos no son el resultado de las respuestas de los informantes a las preguntas del etnógrafo: pueden llegar de manera no solicitada. Todo comportamiento humano tiene una dimensión expresiva. Las adaptaciones ecológicas, la ropa, los gestos y las maneras, todo converge en mensajes sobre la gente. Mensajes que indican el género, el estatus social, la ocupación e incluso la personalidad. De todas formas, el recurso más importante de los relatos es el poder expresivo del lenguaje. La característica crucial del lenguaje es su capacidad de presentar descripciones, explicaciones y evaluaciones de una variedad casi infinita sobre cualquier aspecto del mundo, incluso de sí mismo. Así, ocurre que, en la vida cotidiana, las personas continuamente se cuentan cosas las unas a las otras: discuten sus motivaciones y sus habilidades, describen

«qué ha pasado», realizan desmentidos, se ofrecen excusas y justificaciones unos a otros, por ejemplo. Tales conversaciones nacen principalmente cuando se percibe algún tipo de desajuste entre valores, reglas o expectativas y el curso normal de los acontecimientos (Hewitt y Stokes, 1976). Las conversaciones generadas pueden rectificar las discrepancias o encontrarles alguna explicación, por ejemplo, mediante la categorización de los otros como «estúpidos», «inmorales» o lo que sea.

Los etnógrafos pueden encontrar dichos relatos útiles como fuentes tanto de información directa acerca del lugar como de prueba acerca de las perspectivas, los intereses y las prácticas discursivas de la gente que los produce. Además, existen algunos lugares particularmente apropiados para que el intercambio de relatos entre los participantes tenga lugar; y éstos, a menudo, recompensan con localizaciones para que el etnógrafo las visite. Por ejemplo, Hammersley encontró en la sala de juntas del colegio que estaba estudiando una fuente extraordinariamente rica en la que escuchar los relatos de los profesores acerca de alumnos en particular, sus acciones, «estados anímicos», caracteres y perspectivas, pero también sobre acontecimientos de política nacional. Estos relatos proporcionaban la base para un análisis del marco ideológico en el que los profesores de la escuela trataban de darle sentido a su mundo (Hammersley, 1980, 1981 y 1991b).

Por supuesto, los relatos no sólo se intercambian entre los propios actores, también pueden ser producidos para el etnógrafo. En efecto, especialmente en las primeras fases del trabajo de campo, los actores suelen esforzarse para que el investigador entienda la situación «correctamente». «Contarle al investigador cómo son las cosas» es una característica recurrente del trabajo de campo. Con frecuencia, el objetivo es contraponerse a lo que se supone que otros habrán contado al investigador o a lo que, presumiblemente, serán sus interpretaciones de lo que ha observado (Hammersley, 1980; Hitchcock, 1983).

A veces, los etnógrafos están en disposición de ir mucho más lejos en sus observaciones o en la recogida de relatos no solicitados. El hecho de hacer preguntas puede ser interpretado como algo amenazador, incluso cuando las respuestas que se proporcionan tengan poco valor, como Okely comprendió en su investigación sobre los gitanos:

La experiencia que tienen los gitanos de las preguntas frecuentemente viene dada por sus contactos con foráneos que les ofenden, les persiguen o les intentan convencer de algo. Los gitanos miden las nece-

sidades de quien les hace preguntas y dan la respuesta adecuada, dejándolo con la ignorancia intacta. Además, los gitanos pueden ser deliberadamente incoherentes. [...] El mero hecho de preguntar merece, bien una respuesta evasiva e incorrecta, bien una mirada inexpresiva. Era más productivo deambular por los alrededores que alterarles en plan inquisitorial. Yo participaba como observador. Hacia el final del trabajo de campo meforcé a realizar algunas preguntas, pero, invariablemente, las respuestas no eran satisfactorias, excepción hecha de un pequeño grupo con el que tenía más confianza. Incluso entonces, las respuestas escaseaban cuando se notaba que mis preguntas ya no obedecían a una dinámica espontánea y hacían inviable otras formas de conversación.

(Okely, 1983, pág. 45)

La experiencia de Agar fue similar en su investigación sobre la adicción a las drogas, aunque la naturaleza amenazadora de las preguntas no fuera la única razón que los encuestados evitaran:

En las calles aprendí que no hay que hacer preguntas. Existen, como mínimo, dos razones para tener en cuenta esta regla. Una se debe a que la gente se arriesga a ser detenida por la policía o a ser estafada o robada en la calle. Preguntas sobre tu comportamiento también te las pueden hacer para saber si te pueden arrastrar o para descubrir cuándo y de qué manera vas a participar en un reparto de dinero o de heroína. Es más, si no vemos la conexión directa entre las preguntas y estos riesgos es porque todavía no hemos entendido el «juego» de quién pregunta.

La segunda razón para no realizar preguntas es que no debes tener necesidad de preguntar. Si eres aceptado en las calles significa que tienes que estar al día, y estar al día significa estar bien informado, y estar bien informado significa ser capaz de entender lo que está ocurriendo con la única ayuda de indicios mínimos. Preguntar algo es mostrar que no eres aceptable y esto crea problemas justo cuando acabas de ser presentado a alguien.

(Agar, 1980, pág. 456)

Aunque a veces hay que sacrificar las preguntas, otras veces es posible superar la resistencia mediante la modificación de la manera de preguntar. Lerner (1957) recoge las reacciones defensivas que encontró cuando empezó a realizar entrevistas a miembros de la élite francesa, y la estrategia que utilizó para superarlas:

Nuestras primeras aproximaciones a los entrevistados eran modestas, tentadoras, apoloéticas. La técnica de la prueba y el error (lo que

a los franceses les gusta llamar «empirismo anglosajón») finalmente produjo una fórmula de trabajo. El entrevistado decía a cada entrevistado potencial que su instituto estaba llevando a cabo una investigación sobre la élite francesa. Como los franceses no suelen responder rápidamente a los cuestionarios, continuaba: «Estamos buscando el consejo de personas cualificadas: si es tan amable, ¿le importaría ayudarnos a revisar el cuestionario que nos proponemos usar y concedernos el beneficio de su crítica? Respondiendo podrá ayudarnos a detectar el tipo de respuestas más propensas a encontrar la resistencia de los franceses; qué cuestiones pueden conducir a respuestas ambiguas o evasivas porque tal vez no sean bien interpretadas; y qué cuestiones pueden ser cambiadas de forma que las respuestas sean más reflexivas y menos estereotipadas».

Enredando al entrevistado en el papel del experto consultor, le dábamos la oportunidad de practicar su afición íntima favorita: generalizar sobre los franceses.

(Lerner, 1957, pág. 27)

Como podríamos esperar, dada la influencia del naturalismo, no es raro que los etnógrafos vean los relatos solicitados como «menos válidos» que aquellos producidos entre los actores en «situaciones que ocurren de manera natural». Así, por ejemplo, Becker y Geer (1960) dicen que es importante asegurarse de que las conclusiones sobre las perspectivas de los actores no estén basadas únicamente en entrevistas formales, ya que pueden estar viciadas por las reacciones a la entrevista, mediante los efectos de las preguntas del investigador respecto a lo que se ha dicho. Existe una tendencia entre los etnógrafos a favorecer las entrevistas indirectas en las que el entrevistado habla cuanto quiere y en sus propios términos. Aquí el objetivo es minimizar, en la medida de lo posible, la influencia del investigador sobre lo que se ha dicho, para facilitar así la expresión abierta de la perspectiva nativa de la realidad.

Realmente, es cierto que la influencia del investigador en la producción de información es una cuestión fundamental, pero es engañoso verlo simplemente como una especie de sesgo que debe eliminarse. Por una parte, ni la entrevista no dirigida ni la confianza en los relatos no solicitados resuelven el problema. Hargreaves y otros (1975) recogen las dificultades con las que se enfrentaban al desarrollar una forma no dirigida de extraer información de los profesores sobre los acontecimientos de clase:

Nuestro principal método era observar la lección y extraer de esas observaciones las expresiones y acciones del profesor en relación con actos de desviación. [...] En una fase posterior, dábamos al profesor el resultado de nuestras observaciones sobre sus reacciones, con el fin de que nos diera su opinión sobre lo que había dicho. [...] Frecuentemente nos limitábamos a recoger lo que el profesor había dicho, y éste se mostraba dispuesto a hacer comentarios sin que le hiciésemos preguntas directas. En otras ocasiones le preguntábamos por qué había hecho o dicho alguna cosa determinada.

(Hargreaves y otros, 1975, pág. 219)

Estos autores comentan que, incluso cuando no se realizaba ninguna pregunta, los profesores contribuían con lo que para ellos era una «respuesta apropiada, razonable y llena de sentido a una pregunta no realizada» (Hargreaves y otros, 1975, pág. 220).

De hecho, incluso cuando el profesor no desempeñaba ningún rol en la creación del relato, uno nunca podía estar seguro de que su presencia no fuera una importante influencia. Por ejemplo, cuando el investigador no forma parte de la interacción sino que es un simple oyente, su presencia puede seguir teniendo efecto. A veces la influencia es demasiado obvia, como se ve en esta nota de campo extraída de una conversación en la sala de profesores de una escuela secundaria:

(El investigador está sentado en un sillón leyendo un periódico. Dos profesores, Walker y Larson, están enfrascados en la siguiente conversación.)

LARSON: Deberías ser delegado sindical de la Unión Nacional de Profesores.

WALKER: Sólo estoy en la UNP por una razón.

LARSON (*mirando intencionadamente al investigador*): Por si acaso te cogen pegándole a alguien.

WALKER: Exactamente.

(Hammersley, 1980)

Por supuesto, la influencia del investigador puede ser eliminada mediante la adopción del rol del «totalmente observador» o del «totalmente participante», pero eso no sólo plantearía serias restricciones al proceso de recogida de información, sino que tampoco garantizaría que ésta fuese «información verdadera». El problema

de las relaciones que se producen ante el investigador forma parte de un fenómeno más amplio que no puede ser erradicado: el efecto auditorio, y el contexto general sobre lo que la gente dice y hace. Todos los relatos deben ser interpretados en términos del contexto en el que son producidos. Así, Dean y Whyte (1958) afirman que en vez de preguntar, por ejemplo, «¿Cómo puedo saber cuándo el informante está diciendo la verdad?», deberíamos atender a lo que el informante nos revela sobre sus sentimientos y percepciones, y a las inferencias que, a partir de esos relatos, pueden hacerse sobre el medio y los acontecimientos que está viviendo. No debemos intentar recoger información «pura», libre de cualquier sesgo. No existe tal cosa. El objetivo debería ser, más bien, descubrir la manera de interpretar correctamente cualquier tipo de información que caiga en nuestras manos.

Por supuesto, esto no quiere decir que el método empleado para recopilar información no tenga ninguna importancia. Minimizar la influencia del investigador no es la única, ni necesariamente la más importante, consideración que se debe realizar. Si entendemos cómo influye la presencia del investigador en la información obtenida, seremos capaces de interpretar los datos de acuerdo con esto, y ganaremos importantes elementos que nos permitirán desarrollar y probar los elementos de nuestro análisis emergente.

No existe, por lo tanto, razón alguna para que los etnógrafos se avergüencen de hacer entrevistas, cuando esto es posible. Hacer entrevistas puede ser una fuente muy importante para obtener datos: puede permitir la obtención de una información que sería muy difícil, si no imposible, conseguir de otro modo; tanto respecto a acontecimientos descritos como sobre perspectivas y estrategias discursivas. Y, por supuesto, una considerable parte de la investigación cualitativa descansa en gran medida, si no enteramente, en las entrevistas para obtener información, en particular en los trabajos sobre historias vitales (Bertaux, 1981; Plummer, 1983).

Al mismo tiempo, podría señalarse que existen diferentes ventajas en combinar la observación participante con las entrevistas; en particular, la información obtenida en cada una de esas opciones puede ser utilizada para iluminar a la otra. Como señala Dexter a partir de su investigación sobre el Congreso de Estados Unidos, la experiencia de uno como observador participante puede tener un efecto importante en cómo se interpreta lo que la gente dice en las entrevistas:

[En mi investigación] algunas veces parecía que confiaba demasiado en las entrevistas, pero de hecho estaba viviendo en Washington y pasaba la mayoría de mi tiempo «libre» en los despachos del Congreso, veía frecuentemente a los asistentes de los congresistas y a las secretarías, trabajaba en otros temas con varios grupos estrechamente relacionados con las actividades del Congreso (grupos de presión y colaboradores), había participado en bastantes campañas para elegir a los congresistas, había leído extensamente sobre la historia y las tradiciones de comportamiento del Congreso, y tenía relaciones personales con políticos locales en varios distritos electorales. Todos estos factores hacían que mi análisis de las entrevistas fueran de alguna manera verosímiles. Y, tal como lo veo ahora, esas entrevistas solían adquirir significado a partir de las observaciones que realizaba mientras esperaba en los despachos del Congreso; observaciones de otros visitantes, del personal de la administración, etcétera. Y, finalmente, lo más importante de todo, confrontaba y volvía a confrontar entre sí las entrevistas realizadas con grupos de apoyo, grupos de presión y los propios congresistas. Sin embargo, en el libro, no aparece nada de todo esto; en realidad justo ahora, en 1963, me doy cuenta de cuánto influían esos factores en lo que «escuchaba».

(Dexter, 1970, pág. 15)

Puede ocurrir lo contrario: lo que la gente dice en las entrevistas nos puede llevar a ver las cosas de forma diferente, como Woods ilustra, estudiando su investigación sobre alumnos de escuelas de secundaria. La manera en que los alumnos hablaban sobre el aburrimiento le mostraba la forma en que ellos lo vivían:

Uno de mis recuerdos más fascinantes de toda la experiencia acumulada en la escuela son las conversaciones que mantenía con los alumnos en las que ellos me hablaban sobre el aburrimiento. Ellos conseguían transmitir, en pocas palabras, años de insoportable hastío que se les habían infiltrado en los huesos. «Aburrido», «aburrimiento», «esto es muy a-bu-rrí-do», eran expresiones de gran riqueza expresiva. Esta palabra, me doy cuenta ahora, era onomatopéyica. Ya no podía asistir a las clases en su compañía sin que yo mismo sintiera el aburrimiento al que ellos se referían. Me miraban de vez en cuando desde el fondo de la clase con una expresión de fastidio en el rostro, y yo sabía exactamente lo que estaban sintiendo. Esto me proporcionó una base para entender la vida escolar de un grupo de alumnos.

(Woods, 1981, pág. 22)

Cualquier decisión acerca de si utilizar o no entrevistas, únicamente o junto a otras fuentes de información, debe ser tomada en el contexto del propósito de la investigación y de las circunstancias en las que será llevada a cabo. Y aquí, como en cualquier otra cuestión, no existen decisiones buenas o malas, sólo mejores o peores; y a veces, esto sólo puede reconocerse con una mirada retrospectiva. Lo que importa recordar es que diferentes estrategias de investigación pueden producir información distinta, y por lo tanto, quizá, diferentes conclusiones.

ENTREVISTAS ETNOGRÁFICAS: LA SELECCIÓN DE INFORMANTES

Un asunto crucial que surge una vez que ha sido tomada la decisión de recopilar datos mediante entrevistas es: ¿a quién debo entrevistar? A veces, particularmente en el contexto de una observación participante, la gente se selecciona a sí misma o a otros para ser entrevistados, como Cannon descubrió en su investigación sobre el cáncer de mama:

Liz me dijo que creía que Yvonne estaba preparada para otra entrevista: «No ha dejado de hablar en todo el fin de semana». Un buen número de veces, las mujeres me pedían que las atendiera porque «necesitaban a alguien con quien hablar» acerca de su situación.

(Cannon, 1992, pág. 171)

Aquí la línea de fuerza fue el valor terapéutico de las entrevistas, pero la autoselección para las entrevistas puede suceder por otras razones. Más obviamente, puede surgir allí donde los etnógrafos animan a sus informantes a actualizarse, esperando que éstos inicien los contactos para proporcionar alguna noticia:

Uno de mis informantes clave, Sylvia Robinson, siempre venía a decirme lo que iba a suceder en la escuela. Me dijo lo que sucedería cuando yo me hubiera ido, hablamos acerca de aspectos de la política de la escuela que habían sido debatidos en las reuniones del colegio a las que yo no pude acudir, aportando detalles concretos de los profesores. Además, siempre me ponía al día a mí y a otros profesores acerca de los últimos chismorreos que corrían por la escuela.

(Burgess, 1985c, págs. 149-150)

Dichos informantes son de considerable utilidad para el etnógrafo, y las «entrevistas» con ellos pueden iniciarse por cuenta propia.

Los porteros u otras figuras influyentes en el campo a veces intentan seleccionar a los entrevistados por el etnógrafo. Esto puede estar motivado por la buena fe de intentar facilitar la investigación, o estar guiado por la intención de controlar sus conclusiones, como le sucedió a Evans en su estudio sobre una escuela para sordos:

Con el paso del tiempo, aprendí de otro administrador que el señor Gregory [el director de la escuela] requeriría definitivamente un tratamiento muy cuidadoso. Este hecho salió a la luz cuando le pregunté al primero si podría indicarme algunas personas en el campus del instituto. La ingenuidad de la pregunta y las dimensiones políticas de mi trabajo se apreciaron enseguida en su respuesta: «No, no podría hacer eso. El señor Gregory te enviará a aquellos que él crea convenientes. Si intentas cualquier entrevista sin su aprobación y conocimiento, entonces él te atará en corto». [...]

Días después, Gregory se encontró conmigo otra vez y anunció: «Hemos seleccionado para ti a la *crème de la crème*». O sea, habían seleccionado cuidadosamente a cuatro profesores para las entrevistas.

(Evans, 1991, págs. 170-171)

En la autoselección de bienvenida, y quizá incluso en la selección por parte de otros, el etnógrafo debe mantener la libertad de movimientos para escoger candidatos a sus entrevistas. De otro modo existe el grave peligro de que la información recogida esté equivocada en aspectos importantes, y el investigador no podrá comprometerse con una investigación estratégica para recopilar información que es esencial para una aproximación reflexiva. Sin embargo, ganar el acceso a los informantes puede ser bastante complejo, a veces tan difícil como la negociación del acceso al lugar. De hecho, tal vez resulte necesario negociar con los porteros antes de poder contactar con la gente que uno quiere entrevistar:

Si pretendía que la muestra de las esposas de los soldados de la marina fuera amplia, era esencial que la cooperación de las autoridades navales estuviese asegurada. [...] La Royal Navy había manifestado su voluntad de cooperación y su apoyo, así como el acceso a sus listados de personal. [...] Esto no fue algún tipo de amable formalidad espontánea sino el fruto de una serie de delicadas negociaciones. [...]

La investigación sobre el personal de servicio topó inevitablemente con problemas de seguridad. Por lo tanto, difícilmente nos hubiese sor-

prendido que la Royal Navy no pusiera reparos acerca de que alguna organización tuviera acceso a sus archivos de personal. El acceso a dichos archivos era limitado, incluso dentro de la Royal Navy, y no estaban pensados para ojos ajenos. Pero existía un problema adicional. El Comité de Ética de la Royal Navy había desarrollado reglas en el pasado, me dijeron, para proteger el estatus civil de las esposas de los soldados; no se podía tener contacto con ellas, ni por parte de civiles ni de autoridades navales, sin permiso de sus maridos. Aunque la Navy estaba interesada en el valor consultivo de [...] una investigación externa, inicialmente estos problemas parecían un escollo. Finalmente, sin embargo, se consiguió un compromiso y se envió un listado de todo el personal en la región administrativa del Área de Occidente a la sección de los Servicios Familiares del alto mando naval local. No estaba permitido extraer de ella nombres o direcciones, pero todas las respuestas al cuestionario de control y las posteriores invitaciones para entrevistas fueron devueltas por el Politécnico. Esto significaba que contactar con las mujeres era algo pesado y lento, pues su anonimato estaba protegido por las regulaciones de la Navy sobre seguridad.

(Chandler, 1990, pág. 124)

Incluso cuando los porteros no están involucrados, identificar y contactar con los entrevistados tal vez no sea una cuestión sencilla, como Shaffir comprendió en su investigación sobre la gente perteneciente a los grupos judíos izquierdistas ultraortodoxos. Su esperanza era que, habiendo identificado a uno o dos *haredim*, éstos podrían proporcionar los nombres de otros, para producir un efecto de «muestreo bola de nieve»; pero este plan inicial se vio frustrado:

Aprendí rápidamente que no existía un marco institucional en el que localizar a dichas personas. Así pues, preparé un encuentro con una periodista que recientemente había escrito un sensible artículo sobre el tema y que afirmaba haber localizado a gente que había respondido a sus preguntas mediante un anuncio en su periódico invitando a miembros *haredim* a contactar con ella. El parecido anuncio que yo inserté me reportó un único individuo que afirmaba no conocer a nadie más que a sí mismo. Aunque no me llevó a posteriores contactos, mi conversación con él me sensibilizó con el dolor, la angustia y la desesperación que caracterizaban su salida del mundo ultraortodoxo; un tema central en el relato de todos los miembros *haredi* que conocí poco después.

La técnica de la bola de nieve que había sido tan efectiva para conocer a hasídicos y captar nuevos objetivos de observación judíos no había tenido el mismo efecto en el proyecto de los *haredi*. Los ex *haredim*

con quienes me encontré sospechaban que existían otros en su situación, pero no sabían dónde encontrarlos. Aunque al principio sospeché de esta afirmación, gradualmente empecé a apreciar el creciente número de miembros *haredim* que habían cortado con su círculo anterior y que sabían muy poco, o nada, acerca de otros individuos que hubiesen salido de él recientemente. La importante excepción fue Chaim. [...] Al final de la conversación que mantuvimos, le pregunté si conocía a otros como él con los que yo pudiera citarme. «Sí, conozco a algunos», me contestó. «Tengo nombres y números de teléfono. ¿Con cuánta gente quieres encontrarte?»

(Shaffir, 1991, pág. 76)

A veces la dificultad de acceder a los informantes determina quién podrá o no ser entrevistado. Pero habitualmente existe una posibilidad de realizar entrevistas potenciales, y entonces las decisiones deben girar en torno a cuántos hay que entrevistar y a quiénes. Estas decisiones no deben tomarse de una vez; habitualmente el trabajo etnográfico se suele hacer de manera recurrente. Pero, por supuesto, al hacerlo el investigador debe tener en cuenta el tiempo y los recursos que están a su disposición y los costes que supondrá cada diferente decisión. En los trabajos sobre historias de vida puede haber un solo informante, al que se entrevista repetidas veces. Es más habitual que los etnógrafos entrevisten a un grupo de personas, pero algunas de ellas necesitarán más de una entrevista, debido, por ejemplo, al interés en trazar unos modelos que cambian con el tiempo, o porque se descubre una mayor información, o sea necesario controlar previamente la información suministrada.

Los criterios según los cuales los etnógrafos escogen a determinadas personas para ser entrevistadas pueden variar considerablemente, incluso en el transcurso de un mismo proyecto de investigación. En la investigación mediante encuestas la intención es encontrar un ejemplo representativo. Y a veces éste es también el objetivo en la investigación etnográfica, aunque lo usual es que las muestras vengan *de dentro*, más que por *acumulación* de casos (véase el capítulo 2). Cuando se estudia una gran organización, uno tal vez no tenga ni tiempo ni recursos para entrevistar a *todos* los que tienen un rol concreto, y entonces puede intentar seleccionar una muestra de ellos que sea representativa.

Al hacer esto, la aproximación puede parecerse a la de una investigación mediante encuestas, seleccionando una considerable

cantidad de muestras al azar, o una muestra estratificada que tiene en cuenta la heterogeneidad entre los miembros de la población. Sin embargo, dicho muestreo sistemático requiere la existencia de unos límites relativamente claros acerca de la población, y la existencia y disponibilidad de un listado completo de sus miembros. Dichas condiciones se podrían dar en el contexto de ciertas organizaciones, pero tal vez no sea posible en otros ámbitos. De la misma forma, a menudo no se dispone, sencillamente, del tiempo suficiente para hacer un gran número de entrevistas. En dichas circunstancias, el investigador tendrá que seleccionar a los entrevistados como mejor pueda con el fin de conseguir casos representativos; tal vez sea posible comprobar el éxito de esta empresa preguntando a los informantes sobre su juicio acerca de qué visiones son o no representativas, y/o al comparar las características de la muestra con lo que se conoce acerca de la población como un todo.

Sin embargo, una muestra representativa de informantes no siempre es lo que necesita la investigación etnográfica. Esto es así particularmente cuando el asunto principal está relacionado con la recogida de información más que con la documentación de perspectivas o prácticas discursivas. Aquí el objetivo es, a menudo, centrarse en aquellas personas que disponen del conocimiento deseado y que tal vez deseen transmitírselo al etnógrafo. Identificar a dichas personas requiere que uno se mueva según unos supuestos sobre la distribución del conocimiento y sobre los motivos de aquellos que tienen roles diferentes. Dean y otros proporcionan un elaborado ejemplo del tipo de pensamiento que puede ocultarse tras dichas estrategias de selección de entrevistas:

1) *Los informantes que son especialmente sensibles al área de interés.*

El foráneo que ve las cosas desde el punto de vista de otra cultura, clase social o comunidad, etcétera.

El novato que se sorprende con las cosas que ocurren y percibe las que el nativo elude porque las da por naturales y que, además, no tiene vínculos con el sistema para intentar protegerlo.

El que está en transición de un estatus a otro y que vive especialmente la nueva experiencia.

La persona que de por sí es naturalmente reflexiva y objetiva. A veces es señalada por otra parecida a ella.

2. *Los informantes que desean informar.*

Debido a su tradición o estatus, algunos informantes están más dispuestos a hablar que otros.

El informante ingenuo que no es consciente de lo que está diciendo exactamente. Puede ignorar lo que el investigador representa o desconocer la relevancia que tiene para su grupo la información que da.

La persona frustrada que está descontenta y se rebela, especialmente aquella que es consciente de sus límites y sus impulsos.

Los que han perdido poder pero todavía están informados. Algunos de los que detentan posiciones de poder y están dispuestos a hablar mal de sus antecesores.

Las personas con experiencia y una situación consolidada que no corren peligro por lo que otras personas digan o hagan.

La persona necesitada, que se aferra al entrevistador porque ambiciona alguna atención o apoyo de éste. Hablará en función de que el entrevistador satisfaga sus necesidades.

El subordinado que debe adaptarse a sus superiores. Generalmente desarrollará interpretaciones que amortigüen el impacto de la autoridad; puede ser hostil y «perder la calma».

(Dean y otros, 1967, pág. 285)

En líneas similares, en su investigación sobre la creación de políticas de investigación educacional, Ball (1994) señala que muy pronto descubrió que entrevistar a ministros actuales tenía un valor limitado, y que concentrarse en aquellos que habían dejado el cargo era una estrategia más efectiva, debido a que se sentirían más libres a la hora de proporcionar información interna. Los informantes también se pueden seleccionar basándose en lo que Glaser y Strauss (1967) denominan «el muestreo teórico», escogiendo aquellos testimonios que parecen más apropiados para desarrollar y probar ideas analíticas emergentes.

A quién se entrevista, cuándo y cómo suele ser habitualmente decidido en tanto que avanza la investigación, de acuerdo con el asentamiento del estado de conocimiento del etnógrafo y con juicios que tienen en cuenta el desarrollo futuro más apropiado. Por supuesto, no se podrá entrevistar a todos los que desea el investiga-

dor. Incluso realizar las principales entrevistas deseadas tomará un tiempo considerable, y el hecho de obtener una entrevista puede implicar algún coste. El relato que se consiga con ello no siempre será iluminador, como señala Thomas a partir de su investigación sobre los altos ejecutivos:

A menos que dispongas de cierto tipo de influencia con la que llamar su atención, las oportunidades de las que dispones te servirán sólo para la mitad de tiempo que crees necesario. Los periodistas que conozco aceptan pasar una hora con un ejecutivo; pero los periodistas disponen de unas influencias que la mayoría de sociólogos no tiene. Un redactor del *Wall Street Journal* o de la revista *Fortune* puede, al principio, sugerir que no hablarán bien —o que no dirán nada (lo que puede ser peor)— si no se les permite acceder hasta el ejecutivo que desean entrevistar. Incluso entonces, si tienes treinta minutos, puedes darte cuenta de que la urgencia o algo más importante golpea tu agenda. Una vez que cruzas la puerta, puedes encontrarte con que el ejecutivo no se molesta en responder a las preguntas o bien tiene un guión que le gusta repetir. Todas estas cosas suelen suceder (y me han sucedido a mí) después de pasar meses y gastar cientos de dólares para llegar, en primer lugar, hasta la oficina del ejecutivo.

(Thomas, 1993, págs. 82-83)

Junto a alguna otra táctica de recogida de datos, la calidad y la relevancia de la información producida por las entrevistas puede variar considerablemente, y no siempre es predecible. La selección de informantes debe basarse en los mejores juicios que uno pueda realizar según las circunstancias. Sin embargo, tal vez resulte necesario revisar esos juicios según la experiencia.

ENTREVISTAS COMO OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

Las entrevistas en la investigación etnográfica abarcan una serie de conversaciones espontáneas e informales en lugares que han sido utilizados para otros propósitos, para encuentros trazados formalmente en lugares determinados alejados de la posible escucha de otras personas. En este caso la línea divisoria entre la observación participante y las entrevistas es difícil de discernir. En el caso de las entrevistas formales es más obvio. Aquí el entrevistador representa un lugar distinto, y a partir de ahí se sigue que las comprensiones del participante-muestra tal vez no sean aquellas que

subyacen en el comportamiento en todas partes (Silverman, 1973). Este problema ha sido subrayado en la investigación sobre las categorizaciones de estudiantes que realizan los profesores. Hargreaves y otros (1975), utilizando la observación y las entrevistas formales, presentaron un retrato de las categorizaciones de los profesores como elaboradas e individualizadas. Woods (1979) cuestionó su relato arguyendo, en parte, que sus datos eran producto de la situación de las entrevistas y de su propia orientación analítica. Él afirma que los profesores no podrían operar según criterios tan elaborados e individualizados dado el gran número de alumnos existentes en las clases de enseñanza secundaria con que los profesores se enfrentan todos los días. Independientemente de los méritos que tenga cada argumentación, lo que es importante destacar aquí es la problemática de relacionar perspectivas producidas en entrevistas y acciones producidas en otras situaciones (Hargreaves, 1977).

En cualquier caso, como hemos sugerido anteriormente, lo distinto de la situación de la entrevista no debe ser exagerada y puede verse más como un recurso que como un problema. Igual que el impacto del observador participante sobre la gente observada no es simplemente una fuente de prejuicios, lo mismo vale para el entrevistador. Puesto que el objetivo de la etnografía no es simplemente proporcionar descripciones de lo que ha ocurrido en un lugar determinado durante un período de tiempo, existen ventajas positivas en someter a la gente a estímulos verbales diferentes de los que prevalecen en los ambientes a los que están acostumbrados. Es decir, si la comparamos con los acontecimientos «normales» de un lugar, la «artificialidad» de la entrevista nos permite entender cómo se comportarían los actores en otras circunstancias, por ejemplo, cuando cambia su posición o cuando el propio lugar cambia. El trabajo de Labov (1969) sobre la «lógica del inglés no estandarizado» ilustra esto cuando Labov compara entrevistas en las que el entrevistador adopta diferentes papeles. Podríamos esperar que la entrevista formal donde un niño negro proporciona respuestas monosilábicas, aunque no sea un indicador fiel de sus recursos lingüísticos, refleja cuál es su comportamiento en circunstancias similares, tales como entrevistas con abogados y trabajadores sociales, o las clases en la escuela. Puede ser que mediante la modificación de las características situacionales de la entrevista podamos identificar los aspectos de la situación que estimulan determinadas respuestas.

Así pues, en tanto que es cierto que las perspectivas señaladas en las entrevistas no proporcionan acceso directo a cierta base cog-

nitiva y de actitud a partir de la cual se deriva el comportamiento de la persona en lugares «naturales», tal vez puedan aclarar dicho comportamiento. De manera similar, a pesar de que no debemos tratar la validez de los relatos de la gente o sus actitudes, sentimientos, comportamiento, etcétera, como algo más allá de toda posible duda, como una privilegiada fuente de información, no existe razón para desestimarla como algo sin valor alguno, o incluso tratarla como algo que tiene valor sólo para mostrar las perspectivas o las estrategias del discurso.

Las diferencias entre la observación participante y las entrevistas no son tan grandes como a veces puede parecer. En ambos casos necesitamos tener en cuenta el contexto y los efectos del investigador. Existen también otros paralelismos. Ambos, el observador participante y el entrevistador necesitan crear una relación de comunicación. Cuando se desea entrevistar a gente con la que uno ha establecido ya una relación mediante la observación participante, se necesita poco trabajo extra. Pero cuando la investigación no tiene un componente de observación participante, o cuando la persona ya ha sido entrevistada, la labor de crear una relación de comunicación es importante. Gran parte de lo que hemos escrito en los capítulos anteriores acerca de crear relaciones en la observación participante se puede aplicar aquí también. Las características personales del investigador, y cómo éstas influyen en aquellos que entrevista, pueden ser importantes, aunque sus efectos nunca se pueden determinar por completo. Y ellos pueden estar controlados hasta cierto punto por la presentación propia del entrevistador. Measor (1985), por ejemplo, indica el cuidado que tuvo para escoger la vestimenta apropiada cuando realizó entrevistas sobre la vida de los profesores. Esto significa vestir diferentes ropas en relación, por ejemplo, con la edad del profesor escogido. Measor también señala los intereses compartidos y las experiencias biográficas y, de hecho, desarrolla nuevos intereses, para facilitar el proceso de la entrevista. En la observación participante, y también en las entrevistas, puede ser necesario tener cuidado con nuestra imagen para evitar la atribución de identidades perjudiciales y fomentar aquellas que facilitan una relación de comunicación.

Sin embargo, crear una relación de comunicación no basta, también es necesario establecer y mantener la situación de la entrevista en sí. Éste es un problema potencial cuando se trata de una entrevista a personas relativamente poderosas:

Las élites suelen ser acusadas y estar acompañados por gente que los defiende. También se les suele preguntar acerca de lo que piensan y de lo que piensan sobre otras personas. Estos hechos sociales pueden ser un punto diferencial en la investigación y estar abiertamente relacionados con el establecimiento de una relación de comunicación positiva. [...] Creo que es importante para el entrevistador establecer algún control visible de la situación desde el principio, incluso si el entrevistado pierde momentáneamente el equilibrio. Esto llamó mi atención especialmente en una ocasión cuando un miembro de la junta de una obra benéfica para la Familia y los niños que yo estaba estudiando me pidió que me reuniera con él a las siete y media de la mañana para hacerle una entrevista en el elegante restaurante de un hotel del centro de la ciudad en el que cada mañana tenía una mesa reservada a su nombre para desayunar. Yo acepté y le pregunté a un amigo cómo debería conducir la cita desde el comienzo —para mí mismo tanto como para él—, lo que iba a estructurar la situación social en la que nos íbamos a encontrar, incluso aunque estuviéramos claramente en su territorio y no en el mío. Mi amigo me sugirió que empezara llegando pronto y que estuviera ya sentado a su mesa cuando él llegara. Esto me proporcionaría algo de tiempo para acostumbrarme al espacio y hacerlo mío de algún modo antes de que llegara. Funcionó. Apareció al cabo de un rato y empezó mostrándose respetuoso respecto a mí y a mis intereses de investigación. Fue una entrevista exitosa, franca y sustancial.

(Ostrander, 1993, págs. 19-20)

El problema de establecer el contexto de la entrevista puede surgir también en otros ámbitos que no sean el del estudio de las élites, como Curren (1992) comprobó en sus intentos de entrevistar a las mujeres pathan, que insistían en realizar la entrevista como si se tratara de una ocasión social. Y, como muestra el ejemplo, se trata de un problema que no siempre es fácil de resolver.

Los primeros minutos de una entrevista pueden ser particularmente significativos para establecer su naturaleza y tono. En ese punto, puede producirse algún tipo de negociación implícita, o incluso explícita, acerca de la forma que adquirirá la entrevista. Un elemento que suele formar parte de esto será la información ofrecida por el investigador acerca de las razones de la entrevista, además de asegurar la confidencialidad y el derecho del entrevistado a negarse a responder determinadas preguntas. La charla puede también tener lugar en esa fase, quizá mientras se toma una decisión acerca de cómo sentarse, dónde colocar la grabadora (si se utiliza), etcétera.

La forma como se comporte el entrevistador mientras el informante habla puede ser también muy importante. Este último a menudo busca algún tipo de indicación o bien desea saber si las respuestas proporcionadas son apropiadas, y también quizá algún signo que indique una reacción con la que se le juzgue. Generalmente, por lo tanto, el entrevistador necesita aportar indicaciones claras de aceptación. Igualmente importantes son los signos que el etnógrafo extrae de lo que se está diciendo, y aquí las respuestas apropiadas por su parte son esenciales. Como señala Measor, ¡Dios prohíbe que uno no se ría si el informante cuenta un chiste! Esto destaca un importante mecanismo en las entrevistas etnográficas: que dentro de los límites del contexto de la entrevista, el fin es facilitar la conversación, ofrecer al entrevistado un trato más libre, para hablar en sus propios términos, que en el caso de las entrevistas estandarizadas.

Frecuentemente, el investigador es la única «otra» persona presente en la entrevista, y la garantía de confidencialidad implica que nadie más escuchará nunca lo que el informante ha dicho de modo que se le pueda atribuir. Bajo estas circunstancias, los informantes pueden desear divulgar información y expresar opiniones que no aportarían estando frente a otras personas. Sin embargo, esto no significa que esta información sea necesariamente verdadera, o que las opiniones que presenta sean más genuinas, un reflejo más auténtico de sus perspectivas, que lo que dice en otras ocasiones. Que lo sea o no, ésa es la cuestión, y en qué sentido es cierto, dependerá en parte de cómo sus orientaciones hacia los otros, incluyendo el investigador, estén estructuradas. Además, los informantes a menudo saben que, en cierto sentido, ellos están «hablando para la posteridad», y esto también tendrá un efecto sobre lo que dicen y cómo lo dicen. Ellos pueden dudar de la asegurada confidencialidad del etnógrafo e intentar utilizarlo para «filtrar» información.

A veces, por supuesto, los etnógrafos conducen las entrevistas en lugares en los que hay otras personas presentes, y aquí la cuestión de la audiencia es incluso más complicada. En determinadas ocasiones la presencia de otros no puede evitarse, como explica Lee:

Siempre que fue posible, las parejas fueron entrevistadas por separado, pero fue imprescindible hacer entrevistas conjuntas en cierto número de casos. En particular con algunas de las parejas casadas más recientemente que vivían en pequeños apartamentos. Me habría parecido embarazoso pedirle a uno de los miembros de la pareja que espe-

rara en otra habitación —habitualmente el dormitorio— mientras entrevistaba al otro.

(Lee, 1992, pág. 136)

Chandler tuvo el mismo problema en su estudio sobre las esposas de los soldados de la Navy, y esto produjo un significativo efecto:

Aunque fijaba los encuentros para entrevistar sólo a las mujeres, en dos ocasiones los maridos estuvieron presentes. Su presencia transformó la entrevista; el marido alteraba las preguntas y las respuestas de la esposa y, a veces, respondía él. Incluso cuando no hablaba comunicaba lo que sentía mediante lo que entendemos como lenguaje corporal y sus reacciones dirigían las réplicas de la mujer.

(Chandler, 1990, pág. 127)

Sin embargo, dichas intervenciones no siempre son necesariamente contraproducentes, como indica Hunter. Durante una entrevista que estaba manteniendo con un agente de policía en su casa, en un acomodado suburbio de Chicago, la mujer del mismo entró en escena:

Después de escuchar brevemente como observadora, empezó a añadir comentarios a las respuestas de su marido. Lentamente, lo que había sido hasta ese momento una entrevista formal muy centrada acerca de cuestiones políticas, se convirtió en una conversación a tres bandas acerca de personajes particulares dentro de la élite. La esposa añadía «comentarios sociales» acerca de la gente que tenía relación con ellos, respetada o no, y la entrevista se transformó en una «situación de chismorreos» muy informativa y reveladora.

(Hunter, 1993, pág. 48)

A veces, por supuesto, la intencionalidad de los etnógrafos puede manejar las entrevistas con más de una persona a la vez. Además del hecho de que las entrevistas en grupo permiten un mayor número de gente a la que entrevistar, tienen la ventaja de que así la situación en la que se produce la entrevista será menos extraña para los entrevistados y les animará a ser más francos. En particular, esto puede ayudar a superar el problema de la vergüenza y el retraimiento de ciertas personas, como en el caso de Carol, citado por Helen Simons:

ENTREVISTADORA: ¿Sirven de algo estas clases de ayuda para los tímidos o consiguen que éstos destaquen más?

ANGELA: Algunas de estas personas son supertímidas y, de repente, una de ellas te habla, y tú piensas: «¿Qué le pasa?». Supongo que ellas tendrán su opinión en la cabeza y oyen hablar a todo el mundo y deciden que también quieren hablar.

PATRICIA: Carol es muy tímida.

ENTREVISTADORA: ¿No te gustaba hablar?

CAROL: Sólo hablaba cuando me hacían alguna pregunta.

ANGELA: El tipo de conversación en el que únicamente se responde a lo que te preguntan. Cuando la conocí pensé que era muy tímida.

ENTREVISTADORA: Pero ahora hablas cuando quieres dejar claro tu punto de vista.

CAROL: Sí. Cuando creo que alguna cosa está mal, digo lo que pienso.

ENTREVISTADORA: ¿Cuánto tiempo tardaste en superar la timidez?

CAROL: Bien, fue bastante fácil. Nos sentábamos en un círculo y hablábamos entre nosotras. Cada vez me sentía mejor y no me costó mucho, apenas unas pocas clases.

ANGELA: Yo noté que después de tres o cuatro clases Carol comenzó a hablar más.

PATRICIA: Yo hablé en la primera clase.

ANGELA: Yo también.

CAROL: Me molesta cuando la gente dice que eres muy tímida. A mí me gusta escuchar los puntos de vista de otras personas.

ANGELA (*a Patricia*): Seguro que con tu forma de gritar las aterrorizas.

(Simons, 1981, pág. 40)

Por supuesto, que las entrevistas en grupo resulten relajantes o no para aquellos que encuentran demasiado intimidatoria una entrevista cara a cara depende en gran medida de la composición del grupo. En una entrevista, lo que se dice probablemente variará en función de si el entrevistado es un individuo o un grupo. Por ejemplo, en un grupo el entrevistador encontrará más difícil controlar el tema. Por otro lado, la entrevista a grupos puede ser mejor, ya que los informantes se incentivan unos a otros a hablar —«continúa contándole», «cuéntale cuando tú...»— proporcionando información nueva al investigador, de forma que pueda resultar provechosa para la investigación (Woods, 1979). Douglas empleaba una interesante variación en su estrategia para conseguir que un informante «desvelara los secretos» sobre las casas de masajes:

Hacía tiempo que sabíamos que uno de los principales clientes de la casa de masajes era un abogado local que representaba a la asociación

de las casas de masajes y llevaba el 80% de los casos. Pretendíamos que se abriera a nosotros; así que intentamos sacarle información. Queríamos que quedara de manifiesto que éramos de dentro y que podía confiar en nosotros. Sabíamos que no llegaríamos lejos intentando convencerle verbalmente: «Eh, tío, estamos de tu lado, puedes confiar en nosotros». Él estaba atento ante cada posible trampa que se le pudiera tender desde cualquier ángulo. Tenía que ser manifiesta y físicamente real. Nos hicimos acompañar por dos jóvenes masajistas a la entrevista, de forma que su presencia sirviese para que él viera en qué campo nos situábamos. Cuando fuimos introducidos en el despacho del abogado, llegaron dos empleados que trabajaban en el mismo establecimiento que una de las chicas que estaba con nosotros y tuvieron una reunión allí mismo. (Los investigadores necesitan la suerte tanto como cualquier otro.) Conforme transcurría la entrevista, las dos chicas iban hablando sobre su trabajo. Como ya sabíamos, una de ellas estaba siendo procesada por su trabajo como masajista. Ellos hablaron sobre eso. Ella se quedó impresionada por el abogado y le pidió que le llevara el caso. Al final de la entrevista, el abogado nos dijo que podíamos usar todos sus archivos, hacer fotocopias, usar su nombre para realizar nuestra investigación, acompañarle en el seguimiento de los casos, etcétera. Estábamos seguros de que había cosas que no nos había dicho (y una de las chicas empezó después a trabajar con él para conseguir más información al respecto), pero estaba bastante bien para la primera hora.

(Douglas, 1976, págs. 174-175)

Al mismo tiempo, por supuesto, los efectos de la audiencia deben ser guiados. Woods proporciona un ejemplo de la necesidad de esto para sus entrevistas de grupo con estudiantes de escuela secundaria:

Al añadir obscenidades, los hechos probablemente habrán sufrido alguna distorsión, pero eso es intrínseco a los intentos de hacer reír a los otros. Consideremos este ejemplo:

TRACY: Dianne se cayó de la silla y cuando se estaba levantando se agarró a mi falda. Fue un escándalo, mi falda estaba por debajo de mis caderas y yo me quedé allí, en bragas; fue el momento en que entró el señor Bridge (*carcajadas de las chicas*). Él había estado detrás de la puerta.

KATE: Y le dijo que la iba a suspender.

TRACY: Llamó a mi madre a la escuela, para decirle que yo era una chica horrible.

KATE: «Nadie querrá casarse contigo», dijo la señorita Judge.

TRACY: Oh, sí, la señorita Judge estaba sentada allí: «Nadie querrá casarse contigo, Jones», dijo. Entonces le contesté: «Bueno, de todas formas usted tampoco está casada».

(*Carcajada de las chicas.*)

(Woods, 1981, pág. 20)

La posibilidad de distorsión siempre está presente en los relatos participantes, en tanto que (como en el ejemplo de arriba) a menudo se llevan a cabo con propósitos en los que la verdad probablemente no es el principal fin. Por otra parte, las discusiones de grupo pueden proporcionar una considerable visión de la cultura participante: en otras palabras, lo que se pierde en términos de información puede ser compensado por la iluminación que los relatos proporcionan dentro del repertorio de perspectivas y de discursos de los que son entrevistados.

Pollard empleó una nueva variación sobre la manipulación de la audiencia en las estrategias para las entrevistas que él realizó en su investigación sobre la escuela secundaria:

Los niños fueron invitados a formar un equipo de entrevistadores durante la hora de la comida para ayudarme a, como les dije, «descubrir qué es lo que todos los niños piensan de la escuela». Los chavales del grupo acuñaron su propio nombre: «El Departamento de Investigación Moorside»* (MID), y generaron un sentido de importancia propia. Durante el siguiente año, los miembros del MID variaron gradualmente, pero yo siempre intenté equilibrarlos teniendo miembros de todos los grupos. Normalmente, unos seis niños estaban entrevistando en todo momento, y el número total de niños que intervinieron fue trece. [...] Mi intención a la hora de crear un equipo de niños entrevistadores era romper con la reticencia previa de los niños respecto a mí como profesor. Pasé mucho tiempo con los miembros del MID discutiendo el tipo de cosas en las que yo estaba interesado y estableciendo la idea de inmunidad respecto al juicio de los profesores y la confidencialidad. Empezamos entonces a invitar a grupos de niños —de dos, tres o cuatro miembros para aprovechar la intimidad— para que los del MID les entrevistaran en un edificio que no era utilizado durante las horas de la comida. A veces, entrevistaban a sus amigos y otras a niños a los que no conocían muy bien. Inicialmente, intenté no controlar el proceso, sino dejarlo en manos de los niños.

(Pollard, 1985, págs. 227-228)

* Moorside: literalmente, «El equipo del páramo». (*Nota del editor.*)

De nuevo aquí hay que tener en cuenta los efectos de la audiencia. Y los datos producidos se verán afectados no sólo por los niños entrevistadores, sino también por el papel de Pollard.

Tan importante como saber quién está presente en una entrevista, y quién la conduce, es saber dónde y cuándo tiene lugar. De nuevo, la localización de las entrevistas es algo que el etnógrafo tal vez no esté en disposición de controlar. Dos de las parejas que Lee entrevistó en su estudio sobre matrimonios interreligiosos en Irlanda del Norte sólo accedieron a encontrarse con él

con la condición de que su contacto inicial se realizara en un lugar público, y que ellos tuvieran una descripción física mía pero yo no tuviera una de ellos. De este modo, ellos podrían «echarme un vistazo» y realizar un juicio acerca de la posible amenaza que yo podía suponer antes de decidir si nos conocíamos o no. Obviamente, pasé el examen pues ambas parejas se dieron a conocer y ambas fueron entrevistadas. En ningún caso fui invitado a la casa de alguna de las parejas y cada entrevista tuvo lugar en territorio «neutral», presumiblemente porque las parejas no estaban seguras de que sus direcciones permanecerían anónimas.

(Lee, 1992, pág. 131)

Incluso cuando el etnógrafo está en disposición de decidir dónde tendrá lugar la entrevista, encontrar una localización agradable no siempre es fácil. Burgess señala que en su estudio de una escuela secundaria llevó a cabo las entrevistas en clases y salas departamentales, espacios alejados de la idea de lugar ideal. Otras entrevistas escolares acabaron realizándose en el cuarto de las escobas: y la entrevista más exitosa de Hammersley (1980) con un estudiante tuvo lugar ¡en lo alto del hueco de las escaleras!

Cuando existe alguna posibilidad de localizar el lugar, surgen toda una serie de consideraciones al respecto. Dexter apunta la necesidad de tener en cuenta las distracciones:

Un error que he cometido en varias ocasiones es intentar llevar a cabo una entrevista en un ambiente que no es apropiado para ello. Por ejemplo, un diputado que está fuera de la cámara legislativa y ocupa la mitad de su atención parando a otros colegas para entablar pequeñas conversaciones no es una buena situación para una entrevista, aunque uno puede aprender bastante observándole. No sé si, en el caso de que me enfrentase otra vez con una situación así, tendría el temple de decirle: «Necesito toda su atención...», pero supongo que preguntaría si puedo entrevistarle en algún momento menos inoportuno. Habitualmente, la

mayor dificultad la ofrece un hombre que carece de un despacho privado; como, por ejemplo, los diputados o los asistentes de un ejecutivo cuyo despacho suele estar en el pasillo que conduce al del jefe. En estos casos, preguntaría si existe una sala para conferencias o si se podría tomar un café con ellos, o, en última instancia, quedaría para comer.

(Dexter, 1970, pág. 54)

El «territorio» (Lyman y Scott, 1970) puede tener gran importancia en la forma en que se desarrolle la entrevista, como ilustra la investigación de Skipper y McCaghy (1972) sobre las artistas de *striptease*. Estos autores explicaron que una de las personas entrevistadas les pidió que fuesen al teatro con ella, vieses su actuación e hiciesen la entrevista entre bastidores:

En el escenario su actuación fue extremadamente sexual. Primeramente consistía en acariciarse mientras se quitaba la ropa al mismo tiempo que mantenía conversaciones obscenas con el auditorio. El acto acababa con la artista, completamente desnuda, echada en el suelo con las rodillas levantadas en medio del escenario, acariciándose el clítoris y preguntando a un espectador de la primera fila: «¿Eres tan amable de venir esta noche? ¿Crees que podrás venir otra vez?».

En los bastidores, nos resultaba difícil aparentar indiferencia respecto a su apariencia cuando nos condujo a su camerino. Cuando ella se sentó vistiendo apenas el tanga que llevaba en el escenario y con sus piernas sobre la mesa, estábamos como hipnotizados. Teníamos dificultad hasta para recordar las preguntas que queríamos hacerle, dejando que salieran de nuestras bocas de una manera inteligible. Para aumentar todavía más nuestras dificultades, sentíamos que para la artista era obvio el efecto que estaba teniendo sobre nosotros. Parecía que a ella le gustaba desempeñar ese papel. Durante aproximadamente media hora, ella respondía a nuestras preguntas con una voz que nos parecía bastante sensual, y sus respuestas frecuentemente tenían un segundo sentido. Después de casi cuarenta minutos, de repente dijo, como si hubiera decidido que ya tenía suficiente: «¿No hace un poco de frío aquí? Estoy helada». Se levantó, se puso su quimono, salió del camerino y empezó a hablar con otra artista. Cuando nos dimos cuenta de que no iba a volver supimos que la entrevista había concluido. [...]

Al volver a nuestro despacho para anotar nuestras impresiones, descubrimos que casi no habíamos recogido nada de la información que pretendíamos. Nos habíamos olvidado de muchas preguntas, y las respuestas conseguidas eran inapropiadas. Es decir, no habíamos sido capaces de realizar una entrevista efectiva. Nuestra sólida formación y todos los cursos de metodología sociológica simplemente no nos habían preparado para ese tipo de ambiente de investigación. [...] Estaba

claro para nosotros que la desnudez y la seducción de la *stripper*, y la permisividad que se respiraba en aquel ambiente habían interferido en nuestro rol de investigadores. La entrevistada, y no nosotros, había llevado el control de la interacción; habíamos sido inducidos a practicar su juego, hasta el punto que ella misma tomó la decisión de dar por finalizada la entrevista.

(Skipper y McCaghy, 1972, págs. 239-240)

Como respuesta a esta experiencia, emplazaron a las artistas a realizar entrevistas en un restaurante.

Las características físicas de un contexto y su arreglo pueden tener también un efecto en las respuestas de las entrevistas, como señala Burgess:

En la oficina de un jefe o de un encargado existen unas confortables sillas, así como un escritorio y su correspondiente silla. Elegir sentarse alrededor de una mesa de café refuerza el hecho de que la conversación está siendo grabada y que, por lo tanto, no es un acto espontáneo. En contraste, hablar con un encargado sentados frente al escritorio con una grabadora colocada en un lado puede producir en el individuo con el que estoy hablando cierta confianza, al estar rodeado de objetos: un archivador que puede ser consultado, un archivo que puede ser abierto. Esto viene a añadirse a la formalidad y comunica algo acerca del estatus de los individuos y la manera en que se perciben a sí mismos.

(Burgess, 1988, pág. 142)

Con algunas personas, entrevistarlas en sus territorios y dejar que organicen el contexto y la manera es la mejor estrategia. Les permite relajarse más de lo que estarían en un ambiente menos familiar. Sin embargo, como hemos señalado antes, a veces es necesario establecer la entrevista en lugares distintos, en los que el entrevistador tenga el control, y que el investigador elija el lugar y/o la manipulación de su topografía puede ser una estrategia efectiva para conseguirlo.

Igualmente importante que pensar en el contexto de las entrevistas es tener en cuenta cómo la entrevista afecta a la vida del entrevistado. El investigador tiene una gran tentación: entender las entrevistas puramente en términos de su propia agenda, tratándolas como algo que tiene lugar fuera del marco de la vida diaria de los participantes. Sin embargo, otras personas tal vez no lo entiendan así en absoluto. Pueden ser una de las fuentes de problemas

como los que encontraron Skipper y McCaghy. Del mismo modo, hay personas para las que se puede decir que hablar es su trabajo y, de hecho, ser entrevistadas puede ser un acto rutinario que forma parte de su vida. El estudio de Dexter sobre los senadores y los congresistas proporciona un ejemplo obvio. Su actitud respecto a un comportamiento y a una entrevista será muy diferente del de aquellos que no están familiarizados con esta forma de interacción social. También el modo en que la gente responde en una ocasión determinada puede verse afectado por lo que les está sucediendo en sus propias vidas, y en cómo se sienten en ese momento a nivel personal. Éste fue un factor importante en la investigación de Cannon:

Un día tuve lo que yo experimenté como una entrevista particularmente mala con Katherine, con la que yo creía haber creado una buena relación de comunicación y comprensión. [...] Pensaba que todos mis peores miedos a la hora de entrevistar a personas enfermas se estaban materializando, que únicamente le estaba sirviendo para alterarla, que estaba enferma y cansada y que sólo se quedaba en el hospital para hablar conmigo por educación. Parecía distante y la conversación estaba puntuada por largas miradas y silencios; entonces, cuando le pregunté si se sentía demasiado cansada para continuar, ella dijo que quería hacerlo. [...] Yo estuve preocupada por este encuentro hasta que volví a verla. [...] En la siguiente entrevista fui capaz de decirle cómo me había sentido y el asunto se resolvió satisfactoriamente para las dos. Dijo que había querido hablar pero que se dio cuenta que estaba demasiado deprimida y cansada para hacerlo. Decidimos que, en el futuro, si esto volvía a suceder simplemente tomaríamos una taza de té y concertaríamos otra cita. De hecho, no volvió a suceder hasta que ella se puso muy enferma y estaba postrada en la cama; entonces, a veces decía que prefería hablar de otros asuntos que no fueran su enfermedad. Así lo hicimos, aunque la enfermedad a menudo emergía como el tema principal de la conversación.

(Cannon, 1992, pág. 164)

HACER PREGUNTAS

La principal diferencia entre la manera en que los etnógrafos y los entrevistadores de encuestas hacen preguntas no es, como a veces parece asumirse, que una de las formas de entrevista está «estructurada» y la otra está «desestructurada». Todas las entrevistas, como cualquier otro tipo de interacción social, están estructuradas

tanto por el investigador como por el informante. La distinción significativa debe realizarse entre la entrevista estándar y la reflexiva. Los etnógrafos no suelen decidir de antemano las preguntas exactas que quieren realizar, y no preguntan en cada entrevista exactamente lo mismo, aunque suelen empezar las entrevistas con la lista de los asuntos que se tratarán. Tampoco buscan establecer una secuencia fija con la que cubrir los temas relevantes; adoptan una aproximación más reflexiva, permitiendo que la charla fluya de un modo que parezca natural. Los etnógrafos tampoco necesitan restringirse a un único modelo de preguntas. Según las diferentes ocasiones, o los diferentes puntos en una misma entrevista, la aproximación puede ser dirigida o no dirigida, dependiendo de la función para la que el cuestionario pretende servir; y esto suele decidirse durante el progreso de la entrevista. En este sentido, como hemos señalado antes, las entrevistas etnográficas están más cerca del carácter de las conversaciones que las entrevistas para encuestas (Burgess, 1984a y 1988b). Sin embargo, nunca son simples conversaciones, porque el etnógrafo dispone de una agenda de la investigación y debe mantener cierto control sobre los procedimientos.

Esto es cierto incluso en el caso de un cuestionario no dirigido. Aquí las preguntas están diseñadas como impulsos que estimulan al entrevistado para que hable acerca de un tema concreto:

Normalmente, deberían ser de este tipo: «¿Cómo van las cosas en el Congreso?», «¿Qué es lo que más le preocupa?», y no «¿Qué opina sobre las nuevas tarifas?». Incluso sería mejor: «¿Cuáles son sus principales interlocutores?», «¿Hay alguien que le presione?». No se deben hacer preguntas como: «¿Es verdad que su agencia recibe subvenciones de tal y cual departamento federal?» ni «¿De qué manera influyen en su trabajo los asuntos de política interior?», y si alguien comienza a hacer comentarios, como un representante de una comisión me dijo, sobre los ex agentes del FBI que trabajan como empleados de una autoridad nacional, entonces, por lo menos, habrás aprendido a redefinir el impacto del gobierno federal. Una pregunta que defina rígidamente un determinado tema de conversación seguramente supondrá una pérdida de información que tú, entrevistador, no tienes ni idea de que existe.

(Dexter, 1970, pág. 55)

Las preguntas indirectas son, en realidad, cuestiones abiertas que no requieren del entrevistado una respuesta demasiado escueta ni se limitan a solicitar un «sí» o un «no». Sin embargo, incluso aquí el formato de la entrevista debe ser mantenido, y esto puede ser un pro-

blema cuando las identidades latentes molestan, como descubrió Platt (1981) en su investigación sobre colegas sociólogos. Muchos de los que respondieron a sus preguntas conocían a Platt y sus trabajos, incluso aunque no lo conocieran personalmente. Como resultado, «el conocimiento personal y comunitario [fue] utilizado como parte de la información disponible para construir una concepción de lo que la entrevista [iba] a suponer y eso afectó a lo que [iban] a decir» (Platt, 1981, pág. 77). Un problema añadido fue la tendencia de los entrevistados a invitarla a buscar en su conocimiento previo más que explicar en detalle lo que estaban diciendo. Como resultado, a veces obtuvo respuestas poco explícitas y/o que carecían de los detalles necesarios para llevar a cabo las interpretaciones.

Por ésta y otras razones, en las entrevistas indirectas el entrevistador debe escuchar de manera activa, prestando atención a lo que se está diciendo con el fin de valorar cómo se relaciona con la intención de la investigación y cómo puede reflejar las circunstancias de la entrevista. Además, esto debe hacerse con un ojo puesto en el desarrollo y la forma que va tomando la entrevista. Mientras que el objetivo debe ser minimizar la influencia del investigador en lo que el entrevistado dice, siempre es necesaria alguna estructuración para determinar lo que es o no relevante. E incluso cuando lo dicho sea muy importante, tal vez esté insuficientemente detallado o concretado, o si la ambigüedad no se resuelve se puede necesitar una mayor clarificación. Whyte (1953) ilustra un «control» indirecto de la entrevista en las preguntas que él hacía a Columbus Gary, un representante sindical que planteaba reivindicaciones en una planta siderúrgica:

WHYTE: Estoy intentando informarme sobre lo que ha ocurrido desde la última vez que vine para estudiar este caso. Eso fue en 1950. Creo que probablemente la mejor forma de empezar sería que tú me dieras tus propias impresiones de cómo van las cosas comparándolas con el pasado. ¿Crees que las cosas han mejorado o empeorado, o están más o menos igual? [...]

WHYTE: Eso es interesante. Quieres decir que no es que no tengáis problemas, sino que os adelantáis y los discutís antes de que las cosas se pongan peores, ¿no es eso? [...]

WHYTE: ¡Qué interesante! Me pregunto si podrías darme un ejemplo de un problema que haya surgido recientemente, o no tan recientemente, y que ilustre la manera en que lo habéis resuelto de manera informal sin llegar a mayores [...]

WHYTE: Ése es un buen ejemplo. No sé si me podrías dar más detalles sobre cómo empezó. ¿Fue el señor Grosscup el primero en hablarte de ello? ¿Cómo lo descubriste? [...]

WHYTE: Ya veo. Primero te lo explicó y posteriormente tú se lo comentaste a los trabajadores, pero entonces viste que ellos no lo habían entendido, ¿no?

(Whyte, 1953, págs. 16-17)

Sin embargo, como ya hemos indicado, en etnografía la entrevista no es siempre indirecta. Frecuentemente tenemos que verificar hipótesis, derivadas de la teoría que se está desarrollando, y aquí se necesitan unas preguntas mucho más directas y específicas. Cuando se sospecha que un informante no ha dicho la verdad, también es necesario realizar preguntas de contenido más restringido. Nadel, un antropólogo social, comenta que:

La expresión de duda o incredulidad por parte del entrevistador, o la realización de entrevistas con varios informantes, algunos de los cuales, debido a su posición social, probablemente proporcionarán información imprecisa, inducirá sin duda al informante clave a vencer su habitual resistencia y a hablar abiertamente, aunque sólo sea para confundir a sus oponentes y críticos.

(Nadel, 1939, pág. 323)

La confrontación de informantes con lo que uno ya sabe es otra técnica de este tipo, como Perlman ejemplifica a través de su investigación en Uganda:

A los cristianos no les gustaba admitir que una vez habían llegado a tener (incluso tenían todavía) dos o más mujeres. Pero en los casos en que yo descubría la verdad a través de amigos, vecinos o parientes del entrevistado, lo enfrentaba con este hecho, aunque siempre medio jugando, mencionando, por ejemplo, el nombre de su primera mujer. Cuando el entrevistado se daba cuenta de que yo ya sabía demasiado, normalmente me lo contaba todo por miedo a que sus enemigos dijese incluso cosas todavía peores. Aunque él insistía en que sólo había vivido con esa mujer durante seis meses y que nunca la había considerado como una esposa real, ya había, al menos, confirmado mi información. Después, yo comprobaba su historia a lo largo del tiempo y se lo volvía a preguntar una y otra vez si era necesario. Aunque visité a la mayoría de la gente una o dos veces —después de informarme primero todo lo que podía acerca de ellos— tuve que volver a ver a alguno por lo menos cinco veces hasta que estuve satisfecho con la precisión de mi información.

(Perlman, 1970, pág. 307)

Por supuesto, no todos los entrevistados tolerarán dicha repetición y un cuestionario dirigido, como Troustine y Christensen (1982, pág. 70) señalan en el curso de un estudio sobre las comunidades de élite:

Los entrevistados pueden ser reacios en un principio a ofrecer visiones cándidas de sus iguales. [...] A veces un entrevistado podrá poner obstáculos a cualquier pregunta, sintiéndose incómodo progresivamente a la hora de compartir su visión sobre lo que se le está preguntando. No es que ocurra a menudo, pero cuando sucede debemos ser persistentes aunque no beligerantes. Después de todo, [...] los entrevistados pueden, si están bien relacionados, dificultarnos las cosas con una sola llamada de teléfono.

(citado por Hunter, 1993, pág. 45)

A los investigadores se les suele avisar para que eviten el uso de preguntas que induzcan las respuestas. Cuando se hace una entrevista, es importante no perder de vista este peligro, pero a veces este procedimiento puede ser extremadamente práctico para verificar hipótesis e intentar penetrar en nuevos frentes de investigación. Lo que importa es prever la dirección probable del sesgo que la pregunta introducirá. En efecto, una táctica es hacer que las preguntas induzcan las respuestas en el sentido contrario al que esperamos que vayan, para así evitar el riesgo de confirmar nuestras expectativas de manera simplificadora y engañosa; aunque es necesario tener cuidado de que esto no menoscabe la identidad del entrevistador como participante competente a ojos del entrevistado.

Las preguntas dirigidas y las no dirigidas proporcionan diferentes tipos de datos, y pueden ser útiles para distintas etapas de la investigación. Pero sea cual sea el tipo de preguntas empleadas, los etnógrafos deben estar alerta respecto a los efectos de sus preguntas en lo que dicen, o no, los informantes. (Para una útil información acerca de los diferentes formatos de pregunta, y para otros asuntos relacionados con las entrevistas etnográficas, véanse Spradley, 1979; y Lofland y Lofland, 1984, cap. 5.)

CONCLUSIÓN

Una importante fuente de datos para los etnógrafos son los relatos que proporcionan los nativos. Pueden producirse de manera es-

pontánea o inducidos por el investigador. Las entrevistas debe ser entendidas como un acontecimiento social en el que el entrevistador (y por este motivo también el entrevistado) es un observador participante. En las entrevistas, el etnógrafo puede ejercer un rol más dominante de lo usual, y esto puede capitalizarse tanto en términos de cuándo y dónde tendrá lugar la entrevista y quién estará presente, como para los tipos de preguntas realizadas. En este sentido, los diferentes tipos de datos pueden ser obtenidos o requeridos por las distintas exigencias de la investigación. A pesar de que estos mecanismos de las entrevistas evitan el peligro de la reacción, se trata únicamente del aspecto de un problema más general que no puede ser evitado: los efectos de la audiencia y el contexto sobre lo que se dice y hace.

Los relatos de la gente que se está estudiando tampoco deben ser tratados como «válidos en sí», ni como algo excluido de la valoración y explicación; tampoco deben ser menospreciados como epifenómenos de información acerca de acontecimientos, o como revelación de las perspectivas y las prácticas discursivas de aquellos que los producen. Además, en tanto que a veces puede ser importante distinguir entre relatos solicitados y no solicitados, también en muchas ocasiones no es aconsejable dicha distinción. Más bien todos los relatos deben ser examinados como fenómenos sociales que ocurren, y se relacionan, en un contexto particular. No sólo se añadirán directamente al conocimiento sociológico, también pueden verter luz sobre el tipo de amenazas a la validez de la historia que tal vez necesitemos para considerar la información proporcionada por un relato.

En este capítulo hemos afirmado que los relatos nativos adquieren exclusivamente forma oral. Esto es cierto en las sociedades no letradas, pero en muchos lugares los documentos escritos son una fuente importante de datos, como veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 6

DOCUMENTOS

La investigación etnográfica ha sido especialmente utilizada en el estudio de culturas orales. Ya sea en las culturas ágrafas de la antropología social o en los grupos urbanos o los ambientes clandestinos tan caros a muchos sociólogos trabajadores de campo, los mundos sociales estudiados por los etnógrafos no suelen considerar otros documentos escritos que no sean los producidos por los propios investigadores.

Aunque no fuera el único método propuesto por el trabajo de campo etnográfico, el hecho de que las sociedades «exóticas» estudiadas por los primeros antropólogos no tuvieran historia escrita constituía la principal justificación de este método, así como los análisis sincrónicos funcionalistas a los que estaban asociados. Más que intentar reconstruir un pasado esencialmente incognoscible, el antropólogo se concentraba para construir una versión convincente del presente. Los antropólogos evitaban así realizar conjeturas históricas. De todas formas, entre los métodos etnográficos y la investigación de culturas iletradas hay más que una relación de coincidencia. (Hoy en día, esto es menos cierto; de hecho, los antropólogos han dedicado un interés especial a lo escrito: Goody, 1968, 1986 y 1987; Street, 1984.)

En un sentido bastante similar, muchos de los ambientes estudiados por los sociólogos de la Escuela de Chicago eran efímeros. No es que estuviesen «fuera» de la historia o formaran parte de una «tradición» atemporal (conceptos que constituyen una ficción incluso en los contextos antropológicos); más bien eran culturas que carecían de cualquier intento consciente o inconsciente de documentar sus actividades. Independientemente de que los miembros sean o no iletrados, sus acciones colectivas raramente dependen de la producción, distribución y preservación de documentos escritos. Las culturas urbanas de vagabundos, prostitutas, consumidores de drogas, etcétera, suelen ser ágrafas en este sentido.

Se ha dicho insistentemente que la etnografía es un método que resulta especialmente apropiado para estudiar esas culturas ágra-

fas. Pero no se debe olvidar que muchas de las culturas estudiadas por sociólogos y antropólogos son letradas. Sus miembros no sólo son capaces de leer y escribir, sino que ésta es una capacidad integrada en su actividad diaria y en su trabajo (Smith, 1987 y 1993). En muchos casos, por lo tanto, los etnógrafos necesitarán tener en cuenta ciertos documentos como parte del campo social que están investigando.

Al recomendar que se preste atención a fuentes documentadas, en los lugares sociales apropiados, estamos señalando el lugar histórico en la tradición intelectual de la ciencia de la interpretación social. La investigación que surgió de la Escuela de Chicago, por ejemplo, estuvo basada a veces en una gran cantidad de documentos escritos. Por ejemplo, Thomas y Znaniecki (1927) en *The Polish Peasant in Europe and America* —habitualmente tratado como un clásico de la sociología norteamericana—, se basaban sustancialmente en documentos escritos, en principio cartas pero también historias de vida. Thomas (1967) empleó la misma aproximación en *The Unadjusted Girl*. Recogió anotaciones documentales personales, en la creencia de que «el único valor del documento personal es su revelación de las situaciones en las que se ha visto condicionado su comportamiento» (1967, pág. 42). En ambos casos lo que tenemos es una densa acumulación de relatos personales, que han sido ordenados temáticamente y yuxtapuestos con el fin de mostrar las regularidades y los contrastes en las «definiciones de situación»: «No sólo los actos concretos dependen de la definición de la situación, sino que, gradualmente, la política de vida como un todo y la propia personalidad del individuo se siguen de tales definiciones» (Thomas, 1967, pág. 42).

De manera bastante similar, la primera acepción del término «observación participante» designaba la producción de documentos por parte de los participantes, por ejemplo, los «sujetos», que en el lenguaje contemporáneo se llamarán «informantes». Así, en la investigación que dio lugar a *The Gold Coast and the Slum*, Zorbaugh (1929) convenció a la gente que habitaba la sociedad exclusiva de la «costa dorada» de Chicago para que generara relatos «internos». Ellos eran tan observadores participantes como el propio Zorbaugh.

En una cultura gráfica es posible apoyarse en todo tipo de relatos escritos desde «dentro», documentos producidos específicamente para los propósitos de la investigación y los generados para otros propósitos. Generalmente nosotros tratamos con estos últimos, y existen muchos contextos en que los miembros de organiza-

ciones y grupos producen información escrita. Deberíamos dar comienzo a un debate sobre los documentos como fuentes «secundarias» para el etnógrafo, y entonces dirigir nuestra atención a un examen más detallado de la etnografía de los lugares donde la producción y el uso de documentos son un mecanismo integral de la vida diaria.

TIPOS DE FUENTES DOCUMENTALES Y SUS USOS

Existe, por supuesto, una compleja variedad de materiales documentales que son relevantes para el investigador. Éstos incluyen desde los más «informales» hasta los más «formales» u «oficiales». En el polo «informal» del espectro existe un gran número de relatos «profanos», que el investigador emprendedor e imaginativo puede utilizar con diferentes propósitos. Estos relatos están constituidos por la literatura de ficción, diarios, autobiografías, cartas o extractos de medios de comunicación.

Hay, por ejemplo, numerosas categorías de personas en la sociedad contemporánea que publican versiones de su propia historia de vida:

Nunca antes en la historia, hombres que ocupaban cargos de responsabilidad, incluyendo políticos, militares y hombres de negocios, habían escrito tanto como ahora sobre sus experiencias, privadas y públicas, con la intención de legarlas a la posteridad. En décadas recientes, un número de líderes gubernamentales norteamericanos, incluidos los militares, han publicado, después de abandonar los puestos oficiales, sus memorias o relatos personales en los que buscan apoyo público para causas que la burocracia había rechazado durante el período en que ocupaban puestos oficiales.

(Sjoberg y Nett, 1968, pág. 163)

En las décadas transcurridas desde esta observación, nada ha cambiado. El número de memorias continúa creciendo.

Existe también un número considerable de relatos de primera mano publicados por personas menos eminentes, incluidas aquellas que proceden del submundo criminal y los ámbitos del deporte y los espectáculos. Podemos encontrar relatos personales similares en periódicos y revistas, o a través del recurso a documentales de radio o televisión y programas de debate, por ejemplo. Tenemos un crecien-

te número de relatos biográficos y autobiográficos acerca de científicos importantes, músicos y artistas para añadir a la lista de tipos sociales contemporáneos representados en los relatos publicados.

Desde luego, estos relatos biográficos y autobiográficos rara vez serán escritos por las personas que constituyen nuestro objeto de estudio. Sin embargo, resultarán fuentes valiosas para el etnógrafo. Pueden servir como fuente de «conceptos sensitivos» (Blumer, 1954): indican las diferentes formas que usan sus autores, o la gente que aparece en ellos, para organizar sus experiencias, su imaginario y el «vocabulario local» (Mills, 1940) que emplean, así como los acontecimientos rutinarios y los problemas y reacciones con los cuales se enfrentan. Leídos de esta manera, estos relatos pueden sugerir líneas potenciales de investigación y «problemas preliminares».

Esta clase de documentos poseen características bastante particulares. Los autores normalmente tendrán interés en presentarse a sí mismos de forma favorable; responderán a motivaciones personales, tendrán objetivos que cumplir y justificaciones y excusas que dar. Estos relatos suelen estar basados en la experiencia acumulada y hacen referencia a problemas pasados. Los autores tienen en mente un auditorio ante el cual se presentan con su mejor apariencia. Para algunos propósitos dichas consideraciones deben ser tratadas como fuentes potenciales «parciales». Pero las fuentes «parciales» son, vistas desde otra perspectiva, datos en sí mismas. Como hemos señalado en el capítulo anterior, tan importante como la «exactitud» o la «objetividad» de un relato es lo que revela acerca de los intereses, perspectivas y supuestos del que lo cuenta.

Tales relatos pueden usarse también, con precaución, para propósitos comparativos. Nos pueden dar información (aunque parcial y personal) sobre grupos y lugares que no están disponibles para la observación directa. Como cualquier otro tipo de información, las fuentes biográficas y autobiográficas están sujetas a otro tipo de sesgo, en el sentido de que tienden a sobrerrepresentar lo poderoso, lo famoso, lo extraordinario y lo articulado. Pero eso también puede ser un punto fuerte puesto que esas categorías suelen ser difíciles de investigar directamente. Más adelante comentaremos con más detalle el valor «comparativo» de las fuentes documentales.

En los últimos años se ha podido apreciar un considerable resurgir del interés en el análisis social de relatos biográfico o autobiográficos. En tanto que este interés va más allá del alcance de la investigación etnográfica, los etnógrafos pueden incorporar algunas de estas visiones a partir de su campo de investigación. El cre-

cimiento del interés entre los estudiosos refleja un renovado énfasis en las formas narrativas, la temporalidad y la memoria. Refleja también un interés en la intersección de lo «personal» con lo «social» (Erben, 1993). Stanley resume algunos de estos intereses:

Veó el interés por lo biográfico y lo autobiográfico como algo fundamental para la sociología, porque percibo los campos del interés sociológico que residen dentro de la problemática epistemológica relacionados con cómo entendemos el «yo», y la «vida», cómo nos «describimos» a nosotros mismos, a los otros y a los acontecimientos, cómo justificamos las afirmaciones de conocimiento que realizamos en nombre de la disciplina, en particular mediante los procesos de producción textual.

(Stanley, 1993, pág. 50)

Estas perspectivas sociológicas sobre las «vidas» y los «documentos» también reflejan a menudo los compromisos desde un punto de vista feminista. Las fuentes documentales pueden ser utilizadas para recuperar las voces, en cualquier otro caso mudas, de las mujeres y de otros grupos oprimidos, y las estudiosas feministas se apoyan en la intersección de lo personal y lo social (Stanley, 1992; Evans, 1993).

En la recopilación e investigación de materiales documentales «informales», los relatos de ficción —incluso los más populares y efímeros— pueden ser provechosos. La ficción más banal («sensacionalista» o «comercial») está frecuentemente repleta de imágenes, estereotipos y mitos referentes a una amplia gama de ámbitos sociales. En efecto, es cierto que los relatos de ficción carentes de méritos literarios usan en su provecho el conocimiento y la sabiduría popular. Por lo tanto, aquí también podremos tener acceso a temas culturales referentes al sexo, el género, la familia, el trabajo, el éxito, el fracaso, la clase, la movilidad, las variaciones regionales, las creencias religiosas, las cuestiones políticas, la enfermedad y la salud, la ley, el crimen y el control social. Esta literatura no tiene por qué ser necesariamente leída por su valor de verdad, como representaciones ajustadas a la realidad social, sino que su valor estriba en los temas, imágenes y metáforas que aporta. Esto es igualmente cierto para la literatura de ficción más «seria»: las novelas, por ejemplo, pueden reflejar diferentes formas de organizar la experiencia y modelos temáticos alternativos. Es necesario que no nos avergoncemos de usar cuidadosamente estas fuentes literarias. Co-

mo varios autores han señalado, existe un complejo conjunto de relaciones entre la literatura y las ciencias sociales (Lepenies, 1988; Cappetti, 1993). Y, como señala Davis (1974), tanto los etnógrafos como los novelistas tienen que contar historias. (Véase el capítulo 9 para una exposición pormenorizada de los paralelismos entre la etnografía y el análisis literario.)

El objetivo del análisis comparativo, como hemos referido arriba, también es pertinente para las fuentes publicadas de naturaleza más «formal», incluidos los estudios etnográficos publicados. El desarrollo de los conceptos genéricos requiere una lectura amplia y ecléctica de las fuentes textuales (formal e informal, factual o ficcional) según temas sustantivos diferentes. Es importante, sin embargo, no empezar a investigar sólo a partir de fuentes documentales cuando «estamos escribiendo». Una lectura amplia y comparativa debería rastrear la formación de conceptos a través del proceso de investigación. Un gran número de sociólogos y antropólogos no lo consiguen con facilidad. La variedad textual de un Erving Goffman no suele ser frecuente.

Existen muchas razones para que un sociólogo interesado en, por ejemplo, hospitales y clínicas, lea los trabajos realizados en otros campos institucionales: escuelas, juzgados, servicios sociales, departamentos de policía, servicios de emergencia, etcétera. La selección adecuada del campo de investigación, así como el conocimiento que de él se extraiga, dependerán de los temas analíticos que se estén desarrollando. A través de la comparación podemos seguir una variedad de fenómenos tales como las «ceremonias de degradación», las condiciones de control de información o la evaluación moral de los «clientes». En principio, no existen límites para su conducción. El papel que desempeñan aquí los descubrimientos casuales y las interpretaciones inesperadas es de una relevancia considerable, como lo es en el trabajo creativo. De todas formas, se deben crear las condiciones adecuadas para encontrar lo inesperado, y eso incluye la atención a varios tipos de fuentes. Como señalan Glaser y Strauss con su entusiasmo característico:

La teorización requiere análisis comparativos. La biblioteca ofrece una gama fantástica de grupos para comparar sólo con que los investigadores tengan el ingenio de descubrirlos. Desde luego, si sus intereses radican solamente en grupos específicos, y ellos desean explorarlos en profundidad, tal vez no siempre encuentren la documentación suficiente sobre los mismos. Pero si están interesados en generar teorías, la biblioteca será enormemente práctica; especialmente, como ya se-

ñalamos antes, para trabajar la teoría formal. Independientemente del tipo de teoría que le interese al teórico, un vistazo inteligente a una biblioteca (incluso sin tener una orientación inicial) no servirá de nada si su motivación teórica no emerge de la interacción confusa y apasionante con los grupos sociales a través de la lectura.

(Glaser y Strauss, 1967, pág. 179)

Como sucede en el trabajo de Goffman sobre temas como «instituciones totales» (Goffman, 1961), debe incluirse el uso imaginativo de las fuentes documentales secundarias para elaborar la «perspectiva» (Burke, 1964; Lofland, 1980; y Manning, 1980). Es decir, la yuxtaposición de instancias y categorías que normalmente se consideran como mutuamente exclusivas. Estas fuentes y recursos son ideales para propósitos heurísticos: pueden revitalizar imaginaciones agotadas, motivar nuevas conceptualizaciones y desarrollar teorías. En su imaginación, el investigador está libre de deambular en medio de diversas escenas sociales, recogiendo ideas, interpretaciones, hipótesis y metáforas.

Además del recurso a las fuentes documentales a que nos hemos referido hasta ahora, en una cultura escrita se pueden emular investigaciones como la de Zorbaugh y estimular la habilidad de los informantes para crear relatos escritos destinados a los objetivos de la investigación. Con esto se puede recoger información que complementa a las nuevas fuentes de información del campo. Algunas investigaciones se han centrado en estos relatos indígenas. La tradición de la «observación de masas» en Gran Bretaña descansa en la habilidad de los voluntarios letrados para producir relatos «nativos» acerca de la vida diaria a su alrededor. La recuperación del Archivo de la observación de masas depende, de nuevo, de dichos documentos escritos:

Los escritos fueron generados como respuesta a una llamada del Archivo de observación de masas, repetida a lo largo de los años, para que la gente tomara parte en una forma colectiva de autobiografía. No se requerían habilidades, conocimientos o calificaciones especiales, sólo el disfrute de la escritura y el deseo de poner en un papel los pensamientos y las experiencias de manera discursiva.

(Sheridan, 1993, pág. 27)

Este énfasis en la recolección de relatos demóticos, característico de la observación de masas, sólo es una versión de las amplias

posibilidades de recolección de pruebas documentales. La recopilación de diarios de diferentes tipos es, a menudo, un importante añadido al trabajo de campo. Esta estrategia es defendida por Zimmerman y Wieder (1977), quienes utilizaron una técnica de diario en su estudio sobre las formas de vida contracultural. Ellos comentan que a pesar de estar comprometidos con una observación participante, existen lugares y actividades que siguen resultando complicados de observar directamente. Así pues, reclutaron informantes internos, que redactaban detallados diarios durante períodos de siete días. A continuación, los investigadores sometían a los informantes a exhaustivas y detalladas entrevistas, basadas en sus diarios, «en las que se les preguntaba no sólo con la intención de ampliar el reportaje, sino también sobre cuestiones que podían observarse de manera menos directa dentro de los acontecimientos relatados, sobre su significado, sus propiedades, su tipicidad, la conexión con otros acontecimientos y cosas así» (1977, pág. 484).

Los relatos solicitados, como los diarios, son maneras especialmente útiles de sacar a la luz información acerca de lo personal y lo privado. Si se saben manejar bien, y con una adecuada colaboración por parte de los informantes, los diarios pueden ser utilizados para recoger datos que permanecerán ocultos en una entrevista cara a cara o en otro tipo de encuentros de recopilación. El comportamiento sexual es un ejemplo obvio. Por ejemplo, un importante estudio sobre los hombres homosexuales hizo extensiva la utilización de diarios personales con el fin de obtener información sobre los tipos y las frecuencias de las prácticas sexuales (Coxon, 1988).

De manera semejante, Davies utilizó los diarios personales en su trabajo sobre las estudiantes de obstetricia (Davies y Atkinson, 1991). Su investigación mostró una parte de las ansiedades y las estrategias asociadas a ese estatus, cómo las enfermeras experimentadas se convertían en comadronas novatas. Resulta destacable, a partir de las respuestas obtenidas por Davies, saber que las estudiantes hacían uso de los diarios como si se tratara de una especie de confesionario personal, a menudo dirigiéndose directamente al investigador acerca de inquietudes privadas, motivos para la ira y frustraciones. Estos relatos personales fueron complementados con las entrevistas y las observaciones.

Los diarios de este tipo también pueden ser utilizados para recoger las nimiedades de la acción social diaria. Robinson (1971), durante el curso de una investigación sobre la experiencia de la enfermedad, convenció a una serie de mujeres en Gales del Sur para que llevaran un diario sobre la salud de los miembros de su casa.

Los diarios se utilizaron durante un período de cuatro semanas. A Robinson estos diarios le permitieron realizar un estudio en profundidad sobre los episodios sintomáticos diarios y las características decisiones relacionadas con la salud en la vida cotidiana. Algunos de estos episodios eran menores, aunque no insignificantes, y podrían haberse pasado por alto muy fácilmente en los relatos retrospectivos, las entrevistas o los cuestionarios.

Este tipo de procedimiento se ha llevado a cabo ampliamente en los trabajos sobre educación. Ball (1981), por ejemplo, utilizó diarios en combinación con otro tipo de técnicas, incluyendo cuestionarios sociométricos sobre las elecciones de amigos. Señala explícitamente el valor de combinar dichas fuentes de datos:

Los cuestionarios sociométricos no conseguían reflejar las amistades ocasionales que existían entre los alumnos fuera de la escuela; parecía que no existían tales contactos. Además, tampoco recogían los lazos de amistad existente entre chicos y chicas. Quizá la noción de «amistad» sea demasiado estrecha y difusa para reflejar los diferentes tipos de relaciones entre adolescentes. [...] De todas formas, en los diarios que varios alumnos escribían para mí, ellos se referían constantemente a esas relaciones.

(Ball, 1981, pág. 100)

Este tipo de documentos personales, generados para los objetivos de investigación, recogen las ventajas y desventajas de esos relatos personales. Son parciales y reflejan los intereses y perspectivas de sus autores. No deben ser privilegiados frente a otras fuentes de información, pero tampoco se deben subestimar. Como cualquier otro relato, éstos deberían ser leídos en relación con el contexto en el que son producidos, el auditorio al que van dirigidos y los intereses y motivaciones del autor. Igualmente, uno debe señalar que un relato escrito no es una versión degradada. Gracias a las raíces históricas e intelectuales del trabajo etnográfico es posible detectar a menudo un legado romántico que privilegia lo oral sobre lo escrito. Es fácil (pero equivocado) asumir que el relato hablado es más «auténtico» o más «espontáneo» que el escrito.

Hasta ahora hemos estudiado una serie de fuentes documentales; sin embargo, todavía no hemos prestado atención a la investigación de actividades sociales que, en sí mismas, implican la producción directa de documentos. El trabajo de campo en las sociedades letradas —especialmente en organizaciones formales—

puede englobar la producción y el uso de documentos de diferentes tipos. En la siguiente sección nos centraremos explícitamente en tales actividades y en sus productos documentales.

DOCUMENTOS DENTRO DEL CONTEXTO

En algunos lugares sería difícil concebir una aproximación etnográfica que no prestara atención al material documental. Por ejemplo, Gamst, en su estudio sobre conductores de ferrocarril, utiliza una amplia serie de documentos:

Algunos documentos, por ejemplo, están publicados: manuales de instrucciones, horarios, manuales técnicos para el uso de equipamientos y varios tipos de publicaciones sobre instrucciones, regulaciones e investigaciones referentes a los ferrocarriles, los sindicatos, la administración y otras empresas. Los documentos inéditos comprenden: la correspondencia oficial, fotocopias de informes, boletines y circulares sobre el funcionamiento del ferrocarril, instrucciones para los trenes, mensajes para su funcionamiento y varios otros temas.

(Gamst, 1980, pág. viii)

Independientemente de que se utilicen o no tales fuentes, habría esperar que un estudio etnográfico sobre el trabajo en los ferrocarriles hiciera referencia a aspectos como las instrucciones de operación y los horarios. Zerubavel (1979) atiende a estos aspectos en su análisis formal sobre el tiempo en los hospitales; utiliza fuentes como horarios, rotación de turnos, coordinación de tareas, tal como aparecen en los documentos de la organización. En muchas organizaciones la utilización y producción de estos documentos es una parte importante de la vida cotidiana.

De manera similar, el estudio etnográfico del trabajo científico —especialmente el género «estudios de laboratorio»— no puede proceder adecuadamente sin un conocimiento del trabajo escrito. Por ejemplo, Latour y Woolgar (1979), en su estudio clásico de los laboratorios biomédicos, documenta el papel central de la producción escrita. El laboratorio científico está preocupado fundamentalmente por lo que ellos llaman «inscripciones»: o sea, las representaciones del fenómeno natural y los textos que son producto del laboratorio. Los textos científicos circulan habitualmente dentro y entre diferentes grupos de investigación. Resulta imposible hacer-

se una idea de las complejas realidades sociales del trabajo científico sin prestar mucha atención a cómo y por qué se escriben los textos científicos. Ahora la sociología del conocimiento científico está repleta de estudios de textos escritos y otras formas de representación (véase, por ejemplo, Lynch y Woolgar, 1990). Y la misma aproximación puede ser extensible a todas las localizaciones basadas en organizaciones o profesiones.

Douglas, en 1967, comentaba la importancia que tenía la información «oficial» en la sociedad contemporánea, al tiempo que llamaba la atención sobre la negligencia de los sociólogos a este respecto:

En el mundo occidental de hoy existe la creencia general de que uno conoce algo solamente cuando ha sido registrado. [...] Considerando la importancia de las estadísticas para la formación y comprobación de cualquier tipo de sentido común y de teorías científicas sobre la acción humana, es un hecho destacable que actualmente haya un conocimiento tan poco sistemático del funcionamiento de las estadísticas oficiales que permanecen archivadas en organizaciones.

(Douglas, 1967, pág. 163)

Desde la época en que Douglas hizo estas consideraciones ha habido un incremento de trabajos en la línea referida. No obstante, en comparación con el vasto volumen de registros «escritos» existentes en las sociedades modernas, la investigación empírica de estas actividades sociales ha sido relativamente desigual. De todos modos, aparentemente hay un supuesto tácito que dice que la investigación etnográfica puede representar con propiedad los mundos sociales contemporáneos como culturas esencialmente orales. Algunos estudios en localizaciones relacionadas con la medicina, por ejemplo, se centran exclusivamente en la interacción hablada entre los médicos y sus pacientes, o entre los profesionales de la salud, prestando una atención menor a actividades de lectura o de escritura. Como destaca Rees: «Tanto la medicina como la sociología médica han desatendido en gran medida estos registros escritos. En efecto, rara vez se reconoce que se podría pensar que la medicina es una disciplina puramente oral» (Rees, 1981, pág. 55).

Pettinari (1988) ha demostrado el valor de dedicarle atención a lo «escrito» en cuestiones médicas. Nos proporciona un detallado relato acerca de cómo los cirujanos escriben sus informes sobre las operaciones, y en particular sobre cómo los jóvenes cirujanos aprenden a desempeñar dichas habilidades ocupacionales. Existen formas con

las que representar de manera competente la operación en los informes de los cirujanos, y dichas formas se adquieren con el paso del tiempo y la experiencia profesional. El relato escrito es un elemento fundamental en la organización cotidiana del trabajo quirúrgico. Su producción y uso son una importante cuestión para el relato etnográfico de la cirugía en general.

En una línea parecida se encuentra el trabajo etnográfico de Coffey sobre los contables en fase de prácticas (Coffey, 1993). Basado en un trabajo de campo en la oficina de una firma contable internacional, Coffey documenta aspectos de la adquisición de experiencia durante la fase de prácticas. Estudió las habilidades necesarias para manejar los libros de cuentas junto a los novatos, y describe cómo éstos adquirirían habilidad y juicio leyendo fuentes de documentación como los cuadernos de balances. Sería del todo absurdo representar el mundo de las corporaciones contables como un ámbito no letrado —y, de hecho, no matemático—, y además un relato etnográfico comprensible debe incluir la referencia a cómo se leen, interpretan y utilizan los documentos de organización.

Debido a que la crítica de las «estadísticas oficiales» surgen del movimiento etnometodológico, algunos etnógrafos contemporáneos pueden sentir cierto rechazo a la hora de comprometerse en una investigación sistemática o en el uso de datos documentales. Creemos que están en lo cierto al oponer serias objeciones a los datos «oficiales» en este contexto, pero se equivocarían si despreciasen dichos materiales. El punto de partida para la crítica de los «datos de fuentes oficiales» fue la contención con que, tradicionalmente, los sociólogos tratan dicha información como valor real, y no prestar la atención adecuada a su carácter de producto social.

Existe un amplio acuerdo entre los sociólogos sobre el hecho de que la información derivada de las fuentes oficiales puede ser en muchos sentidos inadecuada o estar sujeta a sesgos o distorsiones, y que las preocupaciones prácticas de los burócratas pueden implicar que los datos que registran no están organizados de acuerdo con los intereses de los sociólogos. Los etnometodólogos, por otra parte, han planteado problemas más radicales. Cicourel, por ejemplo, señala que:

Durante años los sociólogos han protestado contra «las estadísticas equivocadas y distorsionadas archivadas en los ámbitos burocráticos», pero no han tomado como objeto de estudio los procedimientos que producen materiales «erróneos» que llamamos «información». El punto de partida de las investigaciones sobre el crimen, la delincuencia y la

ley suele ser la visión de que la obediencia y la desviación tienen su propio significado ontológico, y la vara de medir está constituida por un cuerpo de reglas presumiblemente «claras» cuyos significados son también «ontológica y epistemológicamente claros».

(Cicourel, 1976, pág. 331)

Nuestro argumento es que, en vez de verlos apenas como fuentes de información (más o menos sesgada), los documentos y estadísticas oficiales deberían tratarse como productos sociales; deben ser analizados, y no empleados meramente como recursos.

De esta forma, se dirige la atención hacia la investigación de prácticas socialmente organizadas mediante las cuales se producen «tablas» y categorizaciones. Un ejemplo pionero en este sentido fue el trabajo de Sudnow (1965) sobre «delitos comunes» en los despachos de los abogados públicos. Sudnow detalla el razonamiento práctico utilizado para categorizar delitos particulares o delitos menores de acuerdo con las tipificaciones de delitos «comunes» en la conducción de la defensa. Así, Sudnow busca «detrás» de las clasificaciones «oficiales», basadas en convicciones, para atender al trabajo socialmente organizado de interpretación y negociación que generan tales estadísticas. Además del estudio etnográfico de Sudnow sobre delitos comunes, existe un número relativamente pequeño de estudios que han encarado el tema directamente. Son especialmente importantes los trabajos de Cicourel (1967) sobre la justicia juvenil, y Cicourel y Kitsuse (1963) sobre la organización de los mecanismos de toma de decisiones educativas y biográficas y categorizaciones de las capacidades de los alumnos. En una línea similar, las investigaciones más recientes incluyen un maremágnum de relatos construccionistas de problemas sociales (véase, por ejemplo, Holstein y Miller, 1989). De semejante enfoque es también el estudio de Prior sobre la organización de la muerte, que hace hincapié en la clasificación de las causas de muerte (Prior, 1985). En este contexto resultaría necesario señalar las observaciones de Prior y Bloor (1993) sobre las tablas de vida como artefacto cultural e histórico.

Los orígenes del debate sobre las «estadísticas oficiales» han sido potencialmente mal situados; lo importante era la perspectiva general desde la que se observaba. Los asuntos se polarizaban innecesariamente. Los problemas asociados a los datos a partir de fuentes oficiales eran importantes, y estaban relacionados directamente con los problemas clásicos del análisis sociológico, como la

explicación del suicidio (Douglas, 1967; Atkinson, 1978); pero éste no era el único. El etnógrafo cuidadoso tendrá en cuenta que todos los tipos de datos presentan problemas, todos son producidos socialmente, y ninguno puede ser tratado de forma neutral como no problemático o como si fuera una representación transparente de la «realidad». El reconocimiento de la reflexividad en la investigación social entraña dicha precaución (Hoshtein y Miller, 1993). Como resultado, no existe una razón sociológica para pensar que los documentos o informaciones similares deban ser especialmente problemáticos o estén viciados por completo. Como Bulmer señala en este contexto:

En primer lugar, no existe una razón lógica para rechazar la utilización, para fines de la investigación, de la información oficial, amparándose en la existencia de posibles y graves errores. En segundo lugar, muchas de las críticas más radicales a las estadísticas oficiales se refieren a estadísticas de suicidios, crímenes y delincuencia, áreas en las que existen especiales problemas en cuanto a la fiabilidad y validez de las mediciones. Los problemas específicos encontrados no son, *ipso facto*, generalizables a todas las estadísticas oficiales, cualquiera que sea su campo de conocimiento. En tercer lugar, si se hace un uso extensivo de la información oficial —como en el caso de los demógrafos, por ejemplo— eso no implica que aquellos que la usan desconozcan sus riesgos. El mundo no está hecho exclusivamente de escépticos bien informados y de ingenuos positivistas de línea dura.

(Bulmer, 1980, pág. 508)

En otras palabras, mientras que podemos extraer alguna inspiración de la crítica etnometodológica respecto al uso de «estadísticas oficiales» y fuentes documentales similares, no podemos adoptar, de forma alguna, la visión radical que rechaza tales fuentes por estar totalmente viciadas. La información de este tipo trae consigo ciertos problemas, en efecto, pero proporciona información y abre nuevos problemas analíticos para la investigación. El etnógrafo, como cualquier otro científico social, puede utilizar en su provecho estos documentos oficiales. Además, a través de la investigación directa del contexto de su producción y utilización, puede estar especialmente bien situado para llevar a cabo una investigación sistemática y bien fundamentada que se apoye en la validez y fiabilidad de este tipo de información.

Woods (1979) proporciona un buen ejemplo de una aproximación como ésta en su análisis de informes escolares. En la confec-

ción de informes escolares, comenta que los profesores utilizan concepciones «profesionales» y «educativas» de su trabajo, en vez de un *ethos* negociado durante la vida cotidiana de la clase. En estos informes se reproducen los modelos de alumno ideal, y los profesores expresan sus valoraciones «expertas» de las actividades, motivaciones y comportamientos de los estudiantes. La expresión escrita de estos informes, aparentemente autoritarios, ayudan a «cultivar la impresión de independencia y omnisciencia, características que suelen atribuirse a las profesiones» (1979, pág. 185). Woods cita algunos casos curiosos en los que los informes formulan comportamientos ideales. Por ejemplo, el siguiente caso ilustra claramente cómo los profesores apelan a las normas de conducta apropiada para las chicas:

Aparte de la música y el francés, el informe de Sara está por debajo de la media para una alumna de tercer año, segundo trimestre. Su desaliño, su discurso irregular y poco elegante se reflejan en su trabajo.

Es una chica alegre y bastante ruidosa, a veces demasiado. Hasta el final del curso hemos tratado de convertirla en una joven más tranquila.

Su presencia tiende a hacerse notar por la fuerza y frecuentemente usa un lenguaje vulgar. Creo que será ventajoso para ella si le hacemos ver que ése no es el comportamiento que se espera de las jovencitas.

(Woods, 1979, pág. 188)

Woods extrae un número de categorías típicas que solían usar los profesores para formular esas categorizaciones normativas:

Deseable

Concentración

Tranquilo

Industrioso (trabaja bien)

Voluntarioso/Cooperativo

Responsable, maduro

Cortés

Alegre

Obediente

Indeseable

Fácil de distraer

Hablador

Perezoso

Poco cooperativo

Inmaduro

Con malas maneras

Insolente

Desobediente

(Woods, 1979, pág. 173)

Como Woods señala, estas tipificaciones presentan muchas similitudes con otras producidas por profesores en otros contextos (como conversaciones en salas de profesores), tal como han sido

registradas por los autores. De todas formas, es importante resistirse a la tentación de condensar todas esas diferentes representaciones dentro de una única categoría de «estereotipos de profesores». En sus diferentes contextos sociales, se pueden formular de formas diferentes, con propósitos prácticos diversos. Los auditorios de estas representaciones difieren, y la retórica puede variar correspondientemente.

Woods también resalta el hecho de que la elaboración de informes colabora para el logro de la competencia «profesional»; esos documentos confirman que el trabajo que debería ser hecho ha sido realmente hecho, y se puede rendir cuenta de él a los superiores. Rees, a cuyo trabajo sobre los informes médicos ya nos hemos referido, señala este punto:

Lo que el funcionario escribe, y el estilo que usa para construir la historia y el análisis, influirá en la manera que sus superiores harán inferencias sobre el rendimiento de sus otras actividades. La conclusión a la que los otros llegarán es que un funcionario que escriba un informe de su trabajo bien pensado y organizado también será bien organizado en el modo de conducir sus actividades. El funcionario, esmerando la construcción de su informe y asegurándose de que éste se adapta al modelo esperado, puede influir en la manera que sus superiores le juzguen.

(Rees, 1981, págs. 58-59)

Garfinkel también llama la atención sobre esta cuestión cuando dice que los informes deberían ser vistos como «contractuales» en vez de meramente «descriptivos». Con esto quiere decir que no son descripciones literales de lo que «ha ocurrido», sino señales de que los profesionales realizan su trabajo de forma razonable y competente. Esto es algo que ha sido señalado por Dingwall (1977b) en su estudio sobre las enfermeras a domicilio. Dingwall examina los informes que los estudiantes escriben relatando sus visitas a los clientes, y nota que puesto que la conducta en su trabajo no la perciben sus superiores, el informe es el principal instrumento de control administrativo. Al mismo tiempo, el informe constituye el principal medio para la autodefensa de los trabajadores.

Los informes, pues, tienen una importancia considerable en cierto tipo de medios sociales, lo que hace que la producción de «informes de trabajo» sea una preocupación fundamental. Incluso en organizaciones donde las tareas consisten en atender al público, frecuen-

temente se requiere una traducción de los acontecimientos en informes que los expliquen, para que se puedan rellenar, archivar y manipular. Esos archivos son un importante recurso para que los miembros de la organización se orienten en el trabajo cotidiano. Frecuentemente, la obligación de elaborar informes desempeña un papel importante en la rutina cotidiana de la actividad laboral. Los informes de los encuentros con los clientes se pueden usar para formular posteriormente nuevos objetivos y actividades para las consultas. Como comenta Dingwall sobre las estudiantes de enfermería a domicilio:

Una buena enfermera a domicilio debe derivar información suficiente de la hoja de informe para identificar las áreas de su conocimiento que son relevantes para el trato con su cliente y las tareas que ella debe acometer en su visita. Los acontecimientos inusuales se señalan de varias formas. Así, un niño que corre riesgos se marca con una estrella roja en la tarjeta. Los problemas sociales concretos se anotan en la cubierta.

(Dingwall, 1977b, pág. 112)

Recientemente, Heath (1981) ha comentado este tipo de uso de los informes médicos en el contexto de los encuentros entre el doctor y los pacientes. Detalla cómo los médicos de cabecera usan sus tarjetas de informe para iniciar la consulta con sus pacientes: «Frecuentemente, antes de empezar con el primer asunto, los doctores examinan los contenidos del informe para así seleccionar las características más importantes del paciente y comenzar la entrevista con la cuestión que se considere más relevante» (1981, pág. 85).

Los informes, entonces, son usados para convertir a los actores en «casos» con identidades establecidas, que se adaptan a categorías «normales» o anormales según criterios identificables y registrables. Los informes se hacen y se usan de acuerdo con las rutinas organizativas y dependen para su inteligibilidad de suposiciones culturales compartidas. Los informes construyen una «realidad documentada» que, por virtud de esa documentación, suele suponer algo así como un privilegio. Aunque su producción es una actividad socialmente organizada, los informes oficiales suelen tener una especie de anonimato, que garantiza su tratamiento como información «objetiva», basada en «hechos», en lugar de «creencias», «opiniones» o «conjeturas» meramente personales (aunque se da el caso de que algunos informes pueden contener aspectos específicos, ta-

les como diferentes diagnósticos médicos o psiquiátricos que son explícitamente clasificados como exploratorios y no definitivos).

Podría deducirse de lo que hemos escrito hasta ahora que existen muchos lugares en los que la actividad social letrada tiene cierta significación social, y algunos, de hecho, tienen una importancia mayor. Las modernas burocracias industriales y administrativas, y los lugares para profesionales o para la educación, son casos obvios de este punto. No hace falta reflexionar mucho para recordar cuán penetrantes son las actividades de la escritura y la lectura de documentos escritos. E incluso en el caso de lugares donde los documentos no son el asunto central, a menudo existe un enorme montón de material escrito disponible que puede ser una fuente de incalculable valor para la investigación.

La presencia y significación de la producción documental dota al etnógrafo de una amplia gama de temas de análisis así como de importantes fuentes de información. Esos temas incluyen las siguientes preguntas: ¿cómo se escriben los documentos?, ¿cómo se leen?, ¿quién los lee?, ¿con qué propósitos?, ¿en qué ocasiones?, ¿a qué conclusiones se llega?, ¿qué se registra?, ¿qué se omite?, ¿qué se da por sentado?, ¿qué es lo que el escritor parece dar por sentado respecto a los lectores?, ¿qué es lo que los lectores necesitan saber para que el relato tenga sentido para ellos? La lista puede extenderse cuanto queramos, y la explotación de tales cuestiones llevará al etnógrafo, inexorablemente, hacia un análisis sistemáticos de cada uno de los aspectos de la vida cotidiana del lugar en cuestión.

Por otro lado, el etnógrafo que no toma como objeto de estudio estas cuestiones omite esas características de una cultura escrita. Así no se obtiene ninguna ventaja, y se pierden muchos aspectos, al presentar esas culturas como si fuesen tradiciones orales. De este modo, en el escrutinio de las fuentes documentales el etnógrafo reconoce y fundamenta su competencia socializada como miembro de una cultura letrada. El investigador no solamente lee y escribe, sino que reflexiona sobre las actividades de leer y escribir en un medio social dado. Así, estas actividades cotidianas se incorporan en los temas de investigador que utiliza el etnógrafo y representan importantes recursos analíticos e interpretativos.

Capítulo 7

REGISTRAR Y ORGANIZAR LA INFORMACIÓN

NOTAS DE CAMPO

Las notas de campo son el sistema tradicional en etnografía para registrar los datos fruto de la observación. De acuerdo con el compromiso del etnógrafo a la hora de descubrir, las notas de campo consisten en descripciones más o menos concretas de los procesos sociales y de su contexto. La intención es capturar esos procesos y ese contexto en su integridad, anotando sus diferentes mecanismos y propiedades, aunque lo que se registre dependa claramente de cierto sentido general de lo que es relevante para la prefigurada investigación de problemas. En tanto que resulta imposible proporcionar descripción alguna sin ciertos principios de selección, es decir, lo que es o no importante, existen ventajas (y desventajas) al adoptar un enfoque amplio, al menos en las primeras etapas de la recolección de datos, pues todavía no existe la intención de codificar sistemáticamente lo que se está observando según los términos de categorías analíticas ya existentes. De hecho, el principal propósito es *identificar y desarrollar* lo que se observa en las categorías más adecuadas.

La escritura de las notas de campo no es (o no debería ser) algo misterioso. No se trata de una actividad especialmente esotérica. Por otra parte, constituye una actividad central dentro de la investigación, y debe llevarse a cabo con el mayor cuidado y conciencia posibles. Un proyecto de investigación puede estar muy bien organizado y ser muy elaborado a nivel teórico, pero si se toman mal las notas de campo será como utilizar una cámara muy cara cargada con una película de baja calidad. En ambos casos, la resolución será insatisfactoria y los resultados serán pobres. Sólo veremos imágenes borrosas.

Tomar notas de campo, por lo tanto, no es una tarea demasiado sencilla. Como la mayoría de los aspectos del trabajo intelectual, el cuidado y la atención al detalle son requisitos previos: tomar notas

de manera satisfactoria requiere un trabajo. Es una habilidad que exige una confirmación repetida de propósitos y prioridades, y de los costes y beneficios que producen las diferentes estrategias. Así pues, el mandamiento estándar, «escribe lo que ves y oyes», implica un número considerable de asuntos. Entre otras cosas, el trabajador de campo querrá preguntar *qué* debe escribir, *cómo* lo debe escribir y *cuándo* lo debe escribir.

Los problemas que afronta el etnógrafo novato en este sentido surgen, en parte, de la relativa invisibilidad de las notas de campo en sí mismas. Como han señalado diferentes participantes en una edición colectiva sobre el tema (Sanjek, 1990), las notas de campo antropológicas a menudo han sido entendidas como documentos muy personales y privados. Aunque son la base del dominio público entre los estudiosos, sus autores rara vez las han compartido con otros estudiosos. Para los antropólogos, en particular, las notas de campo son consideradas como objetos casi «sagrados» (Jackson, 1990). Ciertamente parecen entrañar una potencia especial, casi mágica. Tienen el poder de evocar el tiempo y el lugar del «campo», de reproducir las imágenes, los sonidos y los olores de los escenarios visitados cuando se leen o se releen «en casa».

A un nivel mundano y práctico, la privacidad de las notas de campo implican que el novato rara vez tiene modelos que pueda seguir, y existen muy pocos consejos disponibles que tengan valor. Las notas de campo han formado parte de la invisible tradición oral del conocimiento del trabajo, y muchos de los que se embarcan en su primer proyecto tienen que encontrar su propia manera de hacer las cosas. Así pues, vamos a intentar dar respuesta a algunas de las preguntas prácticas surgidas arriba. Primero, ¿cuándo hay que tomar notas? En principio, uno debería tomar notas lo antes posible después de observar la acción. La mayoría de los trabajadores de campo señalan que cuando se intenta recuperar detalles de la memoria, la calidad de las notas desciende rápidamente con el paso del tiempo; pronto se pierden las particularidades y todo el episodio se puede olvidar o transformar irreparablemente. Lo ideal sería tomar notas durante la observación participante. Pero esto no siempre es posible, y cuando lo es, a veces las oportunidades pueden ser limitadas. Pueden existir restricciones debido a las características sociales del lugar de investigación, así como a la propia posición social del etnógrafo.

En la investigación encubierta, tomar notas en el curso de la participación suele ser prácticamente imposible. En la mayoría de los lugares, los participantes no están visiblemente enfrascados en

un proceso continuo de tomar notas, cogiendo sus libretas durante las conversaciones o cosas similares. En muchas circunstancias, dicha actividad puede entorpecer completamente la participación «natural». Resulta difícil pensar en Laud Humphreys (1970), por ejemplo, tomando abundantes notas mientras actuaba como «mirón» en urinarios públicos para observar los presurosos encuentros entre homosexuales. En pocos contextos, por supuesto, escribir puede ser una actividad tan poco destacada como para que tomar notas sea posible. En un estudio encubierto sobre las estrategias para la pérdida de tiempo de los estudiantes en una biblioteca universitaria, la escritura espasmódica por parte del etnógrafo será posible, aunque se deberá tener cuidado para no parecer demasiado trabajador. No será, pues, sorprendente, que los observadores en un estudio encubierto sobre la vida de los enfermos mentales en los psiquiátricos descubran que pueden tomar notas, ¡pues los empleados pueden entender este detalle como otro signo de la enfermedad! (Rosenhahn, 1973).

Sin embargo, la investigación abierta no resuelve el problema de poder tomar notas. En cierto sentido, nuestros comentarios respecto a la investigación encubierta también pueden aplicarse aquí. Tomar notas debe parecer algo totalmente congruente respecto a la localización social en la que se estudia. En ciertos contextos «bien socializados», sin embargo, tomar notas de manera evidente y continuada se percibirá como algo inapropiado o amenazador, y servirá para alterar. En otros contextos, las notas se pueden tomar sin que ello suponga una interrupción. Así, por ejemplo, Whyte (1981) señala cómo adoptó el papel de secretario del Club de la Comunidad Italiana porque eso le permitía tomar notas sin que ello entorpeciera sus encuentros.

Incluso en situaciones en las que tomar notas es un tipo de actividad «normal», como en las localizaciones en centros de educación, hay que tener cuidado para evitar las molestias. La investigación de Olesen y Whittaker sobre las chicas que estudiaban enfermería es un caso destacable:

Es más fácil escribir cuando las estudiantes también escriben, y escuchar cuando ellas escuchan; he notado que si intento escribir cuando las estudiantes no lo hacen, llamo la atención [de la tutora] y en estas ocasiones ella parece dudar de lo está diciendo. [...] De la misma manera, cuando todas las estudiantes están escribiendo y yo no escribo sino que estoy mirando a la tutora, de nuevo tengo la sensación de distraerla. Así que me he convertido en una estudiante al perder un

poco mi autoestima cuando, a veces, me sorprende mordisqueando un lápiz.

(Olesen y Whittaker, 1968, pág. 28)

Así pues, algunas de las notas de campo iniciales que toman los etnógrafos son apuntes recogidos al vuelo en el transcurso de la interacción observada. Una broma común sobre los etnógrafos se refiere a sus frecuentes visitas al lavabo, donde, inmediatamente después de la acción, pueden garabatear en privado anotaciones precipitadas. Incluso las notas más breves pueden ser de valiosa ayuda en la elaboración de un informe. Como sugieren Schatzman y Strauss: «Una sola palabra, aunque meramente descriptiva, del vestido de una persona, o una determinada expresión de alguien, normalmente es suficiente para desencadenar una serie de imágenes que permitan una reconstrucción sustancial de la escena observada» (Schatzman y Strauss, 1973, pág. 95). Por lo demás, es importante registrar incluso aquellas cosas que no entendemos de inmediato, pues más tarde podrían ser relevantes.

Incluso cuando es posible tomar notas en el campo correcta y extensamente, éstas, como los apuntes breves, deberán ser elaboradas, ampliadas y desarrolladas *a posteriori*. Muchas actividades sociales se desarrollan en determinados horarios, y ello permite combinar las fases de observación con períodos de redacción de apuntes de campo de acuerdo con dichos horarios. Por ejemplo, un trabajo de campo reciente de Atkinson sobre los hematólogos de los hospitales de Gran Bretaña y Estados Unidos se ha estructurado acerca de las agendas regulares de las «rondas» clínicas, las «grandes rondas», «conferencias», «entrevistas sobre mortalidad y enfermedad» y ocasiones similares para la charla médica. El modelo de la recolección de datos se fijó según los ritmos del hospital (véase Zerubavel, 1979), que permitía pasar períodos de tiempo en la cafetería o en la biblioteca, o volver a la universidad o a casa, cuando era necesario detallar las notas.

En otros ámbitos, las fases de observación y redacción no podrán ser organizadas tan fácilmente pero, normalmente, habrá momentos en que los participantes estén ocupados en actividades que no sean relevantes para la investigación. Aunque sea muy fatigoso, se puede aprovechar el tiempo que ellos emplean en dormir para realizar anotaciones, pero aquí también hay excepciones. Carey (1972) relata una, la de los adictos a las drogas, quienes, bajo los efectos de grandes dosis, permanecen despiertos durante varios días en un estado hiperactivo:

El peculiar ritmo de vida de la gente que permanecía despierta durante tres, cuatro o cinco noches seguidas y después dormía durante varios días, planteaba enormes problemas prácticos para la investigación. Las obligaciones convencionales (familia, amigos, responsabilidades académicas) tuvieron que ser dejadas de lado durante un tiempo para podernos adaptar de forma más realista a este escenario juvenil. A medida que nos familiarizamos con este universo particular, desarrollamos un rudimentario esquema de muestreo que nos llevó a realizar observaciones en diferentes lugares de reunión, y estas observaciones pusieron de relieve las severas condiciones de este tipo de vida. Cuando nos interesaba saber lo que pasaba durante el transcurso de un «viaje» (cuando un pequeño grupo de personas se inyectaban Anfetamina por vía intravenosa), nos turnábamos: uno o dos trabajadores de campo estaban presentes al principio y, posteriormente, eran relevados por otros miembros del equipo hasta que acabase el «viaje». La fatiga era un problema constante, lo que hizo necesaria la inclusión de más trabajadores de campo en el equipo.

(Carey, 1972, pág. 82)

Evidentemente, encontrar tiempo para las notas de campo en estos casos implica problemas notorios. De todas formas, el problema continúa siendo serio incluso con horarios menos agotadores. Pero siempre es necesario reservar tiempo para redactar las notas de campo. No se saca ningún provecho observando la acción social durante extensos períodos si no se dedica el tiempo adecuado a la redacción de las notas. La información se escabullirá rápidamente, y todo el esfuerzo será inútil. Siempre existe la tentación de intentar observarlo todo, y el consiguiente miedo a olvidar algún incidente vital después de abandonar el campo. Aunque estos sentimientos sean comprensibles, es mejor no tenerlos e intentar producir unas notas de buena calidad. De todas formas, el equilibrio entre la observación y el registro de información debe ser constantemente resuelto de la forma que parezca más apropiada, en función de los objetivos de la investigación. Así, por ejemplo, la alternancia de períodos de observación y períodos de redacción debe organizarse teniendo en cuenta el muestreo sistemático de la acción y de los actores (véase el capítulo 2).

Nunca está de más enfatizar la importancia de las anotaciones meticulosas. No se debe confiar en la memoria. Una buena máxima sería: «Ante la duda, escríbelo». Es absolutamente necesario mantener actualizada la elaboración de notas. Sin una disciplina de anotaciones diarias las observaciones desaparecerán de la memoria, y la investigación fácilmente se tornará incoherente y confusa.

¿Qué podemos decir sobre la forma y el contenido de las notas de campo? Nunca es posible registrarlo todo; los escenarios sociales son realmente inagotables. Es necesario realizar algún tipo de selección. De todas formas, la naturaleza de esta selección suele variar con el tiempo. Durante la primera etapa de la investigación, las notas de campo son de carácter general y, probablemente, existirá cierto recelo ante el hecho de priorizar cualquier aspecto en particular puesto que no se estará en la situación adecuada para realizar ese tipo de selección de temas. A medida que avanza la investigación y se identifican nuevas soluciones, las notas se irán restringiendo al tema en cuestión. Por otro lado, características que previamente parecían insignificantes pueden adquirir nuevos significados, un aspecto que Johnson ilustra en su investigación sobre trabajadores sociales:

Gradualmente, empecé a «escuchar diferentes cosas que la gente decía» en el campo. Se produjo un cambio: de la atención inicial a lo que se decía pasé a prestar más atención a *cómo* era dicho y hecho. Los siguientes extractos de los apuntes de campo ilustran algunos aspectos de la transformación de mi enfoque de análisis. Están tomados de las notas del final del sexto mes de observación:

«Hoy ocurrió otra cosa. Yo estaba cerca del escritorio de Bill cuando Art pasó por allí y dijo a Bill que se ocupara del teléfono durante unos minutos mientras él corría detrás de Bess Lanston, un supervisor, para pedirle una invitación para el County Supp. Ahora ya no recuerdo cuántas veces había oído un comentario de este tipo; tantas que incluso ya no me resultaba extraño. En efecto, esto es tan rutinario que me sorprende que no lo haya anotado nunca antes para recordarlo. Lo más sorprendente de todo es que durante mis primeros días en Metro [la agencia de trabajo social] quería saberlo todo sobre el tipo de información que se estaba ofreciendo allí, qué era County Supp, por qué y cómo se podía acceder allí, quién era Bess Lanston, dónde estaba, qué hacía y cosas por el estilo. Pero en todo momento había desdeñado el aspecto crucial: el hecho de que él era buscado. En vez de esto me había interesado únicamente por lo que él estaba haciendo o por qué, pero hoy, en cambio, me interesa el *cómo*».

(Johnson, 1975, pág. 197)

A medida que las ideas teóricas se desarrollan y cambian, también cambia lo que es «significativo» y lo que debe ser incluido en las notas de campo. Con el transcurso del tiempo, las notas también deben cambiar de carácter, volviéndose más concretas y deta-

lladas. En efecto, mantener la concreción es una consideración importante en la redacción de las notas de campo. Para propósitos más analíticos, las explicaciones demasiado resumidas serán inadecuadas para la comparación detallada y sistemática o para el añadido de información procedente de diferentes contextos o de situaciones diversas. Por ello, en la medida en que sea posible, la redacción debe hacerse de forma que nos informe del relato oral y del comportamiento no verbal en términos relativamente concretos; ello minimiza el nivel de deducción y por tanto facilita la construcción y reconstrucción del análisis.

Abajo reproducimos dos citas de anotaciones que pretenden hacer referencia a la misma interacción y que proceden de un estudio en la sala de profesores de una escuela de secundaria (Hammersley, 1980). Tratan de las mismas personas y de los mismos acontecimientos; ninguno de los dos pretende ser completo. El primero, obviamente, comprime la información hasta el extremo, y el segundo resume sólo algunas cosas, y reconoce explícitamente que algunas partes de la conversación se han perdido:

1. El profesor hablaba con sus colegas en la sala de profesores sobre las maravillas de una escuela progresista que había visitado el día anterior. Fue atacado por todas partes. Mientras yo subía a su clase junto con él, continuó hablándome de cómo el comportamiento de los alumnos de X había sido maravilloso. Llegamos a su aula. Yo esperé fuera, había decidido observar lo que pasaba en la sala de profesores respecto a la reunión de la mañana. Él se dirigió a su clase e inmediatamente empezó a gritar a sus alumnos. Se desahogaba con ellos por no ser como los alumnos de X.

2. (Walker da una explicación entusiasta de X a sus colegas en la sala de profesores. Hay una reacción agresiva.)

GREAVES: Los proyectos no son educación, sólo suprimen cosas.

WALKER: Oh, no, no lo hacen; hay un control estricto de la progresión.

HOLTON: Cuando más escucho hablar sobre ello, peor me suena.

[...]

WALKER: Hay un área de recursos artísticos, y los alumnos van allí y hacen algún trabajo de costura o de carpintería cuando quieren, siempre que sea adecuado para su proyecto.

HOLTON: Necesitas una instrucción básica de seis semanas en carpintería o metalistería.

[...]

HOLTON: ¿Cómo puede un niño inmaduro de esa edad elaborar un proyecto?

WALKER: Esos niños eran equilibrados y bien educados.

[...]

HOLTON: Suena como una utopía.

DIXON: Artificial.

[...]

WALKER: No hay vandalismo. Los alumnos conservan los libros durante años y los usan mucho, yo pude ver cómo los usaban; pero los libros parecen nuevos, el profesor les ha explicado que si los estropean tendrán que reemplazarlos ellos mismos.

[...]

HOLTON: Suena como esos niños que no necesitan enseñanza.

(Walker y yo subimos a su clase: él continuó elogiando a X. Cuando llegamos a su clase yo esperé fuera para observar cómo acababa lo que se había iniciado en la reunión de la mañana. Él entró en su clase e inmediatamente empezó a gritar. El pensamiento que pasó por mi mente fue que el contraste de los alumnos de X que él había descrito y defendido delante de sus colegas y el «comportamiento» de sus propios alumnos podía ser una razón para gritar a los alumnos, pero, en realidad, yo no sabía qué estaba pasando exactamente en su aula.)

() = Descripciones del observador.

[...] = Omisiones de partes de la conversación registrada.

La segunda versión es mucho más concreta en la forma de tratar los acontecimientos; en efecto, se preserva la mayor parte del discurso de los actores. Podemos examinar las anotaciones con la plena seguridad de que estamos obteniendo información sobre cómo los propios participantes describen las cosas, quién dijo algo a quién, y cosas por el estilo. Cuando reducimos y resumimos no estamos simplemente perdiendo detalles «interesantes» y «tonalidades locales», perdemos información vital.

Las palabras reales que usa la gente pueden ser de considerable importancia analítica. Los «vocabularios locales» nos proporcionan valiosas informaciones sobre la forma en que los miembros de una determinada cultura organizan sus percepciones del mundo y forman la «construcción social de la realidad». Los «vocabularios locales» y las «taxonomías *folk*» incorporan los tipos y modelos de acción que constituyen el conocimiento acumulado y el razonamiento práctico de los miembros de cualquier cultura. Arensberg y Kimball proporcionan un ejemplo en su estudio de las relaciones interpersonales entre los miembros de una familia en la Irlanda rural:

Las relaciones entre los miembros de la familia campesina se describen mejor en términos de los modelos que contribuyen a crear una uniformidad de hábitos y de relaciones. Se construyen dentro de la vida de la familia campesina y en su trabajo diario y anual. Las relaciones de padres y madres con sus hijos siguen reiteradamente modelos regulares y esperados que difieren muy poco de una granja a otra.

Si queremos entenderlas, debemos extraer estas relaciones de su contexto y ver hasta qué punto nos ofrecen alguna explicación del comportamiento irlandés rural. En términos de una sociología formal, como la que podría proporcionarnos Simmel, la posición de los padres es de una extrema dominación, mientras que la de los hijos es de extrema subordinación. El hecho de conservar los términos «niño» y «niña» refleja esta última posición. La madurez sociológica no tiene mucho que ver con la madurez psicológica. La edad aporta pocos cambios en los modos de conducta y las formas de tratarse y considerarse entre ellos en las relaciones de la familia campesina.

(Arensberg y Kimball, 1968, pág. 59)

La riqueza potencial de las connotaciones de este tipo de términos tal vez podría ilustrarse refiriéndonos únicamente a un ejemplo de terminología de este tipo. El lenguaje de los hospitales estadounidenses incluye el término «*gomer*», que forma parte del rico y matizado vocabulario técnico característico de la mayoría de los ambientes médicos. George y Dundes resumen el uso de este término:

Concretamente, ¿qué es un *gomer*? Es el típico hombre viejo que al mismo tiempo está sucio y debilitado. Dispensa muy poco cuidado a su higiene personal y, frecuentemente, se trata de un alcohólico crónico. Negligente o indigente, el *gomer* está normalmente amparado por la asistencia social. Tiene un extenso historial de internamientos en el hospital. Desde su punto de vista, la vida dentro del hospital es mejor que la miserable existencia que tiene que soportar fuera, por eso hace cualquier esfuerzo para obtener la admisión o, mejor dicho, la readmisión. Además, una vez admitido, el *gomer* intentará permanecer allí el mayor tiempo posible. Frecuentemente finge que está enfermo, o carece de interés por curarse en aquellas ocasiones en que está realmente enfermo, para así poder quedarse en el hospital.

(George y Dundes, 1978, pág. 570)

Esta breve explicación, por supuesto, deja fuera una larga serie de usos y connotaciones asociadas a ese término popular. En la práctica, el investigador no debe conformarse simplemente con re-

producir este tipo de definiciones compuestas o resumidas. Lo importante es ser capaz de documentar y recuperar los contextos reales donde se produce este tipo de términos populares.

El trabajo etnográfico de Kondo sobre la producción de identidades en Japón proporciona una documentación ejemplar sobre los términos y los idiomas de la identidad en diferentes contextos sociales (Kondo, 1990). Ella examina, por ejemplo, el uso idiomático de *Shitamachi* y *Yamanote*: literalmente, diferentes partes de Tokio, utilizadas para agrupar diversas orientaciones, estilos de vida e identidades. Luego explora los usos sutiles y las connotaciones de *ie* y *uchi*. Ambos términos tienen significados flexibles que dependen del contexto. El primero se refiere a la continuidad intergeneracional del grupo; el segundo a la pertenencia al grupo como algo definido en cada ocasión particular: «Dependiendo del contexto, puede pertenecerse al grupo: por ejemplo, compañía, escuela, club o nación» (Kondo, 1990, pág. 141). La habilidad para trazar los contextos sociales de dichos idiomas depende de la delicadeza de los datos etnográficos de los que se disponen: utilización y contexto social deben ser identificados con precisión.

Tomar notas de campo lo más concretas y descriptivas posible entraña, sin embargo, un coste. Generalmente, cuanto más se aproxima al ideal, más restringida es la amplitud de las notas. A no ser que el centro de atención de la investigación sea muy limitado, algunos detalles y concreciones tendrán que ser sacrificadas para incrementar el alcance. Sea cual sea el nivel de concreción de las notas de campo, resulta esencial que las anotaciones directas se distingan claramente de los resúmenes del investigador, y que las grietas y las incertidumbres en el registro estén indicadas claramente. Si las palabras originales de los que hablan no pueden ser reconstruidas de manera adecuada, entonces el discurso indirecto se puede utilizar para indicar el estilo y el contenido. Cuando nos remitimos a las notas no debe existir ambigüedad respecto a las «voces» que representan. Uno no debe perder el tiempo en preguntarse: «¿Es esto lo que ellos dijeron?». Los resúmenes descriptivos del observador deben distinguirse con toda claridad.

Tan importante como el registro del discurso y la acción debería ser la situación en relación con *quién* estaba presente, *dónde*, a qué *hora* y en qué *circunstancias*. Cuando se llega al nivel del análisis, donde uno estará en una reunión para categorizar, comparar y contrastar ejemplos, puede ser crucial que el «contexto» (los participantes, la audiencia, el lugar, etcétera) sean identificables. Spradley indica una lista de chequeo elemental que puede ser utilizada para

guiar la realización del registro de campo, pues al ceñirse a ella se preserva el sentido del contexto:

- 1) *Espacio*: el lugar o los lugares físicos.
- 2) *Actor*: la gente implicada.
- 3) *Actividad*: una serie de acciones relacionadas entre sí que las personas realizan.
- 4) *Objeto*: las cosas físicas que están presentes.
- 5) *Acto*: una determinada acción.
- 6) *Acontecimiento*: una serie de actividades relacionadas entre sí que la gente lleva a cabo.
- 7) *Tiempo*: las secuencias que se desarrollan en el transcurso del tiempo.
- 8) *Fines*: las metas que la gente intenta cumplir.
- 9) *Sentimiento*: las emociones sentidas y expresadas.

(Spradley, 1980, pág. 78)

Las listas de este tipo son muy rudimentarias y están basadas en clasificaciones arbitrarias. Sin embargo, indican una serie de características relevantes del contexto que nos proponemos observar.

Las notas de campo posiblemente no pueden proporcionar un registro global acerca del lugar de la investigación. El etnógrafo adquiere un conocimiento tácito más importante del que podría encontrar en los registros escritos. El escritor etnográfico utiliza «notas al pie» o memorias para rellenar y recontextualizar los acontecimientos manifestados y registrados. Uno no debería convertirse en un entusiasta incondicional de las notas de campo, como si éstas reunieran la suma de toda la información disponible. A pesar del escepticismo de ciertos críticos (por ejemplo, Agar, 1980), la recolección y mantenimiento de las notas de campo sigue siendo un método principal del registro etnográfico.

Hasta aquí, hemos hablado de las notas de campo en relación con la observación, pero también pueden utilizarse para registrar datos de las entrevistas. A veces, los entrevistados se niegan a que la conversación sea grabada; otras, el etnógrafo juzga que dicha grabación impediría la franqueza o incrementaría el nerviosismo hasta un nivel inaceptable. Cuando las notas de campo surgen de las entrevistas, gran parte de las consideraciones aplicadas a la observación pueden aplicarse también aquí: las decisiones deben girar en torno a qué es lo que hay que anotar, cuándo y cómo. De nuevo la cuestión será qué hay que anotar, y el dilema de los resúmenes frente al reportaje literal es un punto fundamental. De manera semejan-

te, tomar notas en las entrevistas puede distraer, como en las tutorías citadas por Olesen y Whittaker (1968), en las que el entrevistado era consciente de que estaban escribiendo. Además, la necesidad de tomar notas hace difícil la realización de entrevistas como las que citamos en el capítulo 5. Gran parte de la atención del entrevistador se centrará en *registrar* lo que se dice más que en pensar acerca de ello, especialmente si se registran no sólo las respuestas del informante, sino también las preguntas del entrevistador.

Teniendo en cuenta estos problemas, las ventajas de la grabación de audio en las entrevistas es considerable. Aunque a veces los entrevistados no darán su permiso (debido, por ejemplo, «a que no se puede hablar con una cinta»), normalmente están de acuerdo cuando se les explica que su único propósito es ayudar a la hora de tomar notas y que la confidencialidad está asegurada. Utilizando una grabadora portátil se pueden reducir las reacciones más que incrementarlas. Cuando la grabadora no se encuentra en el ángulo de visión del informante, éste suele olvidar que lo están grabando tan pronto como el entrevistador encauza la conversación. Sin embargo, a pesar de que la grabación proporciona un registro más completo, concreto y detallado que las notas de campo, los aspectos no verbales y las características físicas de la situación quedan fuera de la grabación, por supuesto. Por esta razón, es aconsejable complementarla con algunas notas referidas a la ubicación.

REGISTROS PERMANENTES

Ahora sabemos que la aproximación «lápiz-y-libreta» al trabajo de campo significa inevitablemente la pérdida de mucha información detallada. El tono del discurso y la comunicación no verbal no son fáciles de reconstruir. Resulta fácil demostrar las principales diferencias —en volumen y detalle— entre un registro permanente y la reconstrucción del observador de un fragmento de la acción, por ejemplo. Desde que la tecnología del registro permanente está disponible, en formatos pequeños y manejables, existe un mayor número de posibilidades. El uso del vídeo o de películas, también de fotografías y de grabaciones de audio ofrece diferentes opciones para la recolección de datos y su almacenaje.

Debido a las razones que hemos señalado, siempre que fuera posible sería aconsejable que el etnógrafo grabara las entrevistas. La disponibilidad de grabadoras portátiles permite recoger datos en muchas localizaciones sociales. Todas estas técnicas pueden utili-

zarse tanto en las entrevistas como en las interacciones que «suceden naturalmente».

Es necesario señalar que las grabaciones de audio no proporcionan un registro perfecto y comprensible. En algunos casos el sonido de fondo puede hacer que el registro sea virtualmente inaudible. Por otro lado, las grabaciones son muy selectivas. No sólo no captan el comportamiento no verbal sino que incluso no siempre quedan patentes asuntos como a quién se dirige el que habla. Las facilidades de la grabación en el campo no excluyen la necesidad de observación y la construcción de notas de campo. De hecho, poner demasiado énfasis en las grabaciones de audio puede distorsionar el sentido que uno tiene del «campo», al concentrar la recolección de datos en lo que se ha grabado y al centrar la atención en la acción hablada. Además, hay que pagar un alto precio porque los materiales grabados deben transcribirse. No existen unas reglas claras en este sentido, pero la proporción entre el tiempo para transcribir y el tiempo grabado siempre es alta (a menudo del orden de cinco a uno, o más).

No intentamos aquí proporcionar instrucciones detalladas acerca de la preparación de las transcripciones, sino un número de preceptos generales que cabe tener en cuenta. En primer lugar, es necesario tomar una decisión acerca de si es necesaria la transcripción completa o no. Una alternativa es tratar la cinta grabada como un documento, indexando (gracias al contador de revoluciones) y haciendo un sumario, transcribiendo sólo lo que parezca esencial. Esto puede ahorrar una considerable cantidad de tiempo, a pesar del riesgo que entraña pasar por alto material relevante, especialmente sabiendo que lo relevante cambia con el tiempo.

Después de saber cómo llevaremos a cabo la transcripción, es imprescindible tomar una decisión acerca de cuán detallada debería ser. Existen convenciones bien detalladas para la preparación de las transcripciones. Éstas fueron desarrolladas para el análisis de conversaciones o de discursos. Se utilizan los caracteres tipográficos del teclado y la impresora estándar para representar algunos mecanismos básicos de discurso (como las pausas, las palabras que se montan sobre otras y las interrupciones). También pueden ser utilizadas para mostrar cuándo el que habla lo hace con mayor o menor rapidez, dónde pone el énfasis y cuándo unas manifestaciones son más débiles que otras. Esto será esencial para algunos propósitos de la investigación, y menos importante para otros; y obviamente, cuanto más detallada sea la transcripción, más tiempo tomará. La planificación y la conducción de la investigación utili-

zando datos grabados implicará, por lo tanto, decisiones estratégicas acerca de los tipos de datos recogidos y de la minuciosidad exigida para preservarlos en la transcripción. (Para una exposición más específica de las consideraciones relacionadas con la transcripción, véase Atkinson, 1992b).

La recogida y utilización de material visual es un área extensa y especializada. Existe una tradición reconocida de películas etnográficas de antropología social, a menudo realizadas por directores profesionales, con antropólogos actuando a modo de consejeros o codirectores. La etnografía, en forma de monografía, es análoga a una o más películas documentales (véase Crawford y Turton, 1992). Estas películas etnográficas tienen sus propias convenciones narrativas y sus géneros distintivos (Loizos, 1993). A pesar de la inmediatez del medio visual, las películas etnográficas no son una representación directa o neutral de la realidad social. Dependen de otros medios y convenciones de representación y lectura (MacDougall, 1992; Martínez, 1992).

En gran medida, lo mismo puede decirse del uso del vídeo. La disponibilidad de cámaras portátiles y relativamente baratas ha hecho del vídeo un atractivo medio para el registro de datos. Al mismo tiempo, la selección de las grabaciones de vídeo debe tenerse en cuenta, especialmente cuando se hace en lugares cerrados. Las decisiones giran en torno a si la cámara debe permanecer fija o no, si debe filmarse un solo plano o no; y de ser así, dónde colocarla y según qué base. Cuando la posición y el plano no son fijos, el manejo de la cámara ocupará todo el tiempo; será difícil, si no imposible observar y tomar notas al mismo tiempo. Y complementar la grabación con observación y toma de datos será sin duda necesario. Aquí deben documentarse mecanismos contextuales, pues la grabación no implica que todo quede «dentro del plano». Es aconsejable disponer de un segundo equipo de filmación en dichas circunstancias. También, como en las grabaciones de audio, las de vídeo son difíciles de manejar como datos, y será necesario realizar una transcripción y/o un índice. Y, especialmente cuando la transcripción incluye comportamiento no verbal, esto consumirá incluso más tiempo que la transcripción de cintas de audio.

La utilización de fotografías también es una práctica establecida en antropología (Collier y Collier, 1986; Ball y Smith, 1992), aunque está menos extendida en la investigación sociológica (Becker, 1981). El uso de datos visuales para algo más que propósitos ilustrativos (y nunca sin importancia analítica) requiere un detallado y especializado análisis de imágenes. En otras palabras, la recolección de da-

tos visuales no obviará los problemas de selección y presentación. Solemos pensar que las películas o las fotografías producen una imagen fiel y realista del mundo; dicho hábito de nuestra cultura no debe cegarnos ante el hecho de que se trata de elementos parciales, interesados y convencionales.

Seguimos creyendo que el lenguaje escrito es el medio privilegiado para la comunicación entre estudiosos. Existen, por lo tanto, ciertas tensiones en el uso de materiales visuales en «una disciplina de palabras» (Ball y Smith, 1992, págs. 5 y sigs.). En un futuro próximo, el uso de *software* «hipermedia» para la producción y presentación de información etnográfica (y de otros tipos) tal vez cambie nuestras nociones de almacenamiento, análisis y distribución de datos. Como Seaman y Williams (1992) proponen:

El incremento de la disponibilidad de medios interactivos multimedia y sistemas de bases de hipertextos transformarán las metodologías etnográficas. Recoger datos mediante diferentes medios ya es posible gracias a tecnologías eficientes y baratas de registro electrónico. La información textual y audiovisual convertida en algo interactivo proporcionará el aparato de estudio de referencia y contextualización necesario para crear nuevas formas de publicación académica y de divulgación de conocimiento. Los etnógrafos deben aprender, por tanto, cómo recoger información en diferentes formatos pero también cómo procesarla, analizarla e integrarla para una comprensión significativa.

(Seaman y Williams, 1992, pág. 300)

Los hipertextos y los hipermedia muy probablemente empezarán a producir un impacto en un futuro próximo. Mientras tanto, la mayoría de los etnógrafos seguirán comprometidos con los datos textuales para casi todos sus propósitos prácticos. Sin embargo, el uso de grabaciones visuales es un aspecto importante, y a menudo poco explotado, del trabajo de campo etnográfico.

DOCUMENTOS

A menudo necesitamos recopilar y utilizar pruebas documentales a partir del lugar de investigación (véase capítulo 6). A algunos documentos se puede acceder libremente y reservarlos para emplearlos más adelante. Esto es así, por ejemplo, en aquellos aspectos como el material promocional, las guías y las circulares. Otros documentos pueden comprarse o adquirirse de otro modo. Incluso cuando las

fuentes documentales no son demasiadas, el investigador tal vez pueda copiar los documentos para su uso personal. Las fotocopiadoras están disponibles en muchos lugares, por supuesto, y el etnógrafo muy posiblemente tenga acceso a ellas. De manera alternativa, también parece factible la transcripción de secciones de las fuentes documentales. Copiar documentos *in toto* no es necesariamente la estrategia más efectiva para registrar datos. A pesar de que esto evita los peligros de la omisión de algo importante o de sacarlo de contexto, esta ventaja tiene un precio muy alto en tiempo y dinero.

Frecuentemente, no existe alternativa a la acción de tomar notas. Aquí también hay diferentes estrategias disponibles. Se puede realizar un índice del documento para poder consultar las secciones relevantes en posteriores etapas de la investigación. Esto se puede llevar a cabo con relativa rapidez, pero requiere un acceso sencillo y repetido a las fuentes documentales. También se puede hacer un resumen de las secciones relevantes o copiarlas a mano. La elección entre resumir y copiar se mueve en torno a un dilema que ya hemos tratado al hablar del registro de lo observado y de los datos de las entrevistas. Cuando resumimos, asimilamos más material al mismo tiempo, y así ganamos ese espacio para otras actividades. Por otra parte, resumir implica cierta pérdida de información e implica una interpretación de la realidad.

Estos tres modos de tomar notas —indexar, copiar a mano y resumir— no son mutuamente exclusivos, por supuesto, y cada uno de ellos puede ser utilizado de acuerdo con la accesibilidad de los documentos y del uso previsto que las notas harán de ellos. Todas estas consideraciones pueden variar según los diferentes documentos o incluso las secciones de esos documentos. Cuando el acceso a los documentos es difícil y el uso preciso es fundamental, existe una pequeña alternativa al copiado concienzudo. Si la necesidad se centra en información antigua, los resúmenes pueden ser suficientes. También es importante recordar que no es imprescindible tomar notas *in situ*: cuando el acceso es restringido, tal vez resulte más eficiente leer los índices, resúmenes o secciones relevantes y grabarlos en una cinta, que se transcribirá posteriormente.

ANOTACIONES ANALÍTICAS, MEMORIAS Y DIARIOS DE CAMPO

Mientras leemos documentos, tomamos notas de campo o transcribimos grabaciones, a menudo surgen ideas teóricas prometedoras. Es importante tenerlas en cuenta porque pueden ser de utilidad

en el momento de analizar los datos. Hasta cierto punto estos análisis prematuros pueden ser fructíferos. Sin embargo, es importante distinguir entre las anotaciones analíticas extraídas de la información que nos dan los actores y las descripciones realizadas a partir de la observación.

Es igualmente importante realizar revisiones regulares y desarrollos analíticos en forma de memorias. Estas memorias no son realmente ensayos acabados sino bosquejos en los que se pueden apreciar los avances, identificar nuevas ideas, trazar nuevas estrategias de investigación, etcétera. Sería demasiado fácil dejar que la información acumulada en las notas de campo se fuera amontonando día tras día y semana tras semana. La acumulación de material normalmente aporta un sentimiento satisfactorio de progreso, que puede ser medurado en términos físicos a través de los cuadernos de campo escritos, las entrevistas completadas, los períodos de observación cubiertos o los diferentes lugares de investigación visitados. Pero es un grave error dejar que este trabajo se vaya acumulando sin una reflexión y revisión regulares: en tales circunstancias el sentimiento de progreso puede ser ilusorio, y el tratamiento de los datos recogidos estará desorientado.

Como hemos destacado, la formulación de problemas concretos, hipótesis y una estrategia de investigación adecuada es una característica propia del proyecto de investigación. Este proceso de enfoque progresivo significa que la recogida de datos debe estar guiada por una identificación, abierta y explícita, de los temas de investigación. El trabajo regular en la elaboración de una memoria de investigación obligará al etnógrafo a generar explicaciones constantemente y a prevenir algunos desastrosos que siempre surgen en la recogida de información. Idealmente, todo período de observación debe acarrear, al mismo tiempo, el procesamiento teórico de las anotaciones y la reflexión constante sobre el proceso de investigación. Las memorias constituyen análisis preliminares que orientan al investigador en la recogida de información. Haciendo esto no existe el peligro de que al final del día nos enfrentemos a una colección informe de material, sino a una memoria coherente que sirva de guía para el análisis.

La elaboración de estos informes o memorias es una especie de diálogo interno o de pensamiento en voz alta, que se constituye en la esencia de la etnografía reflexiva. Tal actividad debería evitar que durante el trabajo de campo uno caiga en «actitudes cómodas» y en una «postura intelectual condescendiente». Más que llevarnos a descubrir la verdad, nos fuerza a preguntarnos acerca de *qué* conocemos, de *cómo* este conocimiento ha sido adquirido, del *grado*

de certeza que tenemos de tal conocimiento y de *cuáles* son las nuevas líneas de investigación que ello implica.

Estas notas analíticas pueden añadirse como apéndice a las notas de campo diarias o se pueden incorporar dentro de la que sería la cuarta variedad de informes, el diario de campo. Este diario aporta un relato continuo de la conducta del investigador. No sólo incluye el registro del trabajo de campo sino también las propias dificultades y sentimientos personales del etnógrafo. Esto último no es simplemente una cuestión de introspección gratuita o de ensimismamiento narcisista. Como ya apuntamos en otra parte de este libro, los sentimientos de bienestar personal, ansiedad, sorpresa, *shock* o repulsión son significantes analíticos. En primer lugar, nuestros sentimientos forman parte de las relaciones que establecemos durante el trabajo de campo. Segundo, tales reacciones personales y subjetivas, inevitablemente van a influir en lo que se califique de notable, en lo que se considere problemático o extraño y en lo que parezca ser mundano u obvio. Frecuentemente nos apoyamos en sentimientos y tanto su existencia como su influencia previsible deben ser reconocidas y, si es posible, explicadas por escrito. De la misma manera, los sentimientos de ansiedad pueden plantear limitaciones durante la recogida de la información, conduciendo a una visión muy limitada y restringida. Uno de nosotros (Atkinson) descubrió cómo los sentimientos personales acerca de la medicina general y de la cirugía influenciaban claramente en la naturaleza y el equilibrio de su investigación sobre la educación médica.

Existe una constante interacción entre lo personal y lo emocional, por un lado, y lo intelectual, por otro. La reacción personal, por tanto, se transforma a través del análisis reflexivo de nuestro conocimiento público potencial. El vehículo de esta transformación es el diario de campo. Quizá en un sentido más obvio, un diario de campo cuidadosamente elaborado permitirá al etnógrafo concienzudo repasar y explicar laboriosamente el desarrollo del diseño de la investigación, la aparición de temas analíticos y la recogida sistemática de información. La provisión de tal «historia natural» de la investigación es un componente crucial de toda etnografía.

EL ALMACENAJE Y LA CONSULTA DE LA INFORMACIÓN

Lo más habitual entre los etnógrafos es organizar los registros de la información cronológicamente, de forma que los datos aparezcan ordenados según el momento en que fueron recogidos. De

cualquier modo, las transcripciones de las entrevistas y cosas por el estilo se conservan normalmente como registros completos de la entrevista individual. Sin embargo, una vez que el análisis da comienzo, la reconceptualización —a veces la reorganización física— de los datos según temas y categorías generalmente se convierte en algo necesario. Esto implica la categorización de los datos, a menudo descomponiendo los textos en fragmentos e identificándolos de acuerdo con sistemas de indexación o «codificación». (Esto es menos frecuente en los análisis de conversaciones y discursos, donde el centro de atención es, a menudo, un modelo local.)

Durante muchos años, los etnógrafos y los investigadores han manipulado sus datos mediante la indexación física y la clasificación de preciosos manuscritos y textos mecanografiados. Recientemente, como veremos más adelante, las funciones de los ordenadores —centrales o personales— han sido utilizadas para facilitar el almacenaje y la consulta de los textos según los propósitos etnográficos. Con una extensión considerable, el *software* de los ordenadores para el almacenaje y la consulta recapitula los procedimientos asociados con las primeras aproximaciones manuales. Hablaremos de las técnicas manuales antes de centrarnos en las aplicaciones del ordenador. Es importante tener claro que no todo el almacenaje y consulta de datos debe realizarse a través del ordenador. Para muchos investigadores sigue tratándose de una cuestión manual.

La reorganización de la información hecha de esta forma ofrece una importante infraestructura para el acceso posterior a los datos. Sin embargo, también puede desempeñar un papel activo en el proceso de investigación, como destacan los Webb:

Permite al científico reorganizar su tema de estudio, así como aislar y examinar en sus ratos libres las diversas partes de que está compuesto, y recombinar, por tanto, los hechos una vez que éstos hayan sido disociados de las viejas categorías, en forma de nuevos grupos experimentales.

(Webb y Webb, 1932, pág. 83)

Además, la selección de categorías es significativa:

Cuando hube reunido los primeros datos de la investigación, tuve que decidir cómo iba a organizar las anotaciones. Al comienzo de la investigación me limité a poner todas las anotaciones en un único archivo. Como tenía que continuar estudiando diferentes grupos y problemas, era obvio que eso no resultaba suficiente.

Tenía que subdividir las notas. Había dos posibilidades principales. Podía organizar las notas por temas, archivándolas por política, estafas, Iglesia, familia y así sucesivamente. O podía organizar las notas según los grupos sociales en los que estaban basadas, lo cual supondría abrir archivos de los Norton, el Club de la Comunidad Italiana, etcétera. Sin pensarlo demasiado empecé a archivar el material conforme a los grupos, pensando que después los redividiría según los temas, cuando tuviera claro cuáles deberían ser éstos.

Conforme el material se iba acumulando en el archivo, me daba cuenta de que la organización de las notas por grupos sociales se ajustaba a la forma en que se estaba desarrollando mi estudio. Por ejemplo, tenemos a un universitario miembro del Club de la Comunidad Italiana que nos dice: «Esos mafiosos traen mala fama a nuestro distrito. Deberían ser expulsados de aquí». Y tenemos a un miembro de los Norton que dice: «Esos mafiosos están realmente bien. Cuando necesitas ayuda te la dan. El hombre de negocios legítimo ni siquiera te dedica cinco minutos de su tiempo». ¿Estas citas se deberían archivar por «Mafiosos. Actitudes hacia ellos»? Si lo hiciéramos así, esto sólo nos mostraría que existen actitudes conflictivas hacia los mafiosos en Cornerville. Únicamente mediante un cuestionario (sólo viable para todos los temas) veríamos la distribución de actitudes en el distrito. Además, ¿qué importancia tendría saber cuánta gente se manifiesta de una manera o de otra respecto a este tema? Me parece de mayor interés explicar la actitud del grupo en el que participa el individuo. Eso nos mostrará por qué hay actitudes diferentes entre dos individuos respecto a un tema concreto.

(Whyte, 1981, pág. 308)

El comentario de Whyte enfatiza la importancia del contexto. Ningún sistema de codificación o consulta podrá jamás variar la necesidad de sensibilizarse respecto al contexto social del discurso y la acción.

La clasificación de la información por categorías en etnografía difiere de los códigos típicos de la investigación cuantitativa e incluso de otras investigaciones cualitativas (Krippendorff, 1980). En etnografía no se requiere que los datos se asignen a una única categoría ni que haya reglas explícitas para efectuar esta asignación:

Codificamos [las notas de campo] de manera inclusiva; es decir que si por alguna razón creemos que alguna cosa puede ir bajo un encabezamiento, la ponemos ahí. No perdemos nada. También las codificamos por categorías múltiples, bajo cualquier encabezamiento que sea pertinente. Como regla general, pretendemos llevar las cosas hacia un

interés dado al que concebiblemente pudieran aplicarse. [...] Éste es un procedimiento de pesquisa que permite rescatar lo que resulta pertinente de todo el material.

(Becker, 1968, pág. 245)

De hecho, Loflan argumenta que en el caso de las categorías analíticas es necesario «arriesgarse» incluyéndolo todo por muy temerario que esto sea.

La identificación de categorías es un elemento central en el proceso de análisis (aunque no debe ser confundido con el análisis *per se*). Como resultado de ello, la lista de categorías, a partir de las cuales se organiza la información, generalmente experimenta transformaciones durante el curso de la investigación. En particular, tiene lugar un cambio hacia categorías más analíticas en tanto que avanza el trabajo (véase el capítulo 8).

La organización y reorganización de la información de acuerdo con categorías se puede hacer de maneras muy diferentes. La más sencilla es «codificar el registro». La información se codifica, se asigna a una categoría a partir del registro original o de una copia de éste. Los comentarios que relacionan la información con categorías descriptivas se escriben en los márgenes o en el dorso de cada página, dependiendo del formato de los datos; se hace rápidamente y así se preserva el sentido de la «lectura» de la información. Sin embargo, esto no se ha adaptado bien a los procedimientos subsiguientes de la investigación y la consulta de segmentos de información. En una versión más elaborada de esta estrategia, se produce un índice analítico. Aquí los segmentos de datos están indexados bajo un desarrollado conjunto de encabezamientos, almacenados en tarjetas de índice o en una simple base de datos computarizados. Igualmente, o de manera similar, los segmentos codificados se pueden localizar en la copia del original de la información de manera relativamente sencilla.

Un método alternativo de organización de información utilizado por algunos etnógrafos consiste en realizar una clasificación manual. Aquí hay que hacer múltiples copias de cada segmento de información para archivar una copia por cada categoría pertinente. A través de este sistema, los etnógrafos pueden encontrar toda la información recolectada conjuntamente cuando se dispongan a analizar y escribir sobre un tema en particular. Al mismo tiempo, el almacenaje manual de múltiples copias tiene sus limitaciones: el tiempo que se tarda en producir las copias y en mantener los requerimien-

tos espaciales que implica un extenso grupo de datos. Estos métodos, y otros que han sido utilizados, como las tarjetas perforadas con extractos de información, reflejan el mismo tipo de aproximación. O sea, dependen de la segmentación del etnógrafo y de la segregación de la información original. Las terminologías «indexación» y «codificación» captan la esencia de la labor. Ambas se remiten al uso del *software* informático para el almacenaje, la investigación y la consulta de información etnográfica. Sólo muy recientemente se han llevado a cabo intentos sustanciales para utilizar las capacidades intrínsecas de los microprocesadores e ir más allá de las técnicas manuales.

Ahora es habitual para los etnógrafos y otros investigadores almacenar datos textuales en archivos informáticos. Probablemente se da por seguro en la mayoría de los ámbitos académicos que toda información textual —como las notas de campo, la transcripción de las entrevistas, diarios, etcétera— pueden, y quizá deben, estar preparadas y almacenadas mediante procesadores de texto. Los disquetes y los discos duros ya son los medios preferidos para almacenar diferentes tipos de datos. Una vez que el etnógrafo ha mantenido una relación con máquinas de escribir o taquígrafos, considerará los ordenadores personales como una herramienta natural. Existen, por supuesto, restricciones que llevarán al etnógrafo a seguir utilizando la escritura manual. Cuando el trabajo de campo tiene lugar en emplazamientos remotos, entonces la recolección original de información seguirá haciéndose en cuaderno, y el tiempo y el coste de transferirla al ordenador y el uso generalizado de ordenadores portátiles y otros artilugios similares también harán posible prever un entorno en el que la recolección de información, el almacenaje y la consulta se conducirán a través del ordenador personal. Por otra parte, la existencia de pequeños ordenadores de bolsillo y el amplio uso de otros aparatos permiten pensar que ya es posible prever un entorno en el cual la recogida, el almacenaje y la recuperación de datos serán procesos conducidos a través de la microcomputación. Además, la instalación de terminales para la red en la mayoría de las localizaciones académicas permitirá el intercambio de los datos etnográficos entre los miembros de un equipo de investigación, en seminarios de graduación, etcétera.

Dada nuestra relación contemporánea con el entorno de los microprocesadores, a menudo tiene sentido ir más allá del uso del procesador de texto y utilizar el *software* disponible para facilitar las tareas básicas del almacenaje y la consulta. Nosotros no pretendemos equiparar dichas labores con el «análisis», aunque el *soft-*

ware y los procedimientos se refieren a menudo a la «Asistencia Computarizada para el Análisis Cualitativo de Datos» (CAQDAS). Estos procedimientos deben conducir el análisis, conjuntamente con los tipos de procesos analíticos que explicaremos en el siguiente capítulo. Existe una continuidad directa entre la investigación y el desarrollo del análisis. Los ordenadores se utilizan para el almacenaje de información textual cualitativa, para investigar sobre ella y para consultar temas determinados. Dichos procedimientos básicos son comunes en la mayoría de los *software* CAQDAS.

Es importante reconocer, sin embargo, que muchas de las funciones útiles pueden ser realizadas por procesadores de texto genéricos. El etnógrafo que está familiarizado con los más avanzados y potentes procesadores de texto, y cuyas consultas de información los hacen necesarios, posiblemente no necesitará ningún programa además del procesador de texto. Las labores básicas de encontrar, marcar y resituar fragmentos de texto (notas de campo o extractos de transcripciones de entrevistas, por ejemplo) pueden realizarse mediante las funciones del procesador de texto (como la inserción de citas y la capacidad de «copiar» o de «cortar y pegar»). Es posible que estas funciones del procesador de texto cubran todas las necesidades del usuario particular para un proyecto sencillo. No existe necesidad alguna de buscar soluciones más caras o complejas si no hay nada que lo justifique. No sirve para nada utilizar un *software* especializado si no se emplean las opciones avanzadas y las aplicaciones genéricas resultan suficientes.

La mayoría de los etnógrafos que desean utilizar un ordenador personal, sin embargo, se inclinan por una o más aplicaciones que han sido desarrolladas específicamente para el manejo de datos etnográficos o para trabajos textuales más generales que han sido adaptados a las necesidades de los etnógrafos. Estos programas pueden ser utilizados en una variada serie de tareas para el manejo de la información. Al señalarlas aquí no intentamos repasar todos los programas disponibles, ni tampoco realizar comparaciones sistemáticas entre la potencia o la debilidad de cada uno. Existen otras fuentes en las que el lector puede encontrar dichos tratamientos, en particular la revisión sistemática de Tesch (1990), que es un excelente relato de campo. (Véanse también Lee y Fielding, 1991; y Dey, 1993.) Tesch destaca varias estrategias para la investigación cualitativa y resume una amplia serie de programas. Se trata de la revisión extensa que uno podría desear en un tema semejante. Inevitablemente, existen desarrollos en campos como éste que convierten en obsoletas algunas afirmaciones con mucha rapidez. El libro de Tesch,

sin embargo, sigue siendo una fuente importante, y su lectura es muy recomendable si lo que se busca es una guía.

La estrategia más comúnmente defendida se basa en la *codificación* de segmentos de texto. Existen muchos programas que reproducen esta estrategia que podría definirse como la aproximación «código-y-consulta». Hay algunas diferencias entre ellos, pero la mayoría de las funciones básicas son similares o idénticas. Entre los programas que pueden adquirirse habitualmente se incluyen *Etnograph*, *Text Analysis Package*, *Textbase Alpha* y *Qualpro*: más adelante comentaremos algunas variaciones importantes. Estas estrategias informáticas las esbozan y desarrollan a raíz de una era previa. Recapitulan sobre la aproximación elemental mediante la cual el texto se clasifica de acuerdo con las dimensiones temáticas.

El elemento común a esta familia de programas es la capacidad —de hecho es un requisito— de relacionar «códigos» para segmentos específicos de notas o transcripciones. No hay nada mecánico en este proceso. El programa no proporciona ningún proceso de codificación mecánico. Siempre es necesaria la labor del etnógrafo para poner en práctica su imaginación intelectual y decidir sobre los códigos analíticos que se utilizarán. Conceptualmente hablando, por lo tanto, la labor de codificar para las aplicaciones informatizadas no resulta diferente de las técnicas «manuales» para identificar y consultar grupos de datos. La información es disgregada físicamente o marcada e indexada como parte de un registro continuo. La lógica del código-y-consulta sigue siendo la misma. Es lo que Tesch (1990) denomina «descontextualizar» segmentos de información, y «recontextualizar» esos mismo segmentos según archivos temáticos.

Las versiones informáticas de este proceso tienen una serie de ventajas prácticas. Mientras los procesos de codificación en sí no suponen un avance respecto a las aproximaciones previas, el uso de los programas permite una mayor flexibilidad y sensibilidad. Los programas facilitan que el investigador consulte de manera idéntica segmentos codificados de texto con mayor rapidez. Todos los segmentos codificados se pueden encontrar. Cualquier búsqueda resulta comprensible (y prueba únicamente que la codificación es la misma). Por lo tanto, queda reducido el peligro de que el etnógrafo seleccione sólo los ejemplos más fácilmente recordables, o aquello que primero se tiene a mano en los cuadernos. Además, la delicadeza de la investigación y el proceso de consulta se ve mejorado, dada la oportunidad de combinar códigos en investigaciones múltiples. Un programa como el *Etnograph* facilita la codificación

múltiple de segmentos; los códigos pueden yuxtaponerse y radicar dentro de otros. Los segmentos se consultan utilizando códigos simples o múltiples de búsqueda y los códigos se especifican como sinónimos virtuales, para ser combinados en una aproximación de álgebra booleana: aprovechando las oportunidades de búsqueda, por ejemplo, para «X» e «Y» o «X» y no «Y».

Codificar en estos contextos no es un proceso sencillo. Las necesidades del etnógrafo, por supuesto, a la hora de decidir qué códigos son relevantes para los temas del trabajo en cuestión y para el análisis preliminar que acompaña a la recogida de información, son prioritarias. Tal vez indexen personas, lugares o cosas, y tal vez se refieran a tipos de encuentro social o eventos. El sistema de codificación producido puede convertirse en algo muy complejo y denso.

Los etnógrafos utilizan los programas informáticos de este tipo para dedicar más tiempo y esfuerzo experimentando con códigos significativos para su propia información. La aproximación de la codificación exige cierta inversión de tiempo para el análisis preliminar si los códigos no han sido relacionados con los datos *ad hoc*. La búsqueda útil de información sólo se facilita si el esquema de codificación en sí es el adecuado, en primer lugar. Un programa como *Etnograph* permite, por supuesto, el constante refinamiento y la revisión de los esquemas de codificación. En principio, los procesos de codificación y recodificación provienen de la emergencia de ideas fundamentadas en los datos. Nunca son fijos. En la práctica, sin embargo, las labores de entrada y borrado de códigos son tediosas. Existe la seria sospecha de que en muchos proyectos los mismos códigos se «congelan» rápidamente una vez que la información ha sido codificada por primera vez. Hay un rápido desarrollo y una inercia que actúa contra el refinamiento progresivo y la revisión.

Además, en sí mismas las aplicaciones de los programas de codificación son pobres en la representación de materias analíticas. *Etnograph*, por ejemplo, es insuficiente al representar las relaciones entre códigos. En esencia, las estrategias de codificación son «planas». Así pues, los programas no pueden reconocer algunos códigos como categorías principales que incluyen a otras más específicas. Dichos programas emulan la búsqueda manual con la suficiente eficiencia y comprensión. Pero esta versión de codificación recapitula lo que ha sido llamado «la cultura de la fragmentación» (Atkinson, 1992a), como una aproximación general a la información cualitativa. O sea, refleja un supuesto general que dice que la re-

ducción de información y la adición radican en el corazón del manejo de la información. Esto no es necesariamente así en todas las versiones de consulta etnográfica o de otras cualitativas, particularmente aquellas que se refieren al análisis secuencial detallado de la interacción social.

La estrategia del código-y-consulta puede ser complementada con una estrategia alternativa utilizada para buscar textos en términos «indígenas»; o sea, la identificación de palabras y frases utilizadas en las entrevistas o las notas de campo. Esta estrategia de consulta de información puede ser útil cuando las transcripciones literales permiten la identificación del propio lenguaje del actor. Existen muchas aplicaciones informáticas que pueden facilitar dicha búsqueda de datos. No es necesario que hayan sido diseñadas específicamente para los propósitos de la investigación etnográfica; también hay muchos programas que han sido desarrollados para cumplir funciones más generales, como el análisis de contenidos, la indexación y funciones similares. Todos los programas de este tipo permiten que el etnógrafo busque términos concretos e identifique su localización en los textos de información. Entre los muchos programas que han sido diseñados y utilizados para este tipo de análisis de datos están el *FYI3000Plus*, el *Golden Retriever* y el *IZE*. La búsqueda sistemática de léxico y de notas de campo o transcripciones puede ser una gran ayuda en las importantes labores analíticas. El vocabulario propio de actores e informantes y fragmentos de información que contienen términos específicos son de fácil consulta. Algunos de estos programas permiten una búsqueda muy flexible y cuidadosa. Cualquier palabra incluida en el texto puede ser utilizada como clave sin una marca posterior. Y la completa lógica booleana permite que las palabras sean tratadas como sinónimos (X o Y), así como realizar múltiples búsquedas (X e Y). De esta manera, el etnógrafo puede crear estrategias de búsqueda más complejas.

Hay una gran cantidad de programas informáticos que intentan ir más allá de la simple función código-y-consulta del *Etnograph* y aplicaciones semejantes. Pretenden representar mecanismos clave del análisis en sí. El programa *KWALITAN*, desarrollado originalmente en Holanda, es un intento de incluir aspectos de la «teoría enraizada» para ir más allá de la codificación de datos. Los programas se basan no sólo en palabras clave, sino también en memorandos analíticos y metodológicos que pueden estar relacionados directamente con segmentos de información («escenas» es como ellos lo llaman en este tipo de estrategia). La intención es propor-

cionar una representación más fiel del proceso analítico (no sólo almacenaje y consulta) en el entorno informático.

En una línea similar, *NUDIST*, originalmente desarrollado en Australia para ordenadores centrales y ahora transferido a ordenadores personales, va más allá de la codificación «plana» del *Etnograph* y de las aplicaciones similares de código-y-consulta. En el *NUDIST* las relaciones de sistema se establecen entre los propios códigos. En tanto que el esquema de codificación se desarrolla se establecen las relaciones semánticas, así la gran cantidad de números de codificación se puede clasificar en una serie de árboles ordenados jerárquicamente. De este modo, los códigos más específicos pueden relacionarse con temas y categorías superordenados. La especificación de las relaciones lógicas y sociológicas entre categorías supone un avance respecto a otros métodos que simplemente trazaban un mapa de la incidencia o de la co-incidencia de los segmentos de códigos. Aproximaciones como las que permite el programa *NUDIST* pueden proporcionar un vínculo genuino entre la codificación, la consulta y el *análisis* de información. Resulta difícil especificar los beneficios reales de la aproximación del programa *NUDIST* respecto al método «plano» de codificación. Todos los proyectos etnográficos en funcionamiento emplean tantas palabras-código, especificadas con detalle, que su manejo taxonómico es un avance necesario en metodología: el «valor añadido» a nivel analítico de dicha aproximación, sin embargo, tal vez no resulte relevante para todos los investigadores.

Aun así, los programas como el *KWALITAN* o el *NUDIST* siguen aferrados a la aproximación básica de la «codificación» o, en otro sentido, la segmentación de la información. Hay otra aproximación alternativa mucho más radical a la informática que radica en la estrategia conocida como «hipertexto». Esta aproximación para la búsqueda de información cualitativa depende enteramente de las capacidades del ordenador, y puede pensarse en ella como una estrategia alternativa genuina a la exploración de la información. Aquí, de hecho, la distinción entre consulta y análisis se desvanece. Más que fragmentar el texto en segmentos discretos, los programas de hipertexto permiten que el analista construya complejos senderos y relaciones dentro de las bases de datos. Mas que pensar en «encontrar» y «consultar» grupos de información, aquí uno debería pensar en «navegación» a través de la base de datos. Más que esperar «encontrar» o «recuperar» grandes cantidades de datos, deberíamos «navegar» a través de las bases de datos. Los elementos de información pueden vincularse a anotaciones y co-

mentarios. La aplicación más amplia del hipertexto nos la ofrece el programa *Hyperqual*, basado en la facilidad de la *hipercard* de los ordenadores Macintosh. Una aplicación parecida, basada en el mismo entorno informático, es *Hypersoft* (Dey, 1993). Un sistema genérico de hipertexto que puede ser utilizado para información cualitativa en un ordenador personal es el *Guide* (Weaver y Atkinson, 1994). Las posibilidades del hipertexto —y, a nivel más general, las aplicaciones hipermedia que vinculan información de diferentes tipos— están siendo exploradas por los estudiosos de distintas disciplinas.

En una aplicación totalmente realizada de hipertexto, no existe distinción entre «datos» y otros materiales como los memorandos analíticos, las anotaciones y cosas por el estilo. Los «datos», al igual que las transcripciones de entrevistas o notas de campo, pueden vincularse directamente a otras informaciones, como gráficos, extractos de literatura relevante, mapas e incluso sonidos. Este elevado nivel de integración y su consecuente flexibilidad pueden facilitar una aproximación analítica que es, en definitiva, más fidedigna respecto a las labores cognitivas y los supuestos intelectuales de la etnografía «clásica». También acomodan diferencias individuales entre investigadores o grupos de investigación más rápidamente que las aplicaciones preestructuradas convencionales. La oportunidad de crear múltiples vínculos y caminos puede animar al analista a perseguir densas redes de asociación y significado. Como Thomas (1993) dice respecto al futuro de los etnógrafos:

Al utilizar hipertextos, un investigador puede incluir no sólo una descripción convencional del método de estudio, sino también gráficos (fotografías o segmentos de vídeo) y sonido para ilustrar o clarificar su procedimiento. Para los investigadores cualitativos el hipertexto puede resultar especialmente útil, pues podrán incluir en él, en un disco que cabe en la palma de la mano, las anécdotas que ilustran conceptos, así como los segmentos reales de entrevista que estructuran la información.

Y añade:

Imagínense la riqueza de la información si el estudio de Becker sobre los consumidores de marihuana, los relatos de Manning sobre los agentes de narcóticos o el análisis de Irwin sobre la cultura de las prisiones incluyera imágenes tridimensionales y sonido. Este tipo de comunicación no sólo enriquecerá con detalles los textos etnográficos, sino que añadirá un nuevo nivel de narratividad al dar al lector

un punto de vista del contexto a partir del cual se derivan los datos y el análisis.

(J. Thomas, 1993, pág. 1)

Weaver y Atkinson no han ido tan lejos como para incluir sonido e imágenes de vídeo al utilizar el *Guide*. Sin embargo, han indicado cómo puede el etnógrafo crear relaciones complejas en el interior de los datos de los que dispone, y puede también establecer vínculos «fuera», con otras fuentes y otros tipos de información. Es más, como señala Thomas, es posible presentar la misma «etnografía» en un formato de hipertexto; así el «lector» no queda confinado a un texto lineal. También se escogerán caminos alternativos para acceder a los datos o a otro tipo de información. La «lectura» de la etnografía, por lo tanto, se convierte en algo más claro e interactivo, y también recapitula los tipos de «análisis» trazados por los etnógrafos.

Sin embargo, sean cuales sean los méritos que señalemos como específicos de las aplicaciones informáticas, es necesario reconocer que sólo proporcionan elementos adicionales respecto a la imaginación sociológica o antropológica. No proporcionan, ciertamente, soluciones «automáticas» a problemas de representación y análisis. La comprensión y la interpretación son el resultado de interacciones entre el etnógrafo y la información, que se construyen solas. No hay un mecanismo que sustituya a esos complejos procesos de lectura e interpretación.

CONCLUSIÓN

Seguramente será imposible aprovechar toda la información adquirida en el trabajo de campo, pero ello no significa que no se deban realizar todos los esfuerzos necesarios para registrarla. La memoria no es una base apropiada para el análisis. Evidentemente, el registro de la información es selectivo y siempre implica una interpretación por mínima que sea. No existe ningún cuerpo básico de datos indudables a partir del cual se puedan deducir todos los otros. Lo que se registra y cómo se registra dependerá en gran medida de los propósitos y prioridades de la investigación y de las condiciones en que ésta se lleve a cabo. Además, utilizando varias técnicas de registro debemos estar alerta ante los efectos que éstas pueden causar en los actores y estar preparados para modificar la estrate-

gia en consecuencia. Igualmente, no existe una única manera de consultar la información para el análisis. Los diferentes sistemas—incluyendo las actuales estrategias informáticas disponibles—difieren en su adecuación a los propósitos, la naturaleza de los datos recogidos, las facilidades disponibles, el tamaño y la amplitud del proyecto de investigación, así como en la conveniencia personal.

Como en otros aspectos de la investigación etnográfica, el registro, archivo y consulta de la información deben ser entendidos como parte del proceso reflexivo. Las decisiones deben tomarse, dirigirse y—en caso de ser necesario—rehacerse a la luz de consideraciones metodológicas, prácticas y éticas. Al mismo tiempo, sin embargo, estas técnicas desempeñan un papel importante a la hora de promover la calidad de la investigación etnográfica. Proporcionan un recurso crucial en la ejemplificación, el control de los vínculos de indicación y construcción, la búsqueda de casos negativos, la triangulación entre diferentes fuentes de información y los períodos de trabajo de campo, y afirman el papel del investigador para compartir la naturaleza de la información y los resultados. En pocas palabras, facilitan—pero no determinan—el proceso de análisis, un tema sobre el que hablaremos en el próximo capítulo.

Capítulo 8

EL PROCESO DE ANÁLISIS

En etnografía, el análisis de la información no es un proceso diferente al de la investigación. Se inicia en la fase anterior al trabajo de campo, en la formulación y definición de los problemas de investigación, y se prolonga durante el proceso de redacción del texto. Formalmente, empieza a definirse mediante notas y apuntes analíticos; informalmente, está incorporado a las ideas, intuiciones y conceptos emergentes del etnógrafo. De esta manera, en cierta medida el análisis de la información es paralelo al diseño de la investigación. Este proceso interactivo es fundamental en la «teorización enraizada» promovida por Glaser y Strauss, en la que la teoría se desarrolla a partir del análisis de datos y la posterior recolección de datos está guiada estratégicamente mediante la teoría emergente (Glaser y Strauss, 1967; Glaser, 1978; Strauss, 1987; Strauss y Corbin, 1990). Sin embargo, el mismo proceso interactivo también se produce en otro tipo de investigaciones etnográficas, incluyendo aquellas que están enfocadas no en la generación de teorías, sino en otros productos de investigación, como las descripciones y las explicaciones.

Este compromiso con una interacción dialéctica entre la recogida de información y el análisis de los datos no resulta sencillo de mantener en la práctica; y muchas investigaciones etnográficas sufren la carencia de reflexividad en ese sentido. Los datos requeridos para examinar una interpretación concreta se pierden a menudo; la especificidad de secciones cruciales de datos no puede ser examinada; o no se investigan algunos casos comparativos necesarios para el desarrollo y el control de un grupo emergente de ideas analíticas. Una razón para que esto ocurra es la influencia del naturalismo, con su énfasis en la «captación» del mundo social en las descripciones (Hammersley, 1992, cap. 1). El naturalismo atestigua lo que Lacey (1976, pág. 71) llama «el síndrome de lo que está sucediendo en todas partes», un problema común del trabajo de campo en el que el investigador siente la necesidad de escoger entre es-

tar en todas partes al mismo tiempo o permanecer en el lugar el mayor tiempo posible. Como resultado de esto, se recoge una gran cantidad de datos pero se deja muy poco tiempo para la reflexión sobre el significado de la información y las implicaciones que se extraen para una posterior recogida de datos. El compromiso naturalista a la hora de «decir las cosas como son» tiende a forzar el proceso de análisis para que permanezca implícito y desarrollado por debajo de sus posibilidades.

Sin embargo, existen también limitaciones prácticas sobre la consecución de los distintos tipos de interacciones cercanas que surgen entre el análisis, el diseño de investigación y la recogida de datos. El trabajo de campo es una actividad exigente, y el proceso de la información requiere igualmente un gasto de tiempo. Como resultado, aferrarse en mantener el análisis de datos junto a la recogida de información a menudo resulta complicado. A pesar de todo, puede y debe mantenerse cierto nivel de reflexividad, incluso si no resulta posible analizar mucha información formal antes de que se complete la tarea principal del trabajo de campo. Algo de reflexión sobre el proceso de recogida de datos y lo que se está produciendo es esencial si la investigación no discurre por la línea de menor resistencia y encara un *impasse* analítico en sus etapas finales.

La investigación etnográfica tiene una estructura de «embudo» característica, centrando progresivamente su enfoque a medida que transcurre la investigación. A medida que el tiempo avanza, las necesidades de la investigación necesitan ser desarrolladas o transformadas, y finalmente su campo se delimita y clarifica, mientras se explora su estructura interna. En este sentido, en el transcurso de la investigación uno se suele enterar «de qué va» exactamente la investigación, y no es raro descubrir que ésta se centra en algo totalmente diferente a los problemas preliminares planteados. Un ejemplo extremo es el de cierta investigación de Shakespeare (1994), que empezó a partir de la pregunta acerca de cómo los miembros de una cooperativa relataban su historia, pero finalmente se centró en la estructura discursiva de la «confusa charla» de la gente que sufría diferentes tipos de demencia. Aquí tenemos un espectacular cambio del centro de interés, aunque existe una continuidad respecto a la estructura del discurso de las entrevistas. Habitualmente, los cambios en el centro de atención de una investigación son menos drásticos que éste, más similares a lo que ilustra Bohannon (1981), quien identifica diversas fases en su proyecto de investigación sobre los habitantes pobres de los hoteles del centro de la ciudad, ilustrando la importancia del análisis preliminar y la natura-

leza del «enfoque progresivo». Bohannon también describe cómo el «problema» se fue definiendo de manera progresiva:

Comenzamos este proyecto con la «noción» (aunque, realmente, era más formal que eso; era una hipótesis que resultó errónea) de que las personas ancianas que vivían en hoteles de mala muerte en el centro de la ciudad habían establecido redes de apoyo. Considerando sus condiciones de vida, nos dimos cuenta de que no las tenían. Sus redes de apoyo eran superficiales y esporádicas, es decir, tomándolo todo en consideración, los ajustes que esas personas realizaban para vivir distan mucho de significar una red de apoyo.

(P. Bohannon, 1981, pág. 45)

Partiendo de una visión basada en la «desorganización» o la «dislocación», Bohannon y su equipo de investigación llegaron a reformular su investigación en términos de «adaptación». En el curso de la investigación consiguieron demostrar que las políticas de bienestar basadas en la primera no están fundadas satisfactoriamente.

El enfoque progresivo también suele implicar un cambio gradual, desde una preocupación inicial por describir acontecimientos y procesos sociales hasta el desarrollo y comprobación de las explicaciones. De cualquier forma, los diferentes estudios varían considerablemente en referencia a la distancia que recorren a lo largo de este camino. Algunos son pesadamente descriptivos, yendo de la narración de historias de vida de un individuo, grupo u organización hasta los informes sobre la forma de vida que encontramos en un medio concreto. Por supuesto, no se trata sólo de meras descripciones: son construcciones narrativas que requieren selección e interpretación. Pero éstas apenas se esfuerzan por inferir cualquier conclusión teórica. La «teoría» permanece implícita y en gran medida desorganizada. Por supuesto, tales relatos pueden ser de gran valor, aportarnos conocimientos sobre formas de vida desconocidas hasta ahora y cuestionar así nuestras suposiciones sobre los parámetros de la vida humana o desafiar nuestros estereotipos. De ahí el interés de gran parte del trabajo antropológico y de los relatos sociológicos que revelan las formas de vida de grupos marginales y de bajo estatus.

Una variación del mismo tema es mostrar lo familiar en lo extraño (Goffman, 1961; Turnbull, 1973) o lo extraño en lo familiar (Garfinkel, 1967). Una interesante aplicación reciente de esta última idea es la explicación de Rawlings acerca de su conocimiento

como participante en una comunidad terapéutica. Ella toma los primeros minutos de una reunión de la comunidad, aparentemente corrientes, y muestra que en muchos sentidos están lejos de ser ordinarios, que su apariencia de cotidianidad es una especie de logro interaccional en lugar de una rutina (Rawlings, 1988). Alternativamente, los relatos descriptivos pueden contrastar las condiciones reales con las ideales, planteando la diferencia entre, por ejemplo, los procedimientos empleados por el personal de una escuela para tomar decisiones y el tipo ideal de democracia; o pueden compararse las prácticas curriculares en las aulas usando materiales del currículo producido a escala nacional con los objetivos marcados por el equipo de educadores que elaboraron esos materiales. Esas comparaciones son frecuentes en el trabajo etnográfico, aunque no siempre sean explícitas.

Pero esto no quiere decir que todas las etnografías se queden en este nivel descriptivo. Frecuentemente se intentan elaborar modelos teóricos de un tipo u otro. Aquí, las características de la historia o de la naturaleza de los fenómenos que se estudian se recogen según categorías más generales. Éstas se presentan como muestras de, por ejemplo, tipos particulares de orientación social, práctica discursiva, estrategia interaccional, forma institucional, etcétera. Yendo más allá se pueden desarrollar tipologías de diferentes perspectivas o estrategias (Lofland, 1971 y 1976). Finalmente, se puede utilizar un complejo de categorías analíticas para estudiar aspectos de los procesos sociales que operan en la historia, en el carácter de la gente o en el medio investigado (Glaser y Strauss, 1967; Glaser, 1978; Lofland y Lofland, 1984) y reservar estos datos para realizar una posterior revisión.

Es un largo camino que recorrer y existen demasiadas paradas a lo largo de su curso. Además, como en todos los viajes, algo se deja atrás. Las descripciones concretas cubren habitualmente muy diferentes facetas de los fenómenos que se describen: ofrecen un retrato redondeado y abierto a todo tipo de posibilidades teóricas. El desarrollo de las explicaciones y las teorías implica un desplazamiento del centro de atención y un proceso de abstracción. Los relatos teóricos proporcionan una representación mucho más selectiva de los fenómenos con los que se relacionan. Por otra parte, asumiendo que las ideas teóricas están bien fundadas, éstas nos proporcionan mucho más conocimiento sobre cómo se organizan aspectos concretos de los procesos sociales y tal vez, incluso, sobre por qué los acontecimientos ocurren de acuerdo con unos modelos.

En general, los etnógrafos se relacionan con lo que, a menudo, se denomina información «desestructurada», lo que significa que la información no está todavía estructurada en términos de una serie finita de categorías analíticas determinadas por el investigador, como en la mayoría de las investigaciones centradas en encuestas. Más bien toman la forma de descripciones verbales de las notas de campo, de las transcripciones de grabaciones de audio o vídeo, extractos de documentos, etcétera. Y el proceso de análisis implica, simultáneamente, el desarrollo de un conjunto de categorías analíticas que capte los aspectos relevantes de esta información, y la asignación de denominaciones concretas para esas categorías.

Existe una amplia variedad de aproximaciones a análisis de este tipo. Esto es así debido, parcialmente, a las diversas propuestas de investigación social. Alguien interesado en cómo se organiza la secuencia de contribuciones a la conversación cotidiana puede adoptar una aproximación muy diferente a la de alguien centrado en la fuerza de las relaciones y ataduras sociales entre las élites y cómo afecta esto al ejercicio de su poder. Relacionadas con dichas diferencias en los temas o los propósitos, por supuesto, existen también diferencias en la aproximación teórica. Están aquellos que menospreciarían el primer tema por trivial, y aquellos que entienden el segundo como algo más allá del territorio de la investigación rigurosa, al menos dado el actual estado de conocimiento sociocientífico. Nuestra aproximación aquí será universal, sin llegar a escoger ninguna de las formas de investigación citadas. Sin embargo, no podemos cubrir el espectro global de variedades de análisis cualitativo detalladamente. Por el contrario, nos centraremos en lo que entendemos que es la parte central del mismo.

GENERAR CONCEPTOS

La labor inicial en el análisis cualitativo es encontrar algunos conceptos que nos ayuden a dar sentido a lo que tiene lugar según las escenas documentadas por los datos. A menudo no estaremos seguros de *por qué* sucede lo que estamos viendo, y a veces ni siquiera entenderemos *qué* está sucediendo. La intención no es únicamente hacer inteligibles los datos, sino hacerlo de una manera *analítica* que proporcione una nueva perspectiva sobre el fenómeno que estamos tratando y que pueda decirnos algo acerca de otro fenómeno de semejantes características.

El desarrollo de los modelos y categorías analíticos ha sido frecuentemente considerado como un proceso misterioso sobre cuyo procedimiento poco se puede decir. Se supone que todo lo que uno debe hacer es sentarse a esperar la llegada de la musa teórica. Aunque no quisiéramos, desde luego, negar ni subestimar el papel que la imaginación creativa ocupa en la ciencia, nos gustaría señalar que ésta no se limita al *desarrollo* de las ideas analíticas, sino que es igualmente importante a la hora de *diseñar formas de verificarlas*. Además, en ningún caso el reconocimiento del papel de la imaginación niega el hecho de que disponemos de diversas estrategias generales.

Poner todo el énfasis en el papel de la imaginación creativa en el desarrollo de teorías, además de oscurecer la importancia de las estrategias existentes para generar conceptos y modelos, también nos lleva a olvidar la función que nuestro conocimiento del mundo social desempeña en este proceso. Esto se hace evidente sólo cuando comenzamos a entender que la imaginación trabaja mediante analogías y metáforas. En tanto que en el análisis etnográfico es extraño empezar a partir de una teoría bien definida y, de hecho, existen riesgos asociados a dicho punto de arranque, el proceso de análisis no puede, pero lo hace, radicar en las ideas previas del etnógrafo y aquellas a las que puede tener acceso a través de la literatura. Lo que es importante es que esto no tome la forma de un prejuicio, forzando la interpretación de la información según un molde, sino que, por el contrario, se utilice como recurso para dar sentido a esa información. Esto requiere el ejercicio de algo así como el nervio analítico, tolerando la incertidumbre y la ambigüedad en la interpretación propia y resistiendo la tentación de llegar a determinadas conclusiones.

El primer paso en el proceso de análisis es, pues, una lectura cuidadosa de la información recogida hasta el punto de que podamos alcanzar una estrecha familiaridad con ella. En esta fase se deberían usar los datos recogidos para, a partir de ellos, extraer cuestiones significativas. Es necesario ver si se pueden identificar modelos interesantes; si algún aspecto destaca por ser especialmente sorprendente o confuso; cómo se relaciona la información de campo con lo que uno podía haber esperado a partir de la base del sentido común, de los informes oficiales o de la teoría previa; y si, aparentemente, existen incoherencias o contradicciones entre las visiones de diferentes grupos o individuos, o entre las creencias o actitudes que la gente ha expresado y lo que hacen efectivamente. Algunas de estas características o modelos ya habrán aparecido en las notas de campo y en apuntes analíticos, o quizás incluso estén de acuerdo

con las ideas y explicaciones que los actores hayan dado de sí mismos. Saber cuáles son los modelos que uno está buscando depende, por supuesto, de la orientación teórica y del centro de atención de la investigación. Esto también afectará a la manera de recoger la información y a cómo se aproxima uno al análisis. Algunos etnógrafos, en particular aquellos que utilizan el análisis de la conversación o el discurso, emplean cantidades relativamente pequeñas de datos y se centran en modelos locales visibles dentro de los grupos de datos. Es más habitual que los etnógrafos recojan grandes cantidades de datos de diferentes tipos, a partir de diversas fuentes (notas de campo basadas en la observación y/o transcripciones de diferentes lugares, notas de entrevistas y/o transcripciones de diversas personas, lo publicado y lo no publicado, documentos oficiales y personales, etcétera) y busquen relaciones entre el *corpus* global. Aquí la intención es comparar y relacionar qué sucede en diferentes lugares y tiempos con la intención de identificar características estables (de personas, grupos, organizaciones, etcétera) que trascienden el contexto local.

A menudo los conceptos analíticos útiles surgen «espontáneamente», cuando son de uso corriente entre los propios actores. Efectivamente, vale la pena seguir la pista de los «conceptos nativos» puesto que pueden descubrirnos fenómenos teóricamente importantes o interesantes (Becker y Geer, 1975; Wieder, 1974a y b; Becker, 1993). Algunas formas de etnografía, especialmente las basadas o influenciadas por la «etnociencia», están dedicadas casi exclusivamente al listado, clasificación e interpretación de estos términos *folk*. Estos trabajos se interesan por la semántica más o menos formal de tales inventarios. Sin embargo, aunque usan este método, muchas etnografías intentan ir más lejos que la simple documentación de sus significados. El recurso a estos conceptos les permite examinarlos como evidencias del conocimiento, creencias y acciones localizadas dentro de estructuras analíticas más generales.

Alternativamente, los conceptos pueden ser «identificados por el observador» (Lofland, 1971); son categorías aplicadas por el etnógrafo más que por los propios actores. En el desarrollo de estas clasificaciones, el analista puede interrelacionar una amplia gama de fenómenos diferentes según un criterio determinado que deriva del conocimiento general, del sentido común o de la experiencia personal. Igualmente, se pueden generar como préstamos o adaptando los conceptos existentes en la literatura sobre el género. Por ejemplo, en su investigación sobre la transición de los estudiantes desde los colegios de primaria a los institutos, Measor y Woods

(1983) descubrieron que entre los alumnos de primaria circulaban ciertas historias sobre cómo eran los institutos. Esas historias adoptaban determinadas formas y parecían repetirse a lo largo de los años. Measor y Woods decidieron estudiar tales historias como si fueran mitos, recurriendo a la literatura antropológica para entender el papel que desempeñaban en la vida de los alumnos.

A veces los etnógrafos creen que es necesario desarrollar nuevos términos para captar y caracterizar los fenómenos identificados por el observador. Hargreaves nos da un ejemplo con su desarrollo de la noción de «retórica contrastante»:

Se refiere a la estrategia interaccional mediante la cual individuos o grupos institucionalmente y/o interaccionalmente dominados definen los límites de las prácticas normales y aceptables a través de la introducción en el debate de prácticas alternativas y formas sociales en términos estilizados, trivializados y generalmente peyorativos que connotan su inaceptabilidad.

(A. Hargreaves, 1981, pág. 309)

Hargreaves utiliza esta noción para analizar conversaciones durante un encuentro del personal de la escuela, aunque señala que no existen muchos paralelismos en la sociología de los *mass media* y de la desviación. También señala las similitudes con las «historias sobre atrocidades», producidas a veces por los actores que se sitúan en posiciones subordinadas en los ámbitos médicos (Stimson y Webb, 1975; Dingwall, 1977a).

En esta fase de su desarrollo, los conceptos no pueden ser elementos bien definidos de una teoría explícita. Más bien toman la forma de una colección perdida de «conceptos sensitivos» (Blumer, 1954). Éstos contrastan con lo que Blumer llama «conceptos definitivos», que «se refieren precisamente a lo que es común a una clase de objetos, mediante la ayuda de la definición clara de sus atributos o de marcas de referencia fijadas». Un concepto sensitivo, por otra parte, carece de tanta especificidad y «proporciona al usuario un punto de referencia y una guía para la aproximación a cuestiones empíricas. Mientras que los conceptos definitivos aportan prescripciones sobre lo que se ve, los conceptos sensitivos sólo sugieren direcciones hacia dónde dirigir la mirada» (Blumer, 1954, pág. 7). Los conceptos sensitivos son un importante punto de partida, el germen de la teoría emergente, y proporcionan criterios para la recogida posterior de información.

Leer el *corpus* de datos y generar conceptos que le den sentido es la fase inicial del análisis etnográfico. Muy a menudo, los conceptos utilizados para empezar serán relativamente mundanos. Más adelante se les añadirán otros más significativos analíticamente. Por ejemplo, en su análisis de las charlas de los profesores en una sala de juntas de escuela, Hammersley desarrolló categorías que partían de lo muy concreto (el profesor habla de los alumnos, acerca de otros profesores, acerca de cuestiones políticas a nivel nacional, etcétera) para después pasar a temas más abstractos y analíticos (intercambio de noticias acerca de los alumnos, intercambio de palabras tranquilizadoras, relatos de declive y crisis, defensa de la competencia del profesor, etcétera). No resulta necesario decir que el proceso de codificación de datos es recurrente; al emerger las nuevas categorías, los datos previamente codificados deben ser registrados para ver si contienen algún ejemplo sobre los nuevos códigos. El objetivo final, por supuesto, es alcanzar una posición en la que se tenga un grupo estable de categorías y se pueda preparar una codificación sistemática de todos los datos en términos de esas categorías. Como hemos visto en el capítulo anterior, en tanto que no hay un programa informático que codifique automáticamente, existen varios programas que facilitan el proceso y permiten una rápida consulta o una relación de datos relevantes según categorías particulares (véase Dey, 1993).

Una vez adoptadas unas categorías analíticas concretas para la organización de los datos, la tarea siguiente consiste en empezar a trabajar en aquellas que parecen ser fundamentales para el propio análisis, en vistas a clarificar su significación y establecer las relaciones con otras categorías. Aquí, una de las estrategias disponibles es lo que Glaser y Strauss (1967) llaman el «método comparativo contrastante». Se toman sucesivamente diferentes segmentos de información para ver con qué categorías se pueden relacionar, y luego se comparan con otros segmentos de información previamente categorizados. Esto puede conducir a que categorías apenas comprendidas sean diferenciadas en otras más claramente definidas. En este sentido, aparecen nuevas categorías o subcategorías y puede haber un volumen considerable de reasignaciones de datos entre las categorías. De esta manera, el espectro y variación de una categoría dada se puede proyectar en la información y eso nos permite comprobar su relación con otras categorías.

Conforme se desarrolla el escrutinio sistemático y se definen los contornos de la comparación, emerge un modelo de interpretación definido. Aparecerán más nítidamente las relaciones mutuas y las

estructuras internas de las categorías. De todas formas, el desarrollo de la teoría pocas veces toma la forma puramente inductiva señalada por Glaser y Strauss (su perspectiva es heurísticamente práctica). Las ideas teóricas, las expectativas del sentido común y los estereotipos tienen frecuentemente un papel clave. Efectivamente, éstos permiten al analista seleccionar en primer lugar las características más sorprendentes, interesantes e importantes. El célebre relato de Blanche Geer (1964) sobre sus «primeros días en el campo» es una ejemplificación clásica del lugar que ocupan las suposiciones y estereotipos —y su confirmación en el trabajo de campo— en el desarrollo de los temas analíticos.

Cuando una categoría forma parte de una teoría proporcionará otras categorías y relaciones hipotéticas entre éstas, que se podrían aplicar a la información. Cuando éstas encajan y la teoría está bien desarrollada es posible empezar a comprobar rigurosamente la teoría. No obstante, sólo de vez en cuando se desarrollan teorías tan satisfactorias como para que se puedan derivar y verificar hipótesis de esta manera. Generalmente, el proceso de verificación requiere como precondition un considerable desarrollo posterior de la teoría y, en particular, una especificación de cuáles serían los indicadores apropiados para sus conceptos. (Para tratar más a fondo la naturaleza del desarrollo de la teoría en etnografía, indicando ciertas áreas de desacuerdo, véase Woods, 1985 y 1987; Hammersley, 1987a y b. Y para cuestiones que constituyen la teoría en etnografía, véase Hammersley, 1992, cap. 1.)

Por supuesto, el etnógrafo no tiene por qué limitarse a una sola teoría que sirva como una estructura a partir de la cual analizar la información. En efecto, existen grandes ventajas en proceder según lo que Denzin (1978) llama «triangulación teórica», es decir, aproximarse a la información por medio de múltiples perspectivas e hipótesis. Bensman y Vidich (1960) proporcionan un interesante ejemplo a este respecto en el estudio de comunidad que realizaron en Springdale. Comentan cómo sometieron su información a las perspectivas teóricas derivadas de Redfield, Weber, Tonnies, Veblen, Merton, Lynd, Warner, Mills, Sapir y Tumin. En cada caso se preguntaron: «¿En qué aspectos esas teorías pueden ayudarnos a comprender nuestra información?». Así no tomaban las teorías simplemente como instrumentos para dar soluciones definitivas a los problemas de investigación, sino que las utilizaban para proporcionar un enfoque para el análisis y orientar el trabajo de campo. Bensman y Vidich dicen que:

Cuando un cuerpo de teorías no agota las potencialidades de la información se puede emplear otro tipo de teorías para seleccionar y explicar los hechos que sigan sin ser explicados. Así, para cualquier aspecto del problema de investigación se puede aplicar con éxito una serie de teorías, cada una adecuándose a una dimensión de la información y limitándose a las perspectivas y dimensiones especiales sobre las cuales versa.

(Bensman y Vidich, 1960, págs. 165-166)

No todos los etnógrafos aceptan la validez de esta aproximación; algunos entienden que las teorías diferentes son mutuamente incompatibles, o prueban que algunas aproximaciones teóricas son incompatibles con la etnografía (Fielding y Fielding, 1986; Silverman, 1993, pág. 157). Sin embargo, nuestro punto de vista es que uno debe usar cualquier tipo de recurso disponible que le ayude a dar sentido a los datos.

DESARROLLAR TIPOLOGÍAS

Muy a menudo, las categorías que han emergido en el análisis serán utilizadas simplemente para producir una descripción y/o una explicación del caso o los casos investigados. Pero a veces los etnógrafos intentan desarrollar tipologías más sistemáticas que se aparten del ámbito de aplicación de los datos y pasen a otras situaciones. Aquí se sitúa un grupo más o menos exhaustivo de subtipos de una categoría general. Un modelo muy común es la especificación de varias estrategias que algunas categorías o grupos de actores adoptan, o pueden adoptar, para relacionarse con el problema que afrontan de manera rutinaria. Sin embargo, las tipologías también pueden tener otro tipo de centro de atención. Por ejemplo, Karp (1993) desarrolla una tipología de respuestas de los pacientes a la prescripción de las drogas antidepresivas. Éstas son: resistencia, compromiso en el juicio, conversión, desencanto y desconversión. Más que tratarlas como estrategias alternativas, él las trata como fases por las que la mayoría de los pacientes pasan en sus «carreras depresivas», aunque, por supuesto, existe la posibilidad de que algunos pacientes adopten una respuesta diferente. Karp señala de manera explícita un paralelismo con el trabajo de Robbins (1988) que identifica los estadios de recrudescimiento, conversión y desconversión de las personas de diferentes grupos religiosos.

Éstas son las series de relaciones entre categorías que los etnógrafos buscan. Y una vez que se han producido tipologías como éstas, ellos se interesan en por qué se adoptan estrategias concretas por parte de grupos determinados de gente en circunstancias concretas, o por qué tipos determinados de personas siguen modelos concretos.

En etnografía las tipologías varían considerablemente respecto al grado en que han sido desarrolladas sistemáticamente. Lofland ha protestado porque a este respecto la mayor parte de las investigaciones etnográficas sufren de *interruptus* analítico. Cuando desarrollan las categorías analíticas, dice Lofland, muchos analistas no consiguen «cerrar las conclusiones inicialmente planteadas» (1970, pág. 42). Tomando el ejemplo de las tipologías de las estrategias, Lofland argumenta que el investigador debe tomarse el tiempo y el interés necesarios para

- 1) ver cómo encajan sus interpretaciones del problema con aquellas que sobre el mismo tienen los actores a los que está estudiando;
- 2) ver cuáles son las variaciones entre toda la gama de casos y estrategias que él ha conseguido reunir;
- 3) clasificarlas en un cuerpo articulado de tipos y estrategias, y
- 4) presentarlas al lector de forma ordenada, numerándolas y dándoles una denominación.

(Lofland, 1970, págs. 42-43)

Lofland proporciona una extensa exposición sobre las variedades de tipologías posibles y cómo se pueden desarrollar (Lofland, 1971).

Lazarsfeld y Barton (1951) van incluso más lejos en sus recomendaciones para desarrollar tipologías sistemáticas. Ellos argumentan que un determinado cuerpo inicial de categorías referentes a un tipo de fenómeno concreto puede convertirse en una tipología sistemática mediante la especificación de las dimensiones subyacentes a las discriminaciones que realiza. Esto no sólo forzará la clarificación y quizá también la modificación de las categorías ya identificadas, sino que también erigirá otras categorías que pueden ser importantes.

Podemos ilustrar esto al referirnos a la tipología de Glaser y Strauss de los «contextos de conciencia». Ellos desarrollaron este concepto para caracterizar los diferentes tipos de situación social encontrados entre pacientes de hospital en fase terminal, sus familias y el personal médico. La idea se refiere a la distribución diferencial del conocimiento sobre la situación de la persona que se está muriendo, desde

la condición de «conciencia reservada» cuando el diagnóstico y el pronóstico se guardan en secreto y no se comunican al paciente hasta la «conciencia compartida», cuando el conocimiento se extiende ampliamente a todas las partes. La idea de un contexto de conciencia está estrechamente relacionada con la dinámica del control de la información característica de los ámbitos médicos. En el extracto que reproducimos a continuación la noción es tratada como una categoría formal más general. Sin duda, esta formulación se puede aplicar a una amplia gama de ambientes sociales, aproximándose a la noción de «juegos de información» (véase Scott, 1968). Por ejemplo, se puede aplicar directamente a conceptos como el de «salir del armario» entre los homosexuales y a la gestión de la revelación u ocultación de una identidad como ésta (Plummer, 1975, págs. 177-196):

Hemos seleccionado especialmente cuatro tipos de contextos de conciencia que nos parece prácticos para dar cuenta de los diferentes tipos de interacción. Una conciencia compartida se obtiene cuando cada persona que participa en la interacción es consciente de cuál es su propia identidad a los ojos de los otros. Una conciencia restringida tiene lugar cuando los que interactúan no conocen la identidad de los otros o la visión que los otros tienen de su identidad. Una conciencia conjetural es una variación de la restringida: los interactuantes sospechan la verdadera identidad de los otros o de la visión que los otros tienen de su propia identidad. Un contexto de conciencia fingida es una variación de la compartida: los interactuantes son totalmente conscientes, pero fingen no serlo.

(Glaser y Strauss, 1964, pág. 669)

PARTE A

PARTE B	Saben	Pretenden no saber	Sospechan	No saben
Saben	<i>Abierta</i>		<i>Recelan</i>	<i>Cerrada</i>
Pretenden no saber		<i>Fingen</i>	X	Y
Sospechan	<i>Recelan</i>			Z
No saben	<i>Cerrada</i>			

FIGURA 2. Tipología de los contextos de conciencia.

Identificando las dimensiones subyacentes a esta tipología a lo largo de las líneas sugeridas por Lazarsfeld y Barton, encontramos que existen bastantes más posibilidades que las que permite la tipología inicial de Glaser y Strauss (véase la figura 2). Además, algunas de éstas parecen fructíferas, como, por ejemplo, cuando una parte finge mientras los otros saben, o cuando uno sospecha mientras los otros no saben; otras parecen de una relevancia menor. Glaser (1978), muy apropiadamente, nos alerta contra lo que él llama la «elaboración lógica» de las categorías. El uso de las tipologías no debería extenderse más allá de su valor analítico. Sin embargo, la especificación de las dimensiones subyacentes a una tipología nos anima a pensar seria y sistemáticamente sobre la naturaleza de cada categoría y sus relaciones con las otras. Esto nos puede ayudar a descubrir previamente las posibilidades no consideradas o las interacciones entre categorías inesperadas. (Para una útil exposición de la exploración de las relaciones entre categorías, en el contexto del uso de los ordenadores para el manejo de datos cualitativos, véase Dey, 1993.)

CONCEPTOS E INDICADORES

No tiene mucho sentido desarrollar tipologías y modelos muy sistematizados si éstos no se adaptan a nuestros datos de campo. El desarrollo de una tipología no es un ejercicio puramente lógico o conceptual: se debe recurrir constantemente a la información de campo. Conforme las categorías de análisis son progresivamente clarificadas las unas en relación con las otras, los lazos entre los conceptos y los indicadores serán más refinados y específicos. Los conceptos sensitivos deben transformarse en conceptos definitivos. (Ésta es una propuesta controvertida: están aquellos que afirman que los conceptos sensitivos hacen que los conceptos definitivos resulten innecesarios en la investigación etnográfica [véase Williams, 1976]. Sin embargo, resulta esencial para nosotros saber cómo los conceptos sensitivos pueden ser adecuados para posteriores fases del análisis [véase Hammersley, 1989a y b].)

Al movernos entre la información y los conceptos debemos intentar ver otras posibles relaciones alternativas a aquellas que fueron establecidas por la teoría emergente. Si bien no es necesario, y ni siquiera posible, revelar todos los supuestos implicados en las relaciones entre los conceptos y los indicadores, es conveniente

examinarlos y hacerlos explícitos, puesto que tal vez podamos formular importantes cuestionamientos.

Podemos ilustrar esto mediante una referencia a la investigación de Willis (1977) sobre la adaptación a la escuela de alumnos de clase trabajadora. Willis argumenta que los «valientes» que él estudió representaban una contracultura, una «oposición determinada, general y personalizada a la autoridad». Para apoyar esta interpretación utiliza descripciones del comportamiento de los «valientes», así como extractos de entrevistas de grupo, como en el siguiente fragmento, en el que hablan sobre sus profesores:

JOEY: [...] Ellos nos pueden castigar. Son más grandes que nosotros y están apoyados por un sistema mayor, porque nosotros somos pequeños y ellos están apoyados por cosas mayores; entonces tú intentas tomarte la revancha. Es como una autoridad contestada supongo yo.

EDDIE: Los profesores piensan que son grandes y poderosos porque son profesores, pero en realidad no son nadie, son gente normal, ¿no?

BILL: Los profesores piensan que ellos son todo. Ellos son más, ellos son mejores que nosotros, pero ellos piensan que son mucho mejores y no lo son.

SPANKSY: Ojalá pudiéramos llamarles por su nombre... Piensan que ellos son Dios.

PETE: Eso estaría mucho mejor.

WILLIS: O sea que decís que ellos son mejores. ¿Estáis de acuerdo en que ellos saben las cosas mejor que vosotros?

JOEY: Sí, pero eso no les pone en un pedestal, sólo porque ellos sean un poco más inteligentes.

BILL: Ellos nos deberían tratar de la misma manera que quieren que nosotros les tratemos a ellos. [...]

JOEY: [...] la forma como estamos sujetos a todos sus caprichos. Ellos quieren que hagamos algo y nosotros lo tenemos que hacer, porque nosotros estamos debajo de ellos. El otro día estábamos con una profesora aquí, y como todos nosotros llevamos anillos y hay uno o dos que llevan brazaletes, como ése que lleva él, de repente, sin ningún motivo, ella dijo: «Quitaos todo eso».

WILLIS: ¿De verdad?

JOEY: Sí, entonces le dijimos: «No se puede quitar», y ella dijo: «Quítate el tuyo también». Yo le dije: «Antes me tendrás que cortar el dedo».

WILLIS: ¿Por qué quería que os quitaseis vuestros anillos?

JOEY: Porque le daba la gana. Los profesores hacen esas cosas. De repente te ordenan que te ates los cordones de los zapatos y cosas parecidas. Tienes que obedecer a todos sus caprichos. Si quieren que hagas algo y tú crees que no tienes por qué hacerlo y protestas, te

mandan a hablar con Simmondsy [el director], o te dan caña o te mandan tarea extra para el próximo día.

WILLIS: ¿Pensáis en la mayoría del personal de la escuela como si fueran vuestros enemigos?

—Sí

—Sí.

—La mayoría.

JOEY: Le das un poco de marcha a tu vida si intentas vengarte por algo que te han hecho.

(Willis, 1977, págs. 11-12)

Para evaluar la forma usada por Willis para relacionar el concepto de contracultura con los indicadores que él utiliza es necesario considerar si, por ejemplo, las expresiones de los alumnos en las que se manifiesta su oposición a los profesores reflejan una oposición general a la «autoridad» como tal, o solamente a cierto tipo de autoridad. Y para hacer esto necesitamos clarificar la esencia del concepto de autoridad. ¿Tiene sentido argumentar, por ejemplo, que Joey, que parece ser el líder de los «valientes», tiene autoridad sobre ellos? Usemos o no el concepto de autoridad en sentido amplio o restringido es necesario dejar claro qué es exactamente lo que, según la teoría, rechazan los «valientes».

Otra cuestión que nos tendríamos que plantear es si los «valientes» se oponen a todos los aspectos de la autoridad de los profesores o sólo a aquellas demandas de los profesores que ellos consideran que van más allá de sus límites legítimos. Por ejemplo, los «valientes» protestan contra las reglas relacionadas con su apariencia personal, una protesta que también aparece en un estudio similar de Werthman (1963). Sin embargo, mientras que Willis toma tales protestas como indicadores de una antipatía general a la «autoridad», Werthman las interpretaba de acuerdo con la concepción que los chicos que él estudiaba tenían sobre los límites del área legítima de control de los profesores. La existencia de estas interpretaciones alternativas tienen, ciertamente, serias implicaciones para el carácter y la validez de la teoría desarrollada.

La naturaleza de las interpretaciones alternativas que deben ser consideradas variará entre unos estudios y otros, pero esto no impide que debemos tener en cuenta un número de cuestiones generales cuando examinemos la relación entre conceptos e indicadores. Éstas se corresponden con las dimensiones sobre las que hemos hablado en el capítulo 2 en relación con el muestreo dentro de los casos.

El contexto social

El tema del contexto es central en el conflicto entre las interpretaciones del comportamiento de los alumnos que encontramos en los trabajos de Willis y Werthman. Para Willis, la oposición caracterizaba la relación de los «valientes» con cualquier forma de autoridad. Para Werthman, por otra parte, el comportamiento de los miembros de la banda con respecto a los profesores variaba según los contextos, las acciones de los profesores y cómo éstas eran interpretadas.

Aquí centraremos nuestra atención en uno de los elementos más importantes del contexto: el auditorio al cual las acciones o los relatos que constituyen la información van dirigidos. Un posible auditorio importante es, por supuesto, el etnógrafo. Esto es más obvio en el caso de las entrevistas, un formato interaccional en el cual el investigador desempeña un papel clave a través de las preguntas, aunque la entrevista no esté dirigida. En las entrevistas, la propia estructura de la interacción fuerza a los participantes a ser conscientes de que el etnógrafo es el auditorio. Sus concepciones de la naturaleza y los propósitos de la investigación social en general, y del proyecto de investigación en particular, pueden tener una gran influencia sobre lo que se dice.

Esto puede ser una ayuda o un obstáculo para la producción de información relevante y para las interpretaciones de ésta. Los informantes «bien entrenados» pueden actuar como asistentes de investigación muy efectivos para proporcionar información relevante, información a la que el etnógrafo no tendría acceso de otra manera. Ellos harán que el proceso de recogida de información sea mucho más eficiente, ayudando a seleccionar, de entre la masa de datos disponibles, la información que es relevante.

Pero aquí tampoco están ausentes ciertos peligros. Cuanto más «complejo» sea el entrevistado, mayor será su tendencia a sustituir la descripción por el análisis. Si bien no existe nada parecido a una descripción «pura», es esencial minimizar las inferencias implícitas en la descripción para poder preparar la posibilidad de comprobar una y otra vez, construir y reconstruir las interpretaciones teóricas. Si el entrevistado proporciona relatos excesivamente teorizados de los acontecimientos o las experiencias que está describiendo, independientemente de si las ideas teóricas son fructíferas o interesantes, la información de base habrá sido adulterada.

Spradley (1979) ofrece un ejemplo particularmente interesante referente a Bob, un informante con el cual trabajaba en el curso de

su estudio sobre los vagabundos. Bob había pasado cuatro años vagabundeando y era, también, licenciado por Harvard, y había continuado sus estudios realizando un posgrado en antropología. Spradley comenta:

En mi siguiente visita al centro de tratamiento invité a Bob a mi despacho. Empezamos a hablar despreocupadamente durante unos minutos y luego empecé a hacerle preguntas etnográficas. «¿Qué tipo de persona comienza en la prisión de Seattle y acaba en este centro para tratamiento del alcoholismo?», pregunté. «He estado pensando acerca de los hombres que están aquí —dijo Bob meditando—; primero los dividiría según criterios de raza. Hay negros, indios, caucásicos y algunos esquimales. Después creo que los dividiría según su educación. Algunos no tienen casi ninguna, otros tienen formación universitaria. Algunos de ellos están casados y otros solteros.» Durante los quince minutos siguientes él apuntó las categorías analíticas estándar que suelen usar los científicos sociales.

(Spradley, 1979, pág. 53)

Cuando el investigador está particularmente interesado en las categorías implícitas en la visión del mundo que tienen los participantes, este tipo de relato es de valor limitado. Debemos ser cautos, pues, al analizar nuestro material, y mantenernos atentos ante las perspectivas que los actores tienen sobre los intereses de la investigación.

Incluso cuando el etnógrafo sólo actúa como observador, para los participantes o al menos para algunos de ellos éste puede representar un auditorio muy importante. Las preguntas informales suelen formar parte de la observación participante, y Becker y Geer (1960) han señalado la necesidad de distinguir entre la información no solicitada y la solicitada cuando estamos evaluando las pruebas que apoyan las formulaciones teóricas. De todas formas, como descubrimos al comentar los relatos nativos, esta distinción es demasiado ruda. No podemos asumir que la información no solicitada no esté influida por la presencia del investigador. Lo mismo vale para otras acciones aparentemente normales. En los últimos años hemos aprendido mucho de cómo la gente maneja su imagen y la de los lugares y las personas con las cuales está asociada (Goffman, 1959). En un estudio realizado en una comunidad india, Berreman (1962) descubrió que la información que poseía sólo era el producto del juego de imagen de los indios, momento en que se vio obligado a cambiar sus interpretaciones. Esto modificó sus relaciones con ellos y produjo diferentes tipos de información.

Algunas veces los propios actores confiesan al etnógrafo que hasta entonces habían presentado intencionadamente una determinada imagen. Bogdan y Taylor citan el comentario que un funcionario de una institución del Estado destinada a los disminuidos psíquicos hizo a un etnógrafo al final del primer día de su trabajo de campo: «Sí, hoy no hemos hecho un montón de cosas que solemos hacer siempre. Si tú no hubieses estado aquí habríamos cogido comida de la cena y tal vez hubiésemos pegado a un par de ellos. Sí, porque no sabíamos que eras un tío legal» (Bogdan y Taylor, 1975; pág. 89). Desde luego, tales confesiones no implican necesariamente que el acceso definitivo esté garantizado. Puede tratarse simplemente de otra imagen que se quiere dar. En el curso de una estancia prolongada en el campo generalmente los actores van depositando más confianza en el etnógrafo y ven que cada vez les resulta más difícil controlar la información que está disponible para él; para el etnógrafo la representación y administración de las imágenes personales de los actores puede convertirse en un problema persistente. Así, Punch (1979) señala que, en una fiesta a la que acudió meses después de completar un largo e intensivo trabajo de campo sobre la policía de Amsterdam, uno de sus informantes le reveló, bajo la influencia del alcohol, que se le había mantenido alejado de las pruebas de la corrupción policial. En el caso de la información obtenida a través de la observación también debemos ser conscientes de los efectos del etnógrafo sobre el auditorio.

En cualquier caso, esta cuestión de las reacciones de los actores, de los efectos que el investigador tiene sobre la información que recoge, puede ser hasta cierto punto engañosa. Gran parte de los investigadores cuantitativos busca minimizar las reacciones mediante la estandarización y, bajo la influencia del naturalismo, los etnógrafos muchas veces ven los efectos de su presencia o sus acciones sobre la información simplemente como una fuente de parcialidad. Es cierto que puede suponer una amenaza para la validez de las inferencias. Sin embargo, las respuestas que los actores dan a los etnógrafos son una fuente de información muy importante. En sí misma la información no es ni válida ni no válida; lo que está en juego son las inferencias que extraemos a partir de ella. La cuestión es que el etnógrafo debe intentar estar alerta continuamente respecto a *cómo* su presencia puede variar los datos.

Las mismas consideraciones se pueden aplicar a la interpretación de documentos e información adquiridos mediante una investigación secreta. Aquí también debemos tener en cuenta las maneras en las que consideraciones de la audiencia pueden alterar las

acciones y los relatos que se producen. En la observación participante secreta, suponiendo que el disfraz no haya sido «descubierto», el etnógrafo como tal no es un auditorio. De todas formas, puede ser un referente importante para la identidad de uno u otro actor. Y debemos recordar que los documentos siempre son escritos por *algún* tipo de audiencia, quizá por diferentes personas al mismo tiempo. Esto alterará la naturaleza del documento a través de lo que se entiende como relevante, lo que puede ser asumido como conocimiento de base, lo que puede o no ser dicho y lo que debe ser dicho incluso aunque no sea cierto. En este mismo sentido, en una observación participante abierta y en las entrevistas, las consideraciones sobre los efectos del auditorio deben extenderse más allá del rol del etnógrafo. (Uno de los puntos fuertes de la observación participante abierta, en lo que se refiere a la validez ecológica, es que en los lugares «naturales», más que el etnógrafo, generalmente habrá otros auditorios que sean mucho más importantes y significativos para los actores y sus efectos, probablemente, superarán a los de la investigación.)

El significado del auditorio se refuerza por el hecho de que en el campo los actores raramente constituyen un público homogéneo. Diferentes categorías, grupos o facciones suelen estar claramente delimitados. E incluso dentro de esas divisiones existirán redes de comunicación informal que incluyan a algunos actores y excluyan a otros, como Hitchcock muestra en el caso del personal de una escuela primaria:

En muchas ocasiones, durante el trabajo de campo, los comentarios del personal venían precedidos por consideraciones como: «Sé que no es profesional hablar así...», «No, supongo que no debería decirte esto...», «...por lo que más quieras, no le digas que te he dicho esto». En otras ocasiones, los profesionales del centro no hacían este tipo de matices; se asumía que yo no «descubriría la escena» contándole a alguien lo que ellos me habían dicho. Es decir, confiaban en mí para que guardase sus confidencias y no contase a nadie lo que me habían dicho.

(Hitchcock, 1983, pág. 30)

Según quién esté presente se dirán y se harán unas cosas u otras. En particular, debemos interpretar de forma diferente lo que se hace «en público» y lo que se hace «en privado», puesto que la categoría a la que pertenece una acción tendrá un significado totalmente distinto según el contexto. Por supuesto, no siempre es obvio

si una cosa es «privada» o «pública», y existen matices sutiles entre ambas. Hay que conocer muy bien el lugar para poder distinguir el estatus público o privado de las acciones, e incluso entonces es fácil equivocarse. De hecho, lo que es público y lo que es privado pueden redefinirse retrospectivamente.

Incluso en el caso de las entrevistas, tal vez el etnógrafo no sea el interlocutor más importante, como hemos señalado en el capítulo 5. Independientemente de las promesas que realice el etnógrafo respecto a guardar la confidencialidad, las entrevistas deben considerarse más como «públicas» que como «privadas»; es de esperar que la información facilitada en éstas sea comunicada a otros o recogida para la posteridad. Krieger (1979a) ofrece el ejemplo de su investigación sobre emisoras de radio. Reflexionando sobre la confidencia o la confianza, él señala:

Llegué a la conclusión de que las entrevistas reflejaban una expectativa de que lo dicho era más que lo que se contaba a una persona, era hablar para el mundo entero, y no solamente un intento de obtener reconocimiento sino también, quizá, perdón.

(Krieger, 1979a, págs. 170-171)

Analizar la información en términos de los efectos que produce al auditorio no es, pues, simplemente una cuestión de calcular el impacto del investigador, sino también el de cualquier otro auditorio a que, consciente o inconscientemente, el actor se esté dirigiendo. Esto se aplica a todas las formas de información y es una consideración crucial si se quieren evitar las inferencias no válidas.

El tiempo

Lo que la gente dice y hace se produce en el contexto de una secuencia desarrollada de interacción social. Si soslayamos lo que está sucediendo o lo que se sigue de ello corremos el peligro de llegar a conclusiones erróneas. Sin embargo, el contexto temporal de las acciones incluye no sólo los acontecimientos que ocurren antes y después, sino también el marco temporal en que las personas involucradas sitúan esos acontecimientos. Glaser y Strauss (1968) proporcionan un ejemplo sorprendente extraído de su estudio sobre cómo el personal del hospital trata a los pacientes terminales. Ellos perciben que el personal construye y reconstruye las concepciones

acerca de las trayectorias de los pacientes terminales y que éstas desempeñan un papel clave en la constitución de sus actitudes hacia el tratamiento de los pacientes. Además, las desviaciones respecto a los modelos esperados pueden crear problemas. La forma como el personal hospitalario reaccione ante señales de mejora en el paciente dependerá, pues, del contexto temporal de acuerdo con el que ellos leen esas señales. Aquí no importa sólo lo que ha sucedido en el pasado, sino también las estimaciones de lo que probablemente ocurrirá en el futuro. Estas reacciones no se limitan sólo al personal hospitalario; los familiares de los pacientes tal vez no acogan favorablemente las señales de mejora en los pacientes, y no sólo por las molestias que ello pueda causar, sino también porque quizá las interpretan como signos de una muerte dolorosa y que se demora (Wright, 1981).

El tiempo también desempeña un papel importante en la interpretación de la información provista por las entrevistas. Lo que se dice en un momento de la entrevista estará influido por cómo el entrevistado interpreta lo que se ha dicho antes y lo que se dirá después, así como también estará condicionado por lo que ha pasado en el campo antes de la entrevista y lo que se prevé que va a pasar en un futuro próximo. Ball (1983) ha señalado que muchas organizaciones se caracterizan por ciclos temporales de corto y largo plazo. La mayoría de las universidades y escuelas, por ejemplo, tienen períodos cuyos comienzos y finales son referentes importantes para profesores y alumnos. Además, estos períodos no son equivalentes, forman parte de grandes ciclos distribuidos durante el año; por ejemplo, la fase del otoño es muy diferente en muchos sentidos a la de la primavera. Para los estudiantes, los años forman parte de un ciclo incluso mayor; su primer año, cuando son novatos, les supone un estatus muy diferente al del último año, cuando ya son veteranos. Es necesario examinar la información, cualquiera que ésta sea, recogida en diferentes períodos a la luz del lugar que ocupa dentro de los referentes temporales, de corto o largo plazo, que estructuran las vidas de aquellos a los que se está estudiando. (Para una exposición sobre tales referentes véanse Roth, 1963 y Zerubavel, 1979.)

Desde este punto de vista existen ventajas considerables al combinar entrevistas con la observación participante. Cada una de éstas puede proporcionar información sobre los contextos temporales para así poder calcular sus implicaciones en la interpretación de la información. Cuando se confía en una sola fuente de información, especialmente entrevistas o documentos, existe el peligro de subestimar los efectos del tiempo. Cuando únicamente se emplean entre-

vistas es recomendable dejar cierto espacio de las mismas para entablar una conversación que verse sobre aspectos de la vida del entrevistado. Éste puede ser un método práctico y eficiente de abrir la entrevista y crear cierta afinidad entre las partes.

Debemos recordar que no se trata de aceptar o rechazar la información sino más bien de saber cómo interpretarla; siempre existe la tentación de tomar las acciones, las representaciones y las respuestas del entrevistado como características estables de la persona o del lugar. Esto puede ser así, pero no lo debemos creer *a priori*. Las acciones están integradas en contextos temporales y éstos pueden condicionar a las primeras de forma que este aspecto sea crucial para el análisis.

El personal

Quién es el que hace o dice algo es una consideración igualmente importante cuando se trata de valorar la relación entre el concepto y la prueba. Las identidades de las personas o las localizaciones sociales (o sea, los modelos de relación social en los que están inscritos) pueden tener dos tipos de efecto sobre la naturaleza de los relatos o las acciones que se producen. Primero, las suposiciones sociales determinan el tipo de información al que pueden acceder las personas. Las primeras afectan claramente a lo que las segundas pueden ver y oír «de primera mano»; también determinan qué es lo que ellas consiguen saber y cómo consiguen enterarse de cosas a través de «terceros». La segunda forma en que las identidades sociales afectan a las acciones y a los relatos opera mediante las perspectivas particulares que poseen las personas situadas en diferentes posiciones sociales, perspectivas que filtrarán su comprensión y conocimiento del mundo. En particular, la interpretación de la información disponible para una persona probablemente será seleccionada y sesgada de acuerdo con sus intereses y preocupaciones prioritarias. Incluso, pueden existir ingredientes nada despreciables de deformación intencional. Debemos tener claro cuáles son los efectos de la posición social sobre todas las clases de información, incluyendo informes aportados por la observación de los etnógrafos. Nosotros también ocupamos posiciones sociales concretas y lo que observamos y registramos, así como el modo en que interpretamos, estará influido por ellas.

Las implicaciones que tiene la identidad social varían dependiendo de si nuestro interés se centra en la información propia-

mente dicha o en el análisis. En el primer caso, estaremos interesados en la información que aporte un relato sobre los casos que están siendo investigados. Aquí, la posición social puede ser una importante fuente de conocimiento, pero también una causa potencial de sesgo, constituyendo una amenaza a la validez de la información que hay que tener en cuenta. Cuando lo que se busca es información, este tipo de consideración debe estar presente en la selección de los informantes y en las interpretaciones que éstos dan, así como en el tratamiento de la información procedente de otras fuentes. Por otro lado, desde una perspectiva analítica la posición social ya no presenta un peligro de deformación, por el contrario, es un elemento clave en el análisis. Aquí el objetivo es, precisamente, documentar las perspectivas de los actores situados en diferentes posiciones sociales.

Por supuesto, como vimos en el capítulo 5, estas dos formas de análisis son complementarias: una proporciona hechos en términos de los cuales debería interpretarse la otra. En el caso de la información procedente de la observación del etnógrafo, esas formas constituyen la esencia de la reflexividad.

Las relaciones entre conceptos e indicadores deben ser valoradas, por tanto, mediante la consideración de interpretaciones alternativas de la información y siguiendo las implicaciones de las interpretaciones particulares para ver si éstas se confirman. Y aquí es importante tener en cuenta las dimensiones del contexto social, el tiempo y la gente involucrada. Sin embargo, algunos etnógrafos han propuesto vías más directas para controlar estas relaciones. Estudiaremos dos estrategias comúnmente comentadas aquí: la validación solicitada y la triangulación.

La validación solicitada

El reconocimiento de la importancia de la posición social de los actores nos conduce directamente al tema de la «validación solicitada», una noción que en el análisis etnográfico tiene un papel incierto y muchas veces cuestionado. Algunos etnógrafos han argumentado que una prueba crucial para la veracidad de sus informaciones es saber si los actores cuyas creencias y comportamientos pretenden describir reconocen la validez de dichas descripciones (Lincoln y Guba, 1985). El propósito es, por lo tanto, «establecer una correspondencia entre la visión de las cosas que tienen los sociólogos y la de los actores, de forma que se pueda comprobar hasta qué

punto los actores reconocen y están de acuerdo con los juicios emitidos por los sociólogos» (Bloor, 1978, págs. 548-549).

En su investigación sobre la toma de decisiones por parte de los especialistas en otorrinolaringología, Bloor envió a cada especialista un informe describiendo las prácticas de los otorrinos, acompañado de una carta en la que se les solicitaba «leer todo el informe para ver si correspondía con sus propias impresiones sobre prácticas clínicas». Posteriormente, Bloor comentaba el informe en una entrevista con cada doctor. Bloor valoró positivamente los resultados del ejercicio: «Algunos doctores corroboraban mis descripciones de sus prácticas y, con los que no lo hacían, lo discutíamos para corregir el análisis hasta conseguir su aprobación» (1978, pág. 549). Usando una estrategia diferente, Ball (1981 y 1984), en su estudio sobre la escuela *comprehensive* de Beachside, organizó dos seminarios, a los que convocó a los profesionales de la escuela y ante los cuales presentó sus resultados. La experiencia de Ball fue bastante menos exitosa y fructífera, de lo cual podemos extraer la conclusión de que, aunque existe cierto mérito en esta estrategia, está lejos de quedar exenta de problemas.

La ventaja de las validaciones solicitadas descansa en el hecho de que los actores que participan de los acontecimientos recogidos en la información tienen acceso a un conocimiento adicional del contexto —de otros hechos relevantes, de pensamientos que ellos tenían o de decisiones que tomaron en la época del trabajo de campo, por ejemplo— que no está disponible para el etnógrafo. Además, ellos tienen su propia experiencia de los acontecimientos, lo que puede tener mucha importancia. Estas evidencias adicionales pueden, de hecho, alterar la plausibilidad de otras posibles interpretaciones de la información. Así, Moffat (1989, pág. 329) señala cómo las conclusiones de su investigación sobre los estudiantes de la Rutgers University se vio modificada cuando les habló de su versión preliminar en las clases de antropología.

Pero al mismo tiempo se deben reconocer las limitaciones de la validación solicitada. Por ejemplo, no podemos asumir que cualquier actor sea un comentarista privilegiado de sus acciones, en el sentido de que sus descripciones de las interacciones, motivos y creencias estén acompañadas por una garantía de veracidad. Como Schutz (1964) y otros han señalado, sólo podemos captar el significado de nuestras acciones retrospectivamente. Además, esos significados deben ser reconstruidos sobre la base del ejercicio de la memoria, no vienen dados de forma inmediata. Y ni siquiera la evidencia tiene por qué estar necesariamente preservada por la me-

moria. Gran parte de la acción social opera en un nivel inconsciente; por lo tanto los acontecimientos tal vez no afloren en la memoria. Así, en el caso de los especialistas de Bloor, no podemos dar por sentado que sean conscientes de los métodos que usan para tomar decisiones, o que puedan reconocerlos infaliblemente cuando alguien se los presenta en un informe. Si bien es cierto que los actores, lógicamente, están bien informados de sus propias acciones, ello no quiere decir que posean la verdad absoluta; y sus informaciones deben ser analizadas como cualquier otro tipo de información, sin perder de vista las amenazas que eventualmente representan para la validez de los datos.

Esto se refuerza si reconocemos que puede haber personas que tengan interés en interpretar o describir erróneamente sus acciones, o incluso en manifestarse en contra de las interpretaciones elaboradas por el etnógrafo. Tanto Bloor como Ball señalan que los actores generalmente interpretan la información a la luz de sus diferentes preocupaciones y a veces sus criterios difieren de los empleados por el etnógrafo. Bloor, por ejemplo, reconoce que:

Había esperado que los especialistas respondieran a mi informe de manera similar a la que utilizaría un colega académico cuando le pides que critique el borrador de un ensayo. Me di cuenta de que había supuesto esto cuando no ocurrió de la forma que yo esperaba; sospechaba que algunos de los especialistas no habían leído el informe según el espíritu crítico que yo esperaba. Sentí que habían leído el informe como podríamos leer actualmente un tratado religioso del siglo XIX, con una especie de interés superficial y distante, sintiendo que tal vez tiene un encanto peculiar pero sin que su contenido sea lo suficientemente motivador como para obligarnos a definir nuestras creencias y prácticas de acuerdo o en contraste con él. Obviamente, ellos no estaban familiarizados con las convenciones del criticismo sociológico académico y sólo estaban marginalmente interesados en el contenido del informe.

(Bloor, 1978, pág. 550)

Como sucede con cualquier forma de registro y análisis, las apreciaciones solicitadas del informe del etnógrafo habrán de ser matizadas según la posición social de los actores y sus percepciones de la práctica investigadora. De la misma forma que ocurrió con los doctores de Bloor, es posible que sólo tengan un interés marginal. Los profesores de Ball, por otro lado, se prestaron a la empresa con un poco más de entusiasmo. Pero éste también estaba directamente relacionado con sus posiciones sociales:

Aparentemente, muchos de los profesores habían leído mi capítulo sólo en la medida en que decía algo con respecto a ellos o a sus actividades. Hubo poca o ninguna discusión sobre la temática que yo estaba intentando plantear o sobre los argumentos generales del capítulo. [...] Mi trabajo como etnógrafo había sido la descripción y análisis de las tendencias generales tal como yo las había visto a lo largo de mi trabajo de campo en toda la escuela, es decir, una visión global. El personal del centro respondió desde su visión particular de la escuela, desde la perspectiva privilegiada que ellos tenían.

(Ball, 1984, págs. 18-19)

Los profesores de Ball interpretaron su trabajo críticamente y expresaron sus dudas sobre la validez de los resultados. (Scarth da cuenta de una experiencia similar [Scarth, 1986, págs. 202-203].)

El *feedback*, pues, puede ser altamente problemático. Al margen de si los consultados son entusiastas, indiferentes u hostiles, sus reacciones pueden ser tomadas directamente como una validación o como una refutación instantánea de las inferencias del observador. Más bien, estos procesos de supuesta «validación» deberían ser considerados como una fuente más, aunque valiosa, de información e interpretación.

La triangulación

La validación solicitada representa una especie de triangulación. Su valor consiste en comprobar las inferencias extraídas a partir de una fuente de información mediante el recurso a otra fuente de información. De manera más general, la triangulación de las fuentes de información conlleva la comparación de la información referente a un mismo fenómeno pero obtenida en diferentes fases del trabajo de campo, en distintos puntos de los ciclos temporales existentes en aquel lugar o, como ocurre en la validación solicitada, comparando relatos de diversos participantes (incluido el etnógrafo) implicados en el campo. Esta última forma de triangulación de fuentes de información puede extenderse indefinidamente al mostrar a cada actor los relatos de los otros actores y recoger sus comentarios sobre ellos (Adelman, 1977). Esta práctica requiere mucho tiempo pero, además de proporcionar una comprobación de la validez, también permite profundizar más en la descripción de los significados sociales existentes en el lugar.

El término «triangulación» deriva de una analogía con la navegación y la orientación. Para alguien que quiere localizar su posición en un mapa, una sola señal únicamente le informará sobre cuál es su punto de localización a lo largo de una línea. Con dos señales, sin embargo, podrá definir con exactitud cuál es su posición pues tendrá dos puntos de referencia: se encontrará en el punto donde se cruzan las dos líneas. En la investigación social, si uno confía en una sola versión de los hechos existe el peligro de que un error que no haya sido detectado en el proceso de recogida de datos tenga como consecuencia un análisis incorrecto. Si, por otro lado, diversos tipos de información llevan a la misma conclusión, uno puede confiar un poco más en las conclusiones. Esta confianza está muy bien fundada en la medida en que diferentes tipos de información llevan implícitos distintos tipos de error.

Existen otras clases de triangulación además de las que se refieren a las fuentes de información. Primero, existe la posibilidad de la triangulación entre diferentes investigadores. Si bien la investigación en equipo no es una práctica rara en etnografía, la información generada por diferentes observadores, más que facilitar la triangulación, ha sido compuesta de manera que aparezca como una constelación de datos complementarios, referentes a diferentes aspectos de un lugar o a distintos lugares. De todas formas, la investigación en equipo ofrece una buena oportunidad para la triangulación de los investigadores. Por supuesto, para maximizar sus potencialidades, los observadores deberían ser tan diferentes como fuera posible, por ejemplo, adoptando en el campo roles muy distintos. Segundo, existe una triangulación de técnicas. Aquí, se compara la información obtenida mediante diferentes técnicas. En la medida en que esas técnicas suponen distintos tipos de amenaza a la validez, proporcionan una base para la triangulación. La etnografía se suele configurar como una combinación de técnicas, lo que hace posible comprobar la validez de datos procedentes de diferentes técnicas a través del recurso a otra técnica, por ejemplo entre la observación participante, las entrevistas y los documentos.

En la triangulación, pues, se comprueban las relaciones existentes entre los conceptos y los indicadores mediante el recurso a otros indicadores. No obstante, la triangulación no es una prueba simple. Incluso cuando los resultados encajen, ello no significa ninguna garantía de que las inferencias implicadas sean correctas. Puede ocurrir que todas las inferencias no sean válidas, que, como resultado de un error sistemático o casual, lleven a la misma conclusión incorrecta. Lo que la triangulación implica no es la combinación

de diferentes tipos de datos *per se*, sino más bien el intento de relacionar tipos de datos de forma que contrarresten varias posibles amenazas a la validez de nuestros análisis.

No se debería, sin embargo, adoptar la visión ingenuamente «optimista» de que la combinación de información procedente de diferentes fuentes se sumará para producir, de una manera exenta de problemas, una panorámica más completa. Aunque pocos autores se han referido a ello, las diferencias entre los cuerpos o tipos de información pueden ser demasiado importantes. Lever (1981) proporciona un valioso comentario a este respecto. Investigando diferencias sexuales en los juegos de los niños, ella registra la información por medio de cuestionarios y diarios. Los primeros sugerían mayores diferencias sexuales que los segundos. Lever arguye que esto refleja los efectos cambiantes de los estereotipos de acuerdo con «la naturaleza del método o el planteamiento de la pregunta». Lever se fundamenta en esto para explicar el motivo por el cual la información que los niños y niñas dan sobre lo que «hacen normalmente» registrada en su cuestionario muestra mayores diferencias sexuales que la información sobre lo que ellos «hacen realmente» que aparece en los diarios. Es decir, Lever sugiere que «las preguntas abstractas o incondicionales producen respuestas que se corresponden más estrechamente con las percepciones que las personas tienen de las normas sociales que las preguntas de naturaleza concreta y detallada» (1981, pág. 205).

La lección que podemos sacar aquí, una vez más, es que la información nunca debe ser tomada como verdadera en sí misma. Es engañoso tomar unas cosas como verdaderas y otras como falsas. En vez de eso, como la investigación de Lever indica, lo que la triangulación implica no sólo es una cuestión de comprobar si las inferencias son válidas, sino de descubrir qué inferencias son válidas. De paso, hay que anotar que el tipo de consideraciones hechas por Zelditch (1962) sobre la apropiación de los diferentes métodos para la investigación de campo, y por Becker y Geer (1957) sobre la observación participante y las entrevistas, se pueden leer en este sentido. Estos textos y otros similares se citan habitualmente, o bien para abogar por un método en contra de otro, o bien para recomendar la combinación de diferentes métodos, pero tienen una relevancia incluso mayor para apoyar la idea de la triangulación reflexiva.

LAS TEORÍAS Y EL MÉTODO COMPARATIVO

Los etnógrafos suelen mostrarse reticentes a la hora de admitir que uno de sus cometidos es la producción de modelos causales. En parte ello se debe, no hay duda, a las connotaciones positivistas del término «causalidad», y quizá también al reconocimiento de la extrema dificultad de calibrar la validez de predicados sobre relaciones causales. No obstante, tales modelos, si bien no siempre explícitos o bien desarrollados, son comunes en los relatos etnográficos. Es importante que la presencia y significación de tales modelos sean reconocidos y explicados tanto como sea posible y, además, que sean sistemáticamente desarrollados y verificados. (Para una útil guía de explicación de los modelos causales, véase Hage y Meecker, 1988.)

Sólo existe un único método general para probar las relaciones causales —el método comparativo—, aunque haya diferentes maneras de emplearlo. Estableciendo la paternidad de los acontecimientos sociales bajo diferentes circunstancias, podemos probar el alcance y la fuerza de las relaciones propuestas por una teoría. Una versión del método comparativo es el experimento. Explicándolo en sus trazos esenciales, consiste en introducir un factor dentro de una situación pero no dentro de otra que es idéntica en todos los aspectos considerados relevantes. Manteniendo constantes los factores que son relevantes para otras posibles explicaciones contrarias y manipulando un factor explicativo, podemos comprobar la existencia de la presunta relación causal. El experimento es el medio más efectivo para calcular la validez de los predicados sobre relaciones causales. Sin embargo, nunca podemos estar seguros de que todas las variables relevantes hayan sido controladas. El método experimental presenta, por supuesto, ciertos inconvenientes serios, particularmente su tendencia a la disminución de la validez ecológica (su carácter artificial), así como los inconvenientes éticos y políticos que acarrea su utilización. Habida cuenta de esto, es importante señalar que los experimentos no son la única vía en la que el método comparativo se pueda utilizar para examinar las hipótesis causales, incluso aunque se tomen como el ideal por parte del positivismo.

El énfasis positivista en el experimento como modelo de investigación científica avanza paralelamente a lo que Becker (1970) ha denominado el «modelo del estudio único», que prescribe que toda investigación debe estar dedicada a la rigurosa comprobación de hipótesis teóricas. Mientras que, como argumentamos en el capítu-

lo 1, cabe usar la etnografía para someter las teorías a una verificación rigurosa, ello no quiere decir que todas las etnografías sean, o necesiten ser, de esta clase. Lo más frecuente es que éstas simplemente proporcionen descripciones relativamente concretas o modelos y tipologías más elaboradas. Sin perder de vista el camino hacia la teoría, no es obligatorio que el etnógrafo haga todo el recorrido en un estudio concreto. Se puede dejar para estudios posteriores, o para otros investigadores, la tarea de verificar el modelo teórico. De todas formas, debería decirse que muchos modelos todavía están esperando en vano. A este respecto, la investigación etnográfica como un todo sufre incluso una forma más seria de «*interruptus* analítico» que la que Lofland (1970) diagnosticaba (Hammersley, 1985, 1987a y b).

Algunos trabajos etnográficos han encarado los problemas de la verificación teórica. El procedimiento normalmente adoptado ha sido el de la inducción analítica. Éste implica los siguientes pasos:

- 1) Se realiza una formulación no muy precisa del fenómeno que hay que explicar (por ejemplo, la adicción a los opiáceos, desfalcos, etcétera).
- 2) Se investigan algunos casos de este fenómeno, documentando explicaciones potenciales de sus características.
- 3) Se marca una explicación hipotética sobre la base del análisis de la información, diseñada para identificar factores comunes en los diferentes casos.
- 4) Se investigan otros casos para comprobar la hipótesis.
- 5) Si la hipótesis no encaja con los hechos, o bien se reformula o bien se redefine el fenómeno que hay que explicar, de forma que el caso quede excluido.
- 6) Se continúa este procedimiento de examinar casos, redefiniendo el fenómeno y reformulando la hipótesis hasta que se establezca una relación universal, de forma que para cada caso negativo se necesite una nueva redefinición o reformulación.

Este procedimiento se representa en la figura 3.

Existen relativamente pocos ejemplos de este método en la práctica. El trabajo de Cressey (1950) sobre la «violación de la confianza» es un buen ejemplo, así como el de Lindesmith (1947) sobre la adicción a las drogas. La inducción analítica fue inicialmente desarrollada por Znaniecki (1934) en oposición explícita al método es-

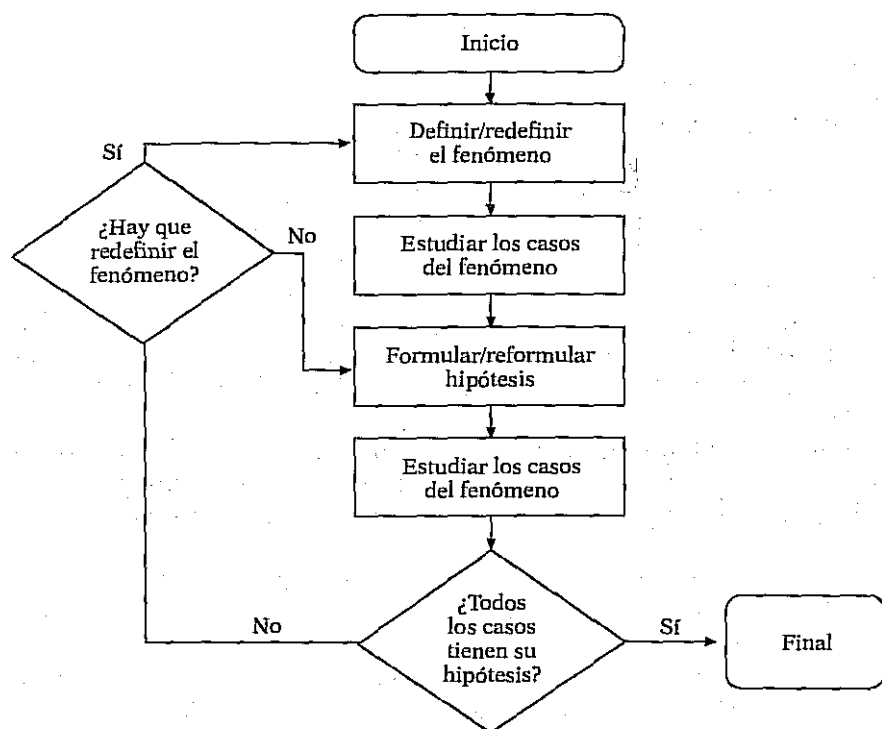


FIGURA 3. El proceso de la inducción analítica.

Fuente: Hammersley, 1989b, pág. 170.

tadístico. Znaniecki decía que era el verdadero método de las ciencias físicas y biológicas, y fundamentaba su superioridad en el hecho de que producía predicados universales, no probabilísticos. No obstante, el argumento de Znaniecki no es convincente. Como ha señalado Robinson (1969), Znaniecki estableció una distinción demasiado radical entre la inducción analítica y el método estadístico y, de hecho, la capacidad de la inducción analítica para producir predicados de validez universal deriva de que sólo tiene en cuenta las condiciones necesarias y olvida la cuestión de las condiciones suficientes.

No obstante la inclusión de las condiciones suficientes y necesarias, existe otro elemento que debemos añadir a la inducción analítica. Del genetista William Bateson se dice que advirtió así a sus alumnos: «¡Atesorad vuestras excepciones!». Él afirma que son como «los ladrillos de un edificio en construcción, que indican que

vendrán más y muestran dónde estará la próxima construcción» (citado en Lipset, 1980, pág. 54). Tanto Cressey como Lindesmith lo hacen, pero no parece que busquen específicamente excepciones, una estrategia recomendada por Popper (1972). En tanto que el número de ejemplos que confirman puede garantizar siempre la validez de una teoría, podemos incrementar las posibilidades de nuestra aceptación si adoptamos esta teoría.

La inducción analítica desarrollada para cubrir tanto las condiciones necesarias como las suficientes, y para incluir la búsqueda de pruebas negativas, parece una reconstrucción plausible de la lógica de la ciencia, no sólo de la etnografía. En este sentido, Znaniecki casi estaba en lo cierto en las formulaciones que hizo al respecto. En muchos aspectos se corresponde con el método hipotético deductivo. Donde difiere, y de forma muy importante, es en dejar claro que la comprobación de las ideas teóricas no es el punto final de la investigación científica, sino que sólo es una etapa que conduce a un desarrollo y refinamiento posteriores de la teoría. (Algunas observaciones del método hipotético-deductivo reconocen esto; véase, por ejemplo, Hempel, 1966.)

Al mismo tiempo, sin embargo, es necesario reconocer lo que propone la inducción analítica. Asume que los fenómenos sociales están gobernados por leyes deterministas y condicionales; como si dijera que si las condiciones X, Y y Z tienen lugar, entonces A se produce en todas las circunstancias. Existen objeciones a esto desde diferentes direcciones; y entre los etnógrafos en particular, el concepto de las leyes deterministas es, a menudo, rechazado sobre la base de que niega la capacidad manifiesta de la gente para tomar decisiones acerca de cómo debe actuar. Como hemos visto en el capítulo 1, éste es un elemento clave del naturalismo. En una de las más influyentes exposiciones sobre este asunto, Matza (1969) argumenta que aunque la gente pueda comportarse de una manera predecible por parte de las leyes, la vida humana conllevará una trascendencia de las condiciones deterministas. (Para un estudio sobre historia y las corrientes históricas de la inducción analítica a la luz de estos problemas, véase Hammersley, 1989b.)

TIPOS DE TEORÍAS

Hemos hecho hincapié en que no necesariamente todos los trabajos etnográficos deben tener como meta explícita el refinamiento y la verificación teórica. Igualmente, deberíamos destacar la exis-

tencia de varios y diferentes tipos de teorías de las cuales los etnógrafos suelen ocuparse. En sociología existe una distinción bien establecida, aunque no suele ser claramente explicitada, entre niveles de análisis macro y micro.

El análisis «macro» se refiere a las teorías que se aplican a sistemas de relaciones sociales a gran escala, relacionando entre sí diferentes lugares a través de modelos causales. Ello implica, por ejemplo, trazar relaciones en el seno de una sociedad nacional o incluso relaciones entre diferentes sociedades. La investigación «micro», por el contrario, se ocupa de analizar formas más locales de organización social, ya sean instituciones particulares (por ejemplo, ocupaciones y organizaciones de varios tipos) o de diferentes encuentros cara a cara. Lo que aquí tenemos es, pues, un continuo a lo largo del cual varía la escala de los fenómenos que se están estudiando.

Mientras que en muchos aspectos la etnografía se adecua más a la investigación de teoría micro, puede desempeñar un papel importante en el desarrollo y verificación de teorías macro (véase, por ejemplo, el desarrollo y comprobación de teorías macro en Willis, 1977 y 1981). Las teorías macro realizan formulaciones sobre procesos que suceden en lugares y épocas concretas, las cuales pueden ser comprobadas y desarrolladas mediante el estudio etnográfico. También ha habido intentos de integrar niveles macro y micro de diferentes maneras o de mostrar que, de hecho, existe un único nivel, no dos (véase Knorr-Cetina y Cicourel, 1981; también Hammersley, 1984b).

Atravesar la dimensión macro-micro equivale a la distinción que Glaser y Strauss (1967) hacen entre teoría formal y sustantiva. Mientras que la dimensión macro-micro se refiere a la variación en el alcance de los casos estudiados, la dimensión formal-sustantiva concierne a la totalidad de las categorías bajo las cuales se pueden clasificar los casos. Las categorías formales incluyen a las categorías sustantivas. Así, por ejemplo, el estudio sustantivo de los taxis y sus «tarifas» se puede situar dentro de categorías más formales como «servicios personalizados» o «relaciones pasajeras» (Davis, 1959). De forma similar, el estudio de una sociedad en concreto puede emplearse como una base inicial para teorizar sobre un tipo general de formación social; así, podríamos considerar a Gran Bretaña como un ejemplo de sociedad capitalista, industrial o incluso posmoderna.

Dadas estas dos dimensiones, podemos identificar cuatro tipos amplios de teoría y, en realidad, pueden encontrarse en el trabajo

de los etnógrafos ejemplos de todos ellos. Análisis de estructura, funcionalidad y desarrollo de la sociedad en general, tales como los de Radcliffe-Brown (1948b) y Harris (1979), son macroformales. Estudios de determinadas sociedades, por ejemplo Malinowski (1922) o Chagnon (1968), entran dentro de la categoría microsustantiva. Los trabajos microformales consisten en estudios de formas locales de organización social. Ejemplos de estos estudios serían los de Goffman sobre la «presentación del yo» (1959), y la «interacción ritual» (1972); Glaser y Strauss (1971) sobre el «estatus de transición»; y Sacks sobre la organización de la conversación (Sacks y otros, 1974). Finalmente, existen las investigaciones microsustantivas sobre tipos concretos de organización o situación: por ejemplo, Strong (1979) sobre la «interacción entre el doctor y el paciente»; Piliavin y Briar (1964) sobre la «relación de la policía con los jóvenes». Todos los tipos de teoría son valiosos, pero es importante tener claro el tipo de teoría con el que estamos tratando, puesto que cada uno requerirá que la investigación se desarrolle en una u otra dirección. (Para un estudio sobre el desarrollo de la teoría formal como opuesta a la sustantiva, véanse Glaser y Strauss, 1967; Glaser, 1978.)

CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos considerado el proceso de análisis en etnografía, trazándolo a partir de los problemas y el examen inicial de un cuerpo de datos, desde la generación de conceptos de diferentes tipos hasta el desarrollo de tipologías y teorías. Además, hemos examinado la relación entre conceptos e indicadores en la investigación etnográfica y el control de las ideas teóricas mediante el método comparativo. Hemos llegado a la conclusión de que existen diferentes clases de teorías y que las teorías no son sólo el producto del trabajo etnográfico: igualmente comunes e importantes son las descripciones y las explicaciones. No debemos olvidar, sin embargo, que como todos los diferentes resultados del trabajo etnográfico, desde las descripciones hasta las teorías o el hecho de dar forma a un texto, el análisis etnográfico no sólo es una actividad cognitiva, sino también es una forma de escribir. Esto tiene importantes implicaciones, como veremos en el próximo capítulo.

Capítulo 9

LA ESCRITURA ETNOGRÁFICA

Uno no puede ignorar el trabajo de lectura y escritura en la construcción de la investigación etnográfica. Ahora es ampliamente reconocido que «la etnografía» se produce en mayor medida debido a cómo escribimos que al proceso de recogida de información y análisis; del mismo modo, cómo escribimos está vinculado a cómo leemos.

La escritura etnográfica —igual que cualquier otro tipo de escritura— exige disciplina y trabajo. Ya no tiene validez el mito dañino de que la idea es un «regalo» misterioso, o que la escritura es una cuestión de «inspiración». Como Brodkey (1987) ha señalado, todavía pervive una imagen romántica del escritor como una figura esencialmente solitaria en constante lucha con su musa esquiva. Estas visiones son peligrosas y llevan a confusión. Inhiben la reflexión sistemática sobre la escritura (y la lectura) como aspectos necesarios de la disciplina o de las habilidades laborales de las ciencias sociales. Dada la reflexividad de la investigación social, resulta esencial reconocer que los etnógrafos construyen los relatos del mundo social que se encuentran en los textos etnográficos, más que aquellos relatos que simplemente reflejan la realidad. Y esos relatos se construyen sobre la base de propósitos particulares y presuposiciones. Igualmente, uno debe reconocer el significado de cómo leen esos textos los científicos, los estudiantes y cualquier otro tipo de personas.

Como cada vez más estudiosos comprenden, la etnografía es, inevitablemente, una empresa textual. Pero no se trata únicamente de escribir, por supuesto. Cuando Clifford Geertz anuncia que «los etnógrafos escriben» está ofreciendo una media verdad: los etnógrafos hacen algo más que eso. Pero la escritura se encuentra en el centro de la empresa etnográfica. Por lo tanto, es importante que una disciplinada aproximación al trabajo etnográfico incorpore una idea crítica de la escritura en sí. La disciplina de la escritura no tiene que ver con las demandas prácticas a la hora de trazar palabras

en un papel; requiere el cultivo de una orientación crítica y teórica de las prácticas textuales.

El lenguaje de la escritura es una herramienta analítica, no un medio transparente de comunicación. No podemos reducir la escritura a un simple conjunto de «habilidades» o prescripciones. Lo que se necesita es una comprensión rigurosa de los textos como productos del trabajo de los escritores y los lectores. Esto pide una ampliación de los intereses tradicionales del etnógrafo. Es necesario pensar acerca de más «métodos de investigación», como se definen convencionalmente, o del sujeto sustantivo en cuestión. Los etnógrafos contemporáneos también necesitan tener en cuenta las contribuciones de la teoría literaria, la retórica, los textos lingüísticos y los campos afines. El objetivo no es transformar la etnografía en otra rama de los «estudios culturales». Más bien, es necesario cultivar ciertas características elementales de la producción etnográfica.

Al mismo tiempo, la disciplina de la escritura supone un conocimiento del trabajo materializado. No puede ser aprovechado y desarrollado mediante la pura reflexión. Debe practicarse la lectura y la interpretación textual. La escritura etnográfica es un *trabajo* intelectual. En el transcurso de ese trabajo, el etnógrafo reconocerá que no existe manera mejor a la hora de «escribir» ningún proyecto. De hecho, la retórica convencional del «escribir» tiene connotaciones que resultan inapropiadas para el trabajo reflexivo del etnógrafo. Hay muchas versiones que pueden construirse. Hay diferentes énfasis, diferentes teorías, diferentes audiencias. Cada manera de construir «la etnografía» pondrá el énfasis en cosas distintas y llevará a cabo análisis complementarios, a veces incluso contrarios. A pesar de que nuestros textos no tienen una relación arbitraria con «el campo», es importante reconocer, tan pronto como sea posible, que no existe una manera mejor de reconstruir y representar el mundo social.

El mundo no se divide a sí mismo en capítulos y subtítulos según nuestra conveniencia. Existen muchos arreglos, contrastes y estilos «literarios» que podemos imponerle, más o menos legítimamente, al mundo. El autor que falla a la hora de reflexionar sobre el proceso de composición y compilación puede encontrarse con que ha construido una versión sin la adecuada comprensión explícita. La adopción inconsciente de uno u otro tratamiento supone una pérdida del control sobre el material del que se dispone. Igualmente, la experiencia de escribir —o al menos considerar— versiones alternativas o utilizar diferentes estilos de escritura puede desarrollar un mayor dominio. Las principales decisiones acerca de

cómo escribir son mucho más importantes que hundirse en un mar de datos, o afrontar la parálisis que supone el bloqueo del escritor mientras se espera la llegada de la inspiración.

Nuestro entendimiento de la escritura está ligado de manera inextricable a la *lectura*. Escribimos a la luz de qué y cómo leemos. Para los etnógrafos (así como para otros estudiosos) la tradición intelectual de la disciplina (antropología, sociología, geografía, folclor) «se escribe a sí misma» a través del trabajo. El estudioso individual no da inicio a su disciplina. No se puede escapar por completo a las convenciones textuales del pasado. Los textos de estudiosos y el lenguaje, los conceptos, las imágenes y las metáforas de los predecesores ayudan a definir el espacio discursivo dentro de cada nueva etnografía que se produce y se lee. De ahí se sigue que la disciplina de la escritura es inseparable de la disciplina de la lectura. Los etnógrafos escriben, ciertamente, pero su escritura está marcada por lo que leen.

El buen etnógrafo no puede esperar tener éxito sin un hábito amplio de lectura. El etnógrafo desarrolla idealmente un marco, una perspectiva comparativa sobre la literatura. De hecho, en su formulación original de la «teoría enraizada», Glaser y Strauss (1967) eligieron el uso creativo de las fuentes de escritura en la producción y elaboración de conceptos. Ése es el territorio del trabajo de los científicos de la interpretación social que se aproxima a «la literatura» según una línea liberal y creativa. Una de las más importantes disciplinas para el desarrollo de las habilidades del trabajo etnográfico es, por lo tanto, *leer* el trabajo de otros. Necesitamos cultivar la capacidad de leer para apreciar la retórica y las formas de escritura empleadas por otros, más que leer simplemente por el contenido. Es necesario que esta lectura no se limite a los trabajos etnográficos de otros, o de otro tipo de científicos sociales. Hay, después de todo, muchos géneros mediante los cuales los autores exploran y expresan el mundo social. Los dominios de la ficción y la no ficción proporcionan muchas fuentes y modelos para las representaciones escritas. Nada distingue por completo la escritura de ficción de la de no ficción. Existen diferencias, por supuesto: la escritura de no ficción está comprometida con la representación precisa de ciertos acontecimientos reales, o con la representación de un modelo abstracto que capte las características esenciales del fenómeno en cuestión. La escritura de ficción no está comprometida ni constreñida de esta manera. De todas formas, eso no es razón para que el aspirante a escritor de antropología o sociología no aprenda a partir de una cuidadosa lectura de muchos géneros diferentes. Un co-

nocimiento de la anatomía de una amplia variedad de textos anima a escribir y revaloriza las penetraciones textuales propias.

Una lectura amplia y ecléctica puede también ayudar al desarrollo de los «conceptos sensitivos» (Blumer, 1954). La etnografía creativa no querrá esperar hasta la fase de «escritura» de la investigación antes de explorar las posibles fuentes y modelos. De hecho, la disciplina de lectura debe formar la investigación a partir de sus primeras fases: la lectura creativa, idealmente, recorrerá el proceso de la investigación al completo. Las fuentes pueden surgir de muy diversos orígenes. Algunos de nuestros más famosos mentores sociológicos se han apoyado en una amplia y ecléctica lectura. El trabajo de Erving Goffman supone un ejemplo clarividente. Sus estudios más exitosos generaron una visión original y productiva sobre la base de muy diversas fuentes de escritura. Una consideración cuidadosa de uno de los mejores textos de Goffman, como *Asylums** (1961), ayudará a iluminar cuán adaptado estaba él a la hora de esbozar conjuntamente diferentes ideas y observaciones, tanto respecto a lo «ficcional» como lo «factual», a lo «serio» o lo «popular». Por ejemplo, en el ensayo «The inmate world», en *Asylums*, las citas de Goffman incluyen: J. Kerkhoff, *How Thin the Veil: A Newspaperman's Story of His Own Mental Crack-Up and Recovery*; Ellie A. Cohen, *Human Behavior in the Concentration Camp*; Eugen Kogon, *The Theory and Practice of Hell*; Brendan Behan, *Borstal Boy*; Sara Harris, *The Wayward Ones: The Holy Rule of St Benedict*; Herman Melville, *Chaqueta blanca o El mundo de un buque de guerra*; T. E. Gaddis, *El hombre de Alcatraz*; y un conjunto de otras fuentes sociológicas, psicológicas y psiquiátricas. No hay necesidad de intentar emular el estilo de Goffman con el fin de reconocer y aprender de su genio a la hora de utilizar dichos recursos en la construcción de textos, al mismo tiempo de estudio y de lectura.

El punto central lo indica Davis (1974), que señala cierto número de paralelismos temáticos entre los trabajos clásicos de ficción y los clásicos sociológicos. Davis afirma que, como muchos otros contadores de historias, los sociólogos construyen narrativas trágicas, irónicas y de humor. Lo importante, en el análisis de Davis, es que nos recuerda que no hay una diferencia absoluta entre la manera en que los científicos sociales escriben y la manera en que los autores más «literarios» tratan un tema similar. Además, ambos ti-

* Trad. cast.: *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Madrid, Martínez de Murguía, 1987.

pos de autor disponen de los mismos recursos: palabras sobre una página. Todos usan las mismas recetas y materiales al trazar argumentos e intentar atrapar al lector. Sus lectores afrontan los textos con un bagaje común de conocimientos y supuestos. Igualmente, por lo tanto, cuando leemos *Asylums* y luego uno de sus equivalentes literarios, como *Alguien voló sobre el nido del cuco*, podemos empezar a reconocer cómo cada autor utiliza las posibilidades del lenguaje para tratar las experiencias de los enfermos. Cada autor construye su versión de ese mundo social. Cada uno lo hace bajo un prisma diferente, según diferentes propósitos, y para diferentes audiencias. Pero si deseamos ganar el control de los recursos del estilo «literario», entonces será necesario que leamos de manera crítica ambos trabajos, y otros como ellos. El etnógrafo interesado en la vida diaria de las instituciones médicas encontrará un montón de temas productivos, paralelismos y contrastes dentro de las fuentes literarias. Leer conjuntamente obras literarias y antropológicas o sociológicas es un excelente ejercicio intelectual. Este ejercicio hace que uno esté más atento a las posibilidades textuales. Existe una relación importante que es bueno aprender a partir de una lectura comparativa de, por ejemplo, *La montaña mágica*, de Thomas Mann y *The Plague and I*, de Betty MacDonald, junto con la etnografía de la vida diaria en un sanatorio para tuberculosos de Julius Roth (1963), y quizá también el libro de Sontag (1979) sobre las imágenes de la tuberculosis.

La cuestión no es argumentar que los trabajos serios o la ficción popular tengan que ser leídos como si fueran fuentes de «datos». No debemos asumir que el trabajo de un novelista —incluso cuando se basa en testimonios personales o en una «investigación»— es el equivalente de la investigación explícitamente documentada y desarrollada teóricamente de los estudiosos. Del mismo modo, no debemos pensar que el etnógrafo deseará reproducir siempre abiertamente los estilos «literarios» de reportaje. Más bien, el estudioso reflexivo deseará tomar contacto con una serie de estilos y convenciones que están disponibles a nivel cultural para la construcción de descripciones y argumentos. Tampoco el académico ni el escritor de ficción tienen el monopolio sobre los recursos relevantes del lenguaje de la escritura. Hay una tendencia a hablar de la agonía de lo académico respecto a la epistemología y la metodología, o del sufrimiento de la recogida de datos, sólo para no mantener una atención disciplinada de los medios disponibles para reflejar estos esfuerzos.

En una línea similar, varios autores, como Pratt (1986a), han señalado los paralelismos textuales entre la descripción etnográfica y

las convenciones de los relatos de «viajes» o «exploraciones». La monografía antropológica clásica ya incorporaba elementos característicos de otros géneros que los antropólogos repudiaban. Los primeros estudiosos de la antropología social y cultural no forjaron una disciplina; adaptaron e incorporaron convenciones literarias de otros géneros para producir un nuevo formato textual. El estudiante de escritura académica, y el escritor de etnografía, pueden aprender mucho acerca del modo etnográfico a partir de una cuidadosa comparación de la antropología con los textos de escritores viajeros, del pasado y del presente. Uno puede preguntarse cómo diferentes autores conjuran el espíritu de un lugar; evocan a sus habitantes y construyen las formas culturales. También hay varios relatos popularizados y ficcionados de trabajo etnográfico (por ejemplo, Bowen, 1954; Donner, 1982). Una lectura de ellos y de su recepción por parte de los profesionales de la antropología ilumina de nuevo los puntos comunes y los contrastes entre los diferentes *corpus* de escritura (Pratt, 1986b).

Existen muchos géneros y estilos tanto relativos a «hechos» como a «ficciones». Aquel que desee ser un autor etnográfico podrá explorar provechosamente su diversidad y amplitud; no necesariamente se contentará con seguir un ejemplo sociológico o antropológico establecido. El sociólogo de la sociedad contemporánea o el «antropólogo en casa» pueden explorar de manera fructífera las muchas vías en las que la sociedad industrial moderna ha sido representada: desde los novelistas realistas hasta el «nuevo periodismo» (Agar, 1980). El etnógrafo de una gran ciudad como Londres o Chicago encontrará muchos temas literarios e imágenes para explorar, al igual que los estudiantes de pequeñas ciudades y «comunidades» rurales. La cuestión ha sido explicitada por Cappetti (1993) en relación con Chicago. Ella empieza a partir de las conocidas afinidades entre la representación sociológica de Chicago en las primeras décadas de este siglo y el trabajo de diferentes figuras literarias. No es accidental que el mismo Chicago haya sido visto por la etnografía urbana y por la ficción realista del mismo modo, centrándose en los mismos asuntos y sacando a la luz valores similares. Hay una yuxtaposición directa entre los círculos literarios y los sociológicos. James Farrell, autor de la trilogía de Studs Lonigan, leía sociología en Chicago, mientras que a los sociólogos se les animaba a leer ficción realista (véase Atkinson, 1982). Al escribir sobre estas influencias mutuas, Cappetti señala que

si no se pueden entender adecuadamente las novelas urbanas de James T. Farrell, Nelson Algren y Richard Wright sin los estudios sociológicos

urbanos que les precedieron y acompañaron, igualmente sería un error omitir lo literario y, específicamente, las influencias novelísticas que los sociólogos de Chicago recibieron de la tradición literaria urbana de Europa y Estados Unidos.

(Cappetti, 1993, pág. 20)

Por lo tanto, una comprensión informada de los géneros y los estilos de representación literaria y académica forma una útil parte del conocimiento del trabajo etnográfico. Es de vital importancia reconocer que el dominio del texto etnográfico es consustancial al trabajo de la etnografía. «Escribir» no es un ejercicio mecánico que pueda ser realizado de manera rutinaria al finalizar la «auténtica» investigación. La representación o reconstrucción de un mundo social depende de cómo lo escribimos.

ETNOGRAFÍA Y RETÓRICA

Sea cual sea el estilo escogido, después el etnógrafo necesita tener en cuenta los mecanismos retóricos que han sido utilizados en la producción de textos etnográficos. En los últimos años ha crecido el interés de los estudiosos respecto a las convenciones que pueden ser identificadas y cómo son utilizadas en la escritura etnográfica. La disciplina de la antropología se ha destacado de manera prominente en este escrutinio de los textos etnográficos, pero esto también se ha visto reflejado en una preocupación mucho más extensa entre los estudiosos por la «retórica del cuestionamiento», tanto en las ciencias naturales como en las disciplinas de humanidades.

El etnógrafo utiliza necesariamente diferentes tipos de discurso (tropos). Éstos se usan para reconstruir de manera plausible y reconocible a los actores, las acciones y los entornos. También son utilizados para mostrar muchos de los temas analíticos. Muy a menudo, conceptos clave en la sociología y la antropología son, en el sentido más amplio, metafóricos, por cuanto remiten a la imaginaria, la analogía y otros mecanismos. Una imagen física y espacial —transferida originalmente de otros contextos disciplinares como la geología— se aplica a desarrollos sociales, dándole el valor metafórico de «estratificación social», por ejemplo. De manera similar, «el mercado» es una metáfora; de ese modo se utiliza en la economía contemporánea y en la teoría social se extiende más allá de su designación original de «mercado» como institución local so-

cial. De hecho, dichas metáforas se convierten en algo que se da tan por supuesto en el discurso académico que pierden la apariencia de su uso metafórico.

Otras metáforas establecidas mantienen su carácter de algo «como si». La conocida metáfora de Goffman sobre la «dramaturgia» —al tratar la acción social diaria como si fuera una representación teatral— puede haber perdido su novedad inicial, pero en seguida se reconoce como un préstamo proveniente de otro dominio y de otra aplicación. (Este ejemplo también nos recuerda el valor productivo del uso metafórico. Provoca analogías: el uso de objetos de *attrezzo*, el contraste entre la parte trasera y la fachada de la casa, el ensayo de representaciones y cosas similares.) Sin embargo, ya sea abierta o encubiertamente metafórico, gran parte de nuestro pensamiento se organiza en torno al uso de metáforas. Esto no significa que éstas estén restringidas al género etnográfico. McCloskey (1985) demostró la penetración de la expresión metafórica en la economía moderna, por ejemplo.

Como autor etnográfico, la labor de uno no es intentar evitar la utilización de metáforas (pues, entre otras cosas, sería virtualmente imposible hacerlo). La autenticidad científica o de estudio de un texto no se ve enaltecida por la eliminación de las analogías o los símiles. El uso gráfico de las descripciones metafóricas puede formar parte siempre del repertorio etnográfico. Pero igualmente no se recomienda un uso abrumador. Un reconocimiento del poder del lenguaje figurativo ha de llevarnos a establecer la necesidad de un uso disciplinado y concreto. Si se utilizan sin reflexión, las metáforas pueden mostrarse, igual que como el cómplice del aprendiz de hechicero, como una ayuda que se va de las manos, alejándose y finalmente sobrecargando el motivo que las originó. El etnógrafo reflexivo, por lo tanto, necesitará elegir las figuras de su discurso: contrastándolas con la información, buscando no sólo su poder para organizar datos bajo epígrafes concretos, sino también según sus extensiones y limitaciones. Pueden dar lugar a nuevas y a menudo inesperadas miradas. Así, el escritor de etnografía necesita probar y explorar los valores de las diferentes figuras del discurso, calibrando su relevancia respecto a los asuntos que se están tratando, controlando el abanico de connotaciones, alusiones e implicaciones. Noblit y Hare (1988) resumen de manera útil cierto número de criterios que pueden servir para tratar y evaluar las metáforas. Incluyen «economía», «contundencia» y «amplitud». La economía se refiere a la simplicidad con la que se resume el concepto; contundencia, a la eficiencia de la metáfora, sin «redundancia, ambi-

güedad ni contradicción»; amplitud se refiere a la capacidad de la metáfora de tratar conjuntamente diferentes dominios (Noblit y Hare, 1988, pág. 34).

Algunas características de la labor de la metáfora pueden apreciarse en el trabajo de Atkinson sobre la etnografía de la educación médica. Al dar sentido a las observaciones sobre la enseñanza se hizo patente que los trabajadores del hospital podían disponer de los pacientes (aquellos cuyo diagnóstico ya era conocido) para mostrar su sabiduría clínica y sorprender a las audiencias de estudiantes de medicina. En diversas fases intermedias de escritura y análisis, Atkinson trató diferentes paralelismos literarios, y en ese punto utilizó la metáfora del profesor de medicina como «taumaturgo», o trabajador prodigioso. El término se escogió para que tuviera el eco de los «misterios» mágicos y religiosos, y también por las connotaciones que señalaban la admisión de los estudiantes dentro de los misterios de su oficio (y por su paralelismo con otras ceremonias de admisión, como la del rito masónico). El término «taumaturgia» capta de este modo y evoca potencialmente más que una descripción de lo que los profesores y alumnos hacen. La metáfora implica sus propias extensiones: el trabajo del paciente de hospital en dichos encuentros puede ser comparado con el de los «miembros de la audiencia», cuya ayuda se solicita para apoyar al mago, por ejemplo. En los relatos publicados no se trabaja esta metáfora en particular ni tampoco se desarrollan sus connotaciones más floridas. Existe un peligro de sensacionalismo que podría entenderse como inapropiado. Muchas de estas ideas se incluyen dentro de un grupo de metáforas que son similares y a la vez distintas (Atkinson, 1976 y 1981).

La exploración productiva del trabajo de campo etnográfico y de la información puede conllevar una experimentación y una reflexión sobre el uso metafórico, aunque los procesos no sean necesariamente susceptibles de control preciso y racional. A menudo son el producto de procesos de pensamiento «divergentes» más que «convergentes». A pesar de todo, lo metafórico se puede producir. El autor etnográfico debe estar dispuesto a escoger entre un grupo de posibles conceptos y analogías. Una búsqueda fructífera no supone el «mejor» conjunto de ideas, sino diversos y posibles temas de organización y tropos, que se escogerán debido a que captan las dimensiones y categorías deseadas; la aproximación de sus connotaciones; su valor a la hora de sugerir nuevas líneas de análisis y comparación. Existe una continuidad directa entre el pensamiento metafórico y el desarrollo de conceptos «genéricos», como sostie-

nen Lofland y Lofland (1984). Ellos vinculan y yuxtaponen. Ayudan a hacer que lo «familiar» resulte «extraño» y viceversa.

El efecto de la metáfora se complementa con la sinécdoque. Es una forma de representación en la que una «parte» se toma por el «todo». No se trata, por lo tanto, de una fuente de alusión; es una característica inevitable de las descripciones. En principio, no es posible hacer una descripción de nada que contenga una lista de todos los atributos y detalles de algo. En la práctica, la mayoría de las descripciones ni siquiera se aproximan a un listado exhaustivo. Igualmente, lo que tratamos como «datos» son necesariamente sinécdoques. Seleccionamos unas características y unos ejemplos concretos y los identificamos como algo característico o representativo de ciertos lugares, personas o acontecimientos. Cargamos de significación fragmentos concretos de lo que observamos o explicamos, precisamente al presentarlos como «ejemplos», «ilustraciones», «casos» o «viñetas».

El criterio para tratar con ellos ha variado. Los criterios estéticos interactúan indudablemente con asuntos más lógicos. El uso principal de la sinécdoque será regulado casi por completo por los juicios que atañen al oficio más que mediante fórmulas rígidas. Cuestiones sobre la economía y la redundancia surgirán siempre. La cuestión de la economía refleja el hecho de que no podemos incluir todos los detalles y todos los fragmentos de conocimiento. El tiempo y el espacio no están solos en el centro de la producción del relato escrito: también está la atención del lector. Las descripciones y las ejemplificaciones demasiado densas, demasiado detalladas o demasiado prolongadas no nos ayudarán, normalmente, a que un texto sea muy útil. La comprensión y lo accesible del texto tienen que ver con la extensión. Para la mayoría existe una relación de intercambio entre los dos, y el etnógrafo necesita construir relatos mediante una explicación parcial y selectiva. La relación entre la «parte» y el «todo» ha de ser necesariamente válida. La elección de la ejemplificación o la ilustración debe reflejar un adecuado análisis de la información, en términos de conceptos e indicadores. La sinécdoque es, por lo tanto, el complemento de la metáfora. Ambas hacen uso del lenguaje para producir relatos «transmisibles». La metáfora transforma e ilumina, mientras que la sinécdoque describe y ejemplifica. Cada una de ellas contrasta con la «metonimia», el tercero de lo que a menudo se denomina los «tropos principales».

La metonimia explota las dimensiones de la contigüidad, la causalidad y la secuencia. El etnógrafo utiliza la metonimia para organizar las descripciones «realistas» de lugares y relatos de acción so-

cial. La metonimia es el modo dominante mediante el cual la etnografía narra. La narrativa no es el único estilo de reportaje etnográfico, pero sí el más importante. De hecho, muchos relatos de investigación —no sólo etnográficos— cuentan «historias». A veces hacen uso de las «grandes narrativas» de la teoría social moderna (como la de Marx) o la historia natural (Darwin). Otras, son parábolas, como las de los cuentos de moralidad hipotética propuestos por los economistas (McCloskey, 1985).

Richardson (1990a y b) y otros han señalado que el modo narrativo es crucial para la organización de la vida diaria (en la forma de historias mundanas y relatos sobre la experiencia personal) y de la etnografía en sí. El etnógrafo esboza y utiliza narrativas como «información» y reestructura las narrativas sociológicas o antropológicas de la escritura académica. El modo narrativo resulta especialmente pertinente para el asunto de la indagación etnográfica. Otorga sentido y razón a los acontecimientos que se explican mediante las presentaciones contextuales y procesales:

Dada la inevitabilidad de la narrativa dentro de las ciencias sociales, y dado que los valores humanos, la sensibilidad y las ambigüedades se reafirman continuamente en el plano de la escritura, estamos predispuestos a tomar en serio la relevancia de la narrativa en la empresa sociológica. La narrativa no puede ser suprimida dentro de las ciencias humanas porque está indisolublemente relacionada con la experiencia humana; tratar de suprimirla sería cuestionar los pilares de las ciencias humanas.

(Richardson, 1990a, pág. 21)

La narrativa crea tipos particulares de orden. Construye relatos de consecuencias intencionadas y no intencionadas. Refleja la importancia fundamental del orden temporal de la experiencia humana (Adam, 1990). Al narrar los acontecimientos, mostramos cómo la gente actúa y reacciona en circunstancias sociales concretas. Al hacerlo, revelamos y reconstruimos a los actores sociales como «personajes» o «tipos» sociales. Igualmente, podemos mostrar los modelos de acción e interacción, sus predecibles rutinas y las sorpresas o crisis. Podemos «mostrarle» al lector tanto lo mundano como lo exótico.

Además, la «significación» principal de las monografías etnográficas pueden transmitirse mediante sus estructuras narrativas:

Más allá de las narraciones fragmentadas de personas y circunstancias están las metanarraciones que hacen variar la etnografía. Las monografías etnográficas, por ejemplo, pueden ordenarse en términos de narraciones de largo recorrido. Pueden tomar la forma de una historia de intenciones frustradas, una muestra del orden en el caos o el desorden que existe en una organización racional. Pueden enaltecer las expectativas del lector sólo para negarlas. Pueden transformar los acontecimientos explicados de la vida diaria en una gran mitología de la tragedia o el triunfo humano. La etnografía puede convertirse en una fábula moral, un drama, un cuento picaresco acerca de seres sin importancia, una comedia costumbrista, un idilio rural. Puede trazar de manera explícita los paralelismos sobre la literatura y los arquetipos.

(Atkinson, 1992b, pág. 13)

La transformación del «campo» en «texto» se consigue parcialmente mediante la construcción narrativa de la vida diaria. El etnógrafo necesita reconocer los mecanismos del hecho de contar historias y aprender a desarrollarlos de manera crítica. Como Richardson afirma, el modo narrativo debe ser valorado como una herramienta básica dentro del trabajo del etnógrafo:

Si deseamos entender las más profundas y universales experiencias humanas, si deseamos que nuestro trabajo resulte fiable para la experiencia vivida por las personas, si deseamos una unión entre la poesía y la ciencia, o si deseamos utilizar nuestros privilegios y nuestras habilidades para darle poder a la gente que estudiamos, entonces *deberíamos* valorar la narrativa.

(Richardson, 1990b, págs. 133-134)

La cuestión para el autor etnográfico en prácticas es, por lo tanto, la necesidad de reconocer el poder analítico de la narrativa: reconocer y utilizar reconstrucciones narrativas de manera disciplinada.

El último de los tropos principales, la ironía, ha sido empleado con fruición por los científicos sociales —los etnógrafos entre ellos— y comentado ampliamente. Un tono irónico resulta característico del posicionamiento de los científicos sociales, y queda más claramente marcado cuando se adopta un punto de vista en perspectiva, relativista. Los científicos que interpretan lo cultural se mueven frecuentemente en un contraste entre lo implícito y lo explícito. El contraste irónico se aprecia habitualmente en el desa-

rrollo de los análisis sociológicos o antropológicos. Nosotros nos movemos en el complejo y a veces difícil contraste entre lo «familiar» y lo «extraño», entre lo «que se da por supuesto» y lo teorizado explícitamente, entre lo intencionado y «las consecuencias no intencionadas» de la acción social. A menudo la mirada de los etnógrafos tiene lugar fuera de los contrastes entre marcos de referencia o racionalidad que compiten. La moralidad convencional puede ser contrastada con las moralidades propias de culturas y subculturas concretas. La dialéctica constante entre el Etnógrafo, el Lector y los Otros (que se ven representados en el texto) está repleta de posibilidades para la ironía.

Los cuatro «tropos principales» sobre los que hemos hablado están emparejados dentro de cada monografía etnográfica o textos similares. No podemos detenernos a decidir usar un tropo en concreto ahora y cambiar a otro después. Construimos relatos más o menos acertados en tanto que nos vinculamos a temas narrativos amplios con pequeñas narrativas basadas en ejemplos. Éstas, por su parte, permanecen en una relación de «parte-por-el-todo» en lo referente a las características generales de nuestra elección de lugares de investigación y de los actores sociales que allí habrá. Estas características generales y su significación analítica son, a menudo, captadas mediante nuestro uso de figuras metafóricas.

El trabajo de Duneier ilustra el desarrollo de los tropos de composición etnográfica en un relato muy legible y penetrante (Duneier, 1992). Se basa en un pequeño número de hombres negros en un barrio concreto de Chicago; un entorno que, por descontado, remite a muchos clásicos fundacionales de la investigación etnográfica urbana. Duneier proporciona un número de relatos vívidos y escritos de manera muy gráfica sobre sus hombres y sobre ciertos emplazamientos sociales; en particular, el restaurante que proporciona el ambiente concreto de gran parte de la acción relatada, y que aporta el título a la monografía (*Slim's Table*). Sumergidas en su relato, hay varias narraciones que se utilizan para captar tipos significativos de interacción social y para establecer los diferentes personajes principales que pueblan la etnografía. Las especificaciones del local y los hombres que lo pueblan, gracias a la sinécdoque, muestran unos tipos sociales y unos procesos más amplios. Duneier utiliza su propia investigación local para comentar un fenómeno social más amplio y para ilustrar asuntos más extensos de análisis social. En particular, en *Slim's Table* los hombres ejemplifican temas genéricos sobre la «raza» y la «respetabilidad» que Duneier afirma que están pobremente representados en investigacio-

nes anteriores. Al hacerlo, él también traza el contraste irónico con los relatos sociológicos y los estereotipos más populares de la cultura de los negros de los barrios marginales de la ciudad.

Antes de abandonar esta breve consideración de la retórica o la poética de la escritura etnográfica, es necesario señalar el lugar del *topoi* en los relatos etnográficos y en otro tipo de estudios. El *topos* de la retórica clásica puede ser traducido como «lugar común». Es un mecanismo retórico que solicita la aceptación del que escucha o lee mediante el uso de una opinión extendida o unos ejemplos conocidos. En la escritura de los estudiosos, el trabajo del *topos* es a menudo realizado por la «referencia-que-se-da-por-supuesta». Dichas citas literarias forman parte del stock del autor académico. No son utilizadas necesariamente para establecer unos puntos de referencia estándar. De hecho, a veces son recicladas repetidamente con la intención de reforzar una afirmación convencional antes que por un contenido específico de la obra original citada. Se utilizan para confirmar «lo que todo el mundo sabe» en la disciplina y se convierten en parte de la codificación del prestigio académico. La escritura etnográfica tiene muchas referencias clásicas que se usan para dichos propósitos. Las citan autores de etnografía: por ejemplo, Geer (1964) durante sus primeros días en el campo, Becker (1967a) o Gouldner (1968) sobre la parcialidad, o Mills (1940) sobre los vocabularios de motivación.

El etnógrafo puede, por supuesto, usar el *topos* de la referencia estándar con la intención de demostrar la naturaleza comparativa, genérica e intertextual del trabajo. Esto ayuda a construir el arquetipo y permite que el texto etnográfico enlace con un bagaje de conocimiento compartido. Puede crear la apariencia de marcos de referencia universales que trascienden las particularidades del campo etnográfico. Sin embargo, los *topoi* del género etnográfico deben ser manejados con mucho cuidado. Las referencias que se dan por supuestas pueden reproducir errores de un texto a otro, pasando de una generación a otra de estudiosos. En segundo lugar, una llamada acrítica a la sabiduría del «lugar común» (aunque sea científico-social) puede trastocar la etnografía de corte analítico y novedoso. No debe apelarse al sentido o al conocimiento común como si se tratara de un mero acto reflejo. Es necesario mantener una tensión constante entre la mirada nueva y la sabiduría recibida. Esto forma parte del repertorio literario o retórico del autor etnográfico. Y como el resto de recursos, debe utilizarse de manera disciplinada.

LA ESCRITURA Y LA AUTORIDAD

Las maneras en que escribimos nuestras etnografías están, como hemos visto, profundamente relacionadas con la forma en que construimos los mundos sociales que explicamos. El análisis de la vida social no puede estar alejado de cómo escribimos sobre él. Igualmente, nuestra construcción de los textos escritos es una actividad con un valor relevante. En la construcción de los textos etnográficos volcamos implicaciones de carácter ético e ideológico. Vertemos nuestras llamadas implícitas a la autoridad. El reconocimiento de las complejas relaciones entre la «autoridad» y la «autoría» da pie a ciertos animados debates acerca del estatus y los valores del trabajo etnográfico; en particular entre los antropólogos culturales.

Al igual que otros críticos culturales, algunos antropólogos han examinado los textos etnográficos por sus implicaciones éticas y morales. En este sentido, ellos han analizado, por ejemplo, el trabajo de Said (1978) en su explicación del «orientalismo» en la cultura europea. Se dice que la etnografía ha inscrito de manera clásica una distinción radical entre el observador y el observado, que se convierten en el Autor y el Otro. A pesar de los obvios compromisos del etnógrafo con el relativismo cultural y el pluralismo, se ha dicho que las monografías etnográficas descansan sobre otro tipo de principios. Algunos críticos —a veces, creemos nosotros, sin atender al caso en cuestión— afirman que, en sus clásicas disciplinas británica, norteamericana y europea continental, la etnografía ha presentado «una sociedad» o «una cultura» a partir de un punto de vista único. El autor/etnógrafo ha afirmado implícitamente una posición de omnisciencia, así como la autoridad para hablar de manera inequívoca de/y por la gente en cuestión. Sea cual sea el toma y daca del trabajo de campo en sí, la etnografía impone un formato único, dominante e infalible. Como Boon (1983) ha sugerido, los contenidos estándar de las monografías etnográficas funcionan para reducir la variedad de las sociedades humanas bajo la rúbrica de un único paradigma analítico. El estilo característico de la etnografía sociológica «realista» (Van Maanen, 1988) puede reproducir la única y dominante «voz» del etnógrafo académico. En el proceso, afirman los críticos, las voces de los «otros» se silencian: los investigados existen sólo como objetos mudos para el escrutinio del etnógrafo. Así pues, el autor etnográfico reproduce la autoridad del etnógrafo como forma dominante de vigilancia para el relato.

Similares argumentos han esgrimido las críticas feministas respecto a la «corriente principal masculina» de la escritura en las

ciencias sociales. Como Devault (1990) y Stanley y Wise (1983) han señalado, el punto de vista feminista puede subvertir y transgredir los modos de escritura y representación utilizados hasta ahora, que implícitamente reproducen las formas dominantes de pensamiento y discurso. Como Devault resume sobre la cuestión feminista:

Los procesos retóricos —como todas las interacciones sociales— están marcados por el género. Los que hablan y los que escuchan producen preguntas y las responden sobre la base de un profundo pero habitual conocimiento involuntario del género. En general, el derecho de las mujeres a hablar (o a escribir) queda atenuado y circunscrito por la autoridad. Para las mujeres, realizar un trabajo de investigación significa hablar según la manera disciplinaria de la tradición. Aprenden que, si quieren ser escuchadas, sus textos deben entrar en un discurso cuyos contornos reflejen las percepciones masculinas y sus intereses. Los lectores cuyo juicio resulta influyente —profesores, editores, directores de revistas y colegas que pueden introducir y quizá dar a conocer su trabajo— son, al menos en el pasado lo eran, mayoritariamente hombres.

(Devault, 1990, pág. 98)

Devault estudia la «corriente de conciencia» de los textos etnográficos sobre la comunidad femenina de la que habla Krieger (1983) como un ejemplo del trabajo sociológico que de manera autoconsciente desafía algunas de las convenciones dominantes de la escritura etnográfica realista.

Dicha transgresión del realismo convencional en los textos etnográficos ha sido defendida por varios autores en una búsqueda de la ética y la estética «posmoderna» en la representación etnográfica. Lo posmoderno se centra en intentar celebrar las paradojas y las complejidades del campo de investigación y de la vida social. Más que subordinar el mundo social y los actores sociales a un único punto de vista narrativo del texto realista, los posmodernos conscientes abandonan la narrativa única y la voz dominante del etnógrafo autoritario (véase Tyler, 1986). Varias etnografías posmodernas se han realizado (por ejemplo, Dorst, 1989; Rose, 1989) empleando una llamativa variedad de mecanismos narrativos de manera totalmente consciente. Estas aproximaciones de vanguardia requieren una cautelosa evaluación. Ciertamente no defendemos la experimentación textual gratuita. Aun así, el etnógrafo contemporáneo debe atender a dichas innovaciones y estar dispuesto a evaluar sus contribuciones al género.

ESCRITURA Y RESPONSABILIDAD

Queda claro que el etnógrafo contemporáneo, sea cual sea su disciplina principal, no puede permanecer inocente en lo que se refiere a las convenciones del reportaje etnográfico. Existen suficientes guías disponibles —de valor para los novatos y los veteranos por igual— en las que pueden encontrar ayuda a la hora de tomar las principales decisiones y realizar las principales elecciones (véase, por ejemplo, Richardson, 1990a; Wolcott, 1990). Tener en cuenta las posibilidades de la escritura es ahora una parte indispensable de la comprensión metodológica del etnógrafo. Uno no puede «escribir» una etnografía como si se tratara de un ejercicio mecánico, o como si el texto escrito fuera un medio transparente y neutral de comunicación. *Cómo* escribimos acerca del mundo social resulta de fundamental importancia para nuestras interpretaciones y las de los otros. Por lo general, las «interpretaciones» de la ciencia de la interpretación social están formuladas según la poética de la etnografía en sí. Esto no resulta novedoso, sino en cualquier caso iluminador, para señalar que el término «etnografía» se utiliza para describir la investigación de procesos, por un lado, y su producto textual, por otro.

El etnógrafo bien informado tiene que reconocer la relación reflexiva entre el texto y su objeto. Hacer uso de la retórica, o la «poética», en la escritura etnográfica es de fundamental importancia. Sería erróneo, sin embargo, concluir que los problemas de la retórica son el único asunto involucrado. La relación entre el texto etnográfico y su objeto tal vez no sea totalmente directa. Pero tampoco es totalmente arbitraria. Un reconocimiento de la convencionalidad de la escritura no ha de llevarnos a una aproximación radicalmente «textual». Existen actores y vida social más allá del texto, y relaciones referenciales entre ellos. Al etnógrafo que se adentra en un trabajo de campo arduo, llevando a cabo el análisis de la información y la escritura académica, no se le convencerá fácilmente de que los textos que constituyen su «información» y los textos de las monografías, disertaciones, apuntes y cosas similares no son referenciales. De hecho, se trata de una ingenua respuesta para igualar el reconocimiento de que nuestros textos son convencionales según el punto de vista de que son arbitrarios.

Hammersley (1991a y 1993) sugiere que el énfasis contemporáneo en la retórica no debería cegarnos respecto a preocupaciones más cercanas a la adecuación científica. No debemos privilegiar la retórica sobre lo racional. No hay duda de que muchos textos etno-

gráficos tienen éxito (habida cuenta de la respuesta crítica de sus lectores) debido a su estilo y su persuasiva utilización de la retórica. Por otro lado, la persuasión no lo es todo. El lector crítico de etnografías —al igual que en otros géneros de escritura académica— necesita estar alerta respecto a la calidad de los argumentos sociológicos o antropológicos y al uso apropiado de las pruebas que lo sustentan. En esencia, por lo tanto, Hammersley propone que no deberíamos, como lectores, vernos seducidos por la legibilidad del texto etnográfico. No es suficiente que demuestre ser «evocador» o «rico» en detalles descriptivos, ni tampoco que gane nuestra afiliación empática con los personajes principales, ni que provoque en nosotros respuestas emocionales. Tanto o más importante es que la etnografía muestre y demuestre lo adecuado de su metodología y de sus afirmaciones empíricas. Es indispensable que la etnografía mantenga su estatus de autoridad como trabajo de investigación académica.

Aunque existe una relación compleja entre retórica y ciencia, el autor etnográfico no puede centrarse meramente en la legibilidad y la plausibilidad de su escritura. Es necesario mantener la mirada en los cánones de la prueba. Las afirmaciones (para la generalización, para la solidez de las conclusiones, etcétera) deben ser suficientemente explícitas para que el lector pueda llegar a evaluarlas. De hecho, se trata en primer lugar de un requerimiento que el lector debería ser capaz de establecer respecto a saber qué afirmaciones ha realizado el autor. Es más, la etnografía necesita establecer qué afirmaciones surgen de la originalidad de las conclusiones; qué ideas analíticas han sido desarrolladas; qué ha empleado el etnógrafo como soporte adecuado para sus ideas; y también, a qué prueba se le otorga la capacidad suficiente como para refutar, o al menos modificar, estas ideas.

En otras palabras, necesitamos poder reconocer y evaluar las complejas relaciones entre los diferentes mensajes implícitos y explícitos que se incluyen en la totalidad del texto etnográfico. Algunos de ellos fueron identificados por Lofland (1974) en su exposición sobre los criterios de juicio de los periódicos (los criterios de arbitraje de los periódicos) a la hora de evaluar el papel de la investigación cualitativa. El primero es el criterio del uso de marcos conceptuales «genéricos». Esto refleja la extensión que el objeto de la etnografía alcanza en un marco conceptual más amplio. No es suficiente aportar historias concretas o acontecimientos. La afirmación académica de la etnografía pide una marco analítico general. Los árbitros de Lofland buscan la interrelación exitosa de lo lo-

cal y lo general. Igualmente, existe el criterio de la novedad. No es necesario que el marco conceptual de la etnografía sea totalmente nuevo. Muchos no lo son. Sin embargo, es importante que el texto demuestre cómo las ideas existentes han sido desarrolladas, comprobadas, modificadas o ampliadas. Igualmente, el lector trata de saber cómo la prueba citada en la etnografía conlleva dicho desarrollo conceptual. Como Lofland sugiere, el texto etnográfico no será evaluado positivamente si no consigue ir más allá de la crónica de acontecimientos en un lugar concreto y no aporta un nuevo marco analítico para hacerlo. De esto se sigue, por lo tanto, que el marco analítico y la prueba empírica deberían ser proporcionados conjuntamente de una manera apropiada. En otras palabras, como indica el estudio de Lofland, el tratamiento exitoso de un texto debe ser «elaborado» adecuadamente. O sea, debe ser formulado en un texto que «especifique los elementos constituyentes del marco, señale sus implicaciones, muestre sus principales variaciones y lo utilice todo como medio para organizar y presentar la información cualitativa»; además, debería estar «plagado de acontecimientos»: dotado con «los acontecimientos de interacción concretos, incidentes, ocurrencias, episodios, anécdotas, escenas y *happenings* en cualquier lugar del mundo real» (Lofland, 1974, págs. 106 y 107). La demanda analítica necesita «aferrarse» o anclarse en las particularidades de la vida social observada. Por otra parte, no debe exponerse en exceso con las repeticiones de los incidentes y los ejemplos. De otro modo, podría caer en el defecto de resultar «hiperdescriptiva». Finalmente, Lofland sugiere que los lectores críticos desean encontrar el marco analítico y los datos ilustrativos «interrelacionados». En otras palabras, debe existir una relación constante entre lo concreto y lo analítico, lo empírico y lo teórico. Forma parte del trabajo del etnógrafo intentar mantener el equilibrio entre los dos, y que el lector evalúe lo adecuado de la presentación del texto. Sin embargo, la buena presentación de lo local y lo genérico, de lo empírico y lo abstracto, es lo que permite evaluar el estatus de la etnografía y sus afirmaciones.

No hay maneras apropiadas o erróneas de escribir etnografía. El creciente y amplio reconocimiento de las convenciones textuales también animarán a una mayor experimentación con las formas textuales. Cada vez habrá más antropólogos y sociólogos que deseen aplicar modos alternativos de representación. El texto «realista» no es el único modelo disponible. Es importante reconocer el valor de dicha experimentación textual. Incluso aunque el etnógrafo no intente emular los ejercicios más extravagantes de ciertos

autores «posmodernos», es importante cultivar una atención crítica respecto a las convenciones «literarias» de la escritura académica, e incorporarlas como parte del conocimiento «artesanal» de la etnografía. Sigue siendo importante animar a los novatos y a los etnógrafos experimentados a considerar su escritura como parte de una experiencia metodológica más general. No podemos continuar observando la «escritura» del trabajo etnográfico como inocente. Por el contrario, un reconocimiento de la reflexividad esencial del trabajo etnográfico llega hasta el trabajo de la lectura y también de la escritura. Tenemos que responsabilizarnos de cómo escogemos representarnos a nosotros mismos y a los otros en los textos que escribimos.

AUDIENCIAS, ESTILOS Y GÉNEROS

Una atención reflexiva de la escritura etnográfica debe tener en cuenta el potencial de las audiencias para los productos textuales acabados. A los etnógrafos, después de todo, se les pide que atiendan a los contextos sociales en los que los actores construyen sus relatos cotidianos. Señalamos aquí tanto los relatos solicitados como los voluntarios, aquellos que los realizan y el efecto que causan (intencionado o no). Sin embargo, los etnógrafos no tienen siempre que adoptar esta actitud hacia sus propios relatos publicados. Hay muchas audiencias potenciales para la investigación social: colegas investigadores, anfitriones, estudiantes y profesores de ciencias sociales; profesionales y políticos; editores, directores de periódicos y árbitros. Existe esa amorfa audiencia llamada el «público general». Las audiencias pueden esperar y apreciar diferentes formas y estilos de escritura: una monografía académica, un artículo periodístico, un artículo en una revista popular, un ensayo polémico o un panfleto, un conferencia metodológica o teórica, o un relato autobiográfico de la experiencia de la investigación (véase Schatzman y Strauss, 1973).

Las audiencias difieren respecto a los supuestos de fondo, el conocimiento y las expectativas que vuelcan en el texto etnográfico. Algunos pueden estar versados en las particularidades del lugar y pueden tener un interés particular derivado de esto. Otros se interesarán desde la perspectiva sociológica o antropológica, pero teniendo poco o ningún conocimiento del campo. Algunos lectores se centrarán en las perspectivas teóricas o metodológicas cercanas a la etnografía; otros partirán de una posición de incompreensión y

hostilidad y desearán oponerse y vencer al autor. Algunos lectores se dirigirán directamente a consideraciones prácticas y valorativas. Otros se impacientarán con los detalles de «la historia», mientras que otros la leerán precisamente por los detalles y las anécdotas, pasando por encima la discusión explícitamente teórica o metodológica.

Nunca podemos trazar nuestras etnografías para interesar a la audiencia potencial al completo. Ningún texto puede cumplir todas las expectativas de todos los lectores. Un sentido de audiencia y un sentido de estilo o género guiarán al autor hacia múltiples relatos escritos o hablados. Y, de hecho, dicha precaución puede llevar a una nueva visión analítica. Como Schatzman y Strauss indican:

Preparando artículos o conferencias e imaginando la idea de una audiencia específica, el investigador verá sus datos a la luz de nuevas perspectivas: encontrará nuevas posibilidades analíticas o implicaciones nunca percibidas anteriormente. Este proceso de descubrimiento tardío está lleno de sorpresas, a veces muy importantes, que llevan a una seria reflexión acerca de la «realidad» de lo que uno ha descubierto. Por tanto, no se trata simplemente de que el investigador escriba lo que está en sus notas o en su cabeza. La actividad de escribir o explicar expone nuevos datos que ofrecen una base para nuevos descubrimientos.

(Schatzman y Strauss, 1973, pag. 132)

Igual que el etnógrafo tiene que lidiar con problemas como el extrañamiento, la familiaridad y una serie de descubrimientos «en el campo», una consideración de la audiencia y el estilo puede llevar a una situación paralela.

Richardson (1990a) proporciona un relato excelente de la audiencia y el estilo para el trabajo etnográfico. Describe cómo una gran parte de la investigación que realizó la condujo a la producción de diferentes versiones; cada una dirigida a un tipo diferente de audiencia, o formulada en un estilo diferente. Su trabajo como autora incluía publicaciones para los sociólogos académicos por una parte, y un libro popular, destinado a «venderse» en el mercado, por otra. Sus relatos orales de la investigación incluían apariciones en tertulias como una consecuencia de su escritura popular. Cada texto implica una versión diferente del fenómeno social que describe. Al escribir para diferentes audiencias, y en diferentes estilos, no estamos simplemente describiendo «la misma cosa» de maneras diferentes; estamos cambiando sutilmente lo que describimos tan-

to como la manera de hacerlo. Wolf (1992) también describe y ejemplifica estrategias textuales alternativas en la producción de su propia investigación. Ella contrasta tres diferentes textos que ha producido sobre la base de su trabajo de campo en Taiwan. Tienen diferentes estilos, implican diferentes lectores y adoptan un punto de vista del autor diferente.

La mayoría de los etnógrafos estarán acostumbrados a una dimensión del contraste estilístico (habitualmente dirigida al mismo tipo de audiencia): o sea, el contraste entre relatos «realistas» y «confesionales» del mismo proyecto (Van Maanen, 1988). Como Van Maanen señala, es común entre los etnógrafos publicar «la etnografía» como algo relativamente impersonal, un relato de autoridad, y entonces producir aparte relatos de «cómo se llevó a cabo». Estas confesiones autobiográficas posteriores se publican habitualmente «en cualquier parte», separadas del relato realista, ya sea en colecciones de este tipo de ensayos, o camufladas en un apéndice de la monografía principal.

Sin embargo, no se trata únicamente de asuntos de estilo y género. El género de la etnografía urbana de «la calle» tiende a tener un estilo y un tono diferentes a las etnografías sobre organizaciones complejas. Las etnografías «clásicas» de antropología social o cultural difieren de muchas de sus contraposiciones contemporáneas. Además, la antropología ha desarrollado géneros que reflejan las tradiciones intelectuales asociadas a una región geográfica particular (Fardon, 1990). Van Maanen también identifica una tercera variedad de escritura etnográfica (junto a los cuentos realistas y confesionales): el cuento «impresionista», en el que el etnógrafo emplea más abiertamente mecanismos literarios para la evocación de escenas y acciones.

El asunto no es intentar producir un mapa definitivo de estilos etnográficos, ni sugerir que cada etnografía deba localizarse dentro de uno u otro género. Sin embargo, es importante reconocer que el hecho de escribir de una manera determinada se refleja directamente en lo *que* escribimos. El texto etnográfico forma parte del proceso general de reflexividad, que ayuda a construir los mundos sociales sobre los que se cuenta algo. Por lo tanto, es de vital importancia que el etnógrafo reconozca y comprenda las convenciones textuales que está utilizando, y a qué tipo de recepción invitan éstas a los lectores.

Las consideraciones sobre la audiencia también deben tener en cuenta el hecho de que nuestras monografías y conferencias, así como los textos más populares, pueden ser leídos por nuestros infor-

mantes o las personas sobre las que se ha escrito. Ni el sociólogo ni el antropólogo pueden asumir que «ellos» nunca podrán ver los resultados de la investigación. Si una vez fue cierto lo estudiado en las culturas no letradas por el antropólogo, ya no se puede asumir. Una reciente colección de relatos autobiográficos de antropólogos norteamericanos (Brettell, 1993) contiene reflexiones sobre este punto específico. Éstos documentan, a partir de los diferentes lugares de investigación, geográfica y socialmente, las políticas de recepción de los lectores cuando ellos mismos son «sujetos» de la investigación. Como uno de los autores describe, por ejemplo, la idea de que el trabajo puede ser leído por la élite intelectual de los informantes en Irlanda estuvo presente en el curso de su trabajo de campo (Sheehan, 1993):

Inevitablemente, la sospecha local sobre mi disciplina y mis motivos para la investigación, combinados con el hecho de la notoriedad e influencia de mis informantes, afectó muchas de las decisiones que tomé acerca de cómo escribir sobre mis datos, qué información debería incluir y cuál debería dejar fuera, y cómo conectaría las vidas públicas y las opiniones de aquellos que había estudiado con una información más privada acerca de ellos a la que yo había tenido acceso.

(Sheehan, 1993, pág. 77)

Este sentido de la «audiencia» ha sido un tema recurrente en la investigación de Sheehan, ampliado por el conocimiento que «aquellos sobre los que había escrito serían también, en algunos ejemplos, la misma gente autorizada para criticar la publicación que resultase de mi investigación» (1993, pág. 76). La respuesta de los informantes clave, como el tal «Doc», al libro de Whyte *Street Corner Society* (1981), junto a la respuesta politizada de los grupos minoritarios cuando responden a su representación en los textos etnográficos (Rosaldo, 1986), agudizó nuestra percepción de las relaciones complejas de lectura y escritura que se hacen eco y amplían las relaciones sociales del «trabajo de campo» en sí.

Nuestras relaciones reales o potenciales con los lectores de la etnografía son un caso particular entre una serie de asuntos mucho más generales. Las relaciones de la investigación social siempre tienen implicaciones éticas, y la conducta del trabajo etnográfico surge normalmente de cuestiones de ética de la investigación. En el próximo capítulo nos centraremos en la consideración de dichos asuntos.

Capítulo 10

ÉTICA

En el capítulo 1 decíamos que, contrariamente a la visión de ciertos escritores actuales sobre la investigación cualitativa, el objetivo de la etnografía debía ser la producción de conocimiento; no, según se decía, la mejora de la práctica profesional o la búsqueda de objetivos políticos. En este sentido, para nosotros la investigación social no es necesariamente, y no debería ser, política, aunque haya otros sentidos en los que podría ser descrita razonablemente de ese modo (véase Hammersley, 1994). Otra manera de mostrar esto es decir que el único valor central para la investigación es la verdad: el fin debería ser producir relatos verdaderos acerca del fenómeno social. Y, de hecho, ésta es nuestra posición. Sin embargo, esto no quiere decir que el resto de valores pueda ser omitido en el curso de la investigación. Existen caminos para la indagación que son inaceptables. Decir que el objetivo de la investigación es la producción de conocimiento, por lo tanto, no es decir que este objetivo deba ser perseguido a toda costa. Hay asuntos éticos que rodean la investigación social, igual que los hay en otras formas de actividad humana. En este capítulo veremos cómo éstos surgen en la etnografía y la variedad de argumentos utilizados en relación con ellos. Nos concentraremos principalmente en asuntos que tienen que ver con el comportamiento del investigador y sus consecuencias para la gente que estudia y para otros que pertenecen a los mismos grupos u organizaciones. (Hay otras cuestiones éticas adicionales igualmente importantes, por supuesto, asociadas a la fundación de agencias —Willmott, 1980; Pettigrew, 1993— y relacionadas con equipos de investigadores o entre supervisores y estudiantes de investigación —Bell, 1977—, etcétera. Para debates de un marco más amplio de cuestiones éticas relacionados con la investigación social en general, véanse Beals, 1969; Diener y Crandall, 1978; Barnes, 1979; Punch, 1986; Homan, 1991.)

LOS ASUNTOS

La mayoría de los asuntos éticos de los que trataremos se relacionan generalmente con la investigación social, pero las características particulares de la etnografía les aportan un acento distintivo. Los consideraremos bajo cinco epígrafes: consentimiento informado, privacidad, perjuicio, explotación y las consecuencias para investigaciones futuras.

El consentimiento informado

A menudo se dice que la gente estudiada por los investigadores sociales debería estar informada acerca de la investigación de manera comprensible y detallada, y debería otorgar su consentimiento incondicional. La más sorprendente desviación de este principio en el contexto del trabajo etnográfico es la observación participante encubierta, en la que el etnógrafo lleva adelante la investigación sin que la mayoría de los participantes, o nadie en absoluto, sepan que la investigación está teniendo lugar. Ejemplos de esto son el trabajo de Homan sobre los pentecostalistas y el estudio de Holdaway sobre la policía (Homan, 1978; Holdaway, 1983; véase también Bulmer, 1982). Algunos comentaristas afirman que dicha investigación nunca, o casi nunca, se justifica, que es análoga a la infiltración por parte de *agents provocateurs* o espías (Bulmer, 1982, pág. 3). Estas objeciones surgen de la creencia de que este tipo de investigación niega los derechos humanos de la autonomía y la dignidad, o de los miedos acerca de sus consecuencias. Por ejemplo, se ha dicho que «la investigación social conlleva manipulación y engaño, lo que ayuda a crear una sociedad de cínicos, mentirosos y manipuladores, que desprecia la confianza esencial en un orden social justo» (Warwick, 1982, pág. 58). Otros escritores adoptan un punto de vista opuesto, y señalan las diferencias en los propósitos entre la investigación encubierta y el espionaje y enfatizan la idea de que todos mantenemos una restricción sobre la información que transmitimos sobre nosotros mismos y nuestros intereses diarios. También se ha dicho que el engaño que conlleva la observación participante encubierta «es moderado si lo comparamos con el que practican cada día las organizaciones oficiales y las empresas» (Fielding, 1982, pág. 94). Respecto a algo que justifique la actividad, se sabe que hay ciertos lugares que no son accesibles a la investigación, o al menos no lo son sin una gran reacción adversa, si

no se emplea el método encubierto; como dijimos en el capítulo 3, a menudo existe algo de incertidumbre alrededor de este tema.

A pesar de que el asunto del consentimiento otorgado surge más bien en relación con la observación participante encubierta, también aparece en relación con otras formas de trabajo etnográfico. Incluso cuando la investigación que está teniendo lugar se hace explícita, no es infrecuente para los participantes olvidar rápidamente este detalle una vez que llegan a conocer al etnógrafo como persona. De hecho, los etnógrafos intentan facilitar este detalle al construir activamente una relación con ellos, en un intento de minimizar su rechazo. Ciertamente, sería perjudicial continuar con el asunto que Bell (1977, pág. 59) denomina como «cierto equivalente sociológico a la conocida precaución policial "todo lo que digas o hagas puede ser utilizado como información..."».

Además, incluso cuando se opera de manera encubierta, los etnógrafos rara vez le dicen a *toda* la gente que están estudiando *toda* lo referente a la investigación. Hay varias razones para actuar así. Una es que, en el punto inicial de la negociación del acceso, el propio etnógrafo a menudo no conoce el curso que tomará el trabajo; verdaderamente no lo sabe con detalle. Pero incluso después, una vez que el problema de la investigación y la estrategia quedan claros, existen razones que justifican que a los participantes sólo se les proporcione información limitada. Por una parte, la gente estudiada tal vez no esté muy interesada en la investigación, y la insistencia a la hora de proporcionar información puede ser una fuente de molestia. Igualmente importante es el hecho de que divulgar cierto tipo de información puede afectar el comportamiento de la gente de manera que invalide la investigación. Por ejemplo, decir a los profesores que uno está interesado en si les hablan igual a las chicas que a los chicos en clase puede producir resultados falsos, pues ellos harán un esfuerzo para equilibrar sus interacciones. (Aunque a veces interesa que esto afecte a la investigación. De hecho, el fin puede ser observar en qué medida cambia el comportamiento. Véase el caso estudiado por Kelly sobre el aspecto de las chicas en el proyecto de ciencia y tecnología: Kelly, 1985.)

Además, a menudo proporcionar toda la información que puede ser considerada necesaria para el consentimiento informado supone un error, pues incluso los etnógrafos que realizan investigaciones abiertas a veces decepcionan. Los participantes pueden haber recibido la falsa impresión de que el etnógrafo está de acuerdo con sus puntos de vista o que piensa que sus comportamientos son éticamente aceptables, cuando no es así. Ésta suele ser una de las causas

por las cuales los etnógrafos no mencionan sus propios puntos de vista; pero a veces ocurre incluso estando de acuerdo o aceptando sus creencias a pesar de todo; como en el caso de la investigación de Fielding sobre las organizaciones de extrema derecha o la investigación de Taylor sobre los guardias de una institución para «retrasados mentales» (Fielding, 1982, págs. 86-87; Taylor, 1991).

Roth ha dicho que toda investigación falla sobre el *continuum* entre el encubrimiento total y la apertura total (Roth, 1962); y es importante enfatizar que dentro de la misma investigación el nivel de apertura puede variar considerablemente respecto a las diferentes personas integrantes del campo. Por ejemplo, en su investigación sobre la escuela Bishop McGregor, Burgess informó a los profesores que iba a realizar una investigación; pero a los estudiantes sólo se les dijo que era un profesor nuevo a tiempo parcial, aunque supieron de su investigación porque les hacía preguntas (Burgess, 1985d, págs. 143 y sigs.).

El consentimiento libre no es algo que se pueda conseguir de manera más directa y rutinaria que la provisión de información al completo. Los etnógrafos suelen intentar dar a la gente la oportunidad de rechazar el ser observados o entrevistados, pero eso no siempre es posible, al menos no sin hacer que la investigación se vea alterada. Por ejemplo, la investigación de Atkinson sobre la enseñanza a pie de cama a los estudiantes de medicina en hospitales tuvo lugar con el conocimiento y el consentimiento de los especialistas relacionados, pero no con el de los estudiantes o los pacientes observados (Atkinson, 1981a y 1984). En el contexto de la investigación de la policía, Punch comenta que «en una gran organización comprometida con la interacción constante con un considerable número de clientes» resulta físicamente imposible buscar el consentimiento de todo el mundo y hacerlo «supondría acabar con muchos de los pilares del proyecto de investigación» (Punch, 1986, pág. 36). También hay dificultades que surgen por el hecho de que los etnógrafos realizan investigaciones en ambientes naturales y su control sobre el proceso de investigación a menudo se ve limitado: simplemente no tienen poder para asegurar que todos los participantes estén totalmente informados y den su libre consentimiento respecto al hecho de verse involucrados.

Por encima y más allá de esto, aparece también la cuestión de qué constituye el libre consentimiento, de qué es lo que lleva a un consentimiento forzado. Por ejemplo, ¿intentar persuadir a alguien para que se deje entrevistar u observar constituye una forma sutil de coerción, o esto depende del tipo de argumentos que se utilicen?

También se ha propuesto que algunas personas, en ciertos roles, por ejemplo en las oficinas públicas, no tienen el derecho a rechazar ser investigados, y por lo tanto no es necesario solicitarles su consentimiento (Rainwater y Pittman, 1967).

Privacidad

En la vida diaria distinguimos entre los espacios públicos (como los parques) y los espacios privados (como el dormitorio); del mismo modo lo hacemos entre la información que es de dominio público y la que es secreta o confidencial. Una consecuencia frecuente de realizar investigación etnográfica es que conlleva la obligación de hacer públicas cosas dichas y hechas en privado. Y esto a menudo atemoriza ante la perspectiva de las consecuencias a largo plazo. Por ejemplo, se ha dicho que toda investigación social «encierra la posibilidad de destruir la privacidad y la autonomía del individuo, de proporcionar más poder a aquellos que ya lo ostentan, de crear la infraestructura para un Estado opresor invencible» (Barnes, 1979, pág. 22). Igual que el consentimiento informado, sin embargo, el concepto de privacidad es complejo. La línea que separa lo público de lo privado rara vez es clara. ¿Una charla en un bar es pública o privada? ¿Hay alguna diferencia si se charla en voz alta o *sotto voce*? ¿Y las ceremonias religiosas son acontecimientos públicos? No resulta sencillo responder a estas preguntas, y en parte la respuesta depende del punto de vista de uno.

Nosotros también trazamos la distinción entre público y privado de manera diferente dependiendo de quién está involucrado. Por ejemplo, es común entre los investigadores sobre educación preguntar a los niños acerca de sus amigos, pero no es frecuente investigar los modelos de amistad entre los profesores; y, en parte, esto probablemente venga dado porque se asume que las vidas privadas de los niños están abiertas de manera legítima al escrutinio como no lo están las de los adultos, especialmente los adultos profesionales de clase media. Esto es, por descontado, un supuesto que no está más allá de posibles cuestionamientos. También la privacidad parece definida según los términos de audiencias específicas que no disponen de acceso legítimo a la información de un tipo concreto. (¡Ni frente a los niños, ni frente a los adultos!) A veces, la invasión de la privacidad por parte de los investigadores se justifica sobre la base de que el relato va a ser publicado para una audiencia especializada y será inaccesible para la gente estudiada o

para cualquiera que los conozca y pueda leerlo. Pero ¿es eso cierto? Y aun siendo así, ¿sirve esto de excusa para invadir la privacidad? Algunos informantes reaccionaron al estudio de Scheper-Hughes sobre un pueblo irlandés, *Saints, Scholars and Schizophrenics*, quejándose de que había sido escrito de manera que era accesible para ellos: «¿Por qué no pudiste dejarlo en una polvorienta disertación que nadie leyera, perdida encima del estante de una biblioteca, o en un libro académico que sólo los "expertos" fueran a leer?» (Scheper-Hughes, 1982, pág. vii).

Relacionada de manera estrecha con el tema de la privacidad está la idea esbozada por algunos investigadores acerca de que la gente tiene el derecho a controlar la información relacionada con ellos mismos, y que tienen que dar su permiso para la utilización de la misma por parte de los investigadores (véanse, por ejemplo, Walker, 1978; Lincoln y Guba, 1989). De este modo, Lincoln y Guba afirman que «cuando los participantes no "poseen" los datos que proporcionan sobre sí mismos, se les priva de cierto elemento esencial de dignidad, además de que se les abandona de una manera perjudicial» (Lincoln y Guba, 1989, pág. 236). La idea de que la información que proporcionan los participantes les pertenece tiene unas implicaciones obvias en la realización de entrevistas, pero también puede extenderse, como mínimo al principio, a la información obtenida mediante la observación. Se dice que al otorgarle a la gente este derecho a la propiedad se les protege de las consecuencias de la información que ellos entienden como confidencial o perjudicial en caso de que el investigador la hiciera pública. Sin embargo, hay críticas a este punto de vista: primero, porque presenta una posibilidad de distorsión de las pruebas por parte de los participantes; segundo, porque es una forma potencial de estrategia utilizada por los investigadores para presionar a la gente a proporcionar información que de otra manera no divulgaría (Jenkins, 1980).

Perjuicio

A pesar de que la investigación etnográfica rara vez conlleva el tipo de consecuencias dañinas que a veces tienen, por ejemplo, los experimentos médicos con pacientes o las investigaciones de los físicos sobre fisión nuclear, en ocasiones puede tener importantes consecuencias, tanto para la gente estudiada como para otras personas. Esto sucede como resultado del proceso actual de llevar a ca-

bo la investigación mediante la publicación de las conclusiones. Como mínimo, ser estudiado puede crear ansiedad o desazón, y allí donde la gente se encuentra ya en situaciones de estrés la investigación puede ser juzgada como no ética a ciertos niveles. Un ejemplo es la investigación sobre enfermos terminales y cómo afrontan la situación los que están muriendo, sus parientes, amigos y profesionales relevantes. Realizar una investigación en un área como ésta (véanse, por ejemplo, Glaser y Strauss, 1968; Wright, 1981) requiere obviamente una cuidadosa consideración de los efectos sobre la gente implicada. El proceso de investigación también puede ramificarse, más allá de los efectos inmediatos sobre la gente estudiada en ese momento, en categorías más extensas de actores o de instituciones sociales. Por ejemplo, Troyna y Carrington (1989) critican muchos estudios por el uso de técnicas de investigación que, así lo creen ellos, refuerzan el racismo: técnicas como preguntar a los informantes acerca de las características típicas de los miembros de diferentes grupos étnicos. Este tipo de crítica también puede hacerse extensiva a los pecados por omisión y a los pecados por comisión. Por ejemplo, ¿se está comportando un investigador de manera poco ética si es testigo de charlas racistas o sexistas sin intervenir en las mismas? (Para casos en los que aparecen estos temas, véanse Hammersley, 1980; Smart, 1984, págs. 155-156; Gallmeier, 1991, pág. 227; Griffin, 1991, págs. 116-118.)

Volviendo a las consecuencias potencialmente perjudiciales de la publicación de los relatos etnográficos, éstas pueden tener lugar de muchas maneras y pueden afectar tanto a la reputación de los individuos como a las circunstancias materiales. Un conocido ejemplo es el relato de Vidich y Bensman sobre Springdale, una comunidad del norte del Estado de Nueva York (Vidich y Bensman, 1958). Algunos lectores no sólo pudieron identificar esa comunidad, sino que varios individuos descritos también eran reconocibles (en particular aquellos que desempeñaban papeles principales en la política local), y su comportamiento se había hecho público. (Para estudios acerca de las cuestiones éticas que sugiere este caso, véanse Becker, 1964; Vidich y otros, 1964. Y para un debate sobre las ventajas y desventajas de utilizar seudónimos para las personas y los lugares investigados, véanse Homan, 1991, págs. 142-148.)

En el caso del estudio de Maurice Punch sobre Dartington Hall, una escuela privada progresista de Devon, los problemas que rodearon la publicación marcaron las últimas fases de la investigación. Inicialmente, el *trust* que financiaba la escuela, cuyos miembros incluían un eminente sociólogo británico, dio permiso a Punch pa-

ra realizar una investigación de seguimiento de ex alumnos. Al mismo tiempo, Punch fue registrado como profesor, fue seleccionado para ir a estudiar a una escuela progresista y se le dijo que podía asistir a Dartington para este propósito. Sin embargo, la historia de la investigación se transformó en un catálogo de conflictos y recriminaciones. Muy pronto, a pesar de haber sido validado por el *trust*, los jefes de estudios negaron a Punch el acceso a los archivos del colegio, incluso a aquellos en los que únicamente se podía saber quiénes habían sido los primeros alumnos. La principal batalla surgió, sin embargo, acerca de la publicación final de un libro con sus tesis. Un poco tontamente, Punch firmó un documento en el que afirmaba que no publicaría nada de lo recogido allí sin el consentimiento por escrito del presidente del *trust*. Como resultado, una vez que completó su disertación dio comienzo la lucha, incluidas amenazas con posibles acciones legales, antes de intentar conseguir el consentimiento para la publicación. La oposición a la publicación parecía venir, en gran medida, del juicio de los miembros del *trust*, que entendían que la investigación mostraba Dartington desde un punto de vista negativo. Punch proporcionó su propio resumen de conclusiones:

Primero, se ha dicho que este tipo de estudio «antiinstitución», con sus nebulosas líneas de acción, es difícil que resulte operativo al nivel del día a día porque gran parte de sus conceptos son imprecisos y porque se entra en conflicto con los imperativos institucionales para la cohesión y la continuidad. Segundo, yo creo que el ideal de «no interferencia» del equipo de profesores a menudo se vio comprometido por la manipulación de estos mismos profesores respecto a la sociedad de alumnos. Pero, a su vez, los alumnos podían subvertir la libertad que se les ofrecía con el comportamiento colectivo y mediante poderosas normas grupales y sanciones, que eran la antítesis de los valores más celebrados de la escuela. Y tercero, resultaba evidente sugerir que algunos de los primeros alumnos encontraban difícil adaptarse a la sociedad, pues seguían dependiendo de la escuela y de las redes de antiguos alumnos, ya que estaban desmotivados en términos de logros convencionales, y más que tomar parte activa en un mundo cambiante, parecían optar por una subcultura periférica y artística.

(Punch, 1986, págs. 61-62)

No resulta difícil entender por qué los miembros del *trust* podían estar en desacuerdo con sus conclusiones, y por qué deseaban que dicho libro no se publicara, especialmente dado el creciente

entorno políticamente hostil en el que la escuela se encontraba. Y los miedos de los miembros del *trust* quizá se vieron confirmados por la aparición, en un periódico de tirada nacional, una semana antes de la publicación del libro, del siguiente titular: «Una bomba de relojería académica, en forma de libro crítico, va a explotar bajo la escuela progresista Dartington Hall el próximo jueves». (Punch también encontró la publicación de un relato de la historia que había detrás de la investigación inicialmente bloqueada por las leyes británicas: Punch, 1986, págs. 49-69.)

El aporte de los datos de la investigación por parte de medios de comunicación masivos tiene también un papel significativo en otros estudios. La investigación de Morgan sobre mujeres que trabajan en fábricas salió publicada en periódicos de tirada nacional (Morgan, 1972), y el siguiente estudio de Banbury fue descrito en un periódico local bajo el siguiente titular: «Nuevos problemas en una "ciudad esnob"» (Bell, 1977, pág. 38). Dicha publicidad puede dañar la reputación de los individuos, las organizaciones y los lugares, así como afectar los sentimientos de los que se ven implicados.

Lo que resulta significativo en casos como éstos, por supuesto, no es si la información publicada y publicitada es cierta o no, sino las implicaciones que acarrea, o las implicaciones que podría acarrear, para la gente estudiada y otros como ellos. Y existen grandes posibilidades de que los problemas surjan a partir de estas implicaciones cimentadas en la naturaleza de la investigación social, como Becker indica, siguiendo las ideas de Everett Hughes:

La visión sociológica del mundo —abstracta, relativista, generalizadora— necesariamente desacredita la visión que la gente tiene de sí misma y de sus organizaciones. El análisis sociológico causa unos efectos tanto si consiste en una descripción detallada del comportamiento informal como en un debate abstracto sobre las categorías teóricas. Los miembros de una Iglesia, por ejemplo, tal vez no se alegren al descubrir que su conducta exhibe la influencia de unos «modelos variables» o después de leer una descripción de su comportamiento cotidiano que muestra la diferencia radical entre éste y el que siguen los domingos por la mañana en la iglesia. En cualquier caso, algo precioso para ellos es tratado como un mero ejemplo de clase.

(Becker, 1964, pág. 273)

El problema se convierte en algo más serio, sin embargo, en el caso de «aquellos que se creen en posesión de la verdad absoluta e incontestable», como Wallis (1977, pág. 149) señala en su estudio

sobre los que profesan la cienciaología. Se las arregló para publicar su libro y evitar un juicio por libelo sólo después de una dura negociación y ciertas modificaciones del texto. Como respuesta a su libro, un representativo miembro de la Iglesia de la cienciaología se quejó de que en lugar de contemplar «un movimiento social de crecimiento espectacular y de progresiva incidencia en la sociedad en áreas de reforma social, él ha escogido pintar, en tonos oscuros, un pequeño cuadrado en el extremo inferior del lienzo» (Gaiman, 1977, pág. 169). Es necesario decir que las respuestas a los informes de investigación por parte de aquellos cuyo comportamiento se describe en los mismos no siempre son negativas, y a menudo son mínimas o inexistentes.

El daño potencial causado por la publicación de las conclusiones de la investigación no queda restringido a los efectos de lo que llega a conocerse públicamente o sobre las reputaciones de la gente o las organizaciones. También es relevante el uso que se puede hacer de la información. Un caso extremo es el relato antropológico de Condominas sobre Sar Luk, un pueblo montañoso de Vietnam del Sur, publicado en francés en 1957. Este estudio fue traducido de manera ilegal por el gobierno de Estados Unidos y utilizado por el ejército en la guerra del Vietnam como parte de la «inteligencia etnográfica». La información producida por Condominas no parece haberse visto directamente implicada en la destrucción de Sar Luk por parte del ejército sudvietmanita, pero está claro que la publicación de información acerca de este pueblo tuvo, como mínimo, consecuencias potencialmente mortíferas para la gente que vivía allí, incluso aunque Condominas no pudiera haberlo previsto (véase Barnes, 1979, págs. 155-156).

A veces, incluso la existencia de una tesis doctoral en la biblioteca de una universidad puede causar problemas, como descubrió Wolf en el caso de su investigación sobre los «motoristas fuera de la ley»:

Pocos años después de haber abandonado a los Rebels, la policía de Calgary llevó a un miembro de la sección que los Rebels tenían allí al juzgado con la intención de retirarle su licencia de posesión de armas de fuego. Un miembro de la policía de Calgary se adjudicó el estatus de «testigo experto» y actuó como testigo para el fiscal. «Testigo experto» significa que el individuo es considerado capaz de ofrecer al jurado una «opinión informada» sobre el asunto judicial debido a su sobrado conocimiento y familiaridad con la situación. Cuando el abogado defensor le preguntó sobre qué base el oficial de policía podía afirmar tener un conocimiento de los Rebels, el oficial justificó su elección como

testigo experto gracias a que había leído mi tesis. El Rebel de Calgary ganó finalmente el juicio y mantuvo su derecho legal a poseer armas de fuego; sin embargo, fue a Edmonton para encontrarse conmigo.

(Wolf, 1991, pág. 220)

A pesar de que Wolf escapó a las represalias, el Rebel de Calgary y sus socios dejaron claro que estaban en contra de la publicación de un libro sobre la base de su tesis: «¡Ni hablar de que vas a publicar ese libro!». Wolf comenta: «Era una interesante complicación ética, y una peligrosa complicación personal. Sin embargo, éstos no eran los hermanos con los que había hecho mi pacto original, y decidí seguir adelante con la publicación» (1991, pág. 221).

Un ejemplo más mundano es el estudio de Ditton sobre «malversación y robo» entre los vendedores de pan. Abre el prefacio a su libro de la siguiente manera:

Tengo suerte de contar con algunos amigos y colegas. Probablemente no tantos como el que más, y quizá se verán reducidos en número después de la publicación de este libro. No espero que en Wellbread muchos hombres miren amablemente el recorte en sus ingresos que este trabajo supondrá para ellos, y el panadero que hay en mí estará de acuerdo con ellos.

(Ditton, 1977, pág. vii)

Puede decirse que la exposición de Ditton de la «malversación y robo» no sólo perjudicó la reputación y los ingresos de los que trabajaban en la panadería estudiada, sino quizá también los de aquellos que trabajaban en otras panaderías.

Finch (1984) trata un asunto más general acerca de los perjuicios en relación con su propio trabajo sobre los grupos de actividades educativas para niños de edad preescolar y las esposas de los clérigos. Ella afirma que es difícil, incluso para las feministas, «encontrar maneras de asegurar que la información obtenida en las entrevistas no será utilizada contra los intereses colectivos de las mujeres» (1984, pág. 83). Por supuesto, no siempre está claro en interés de quién se hace, y alguien podría decir que el valor del conocimiento científico, el derecho público a conocer, sobrepasa estas consideraciones; pero muchos etnógrafos insistirían en la importancia de intentar asegurar que el conocimiento obtenido en la investigación sea usado para una buena causa, y no para algo malo.

Explotación

A veces se afirma que la investigación implica la explotación de aquellos a los que se estudia: que estos últimos aportan información que utiliza el investigador y que no reciben nada, o muy poco, a cambio. Uno de los profesores de la escuela que Beynon (1983, pág. 47) estudió comenta: «Cuando llegaste, pensé: "¡Aquí tenemos a otro tío que carga un peso sobre nuestras espaldas!". Teníamos la impresión de que éramos simple pasto para la investigación». Y otros críticos han dicho que los investigadores suelen observar a aquellos que tienen menos poder e influencia, y por esta razón pueden establecer una negociación para la investigación que les da ventaja y deja en desventaja a los estudiados. Éste es un problema que puede surgir incluso en las situaciones en que el investigador tiene un compromiso intelectual y emocional con la gente que estudia y que busca establecer una relación no jerárquica con ellos, como Finch deja claro en el caso de las feministas que estudian a otras mujeres (Finch, 1984).

Cannon opina que éste fue un problema especialmente grave en su investigación sobre mujeres con cáncer de mama. Al relacionarse, ella animaba a las mujeres a que intentaran reflejar en el proceso de las entrevistas cómo y dónde se les puede ayudar, y les cedía el control sustancial de las entrevistas (Cannon, 1992, pág. 162-163). En cualquier caso, Cannon se sentía culpable de que su investigación empeorara las situaciones de las pacientes:

La mayoría de las mujeres que entrevisté se sentían enfermas, o al menos experimentaban cierta incomodidad en el momento en que las entrevisté; no les gustaba estar en el hospital y mis entrevistas basadas, precisamente, en la clínica les hacían pensar que estarían allí más tiempo del necesario; mis preguntas les llevaban a remontarse en el tiempo hasta que sintieron sus primeros síntomas de anormalidad en el pecho, algo que, para la mayoría de las mujeres, era ya secundario, les parecía lejano y poco relevante respecto a la amenaza presente en sus vidas en ese momento.

(1992, pág. 172)

Al mismo tiempo, Cannon estaba en disposición de proporcionar apoyo, tanto físico como emocional, hasta tal punto que para algunas de ellas se convirtió en una parte importante de sus relaciones sociales, incluido el momento de la muerte.

Aquí, como en muchos otros casos, existen beneficios tanto como costes para aquellos que se ven implicados en la investigación, pero no son fáciles de calibrar. Como resultado, hay problemas que rodean los juicios sobre qué es lo que constituye, exactamente, la explotación. El concepto implica una comparación entre lo que se da y lo que se recibe, y/o entre lo que contribuye a la investigación, por ambas partes. Por supuesto, gran parte de los beneficios y costes y las relativas contribuciones no pueden medirse, pues ciertamente no existe una escala para ello. Que tenga o no lugar la explotación es siempre una cuestión de juicio, y por lo tanto queda abierto un desacuerdo sustancial posible.

El argumento acerca de la potencial explotación de la investigación etnográfica lleva a una variedad de recomendaciones: que los investigadores deben devolver algo a cambio, en forma de servicios o pagos; que a los participantes se les ha de dar poder para convertirse en parte del proceso de investigación; o que la investigación debe dirigirse hacia el estudio de los poderosos y no de los que no tienen ningún poder. Sin embargo, estos remedios no siempre evitan el problema y son controvertidos en sí mismos.

Consecuencias para una investigación futura

Los investigadores sociales, y especialmente los etnógrafos, se centran en conseguir el acceso a los lugares. La investigación que se juzga objetable por parte de las personas estudiadas y/o por los porteros puede tener el efecto de que se niegue el acceso en el futuro. Si esto ocurriera a gran escala, la investigación etnográfica se haría virtualmente imposible. Éste es uno de los principales argumentos utilizados por Fred Davis (1961b) en su crítica del estudio secreto de Lofland y Lejeune sobre una rama de Alcohólicos Anónimos (Lofland y Lejeune, 1960; Lofland, 1961); y por Erickson (1967) contra el estudio encubierto de un grupo religioso apocalíptico en *When Prophecy Fails* (Festinger y otros, 1956). Por supuesto, aquí lo que se cuestiona es la reacción negativa. Así, Becker ha afirmado que existe un «conflicto irreconciliable entre los intereses de la ciencia y los intereses de los estudiados», y que cualquier buen estudio es susceptible de provocar una reacción hostil (Becker, 1964, pág. 276). Esto es una exageración, pero destaca la falacia de asumir que el investigador y la gente estudiada verán la investigación del mismo modo. Como en la vida en general, podrá haber interpretaciones conflictivas y conflictos de intereses; y no hay soluciones

sencillas para estos conflictos. El resultado final de esto es que mientras el etnógrafo puede tener la obligación ética respecto a sus colegas de «no estropear el campo», no siempre será posible conocer esa obligación; y a veces el curso de la acción requiere conocer que ésta posteriormente puede resultar indeseable en otros terrenos.

DIFERENTES PERSPECTIVAS

Estos cinco asuntos éticos están sujetos claramente a diferentes puntos de vista. Sin embargo, ha habido intentos, por parte de las asociaciones profesionales, relacionados con la investigación social, para desarrollar patrones éticos y códigos de práctica, trazando (con diferentes grados de prescripción y refuerzo) reglas que los investigadores debían seguir, o asuntos que debían tener en cuenta, si querían evitar el comportamiento no ético. (Muchas organizaciones han diseñado líneas éticas para la investigación social. Para una útil exposición de las líneas éticas en el contexto británico, véase Homan, 1991, cap. 2.) En ocasiones las universidades y las instituciones de investigación adoptan códigos de práctica, y en Estados Unidos éstos se ven reforzados en relación con ciertos tipos de investigación por parte de revistas institucionales o comités que examinan los propósitos de la investigación.

Al mismo tiempo, el establecimiento y el refuerzo de las líneas han sido cuestionados, según diferentes supuestos. Algunos critican dichas líneas de actuación por el hecho de buscar la legislación allí donde sólo el juicio práctico en el contexto es adecuado. Otros las critican por intentar reforzar unos estándares éticos que no son realistas, dada la naturaleza de la sociedad en la que se llevó a cabo la investigación, y en particular la manipulación y quizá el comportamiento poco ético de algunos de los que han sido estudiados. El marco y el cambio del marco de las líneas éticas han intentado a veces tener en cuenta ambos tipos de crítica al reconocer las consideraciones en conflicto y las circunstancias especiales. Sin embargo, esto ha supuesto, a su vez, la crítica de aquellos que afirman que los estándares éticos materializados en las líneas éticas son demasiado laxos y están marcados en exceso por los intereses de sus miembros. Así, puede decirse que mientras estas líneas habitualmente requieren que los investigadores ganen el consentimiento informado de la gente que se estudia, la naturaleza de la información que puede obtenerse y las circunstancias bajo las que se puede

asumir el libre consentimiento no están trazadas con el suficiente rigor, y que siempre hay fisuras que permiten que los investigadores procedan sin el consentimiento informado.

Si nos extendemos en nuestro planteamiento, podemos identificar cuatro posiciones contrarias que han tenido un impacto en el pensamiento acerca de los asuntos éticos que rodean a la investigación etnográfica:

a) Primero, están aquellos que afirman que los tipos particulares de estrategia de investigación son ilegítimos, y nunca deberían ser empleados por los investigadores. Por ejemplo, el engaño se cita a menudo y se insiste en el establecimiento de un consentimiento totalmente informado con los participantes. De manera similar, las reglas estrictas están trazadas sobre lo que algunos consideran una invasión de la privacidad, y se dice que los investigadores no deberían infringirla mediante acción alguna. La crítica de Warwick sobre el estudio de Humphrey de los encuentros entre homosexuales en los urinarios públicos se acerca a esta posición (Warwick, 1982). Dichos puntos de vista se justifican a menudo apelando a los compromisos políticos o religiosos y/o a la existencia de ciertos derechos humanos inalienables. Shils ofrece una interesante versión al hablar sobre una teoría social acerca del papel de lo sagrado en las sociedades modernas (Shils, 1959).

b) Segundo, están aquellos que afirman que lo que es o no es una acción legítima por parte de los investigadores es una cuestión necesariamente de juicio en el contexto, y depende de la valoración de los beneficios relativos y los costes de la búsqueda de la investigación en diferentes sentidos. Este punto de vista suele hacer hincapié en evitar los perjuicios serios a los participantes, e insiste en la legitimidad de la investigación y en el hecho de que ofender a *alguien* no siempre se puede evitar. Esto deja abierto a juicio el asunto de qué beneficios y qué costes entraña la estrategia de cada caso en particular, y cómo deben sopesarse. Ninguna estrategia queda proscrita por completo, aunque algunas pueden ser más difíciles de justificar que otras. Becker parece cercano a este punto de vista (Becker, 1964).

c) Una tercera posición es el relativismo ético. Esto implica que nunca existe una única respuesta a la pregunta de qué comportamiento es o no legítimo por parte del investigador. Esto es así porque los juicios acerca de lo bueno y lo malo siempre dependen del compromiso con una perspectiva de valor en concreto, y porque existe una pluralidad de valores y culturas con las que los humanos

pueden estar comprometidos. Esta posición a menudo lleva a argumentos sobre el efecto de que los participantes deban ser consultados o relacionados directamente en la investigación, y que no debe hacerse nada que transgreda sus principios morales. Lincoln y Guba (1989) adoptan esta postura.

d) Finalmente, están aquellos que parecen negar toda relevancia a las consideraciones éticas, al menos cuando entorpecen ciertos tipos de investigación. Un ejemplo significativo podemos encontrarlo en los escritos sobre conflictos metodológicos. En éstos se argumenta que la insistencia a la hora de establecer el consentimiento informado puede ser contraproducente en el estudio de algunas grandes organizaciones económicas o estatales, pues aquellos que detentan el control de las mismas no tendrían escrúpulos a la hora de manipular la investigación para su propio beneficio. Se dice que en dichos contextos la investigación encubierta puede ser esencial (Lehman y Young, 1974; Lundman y McFarlane, 1976). Douglas generaliza este argumento afirmando que los puntos de vista convencionales acerca de la ética de la investigación social están basados en una teoría defectiva de la sociedad. Sobre esta base, arguye que el engaño es imprescindible para el bien de la ciencia social porque el mundo social se caracteriza por su carácter evasivo, el engaño, el secretismo y los conflictos sociales (Douglas, 1976). Douglas y los metodologistas del conflicto afirman, entonces, que los investigadores deben estar preparados para llevar a cabo prácticas poco éticas debido a que, a menudo, ésta es la única manera de conseguir la información que se desea. Mientras que aquellos que defienden esta línea de argumentación tal vez no crean que el fin justifica siempre los medios, sí creen que a veces los medios que son éticamente sospechosos desde cierto punto de vista, como el engaño, pueden justificarse porque prometen la realización de un gran bien, por ejemplo el conocimiento que a veces conduce a políticas sociales que remedien la injusticia social.

Los desacuerdos entre las cuatro posiciones no son sólo acerca de valores y de sus implicaciones para la acción, también están relacionados con los supuestos factuales acerca de la naturaleza de las sociedades en las que la investigación se lleva a cabo, el tipo de investigación que necesita realizarse y su valor relativo, etcétera. Las preguntas también surgen acerca de si los mismos estándares éticos pueden ser aplicados a todos los que se ven involucrados en la investigación, o si los estándares deberían variar. Por ejemplo, ¿deben ser acreedores los miembros de una organización política de

extrema derecha partidaria del racismo a la misma consideración ética que los miembros de un gobierno elegido democráticamente? ¿Y estos dos grupos deberían ser tratados según las mismas normas éticas que los pacientes de cáncer? Estos ejemplos también destacan el hecho de que los investigadores no operan en situaciones completamente libres: aquellos a quienes estudian pueden no sólo tener diferentes necesidades e intereses que cabe considerar, sino que tendrán también un poder diferente para protegerse a sí mismos y para defender sus intereses en relación con los investigadores y los otros.

ADOPTAR UN PUNTO DE VISTA

Nuestra posición se acerca al segundo punto de vista expuesto arriba, aunque aceptamos elementos de todos ellos. Según nuestro juicio, es peligroso tratar los procedimientos particulares como si fueran intrínsecamente éticos y deseables, ya estén éstos asegurados por el consentimiento totalmente informado, al darle poder a la gente sobre los datos relacionados con ella, recibiendo información suya acerca de las conclusiones de la investigación o publicando información sobre la base del «derecho público a conocer». Lo que resulta apropiado o inapropiado depende del contexto, y a veces las acciones que son motivadas por ideales éticos pueden causar serios problemas, no sólo a los investigadores sino a la gente a la que se ha estudiado.

Tomemos el ejemplo del *feedback* respecto a las conclusiones de los participantes en la investigación. Ahora se acepta ampliamente como una obligación ética, porque es importante estar abierto respecto a lo que uno investiga; así la gente puede tomar una posición en relación con ello. La experiencia de Kelly en la investigación de un proyecto para dar trabajo a jóvenes en el centro de la ciudad ilustra dicho compromiso y sus peligros. Ella se comprometió en una observación participante abierta, pero debido a los cambios que se producían en la clientela no todos los jóvenes estaban al corriente de que era una investigadora. Además, algunos de los que sí lo sabían no se dieron cuenta del tipo de información que ella estaba recogiendo y quería publicar. Como resultado, cuando empezó a circular de manera interna un informe se produjeron reacciones muy negativas que afectaron no sólo a la investigación en sí, sino también a la relación entre el equipo y los clientes (Davies y Kelly, 1976; Cox y otros, 1978). Lo que ejemplifica este caso es que estar

abierto en este sentido puede alterar la economía de información de los grupos y las organizaciones que se están estudiando: por ejemplo, al dar a conocer la información previamente sólo a algunos aunque esté disponible para todos, o al hacer público y «oficial» lo que anteriormente sólo era privado e informal. Lo que subyace en el tratamiento de cualquier procedimiento como un requerimiento absolutamente ético son supuestos acerca de cómo los lugares sociales *deberían ser* que pueden entorpecer el hecho de conocer cómo *son realmente*.

En el mismo sentido, la justificación de la investigación y de la publicación de conclusiones sobre el territorio del derecho público puede ser peligrosa si no viene acompañada de otras consideraciones. Como Shils (1959) ha señalado:

Los buenos argumentos pueden funcionar contra la publicidad continua acerca de las instituciones públicas. Puede decirse que la publicidad extrema no sólo rompe la confidencialidad que enaltece la imaginación y la reflexión necesarias para un trabajo efectivo de las instituciones, sino que también destruye el respeto que debería, al menos en principio, tener la ciudadanía por aquéllas.

(Shils, 1959, pág. 137)

Incluso Becker, cuyos puntos de vista difieren ampliamente de los de Shils, afirma que uno debería abstenerse de publicar cualquier cosa que causara molestias a la gente estudiada si no se tratara de algo central para la investigación o si su importancia no estuviera por encima de dichas consecuencias (Becker, 1964, pág. 284). Y, de hecho, los investigadores adquieren a menudo información confidencial que no utilizan. En su estudio de género y escolarización en una localidad rural inglesa, el relato de Mason (1990, pág. 106) se convierte en algo «atento a los detalles de las prácticas encubiertas como "pluriempleo", "evasión de impuestos", y diferentes detalles acerca de "chismorreos"», que a ella se le pidió que mantuviera en secreto. A veces el investigador puede decidir que incluso los datos y/o las conclusiones que son relevantes para la investigación se deben suprimir por razones éticas. El antropólogo Evans-Pritchard proporciona un ejemplo de dicha autocensura en su libro *Witchcraft among the Azande*:* en él excluyó información acerca de la asociación particular dedicada a la práctica de la ma-

* Trad. cast.: *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*, Barcelona, Anagrama, 1997.

gia, debido a las consecuencias que la publicación podría acarrear a sus miembros: «Los europeos generalmente adoptamos posturas tan hostiles con respecto a estas asociaciones y castigamos tan duramente a sus miembros que he evitado publicar relatos acerca de sus ritos, pues algunos de ellos podrían ofender la sensibilidad europea» (Evans-Pritchard, 1937, pág. 511; citado en Barnes, 1979, pág. 40). De manera similar, en su estudio de un equipo de baloncesto universitario, Adler y Adler (1991, pág. 179) reconocen haber practicado «cierto grado de autocensura, evitando presentar aspectos que podrían desacreditar potencialmente el lugar».

Nos parece que existen valores que la mayoría de la gente, en todas las sociedades, podrían suscribir de una manera u otra, y que éstos pueden guiar los juicios de los investigadores acerca de cuáles es o no un comportamiento aceptable. Y los valores y sentimientos de aquellos que son estudiados también se deben tener en consideración. Sin embargo, es importante reconocer que tal vez no siempre sea posible o deseable evitar actuar de manera contraria a esos valores. Los valores, a menudo, son contradictorios, y sus implicaciones para lo que es legítimo o ilegítimo en situaciones concretas es, potencialmente al menos, siempre una cuestión de disputa razonable. Está también el problema de la incierta validez de nuestro conocimiento factual sobre las consecuencias de un posible ocurrir diferente de la acción, y por lo tanto acerca de qué acciones particulares producirán los efectos deseados.

Por estas razones, lo que constituye un perjuicio es una cuestión de valoración y puede ser discutido. Un buen ejemplo de esto nos lo proporciona la investigación de Homan sobre el comportamiento religioso de los viejos pentecostales. Como respuesta a la crítica hacia su estrategia de investigación encubierta, Homan argumentó que haber informado a las congregaciones de que él iba a realizar una investigación hubiera interferido en el trabajo de una manera menos justificable que el ser observados por un investigador sin saberlo. Estemos o no de acuerdo con él, queda claro que aquí entraban en juego principios conflictivos, y quizá también desacuerdos acerca de las consecuencias que supondría adoptar una estrategia de investigación abierta o encubierta (véase Homan y Bulmer, 1982). De igual manera, en el caso de la investigación de Ditton sobre los trabajadores de una panadería, en el que se puede apreciar que con posterioridad éstos sufrieron perjuicios como resultado de su investigación, se trata de una cuestión para debatir. Por una parte, sus logros se podrían reducir al resultado, sus reputaciones dañadas, aunque no queda claro si esto fue así realmente.

Por otra parte, el comportamiento que ellos mostraron se podría describir como antiético y perjudicial para otros. Habida cuenta de esto, ¿no deberían ellos responsabilizarse de sus actos? Pero también puede preguntarse por qué las personas concretas que Ditton estudió tendrían que afrontar la responsabilidad de sus actos cuando otras no lo hacen. Después de todo, muchos negocios funcionan sobre la base de que existe cierto nivel de robo por parte de los empleados. Y se podrían hacer preguntas acerca de los niveles de remuneración ofrecidos a los panaderos comparados con los de los dueños de las panaderías. Además, estos últimos pueden estar implicados en prácticas delictivas, quizá a una escala financiera mayor, sin quedar por ello expuestos al escrutinio público. Aquí también, por lo tanto, existe una cuestión de alcance para el debate acerca de si la investigación causa perjuicio, cuán serio es éste y si se actuó de manera legítima.

La misma indeterminación potencial rodea otros asuntos éticos. Un ejemplo es la confidencialidad de la información:

A veces, durante el transcurso de conversaciones, los profesores decían: «Y esto es confidencial». Pero podríamos preguntar: ¿qué es realmente confidencial de todo lo que dice el informante: todo, el nombre de la persona que habla o las características de un episodio en concreto? Pueden surgir todavía más preguntas: ¿para quién es confidencial esa información? ¿Para mí y la secretaria que transcribe la cinta? O esto quiere decir que ya hay suficiente confidencialidad en el uso de seudónimos? [...]

De todos modos, hay ciertos materiales que siempre son confidenciales para el investigador y éste los pierde habitualmente de vista. Por ejemplo, en mitad de una conversación grabada con un profesor se me pidió que «parara esa estúpida máquina». En este punto, el individuo me habló de ciertas cosas que él no había hecho. El profesor me dijo que esa información no debía ser utilizada nunca. [...] Dichas situaciones me ponen en un dilema. Si el informante no pretendía que la información me influenciara, ¿por qué me la contó? En ciertos aspectos, esto parece ser una invitación a incorporar este material de algún modo, pero si se hace sin aportar datos y fuentes, las afirmaciones pueden perder su valor. Este tipo de situación también presenta muchos otros problemas. Primero, el investigador se convierte en cómplice de las otras personas involucradas en la conversación si el material no es utilizado. Segundo, en este caso los datos cambiarían drásticamente el relato público de una situación, así que en este sentido el investigador se ve implicado en un engaño.

Beynon (1983, pág. 42) relata una experiencia similar, aunque con una respuesta diferente: «¿Si te cuento la verdad acerca de este lugar, tú te la quedarás para ti?», me preguntó el señor Jovial. ¡Difícilmente podía responderle que incluso una charla insulsa constituía una fuente de datos potencial! «Hágalo, por favor», le dije, sintiéndome completamente taimado».

Lo mismo ocurre con la honestidad. Se trata de un valor importante, pero esto no implica que siempre tengamos que ser totalmente honestos. En la vida diaria la mayoría de nosotros no dice toda la verdad y nada más que la verdad en todas las circunstancias. Podemos mostrarnos circunspectos e incluso llegar a mentir en alguna ocasión, no sólo para proteger nuestros intereses sino también para proteger los de otros, a veces incluso los de la persona a la que le estamos mintiendo. Lo que aquí se debate no es «engañar o no engañar» en abstracto, sino qué y cómo decir qué y a quién en cada ocasión. En la investigación, como en la vida diaria, las consideraciones sobre los efectos de la divulgación de diferentes tipos de información y su carácter deseable o no surgen y se deben tener en cuenta. Según nuestro punto de vista, una razón para no decir toda la verdad, a pesar de ser un engaño claro, puede ser justificable en tanto que no ha sido pensado para perjudicar a la gente investigada y parece tener pocas posibilidades de hacerlo.

Como hemos señalado anteriormente, también existe un margen para estar en desacuerdo sobre si una investigación conlleva la explotación de la gente estudiada. Las exigencias a los participantes de la investigación pueden alterar una buena relación, pero también permiten evaluar el nivel y la significación de esas demandas. En el caso de la etnografía, el impacto de la investigación tal vez parezca mínimo, en el sentido de que a menudo todo lo que se requiere es que los participantes se comporten con normalidad. Sin embargo, ser observado o entrevistado puede ser una fuente de ansiedad y tensión considerable. Y a pesar de que existen beneficios potenciales de la investigación para los participantes, por ejemplo la oportunidad de hablar directamente con alguien acerca de sus problemas, el valor que se le da a esto puede variar de manera significativa. La responsabilidad a la hora de asegurar que no se explotará a la gente que se estudia recae en los etnógrafos, pero se trata inevitablemente de una cuestión de juicio, lo cual significa un reto.

En este contexto, también es importante recordar que las posibilidades de deshonestidad, manipulación, explotación y de causar perjuicio no reside únicamente en la relación entre el investigador

y los investigados. Wax (1952) señala que a los investigadores se les puede considerar como presa fácil, como participantes en un juego limpio, y cuyas simpatías y deseos de información pueden ser explotados mediante regalos y favores. Adler y Adler proporcionan un ejemplo, al describir cómo los camellos que pasan drogas y que ellos estudiaban gradualmente empezaron a tomarles ventaja:

Ellos sabían que siempre podían confiar en que les devolviéramos el dinero que nos daban para que se lo guardásemos. Pero el dinero que les prestamos en momentos desesperados nunca nos lo devolvieron, incluso cuando disponían de nuevo de él. Esperaban nuestros favores sin pensar en ningún tipo de reciprocidad, más allá del conocimiento de sus actividades.

(Adler y Adler, 1991, pág. 178)

Un caso más extremo es el de Wallis, que se vio sometido a represalias. Esto implicaba

las actividades de un miembro del equipo de la organización de la ciencia que visitó mi universidad [...] presentándose a sí mismo como un estudiante que deseaba realizar un estudio o una investigación sobre la religión en Escocia. Me pidió si podía asistir a mis clases y mis conferencias y ¡sí podía quedarse en mi casa durante unos días! Esto, por descontado, levantó mis sospechas y en seguida recordé que lo había visto vestido con el uniforme de los miembros del equipo cuando asistí al curso de comunión en los cuarteles centrales de la Iglesia de la ciencia. Sin embargo no inicié ninguna acción en esa fase, pues no sabía cómo reaccionar del modo preciso. Durante su corta estancia en Stirling acudió a mi casa en mi ausencia y, sin que yo lo supiera entonces, se presentó a los otros estudiantes como amigo mío con la intención de hacer preguntas referentes a si yo estaba involucrado en un «asunto de drogas». Después de un par de días me enfrenté a él con mis conocimientos y mi experiencia.

En este punto, él cambió su historia, afirmando ser un detractor de la ciencia que venía a venderme información. Le dije que no compraba información y le di a entender que creía tan poco en esta historia como en la que había defendido anteriormente. [...]

Semanas después de su visita salieron a la luz varias cartas falsas, algunas de las cuales supuestamente estaban escritas por mí. Estas cartas, enviadas a los empleados de mi universidad, a colegas y a otras personas, me implicaban en una serie de actos, desde una aventura de corte homosexual a un asunto de drogas. Gracias a que tenía pocos enemigos y debido a que esta acción se había producido poco después

de mi conferencia sobre la organización de la cienciología, no resultó difícil inferir la fuente de esos intentos de incomodarme.

(Wallis, 1977, págs. 157-158)

Los miembros de la Iglesia de la cienciología también escribieron sobre la esencia de la investigación de Wallis, quejándose de su comportamiento y amenazándole con acciones legales.

Así pues, el etnógrafo debe sopesar la importancia y la contribución de su investigación frente a las oportunidades y la escala de los perjuicios que puede causar (a la gente involucrada, a otras personas o a un acceso futuro), frente a valores como la honestidad y el juego limpio, la violación de la privacidad y posibles consecuencias para sí mismo y para otros investigadores. Pero hay indicaciones conflictivas, juicios difíciles y probablemente desacuerdos. Los asuntos éticos no son cuestiones sobre las que puedan tomarse siempre decisiones consensuadas y sencillas. Según nuestro punto de vista, sin embargo, las estrategias más efectivas para la investigación deben adoptarse a pesar de que no haya pruebas que evidencien que no se trata de un comportamiento éticamente inaceptable. En otras palabras, los etnógrafos deben resolver la indeterminación y la incertidumbre en gran medida a favor de los intereses de la investigación, pues se trata de su labor principal.

CONCLUSIÓN

Hemos identificado algunos asuntos éticos que rodean a la investigación etnográfica, y hemos esbozado los diferentes puntos de vistas acerca de los mismos que podemos encontrar en los textos. Hemos presentado también nuestro propio punto de vista, afirmando que aunque las consideraciones éticas son importantes no pueden solucionarse de manera satisfactoria apelando a reglas absolutas, y que la búsqueda efectiva en la investigación es un asunto que compete a los etnógrafos. Es responsabilidad del etnógrafo decidir actuar de manera que sea éticamente aceptable, teniendo en cuenta sus objetivos, la situación en la que se lleva a cabo la investigación y los valores e intereses de la gente involucrada. En otras palabras, como investigadores y como consumidores de investigaciones, debemos realizar juicios sobre qué es o no legítimo en cada caso concreto. Y debemos estar preparados para apoyar nuestros juicios con argumentos si resulta necesario. Debemos también ad-

mitir que otros podrán estar en desacuerdo, incluso después de que hayamos presentado nuestros argumentos, y no solamente porque tengan otros motivos para hacerlo. Es importante que los asuntos éticos que rodean la investigación se discutan públicamente, pues esto llevará a deliberaciones a investigadores individuales y a equipos de investigación.

La reflexividad conlleva un importante mensaje en el campo de la ética, igual que en otros aspectos de la etnografía. Algunas discusiones sobre cuestiones éticas de la investigación social parecen sustentarse sobre la idea de que los investigadores sociales pueden y deben actuar según unas normas éticas más severas que las de la gente corriente, que tienen, o deberían tener, una elevada sensibilidad y responsabilidad ética. Existe también una tendencia a dramatizar las conductas de forma excesiva, implicando un nivel de transgresión moral o perjudicial que queda excesivamente lejos de lo que suele darse. (Un ejemplo es la crítica de Warwick del estudio de Laud Humphreys sobre la actividad homosexual en los urinarios públicos como una violación de la libertad de los hombres involucrados: Warwick, 1982, pág. 50.) En efecto, los problemas éticos que rodean la investigación etnográfica son muy similares a aquellos que rodean otras actividades humanas. Por ejemplo, en qué medida y cómo mostrar lo que uno sabe, las creencias, los sentimientos, etcétera, puede ser un asunto importante para cualquier tipo de actor en cualquier momento. Y lo que se juzga como apropiado o deseable puede hacer variar una buena relación. En la vida diaria, sobre todo, los asuntos éticos están sujetos a las mismas incertidumbres y desacuerdos, al mismo juego de intereses creados y opiniones dogmáticas y al mismo abanico de razonables aunque conflictivos argumentos. Todo lo que se les puede pedir a los etnógrafos es que tomen nota de los aspectos éticos de su trabajo y realicen los mejores juicios posibles de acuerdo con las circunstancias. Como cualquier otra persona, ellos tendrán que vivir con las consecuencias de sus acciones, e, inevitablemente, también los otros tendrán que hacerlo. Pero esto es así para todos nosotros y en todos los aspectos de nuestras vidas.

Ésta no es la última palabra, sin embargo. Lo que plantearemos a partir de ahora son las consideraciones éticas que deberían dirigir las acciones cuando el investigador deja de serlo y se compromete en una acción que no está directamente relacionada con el objetivo de la producción de conocimiento. De hecho, siempre existen muchas acciones comprometidas del etnógrafo en el campo que no están relacionadas directamente con la producción de co-

nocimiento. Por su naturaleza, la etnografía fuerza a entablar relaciones con la gente que se estudia, y uno puede hacer cosas debido a esas relaciones, más allá de cualquier conexión que tengan con la investigación. Sin embargo, a veces habrá acciones que será necesario llevar a cabo a causa de tales relaciones o por obligaciones derivadas de otros roles, que no son compatibles con el quehacer del investigador, o al menos que deben realizarse a expensas del investigador: un ejemplo puede ser tomar partido cuando uno es testigo del abuso físico de un paciente «mentalmente retrasado» por parte de los empleados que cuidan de él (Taylor, 1991, págs. 245-246).

Convertirse en investigador no significa, por lo tanto, que uno ya no sea ciudadano o persona, que el compromiso de uno respecto a la investigación deba mantenerse a toda costa. Sin embargo, según nuestro punto de vista, las situaciones en que estas otras identidades deben ser adoptadas por el investigador son infrecuentes; y las decisiones de suspender o abandonar el papel de investigador deben surgir a partir de consideraciones que sobrepasen con creces la importancia de la investigación. Hay que tener en cuenta también la capacidad, a menudo muy limitada, del investigador a la hora de ayudar. Un ejemplo común de este tipo de acción es el compromiso de los investigadores con la defensa de las personas que estudian. Y frecuentemente asociada a este compromiso con la defensa, según nuestra opinión, se produce una infravaloración de las dificultades que esto conlleva, una sobrestimación de las posibilidades de éxito y algo de inconsciencia respecto al peligro de hacer que la situación empeore (Hastrup y Elsass, 1990).

La mayor parte del tiempo, según nuestro punto de vista, hay que resistir la tentación de abandonar el papel de investigador. Ciertamente, no estamos muy de acuerdo con los intentos de redefinir el papel del investigador como el de una especie de activista político. Igual que las concepciones absolutistas acerca de la ética de la investigación, esto parece basarse en una concepción del investigador como si estuviese en cierto sentido por encima del mundo que estudia, y por lo tanto fuese capaz de poseer conocimientos y poderes divinos. Contra esto, resulta saludable recordar que el etnógrafo forma, en gran medida, parte del mundo social que estudia, y que es el sujeto de distintos propósitos, constricciones, limitaciones y debilidades, como cualquier otra persona.

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, J., «Testing Hargreaves' and Lacey's differentiation-polarisation theory in a setted comprehensive», *British Journal of Sociology*, vol. 40, nº 1, 1989a, págs. 46-81.
- , «Gender differences and anti-school boys», *Sociological Review*, vol. 37, nº 1, 1989b, págs. 65-88.
- Adam, B., *Time and Social Theory*, Cambridge, Polity Press, 1990.
- Adelman, C., «On first hearing», en C. Adelman (comp.), *Uttering, Muttering: Collecting, Using and Reporting Talk for Social and Educational Research*, Londres, Grant McIntyre, 1977.
- Adler, P. A., *Wheeling and Dealing*, 2ª ed., Nueva York, Columbia University Press, 1993.
- Adler, P. A. y P. Adler, *Membership Roles in Field Research*, 2ª ed., Newbury Park, Calif., Sage, 1991.
- Agar, M., *Ripping and Running: A formal Ethnography of Urban Heroin Addicts*, Nueva York, Seminar Press, 1973.
- , *Professional Stranger*, Nueva York, Academic Press, 1980.
- Aggleton, P., *Rebels Without a Cause: Middle-Class Youth and the Transition from School to Work*, Londres, Faber, 1987.
- Altheide, D., *Creating Reality: How TV News Distorts Events*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1976.
- Arensberg, C. M. y S. T. Kimball, *Family and Community in Ireland* (1940), Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1968.
- Atkinson, J. M., *Discovering Suicide: Studies in the Social Organisation of Sudden Death*, Londres, Macmillan, 1978.
- Atkinson, P., «The clinical experience: an ethnography of medical education», tesis doctoral no publicada, University of Edinburgh, 1976.
- , *The Clinical Experience*, Farnborough, Gower, 1981a.
- , «Transition from school to working life», memorándum no publicado, Sociological Research Unit, University College, Cardiff, 1981b.
- , «Writing ethnography», en H. J. Helle (comp.), *Kultur und Institution*, Berlín, Dunker & Humblot, 1982.
- , «Wards and deeds» (1984), en Burgess (comp.), 1984b.
- , «Talk and identity», en S. N. Eisenstadt y H. J. Helle (comps.), *Perspectives on Social Theory*, vol. 2, *Microsociology*, Londres, Sage, 1985.
- , «Ethnomethodology: a critical review», *Annual Review of Sociology*, nº 14, 1988, págs. 441-465.
- , «Goffman's poetics», *Human Studies*, nº 12, 1989, págs. 59-76.
- , «The ethnography of a medical setting: reading, writing and rhetoric», *Qualitative Health Research*, vol. 2, nº 4, 1992a, págs. 451-474.
- , *Understanding Ethnographic Texts*, Newbury Park, Calif., Sage, 1992b.

- Atkinson, P. y C. Heath (comps.), *Medical Work: Realities and Routines*, Farnborough, Gower, 1981.
- Atkinson, P. y A. Weaver, «From coding to hypertext», en R. G. Burgess (comp.), *Studies in Qualitative Methodology*, vol. 5, Greenwich, Conn., JAI, 1994.
- Atkinson, P., S. Delamont y M. Hammersley, «Qualitative research traditions: a British response to Jacob», *Review of Educational Research*, vol. 58, n° 2, 1988, págs. 231-250.
- Bacon, F., *The New Organon or True Directions Concerning the Interpretation of Nature* (1620), Indianapolis, Ind., Bobbs-Merrill, 1960 (trad. cast.: *Novum organum*, Barcelona, Hogar del Libro, 1988).
- Bales, R. F., «Comment on Herbert Blumer's paper», *American Journal of Sociology*, n° LXXI, págs. 545-547.
- Ball, M. S. y G. W. H. Smith, *Analyzing Visual Data*, Newbury Park, Calif., Sage, 1992.
- Ball, S. J., «Initial encounters in the classroom and the process of establishment», en P. Woods (comp.), *Pupil Strategies*, Londres, Croom Helm, 1980.
- , *Beachside Comprehensive*, Londres, Cambridge, University Press, 1981.
- , «Case study research in education: some notes and problems» (1983), en Hammersley (comp.), 1983a.
- , «Beachside reconsidered: reflections on a methodological apprenticeship» (1984), en Burgess (comp.), 1984b.
- , «Political interviews and the politics of interviewing» (1994), en Walford (comp.), 1994.
- Barbera-Stein, L., «Access negotiations: comments on the sociology of the sociologist's knowledge», documento presentado al 74º encuentro anual de la American Sociological Association, Boston, agosto de 1979.
- Barnes, J. A., *Who Should Know What? Social Science, Privacy and Ethics*, Harmondsworth, Penguin, 1979.
- Barrett, R. A., *Benabarre: The Modernization of a Spanish Village*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1974.
- Barzun, J. y H. Graff, *The Modern Researcher*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1970.
- Beals, R., *Politics of Social Research: An Inquiry into the Ethics and Responsibilities of Social Scientists*, Chicago, Aldine, 1969.
- Beattie, J., *Bunyoro: An African Kingdom*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1965.
- Becker, H. S., «Becoming a marihuana user», *American Journal of Sociology*, n° 59, 1953, págs. 41-58.
- , «Problems in the publication of field studies», en Vidich y otros (comps.), 1964.
- , comentario expuesto en R. J. Hill y K. Stones Crittenden (comps.), *Proceedings of the Purdue Symposium on Ethnomethodology*, Institute for the Study of Social Change, Department of Sociology, Purdue University, 1967.
- , «Whose side are we on?», *Social Problems*, n° 14, 1968, págs. 239-247.
- , «Life history and the scientific mosaic», en H. S. Becker, *Sociological Work*, Chicago, Aldine, 1970.
- , Nota en M. Wax y R. Wax, «Great tradition, little tradition, and formal edu-

- cation», en M. Wax, S. Diamond y F. Gearing (comps.), *Anthropological Perspectives on Education*, Nueva York, Basic Books, 1971.
- , «Art as collective social action», *American Sociological Review*, nº 39, 1974, págs. 767-776.
- (comp.), *Exploring Society Photographically*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- , «How I learned what a crock was», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, nº 1, 1993, págs. 28-35.
- Becker, H. S. y B. Geer, «Participant observation and interviewing: a comparison», *Human Organization*, vol. XVI, 1957, págs. 28-34.
- , «Participant observation: the analysis of qualitative field data», en R. N. Adams y J. J. Preiss (comps.), *Human Organization Research: Field Relations and Techniques*, Homewood, Ill., Dorsey Press, 1960.
- Becker, H. S., E. C. Hughes y A. L. Strauss, *Boys in White: Student Culture in Medical School*, Chicago, University of Chicago Press, 1961.
- Bell, C., «Reflections on the Banbury restudy», en Bell y Newby (comps.), 1977
- Bell, C. y H. Newby (comps.), *Doing Sociological Research*, Londres, Allen & Unwin, 1977.
- Bell, C. y H. Roberts (comps.), *Social Researching: Policies, Problems and Practice*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1984.
- Belsey, C., *Critical Practice*, Londres, Methuen, 1980.
- Bensman, J. y A. Vidich, «Social theory in field research», *American Journal of Sociology*, nº 65, 1960, págs. 577-584.
- Berger, P. L. y T. Luckmann, *The Social Construction of Reality*, Londres, Allen Lane, 1967 (trad. cast.: *La construcción social de la realidad*, Madrid, Martínez de Murguía, 1986).
- Berlak, A. C., H. Berlak, N. T. Bagenstos y E. R. Mikel, «Teaching and learning in English primary schools», *School Review*, vol. 83, nº 2, 1975, págs. 215-243.
- Berremán, G., *Behind Many Masks: Ethnography and Impression Management in a Himalayan Village*, monografía nº 4, Society for Applied Anthropology, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1962.
- Bertaux, D. (comp.), *Biography and Society: The Life History Approach in the Social Sciences*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1981.
- Bettelheim, B., *The Informed Heart*, Londres, Paladin, 1970.
- Beynon, J., «Ways-in and staying-in: fieldwork as problem solving» (1983), en Hammersley (comp.), 1983a.
- Bloor, M., «On the analysis of observational data: a discussion of the worth and uses of inductive techniques and respondent validation», *Sociology*, vol. 12, nº 3, 1978, págs. 545-552.
- Blumer, H., «What is wrong with social theory?», *American Sociological Review*, nº 19, 1954, págs. 3-10.
- , «Reply to Bales», *American Journal of Sociology*, nº LXXI, 1966, págs. 545-547.
- , *Symbolic Interactionism*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1969 (trad. cast.: *Interaccionismo simbólico*, Barcelona, Hora, 1982).
- Bogdan, R. y S. Taylor, *Introduction to Qualitative Research Methods*, Nueva York, Wiley, 1975.

- Bohannon, P., «Unseen community: the natural history of a research project», en D. A. Messerschmidt (comp.), *Anthropologists at Home in North America: Methods and Issues in the Study of One's Own Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- Boon, J., «Functionalists write too: Frazer, Malinowski and the semiotics of the monograph», *Semiotica*, vol. 46, n° 2-4, 1983, págs. 131-149.
- Booth, C., *Life and Labour of the People in London*, Londres, Macmillan, 1902-1903.
- Borhek, J. T. y R. F. Curtis, *A Sociology of Belief*, Nueva York, Wiley, 1975.
- Bowen, E., *Return to Laughter*, Londres, Gollancz, 1954.
- Brannen, J. (comp.), *Mixing Methods: Qualitative and Quantitative Research*, Aldershot, Avebury, 1992.
- Brettell, C. B. (comp.), *When They Read What We Write: The Politics of Ethnography*, Westport, Conn., Bergin & Garvey, 1993.
- Brewer, J. con K. Magee, *Inside the RUC: Routine Policing in a Divided Society*, Oxford, Clarendon Press, 1991.
- Brodkey, L., *Academic Writing as Social Practice*, Filadelfia, Temple University Press, 1987.
- Brown, P., *Schooling Ordinary Kids*, Londres, Methuen, 1987.
- Brown, R. H., *A Poetic for Sociology: Toward a Logic of Discovery for the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- Bryman, A., *Quantity and Quality in Social Research*, Londres, Unwin Hyman, 1988.
- Bryman, A. y R. G. Burgess (comps.), *Analyzing Qualitative Data*, Londres, Routledge, 1993.
- Bulmer, M., «Concepts in the analysis of qualitative data», *Sociological Review*, vol. 27, n° 4, 1979, págs. 651-679.
- , «Why don't sociologists make more use of official statistics?», *Sociology*, vol. 14, n° 4, 1980, págs. 505-523.
- (comp.), *Social Research Ethics: An Examination of the Merits of Covert Participant Observation*, Londres, Macmillan, 1982.
- , *The Chicago School of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.
- Burgess, R. G., *In the Field: An Introduction to Field Research*, Londres, Allen & Unwin, 1984a.
- (comp.), *The Research Process in Educational Settings*, Lewes, Falmer, 1984b.
- (comp.), *Issues in Educational Research: Qualitative Methods*, Lewes, Falmer, 1985a.
- (comp.), *Strategies of Educational Research: Qualitative Methods*, Lewes, Falmer, 1985b.
- (comp.), *Field Methods in the Study of Education*, Lewes, Falmer, 1985c.
- , «The whole truth? Some ethical problems of research in a comprehensive school» (1985d), en Burgess (comp.), 1985c.
- , «In the company of teachers: Key informants and the study of a comprehensive school» (1985e), en Burgess (comp.), 1985b.

- (comp.), *Studies in Qualitative Methodology*, vol. 1, *Conducting Qualitative Research*, Greenwich, Conn., JAI, 1988a.
- , «Conversations with a purpose: the ethnographic interview in educational research» (1988b), en Burgess (comp.), 1988a.
- (comp.), *The Ethics of Educational Research*, Lewes, Falmer, 1989.
- (comp.), *Studies in Qualitative Methodology*, vol. 2, *Reflections on Field Experience*, Greenwich, Conn., JAI, 1990.
- (comp.), *Studies in Qualitative Methodology*, vol. 3, *Learning about Fieldwork*, Greenwich, Conn., JAI, 1992.
- Burke, K., *Permanence and Change*, Nueva York, New Republic, 1936.
- , *Perspectives by Incongruity*, Bloomington, Indiana University Press, 1964.
- Campbell, J., «Fieldwork among the Sarakatsani, 1954-1955», en J. DePina-Cabral y J. Campbell (comps.), *Europe Observed*, Londres, Macmillan, 1992.
- Cannon, S., «Reflections on fieldwork in stressful situations», en Burgess (comp.), 1992.
- Cappetti, C., *Writing Chicago: Modernism, Ethnography and the Novel*, Nueva York, Columbia University Press, 1993.
- Carey, J. T., «Problems of access and risk in observing drug scenes», en J. D. Douglas (comp.), *Research on Deviance*, Nueva York, Random House, 1972.
- Carr, W. y S. Kemmis, *Becoming Critical*, Lewes, Falmer, 1986.
- Cassell, J., «The relationship of observer to observed when studying up», 1988, en Burgess (comp.), 1988a.
- Chagnon, N. A., *Yanomamö: The Fierce People*, 2ª ed., Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1977.
- Chambliss, W., «On the paucity of original research on organized crime», *American Sociologist*, nº 10, 1975, págs. 36-39.
- Chandler, J., «Researching and the relevance of gender», en Burgess (comp.), 1990.
- Chomsky, N., *Language and Mind*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1968 (trad. cast.: *El lenguaje y el entendimiento*, 4ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1986).
- Cicourel, Aaron, *The Social Organization of Juvenile Justice*, 2ª ed., Londres, Heinemann, 1967.
- Cicourel, A. y J. Kitsuse, *The Educational Decision Makers*, Nueva York, Bobbs-Merrill, 1963.
- Clifford, J. y G. Marcus (comps.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.
- Coffey, A. J., «Double entry: the professional and organizational socialization of graduate accountants», tesis doctoral no publicada, University of Wales, College of Cardiff, 1993.
- Cohen, P. S., «Is positivism dead?», *Sociological Review*, vol. 28, nº 1, 1980, págs. 141-176.
- Collier, J. y M. Collier, *Visual Anthropology: Photography as a Research Method*, ed. rev., Albuquerque, N. Mex., University of New Mexico Press, 1986.
- Corsaro, W. A., «Entering the child's world - research strategies for field entry and data collection in a preschool settings», en J. L. Green and C. Wallat

- (comps.), *Ethnography and Language in Educational Settings*, Norwood, NJ, Ablex, 1981.
- Cox, A., G. Cox, D. Brandon y D. Scott, «The social worker, the client, the social anthropologist and the "new honesty"», monografía, Youth Development Trust, a cargo de Duncan Scott, Dept. of Social Administration, University of Manchester, 1978.
- Coxon, A. P. M., «Something sensational...: the sexual diary as a tool for mapping detailed sexual behaviour», *Sociological Review*, vol. 36, nº 2, 1988, págs. 353-367.
- Crawford, P. I. y D. Turton (comps.), *Film as Ethnography*, Manchester, Manchester University Press, 1992.
- Cressey, D., «The criminal violation of financial trust», *American Sociological Review*, nº 15, 1950, págs. 738-743.
- Currer, C., «Strangers or sisters? An exploration of familiarity, strangeness and power in reserach», en Burgess (comp.), 1992.
- Curtis, J. E. y J. W. Petras (comps.), *The Sociology of Knowledge*, Londres, Duckworth, 1970.
- Dalton, M., *Men Who Manage: Fusions of Feeling and Theory in Administration*, Nueva York, Wiley, 1959.
- Davies, R. M. y P. A. Atkinson, «Students of midwifery: "Doing the obs" and other coping strategies», *Midwifery*, nº 7, 1991, págs. 113-121.
- Davies, R. M. y E. Kelly, «The social worker, the client, and the social anthropologist», *British Journal of Social Work*, vol. 6, nº 2, 1976, págs. 213-231.
- Davis, A. y G. Horobin, (comps.), *Medical Encounters: The Experience of Illness and Treatment*, Londres, Croom Helm, 1977.
- Davis, F., «The cab-driver and his fare: facets of a fleeting relationship», *American Journal of Sociology*, vol. 65, nº 2, 1959, págs. 158-165.
- , «Deviance disavowal: the management of strained interaction by the visibly handicapped», *Social Problems*, nº 1, 1961a, págs. 120-132.
- , Comentario sobre «Initial interactions of newcomers in Alcoholics Anonymous», *Social Problems*, nº 8, 1961b, págs. 364-365.
- , *Passage through Crisis: Polio Victims and their Families*, Indianapolis, Ind., Bobbs-Merrill, 1963.
- , «The martian and the convert: ontological polarities in sociological research», *Urban Life and Culture*, vol. 2, nº 3, 1973, págs. 333-343.
- , «Stories and sociology», *Urban Life and Culture*, vol. 3, nº 3, 1974, págs. 310-316.
- Davis, N. J., «The abortion consumer: making it through the network», *Urban Life and Culture*, vol. 2, nº 4, 1974, págs. 432-459.
- Dean, J. P. y W. F. Whyte, «How do you know if the informant is telling the truth?», *Human Organization*, nº 17, 1958, págs. 34-38.
- Dean, J. P., R. L. Eichorn y L. R. Dean, «Fruitful informants for intensive interviewing», en J. T. Dolby (comp.), *An Introduction to Social Research*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 2ª ed., 1967.
- Delamont, S., «The old girl network: reflections on the fieldwork at St. Luke's» (1984), en Burgess (comp.), 1984b.

- Den Hollander, A. N. J., «Social description: problems of reliability and validity», en D. G. Jongmans y P. C. W. Gutkind (comps.), *Anthropologists in the Field*, Assen, Países Bajos, Van Gorcum, 1967.
- Denzin, N. K., «The logic of naturalistic inquiry», *Social Forces*, nº 50, 1971, págs. 166-182.
- , *The Research Act: A Theoretical Introduction to Sociological Methods*, 2ª ed., Nueva York, McGraw-Hill, 1978.
- Deutscher, L., *What We Say/What We Do: Sentiments and Acts*, Glenview, Ill., Scott Foresman, 1973.
- Devault, M. L., «Women write sociology: rhetorical strategies», en A. Hunter (comp.), *The Rhetoric of Social Research: Understood and Believed*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1990.
- Dews, P., *Logics of Disintegration: Post-Structuralist Thought and the Claims of Critical Theory*, Londres, Verso, 1987.
- Dexter, L., *Elite and Specialized Interviewing*, Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1970.
- Dey, I., *Qualitative Data Analysis: A User-Friendly Guide for Social Scientists*, Londres, Routledge, 1993.
- Diener, E. y R. Crandall, *Ethics in Social and Behavioral Research*, Chicago, University of Chicago Press, 1978.
- Diesing, P., *Patterns of Discovery in the Social Sciences*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1972.
- Dingwall, R., «Atrocity stories and professional relationships», *Sociology of Work and Occupations*, vol. 4, nº 4, 1977a, págs. 371-396.
- , *The Social Organization of Health Visitor Training*, Londres, Croom Helm, 1977b.
- , «Practical ethnography», en G. Payne, R. Dingwall, J. J. Payne y M. Carter (comps.), *Sociology and Social Research*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1981.
- Ditton, J., *Part-Time Crime: An Ethnography of Fiddling and Pilferage*, Londres, Macmillan, 1977.
- Dollard, J., *Caste and Class in a Southern Town* (1937), 3ª ed., Nueva Haven, Conn., Yale University Press, 1957.
- Donner, F., *Shabono*, Londres, Bodley Head, 1982 (trad. cast.: *Shabono*, Móstoles, Gaia, 1997).
- Dorst, J. D., *The Written Suburb: An Ethnographic Dilemma*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1989.
- Douglas, J., *The Social Meanings of Suicide*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1967.
- , *Investigative Social Research*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1976.
- Duneier, M., *Slim's Table: Race, Responsibility and Masculinity*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- Easterday, L., D. Papademas, L. Schorr y C. Valentine, «The making of a female researcher», *Urban Life*, vol. 6, nº 3, 1977, págs. 333-348.
- Edgerton, R. B., «Some dimensions of disillusionment in culture contact», *Southwestern Journal of Anthropology*, nº 21, 1965, págs. 231-243.
- Erben, M., «The problem of other lives: social perspectives on written biography», *Sociology*, vol. 27, nº 1, 1993, págs. 15-25.

- Erickson, K. T., «A comment on disguised observation in sociology», *Social Problems*, vol. 14, nº 4, 1967, págs. 366-367.
- Evans, A. D., «Maintaining relationships in a school for the deaf», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Evans, J., «Criteria of validity in social research, exploring the relationship between ethnographic and quantitative approaches» (1983), en Hammersley (comp.), 1983a.
- Evans, M., «Reading lives: how the personal might be social», *Sociology*, vol. 27, nº 1, 1993, págs. 5-13.
- Evans-Pritchard, E. E., *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*, Oxford, Clarendon Press, 1937 (trad. cast.: *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*, 2ª ed., Barcelona, Anagrama, 1997).
- Everhart, R. B., «Between stranger and friend: some consequences of "long term" fieldwork in schools», *American Educational Research Journal*, vol. 14, nº 1, 1977, págs. 1-15.
- Fardon, R. (comp.), *Localising Strategies: Regional Traditions of Ethnographic Writing*, Edimburgo, Scottish Academic Press, 1990.
- Festinger, L., H. Riecken y S. Schachter, *When Prophecy Fails*, St. Paul, Minn., University of Minnesota Press, 1956; reeditado en Londres, Harper & Row, 1964.
- Fetterman, D. (comp.), *Ethnography in Educational Evaluation*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1984.
- Fetterman, D. y M. Pittman (comps.), *Educational Evaluation: Ethnography in Theory, Practice and Politics*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1986.
- Fielding, N. G., «Observational research on the National Front», en Bulmer (comp.), 1982.
- Fielding, N. G. y Fielding, J. L., *Linking Data*, Newbury Park, Calif., Sage, 1986.
- Finch, J., «It's great to have someone to talk to»: the ethics and politics of interviewing women», en Bell y Roberts (comps.), 1984.
- Fine, G. A., «Ten lies of ethnographers: moral dilemmas in fieldwork», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, nº 3, 1993, págs. 267-294.
- Finestone, H., «Cats, kicks and colour», *Social Problems*, nº 5, 1967, págs. 3-13.
- Fonow, M. M. y J. A. Cook (comps.), *Beyond Methodology: Feminist Scholarship as Lived Research*, Bloomington, Indiana University Press, 1991.
- Fox, R. C., «An American sociologist in the land of Belgian medical research», en Hammond (comp.), 1964.
- Freilich, M., «Mohawk heroes and Trinidadian peasants» (1970a), en Freilich (comp.), 1970b.
- (comp.), *Marginal Natives: Anthropologists at Work*, Nueva York, Harper & Row, 1970b.
- Friedrichs, R. W., *A Sociology of Sociology*, Nueva York, Free Press, 1970.
- Gaiman, D., «Appendix: a scientologist's comment», en Bell y Newby (comps.), 1977.
- Gallmeier, C. P., «Leaving, revisiting, and staying in touch: neglected issues in field research», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Gamst, F. C., *The Hoghead: An Industrial Ethnology of the Locomotive Engineer*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1980.

- Garfinkel, H., *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1967.
- Geer, B., «First days in the field», en Hammond (comp.), 1964.
- , «Studying a college», en R. Habenstein (comp.), *Pathways to Data*, Chicago, Aldine, 1970.
- George, V. y A. Dundes, «The gomer: a figure of American hospital folk speech», *Journal of American Folklore*, vol. 91, n° 359, 1978, págs. 568-581.
- Giallombardo, R., «Social roles in a prison for women», *Social Problems*, n° 13, 1966, págs. 268-288.
- Giddens, A., «Positivism and its critics», en T. Bottomore y R. Nisbet (comps.), *A History of Sociological Analysis*, Londres, Heinemann, 1979.
- Gitlin, A. D., M. Siegel y K. Boru, «The politics of method: from leftist ethnography to educative research», *Qualitative Studies in Education*, vol. 2, n° 3, 1989, págs. 237-253.
- Glaser, B., *Theoretical Sensitivity*, San Francisco, Sociology Press, 1978.
- Glaser, B. y A. Strauss, «Awareness contexts and social interaction», *American Sociological Review*, n° XXIX, 1964, págs. 669-679.
- , *The Discovery of Grounded Theory*, Chicago, Aldine, 1967.
- , *Time for Dying*, Chicago, Aldine, 1968.
- , *Status Passage*, Chicago, Aldine, 1971.
- Goffman, E., «On face-work: an analysis of ritual elements in social interaction», *Psychiatry*, vol. 18, n° 3, 1955, págs. 213-231.
- , *The Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York, Doubleday, 1959 (trad. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, Martínez de Murguía, 1987).
- , *Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates*, Nueva York, Doubleday, 1961 (trad. cast.: *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Madrid, Martínez de Murguía, 1987).
- , *Behavior in Public Places*, Glencoe, Ill., Free Press, 1963.
- , *Relations in Public: Micro Studies of the Public Order*, Nueva York, Basic Books, 1971 (trad. cast.: *Relaciones en público: microestudios del orden público*, Madrid, Alianza, 1979).
- , *Interaction Ritual*, Harmondsworth, Penguin, 1972.
- Gold, R. L., «Roles in sociological fieldwork», *Social Forces*, n° 36, 1958, págs. 217-223.
- Golde, P. (comp.), *Women in the Field: Anthropological Experiences*, 2ª ed., Berkeley, University of California Press, 1986.
- Goode, W. J. y P. K. Hatt, *Methods in Social Research*, Nueva York, McGraw-Hill, 1952.
- Goody, J. (comp.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.
- , *The Logic of Writing and the Organisation of Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986 (trad. cast.: *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1990).
- , *The Interface between the Written and the Oral*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

- Gorbutt, D., «The new sociology of education», *Education for Teaching*, nº 89, otoño de 1972, págs. 3-11.
- Gouldner, A. W., *Patterns of Industrial Bureaucracy*, Nueva York, Free Press, 1954.
- , «The sociologist as partisan», *American Sociologist*, mayo de 1968, págs. 103-116.
- , *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, Basic Books, 1970.
- Gregor, T., *Mehinaku: The Drama of Daily Life in a Brazilian Indian Village*, Chicago, University of Chicago Press, 1977.
- Gregory, R., *The Intelligent Eye*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1970.
- Griffin, C., «The researcher talks back: dealing with power relations in studies of young people's entry into the job market», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Guba, E., *Toward a Methodology of Naturalistic Inquiry in Educational Evaluation*, Los Angeles, Calif., Center for the Study of Evaluation, UCLA Graduate School of Education, 1978.
- (comp.), *The Paradigm Dialog*, Newbury Park, Calif., Sage, 1990.
- Gubrium, J. y D. Silverman (comps.), *The Politics of Field Research: Beyond Enlightenment*, Newbury Park, Calif., Sage, 1989.
- Gurney, J. N., «Female researchers in male-dominated settings: implications for short-term versus long-term research», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Hage, J. y B. F. Meeker, *Social Causality*, Boston, Mass., Unwin Hyman, 1988.
- Hammersley, M., «A peculiar world? Teaching and learning in an inner city school», tesis doctoral no publicada, University of Manchester, 1980.
- , «Ideology in the staffroom? A critique of false consciousness», en L. Barton y S. Walker (comps.), *Schools, Teachers and Teaching*, Lewes, Falmer, 1981.
- (comp.), *The Ethnography of Schooling: Methodological Issues*, Driffeld, Nafferton, 1983a.
- , «Introduction: reflexivity and naturalism» (1983b), en Hammersley (comp.), 1983a.
- , «The researcher exposed: a natural history», en Burgess (comp.), 1984b.
- , «Some reflections on the macro-micro problem in the sociology of education», *Sociological Review*, vol. 32, nº 2, 1984b, págs. 316-324.
- , «From ethnography to theory: a programme and paradigm for case study research in the sociology of education», *Sociology*, vol. 19, nº 2, 1985, págs. 244-259.
- , «Ethnography and the cumulative development of theory», *British Educational Research Journal*, vol. 13, nº 3, 1987a, págs. 73-81.
- , «Ethnography for survival?», *British Educational Research Journal*, vol. 13, nº 3, 1987b, págs. 283-295.
- , «The problem of the concept: Herbert Blumer on the relationship between concepts and data», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 18, nº 2, 1989a, págs. 133-159.
- , *The Dilemma of Qualitative Method: Herbert Blumer and the Chicago Tradition*, Londres, Routledge, 1989b.
- , *Classroom Ethnography: Empirical and Methodological Essays*, Milton Keynes, Open University Press, 1990.

- , *Reading Ethnographic Research: A Critical Guide*, Londres, Longman, 1991a.
- , «Staffroom news» (1991b), reimpresso como apéndice de Hammersley, 1991a.
- , *What's Wrong with Ethnography?*, Londres, Routledge, 1992.
- , «The rhetorical turn in ethnography», *Social Science Information*, vol. 32, nº 1, 1993, págs. 23-37.
- , «Is social research political?», en M. Hammersley, *The Politics of Social Research*, Londres, Sage, 1994.
- Hammond, P. E. (comp.), *Sociologists at Work: Essays on the Craft of Social Research*, Nueva York, Basic Books, 1964.
- Hannerz, U., *Soulside*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.
- Hansen, E. C., *Rural Catalonia under the Franco Regime*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- Hanson, N. R., *Patterns of Discovery*, Londres, Cambridge University Press, 1958 (trad. cast.: *Patrones de descubrimiento: observación y explicación*, 2ª ed., Madrid, Alianza, 1985).
- Hargreaves, A., «Contrastive rhetoric and extremist talk: teachers, hegemony and the educationist context», en L. Barton y S. Walker (comp.), *Schools, Teachers and Teaching*, Lewes, Falmer, 1981.
- Hargreaves, D. H., *Social Relations in a Secondary School*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967.
- , «The process of typification in the classroom: models and methods», *British Journal of Educational Psychology*, nº 47, 1977, págs. 274-284.
- Hargreaves, D. H., S. Hester y F. Mellor, *Deviance in Classrooms*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.
- Harré, R. y P. G. Secord, *The Explanation of Social Behaviour*, Oxford, Blackwell, 1972.
- Harris, M., *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, Nueva York, Random House, 1979.
- Harvey, L., *Myths of the Chicago School*, Aldershot, Gower, 1985.
- Hastrup, K. y P. Elsass, «Anthropological advocacy: a contradiction in terms?», *Current Anthropology*, vol. 31, nº 3, 1990, págs. 301-311.
- Hawkes, T., *Structuralism and Semiotics*, Londres, Methuen, 1977.
- Heath, C., «The opening sequence in doctor-patient interaction», en Atkinson y Heath (comps.), 1981.
- Hempel, C. G., *Philosophy of Natural Science*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1966 (trad. cast.: *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza, 1999).
- Henslin, J. M., «It's not a lovely place to visit, and I wouldn't want to live there», en Burgess (comp.), 1990.
- Hewitt, J. P. y R. Stokes, «Aligning actions», *American Sociological Review*, nº 41, 1976, págs. 838-849.
- Hitchcock, G., «Fieldwork as practical activity: reflections on fieldwork and the social organization of an urban, open-plan primary school», en Hammersley (comp.), 1983a.
- Hoffman, J. E., «Problems of access in the study of social elites and boards of directors», en Shaffir y otros (comps.), 1980.

- Holdaway, S., «"An inside job": a case study of covert research on the police», en Bulmer (comp.), 1982.
- , *Inside the British Police: A Force at Work*, Oxford, Blackwell, 1983.
- Holstein, J. A. y G. Miller (comps.), *Perspectives on Social Problems*, vol. 1, Greenwich, Conn., JAI Press, 1989.
- (comps.), *Reconsidering Social Constructionism: Debates in Social Problems Theory*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1993.
- Homan, R., «Interpersonal communications in pentecostal meetings», *Sociological Review*, vol. 26, nº 3, 1978, págs. 499-518.
- , «The ethics of covert methods», *British Journal of Sociology*, vol. 31, nº 1, 1980, págs. 46-59.
- , *The Ethics of Social Research*, Londres, Longman, 1991.
- Homan, R. y M. Bulmer, «On the merits of covert methods: a dialogue», en Bulmer (comp.), 1982.
- Humphreys, L., *Tearoom Trade*, Chicago, Aldine, 1970.
- Hunt, L., «The development of rapport through the negotiation of gender in fieldwork among the police», *Human Organization*, nº 43, 1984, págs. 283-296.
- Hunter, A., «Local knowledge and local power: notes on the ethnography of local community elites», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, nº 1, 1993, págs. 36-58.
- Hustler, D., A. Cassidy y E. C. Cuff (comps.), *Action Research in Classrooms and Schools*, Londres, Allen & Unwin, 1986.
- Jacob, E., «Qualitative research traditions: a review», *Review of Educational Research*, vol. 57, nº 1, 1987, págs. 1-50.
- Jacobs, J. B., «Participant observation in prison», *Urban Life and Culture*, vol. 3, nº 2, 1974, págs. 221-240.
- Jackson, J. F., «Déjà entendu: the liminal quality of anthropological fieldnotes», *Journal of Contemporary Ethnography*, nº 19, 1990, págs. 8-43.
- Jahoda, M., M. Deutsch y S. W. Cook, *Research Methods in Social Relations*, Nueva York, Dryden, 1951.
- Jeffrey, P., *Frogs in a Well: Indian Women in Purdah*, Londres, Zed Press, 1979.
- Jenkins, D., «An adversary's account of SAFARI's ethics of case study», en C. Richards (comp.), *Power in the Curriculum*, Driffield, Nafferton, 1980.
- Johnson, J., *Doing Field Research*, Nueva York, Free Press, 1975.
- Jules-Rosette, B., «The veil of objectivity: prophecy, divination, and social inquiry», *American Anthropologist*, vol. 80, nº 3, 1978a, págs. 549-570.
- , «Towards a theory of ethnography», *Sociological Symposium*, nº 24, 1978b, págs. 81-98.
- Junker, B., *Field Work*, Chicago, University of Chicago Press, 1960.
- Kaplan, A., *The Conduct of Inquiry: Methodology for Behavioural Science*, San Francisco, Chandler, 1964.
- Kaplan, I. M., «Gone fishing, be back later: ending and resuming research among fisherman», en Shaffir y Stebbins (comp.), 1991.
- Karp, D. A., «Observing behavior in public places: problems and strategies», en Shaffir y otros (comps.), 1980.

- , «Talking anti-depressant medications: resistance, trial commitment, conversion and disenchantment», *Qualitative Sociology*, vol. 16, nº 4, 1993, págs. 337-359.
- Keat, R. y J. Urry, *Social Theory as Science*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.
- Keiser, R. L., «Fieldwork among the Vice Lords of Chicago», en G. D. Spindler (comp.), *Being an Anthropologist*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1970.
- Kelly, A., «Action research: what it is and what it can do», en Burgess (comp.), 1985a.
- Kemmis, S., «Action research», en J. P. Keeves (comp.), *Educational Research Methodology and Measurement*, Oxford, Pergamon, 1988.
- Klatch, R. E., «The methodological problems of studying a politically resistant community», en Burgess (comp.), 1988a.
- Knorr-Cetina, K. D., *The Manufacture of Knowledge: An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*, Oxford, Pergamon, 1981.
- Knorr-Cetina, K. D. y A. V. Cicourel (comps.), *Advances in Social Theory and Methodology: Towards an Integration of Micro- and Macro-Sociologies*, Boston, Mass., Routledge & Kegan Paul, 1981.
- Kolakowski, L., *Positivist Philosophy: From Hume to the Vienna Circle*, Harmondsworth, Penguin, 1972.
- Kondo, D., *Crafting Selves*, Chicago, University of Chicago Press, 1990.
- Kotarba, J. A., «American acupuncturists: the new entrepreneurs of hope», *Urban Life*, vol. 4, nº 2, 1975, págs. 149-177.
- Krieger, S., «Research and the construction of a text», en N. K. Denzin (comp.), *Studies in Symbolic Interaction*, vol. 2, Greenwich, Conn., JAI Press, 1979a.
- , «The KMPX strike (March-May 1968)», en N. K. Denzin (comp.), *Studies in Symbolic Interaction*, vol. 2, Greenwich, Conn., JAI Press, 1979b.
- , *The Mirror Dance: Identity in a Women's Community*, Filadelfia, Temple University Press, 1983.
- Krippendorff, K., *Content Analysis*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1980 (trad. cast.: *Metodología de análisis de contenido*, Barcelona, Paidós, 1997).
- Kuhn, T. S., *The Structure of Scientific Revolutions*, 2ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 1970 (trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, 14ª ed., Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000).
- Labov, W., «The logic of nonstandard English», *Georgetown Monographs on Language and Linguistics*, nº 22, 1969, págs. 1-31.
- , «The transformation of experience in narrative syntax», en W. Labov (comp.), *Language in the Inner City*, Filadelfia, Pennsylvania University Press, 1972.
- Labov, W. y Waletzky, J., «Narrative analysis: oral versions of personal experience», en J. Holm (comp.), *Essays on the Verbal and Visual Arts*, Seattle, Wash., University of Washington Press, 1967.
- Lacey, C., *Hightown Grammar*, Manchester, Manchester University Press, 1970.
- , «Problems of sociological fieldwork: a review of the methodology of "Hightown Grammar"», en M. Shipman (comp.), *The Organization and Impact of Social Research*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1976.

- Landes, R., «A woman anthropologist in Brazil», en Golde (comp.), 1986.
- Lather, P., «Issues of validity in openly ideological research», *Interchange*, vol. 17, nº 4, 1986, págs. 63-84.
- , *Getting Smart: Feminist Research and Pedagogy with/in the Postmodern*, Nueva York, Routledge, 1991.
- Latour, B. y S. Woolgar, *Laboratory Life*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1979; 2ª ed., Princeton, NJ, Princeton University Press, 1986 (trad. cast.: *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza, 1995).
- Lazarsfeld, P. P. y A. Barton, «Qualitative measurement in the social sciences: classification, typologies and indices», en D. P. Lerner y H. D. Lasswell (comps.), *The Policy Sciences*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1951.
- Lee, R., «Nobody said it had to be easy: postgraduate field research in Northern Ireland», en Burgess (comp.), 1992.
- Lee, R. y N. Fielding (comps.), *Using Computers in Qualitative Research*, Londres, Sage, 1991.
- Lehman, T. y T. R. Young, «From conflict theory to conflict methodology: an emerging paradigm for sociology», *Sociological Quarterly*, vol. 44, nº 1, 1974, págs. 15-28.
- Lepenes, W., *Between Literature and Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- LePlay, F., *Les Ouvriers Européens*, París, Alfred Mame et Fils, 1879.
- Lerner, D., «The "hard-headed" Frenchman: on se défend, toujours», *Encounter*, nº 8, marzo de 1957, págs. 27-32.
- Lever, J., «Multiple methods of data collection: a note on divergence», *Urban Life*, vol. 10, nº 2, 1981, págs. 199-213.
- Liebow, E., *Tully's Corner*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967.
- Lincoln, Y. S. y E. Guba, *Naturalistic Inquiry*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1985.
- , «Ethics: the failure of positivist science», *Review of Higher Education*, vol. 12, nº 3, 1989, págs. 221-240.
- Lindesmith, A., *Opiate Addiction*, Bloomington, Ind., Principia Press, 1947.
- Lipset, D., *Gregory Bateson: The Legacy of a Scientist*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1980.
- Llewellyn, M., «Studying girls at school: the implications of confusion», en R. Deem (comp.), *Schooling for Women's Work*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980.
- Lodge, D., *The Modes of Modern Writing: Metaphor, Metonymy and the Typology of Modern Literature*, Londres, Edward Arnold, 1977.
- , *Working with Structuralism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1981.
- Lofland, J., «Comment on "Initial interactions of newcomers in AA"», *Social Problems*, nº 8, 1961, págs. 365-367.
- , «Notes on naturalism», *Kansas Journal of Sociology*, vol. 3, nº 2, 1967, págs. 45-61.
- , «Interactionist imagery and analytic interruptus», en T. Shibutani (comp.), *Human Nature and Collective Behaviour: Papers in Honour of Herbert Blumer*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1970.

- , *Analyzing Social Settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*, Belmont, Calif., Wadsworth, 1971; 2ª ed., véase Lofland y Lofland, 1984.
- , «Styles of reporting qualitative field research», *American Sociologist*, nº 9, agosto de 1974, págs. 101-111.
- , *Doing Social Life: The Qualitative Study of Human Interaction in Natural Settings*, Nueva York, Wiley, 1976.
- , «Early Goffman: style, structure, substance, soul», en J. Ditton (comp.), *The View from Goffman*, Londres, Macmillan, 1980.
- Lofland, J. y R. A. Lejeune, «Initial encounters of newcomers in Alcoholics Anonymous», *Social Problems*, nº 8, 1960, págs. 102-111.
- Lofland, J. y L. H. Lofland, *Analysing Social Settings*, 2ª ed., Belmont, Calif., Wadsworth, 1984.
- Lofland, L. H., *In the Presence of Strangers: A Study of Behaviour in Public Settings*, documento de trabajo nº 19, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Research on Social Organization, 1966.
- , *A World of Strangers: Order and Action in Urban Public Space*, Nueva York, Basic Books, 1973.
- Loizos, P., *The Greek Gift: Politics in a Cypriot Village*, Oxford, Blackwell, 1975.
- , *Innovation in Ethnographic Film: From Innocence to Self-Consciousness 1955-1985*, Manchester, Manchester University Press, 1993.
- Lundman, R. J. y P. T. McFarlane, «Conflict methodology: an introduction and preliminary assessment», *Sociological Quarterly*, nº 17, 1976, págs. 503-512.
- Lyman, S. M. y M. B. Scott, *A Sociology of the Absurd*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1970.
- Lynch, M. y S. Woolgar (comps.), *Representation in Scientific Practice*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1990.
- Mac an Ghaill, M., «Young, Gifted and Black: methodological reflections of a teacher/researcher», en Walford (comp.), 1991a.
- MacDougall, D., «Complicities of style», en Crawford y Turton (comps.), 1992.
- MacIntyre, S., *Single and Pregnant*, Londres, Croom Helm, 1977.
- McCall, G. J., «The problem of indicators in participant observation research», en G. J. McCall y J. L. Simmons (comps.), *Issues in Participant Observation: A Text and Reader*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1969.
- McCloskey, D., *The Rhetoric of Economics*, Madison, Wis., University of Wisconsin Press, 1985.
- McCurdy, D. W., «The medicine man», en M. A. Rynkiewicz y J. P. Spradley (comps.), *Ethics and Anthropology: Dilemmas in Fieldwork*, Nueva York, Wiley, 1976.
- McDermott, R., «Kids make sense: an ethnographic account of the interactional management of success and failure in one first-grade classroom», tesis doctoral no publicada, California, Stanford University, 1976.
- McKeganey, N. y S. Cunningham-Burley (comps.), *Enter the Sociologist*, Aldershot, Avebury, 1987.
- McPhail, C. y C. Rexroat, «Ex cathedra Blumer or ex libris Mead», *American Sociological Review*, nº 45, págs. 420-430.

- Malinowski, B., *Argonauts of the Western Pacific*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1922 (trad. cast.: *Los argonautas del Pacífico occidental*, 5ª ed., Barcelona, Edicions 62/Península, 1986).
- , *A Diary in the Strict Sense of the Term*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967.
- Manning, P. K., «Goffman's framing order: style as structure», en J. Ditton (comp.), *The View from Goffman*, Londres, Macmillan, 1980.
- Marshall, C. y G. Rossman, *Designing Qualitative Research*, Newbury Park, Calif., Sage, 1989.
- Martin, J., «A garbage can model of the psychological research process», *American Behavioral Scientists*, vol. 25, nº 2, 1981, págs. 131-151.
- Martinez, W., «Who constructs anthropological knowledge? Toward a theory of ethnographic film spectatorships», en Crawford y Turton (comps.), 1992.
- Mason, K., «Not waving but bidding: reflections on research in a rural setting», en Burgess (comp.), 1990.
- Matza, D., *Becoming Deviant*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1969 (trad. cast.: *El proceso de desviación*, Madrid, Taurus, 1981).
- Mayhew, H., *London Labour and the London Poor*, Londres, Griffin Bohn, 1861.
- Mead, G. H., *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1934 (trad. cast.: *Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductivismo social*, Barcelona, Paidós, 1999).
- Measor, L., «Gender and the sciences: pupils' gender-based conceptions of school subjects», en M. Hammersley y A. Hargreaves (comps.), *Curriculum Practice: Sociological Accounts*, Lewes, Falmer, 1983.
- , «Interviewing: a strategy in qualitative research», en Burgess (comp.), 1985b.
- Measor, L. y P. Woods, «The interpretation of pupil myths», en Hammersley (comp.), 1983a.
- Medawar, P., *The Art of the Soluble*, Londres, Methuen, 1967.
- , *Advice to a Young Scientist*, Nueva York, Harper & Row, 1979.
- Mehan, H., «Assessing children's school performance», en H. P. Dreitzel (comp.), *Recent Sociology*, nº 5, *Childhood and Socialization*, Londres, Collier Macmillan, 1974.
- Merton, R. K., «Introduction: notes on problem-finding in sociology», en R. K. Merton, L. Broom y L. S. Cottrell Jr. (comps.), *Sociology Today*, vol. 1, Nueva York, Harper & Row, 1959.
- Miller, S. M., «The participant observer and "over-rapport"», *American Sociological Review*, vol. 17, nº 2, 1952, págs. 97-99.
- Mills, C. W., «Situated actions and vocabularies of motive», *American Sociological Review*, vol. 5, nº 6, 1940, págs. 439-452.
- Mitchell, R. G., «Secrecy and disclosure in fieldwork», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Moffat, M., *Coming of Age in New Jersey*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1989.
- Morgan, D. H. J., «The British Association Scandal: the effect of publicity on a sociological investigation», *Sociological Review*, vol. 20, nº 2, 1972, págs. 185-206.

- Moser, C. A. y G. Kalton, *Survey Methods in Social Investigation*, 2ª ed., Londres, Heinemann, 1971.
- Mungham, G. y P. A. Thomas, «Studying lawyers: aspects of the theory, method and politics of social research», *British Journal of Law and Society*, vol. 8, nº 1, 1981, págs. 79-96.
- Nadel, S. F., «The interview technique in social anthropology», en F. C. Bartlett, M. Ginsberg, E. J. Lindgren y R. H. Thouless (comps.), *The Study of Society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1939.
- Nader, L., «From anguish to exultation», en Golde (comp.), 1986.
- Noblit, G. W. y R. D. Hare, *Meta-Ethnography: Synthesizing Qualitative Studies*, Newbury Park, Calif., Sage, 1988.
- Oakley, A., «Interviewing women: a contradiction in terms», en Roberts (comp.), 1981.
- Oboler, R. S., «For better or worse: anthropologists and husbands in the field», en Whitehead y Conaway (comps.), 1986.
- Okely, J., *The Traveller-Gypsies*, Londres, Cambridge University Press, 1983.
- Okely, J. y H. Galloway (comps.), *Anthropology and Autobiography*, ASA Monographs, nº 29, Londres, Routledge, 1992.
- Olesen, V., «Immersed, amorphous and episodic fieldwork: theory and policy in three contrasting contexts», en Burgess (comp.), 1990.
- Olesen, V. y E. Whittaker, *The Silent Dialogue: A Study in the Social Psychology of Professional Socialization*, San Francisco, Jossey-Bass, 1968.
- Ostrander, S. A., «“Surely you’re not in this just to be helpful?”: access, rapport and interviews in three studies of elites», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, nº 1, 1993, págs. 7-27.
- Papanek, H., «The woman fieldworker in a purdah society», *Human Organization*, nº 23, 1964, págs. 160-163.
- Parker, H. J., *View from the Boys: A Sociology of Downtown Adolescents*, 2ª ed., Londres, David & Charles, 1974.
- Patrick, J., *A Glasgow Gang Observed*, Londres, Eyre Methuen, 1973.
- Paul, B. D., «Interviewing techniques and field relations», en A. C. Kroeber (comp.), *Anthropology Today: An Encyclopaedic Inventory*, Chicago, University of Chicago Press, 1953.
- Pelto, P. J. y G. H. Pelto, «Ethnography: the fieldwork enterprise», en J. J. Honigmann (comp.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, Chicago, Rand McNally, 1978.
- Perlman, M. L., «Intensive fieldwork and scope sampling: methods for studying the same problem at different levels», en Freilich (comp.), 1970a.
- Peshkin, A., «Virtuous subjectivity: in the participant-observer’s I’s», en D. N. Berg y K. K. Smith (comps.), *Exploring Clinical Methods for Social Research*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1985.
- Pettigrew, M., «Coming to terms with research: the contract business», documento presentado en el seminario Methodological and Ethical Issues Associated with Research into the Education Reform Act, patrocinado por ESRC, University of Warwick, 1993.

- Pettinari, C. J., *Task, Talk and Text in the Operating Room: A Study in Medical Discourse*, Norwood, NJ, Ablex, 1988.
- Piliavin, I. y B. Briar, «Police encounters with juveniles», *American Journal of Sociology*, n° 70, 1964, págs. 206-214.
- Platt, J., «On interviewing one's peers», *British Journal of Sociology*, vol. 32, n° 1, 1981, págs. 75-91.
- Plummer, K., *Sexual Stigma: An Interactionist Account*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.
- , *Documents of Life: An Introduction to the Problems and Literature of a Humanistic Method*, Londres, Allen & Unwin, 1983 (trad. cast.: *Documentos personales: introducción a los problemas y bibliografía de un método humanístico*, Madrid, Siglo XXI, 1989).
- Pollard, A., «Opportunities and difficulties of a teacher-ethnographer: a personal account» (1985), en Burgess (comp.), 1985c.
- Pollert, A., *Girls, Wives, Factory Lives*, Londres, Macmillan, 1981.
- Popper, K., *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson, 1972 (trad. cast.: *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1985).
- Powdermaker, H., *Stranger and Friend: The Way of an Anthropologist*, Nueva York, Norton, 1966.
- Pratt, M. L., «Fieldwork in common places» (1986a), en Clifford y Marcus (comps.), 1986.
- , «Scratches on the face of the country: or, what Mr Barrow saw in the land of the Bushmen» (1986b), en L. Gates Jr. (comp.), «Race», *Writing and Difference*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- Prior, L., «Making sense of mortality», *Sociology of Health and Illness*, vol. 7, n° 2, 1985, págs. 167-190.
- Prior, L. y M. Bloor, «Why people die: social representations of death and its causes», *Science and Culture*, vol. 3, n° 3, 1993, págs. 346-374.
- Punch, M., *Policing the Inner City*, Londres, Macmillan, 1979.
- , *The Politics and Ethics of Fieldwork*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1986.
- Radcliffe-Brown, A. R., *The Andaman Islanders*, Glencoe, Ill., Free Press, 1948a.
- , *A Natural Science of Society*, Nueva York, Free Press, 1948b.
- Rainbird, H., «Expectations and revelations: examining conflict in the Andes», en Burgess (comp.), 1990.
- Rainwater, L. Y D. J. Pittman, «Ethical problems in studying a politically sensitive and deviant community», *Social Problems*, n° 14, 1967, págs. 357-366; reimpresso en G. J. McCall y J. L. Simmons (comps.), *Issues in Participant Observation: A Text and Reader*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1969.
- Rawlings, B., «Local knowledge: the analysis of transcribed audio materials for organizational ethnography» (1988), en Burgess (comp.), 1988a.
- Rees, C., «Records and hospital routine», en Atkinson y Heath (comps.), 1981.
- Reichenbach, H., *Experience and Prediction: An Analysis of the Foundations and the Structure of Knowledge*, Chicago, University of Chicago Press, 1938.
- , *The Rise of Scientific Philosophy*, Berkeley, University of California Press, 1951.

- Richardson, L., *Writing Strategies: Reaching Diverse Audiences*, Newbury Park, Calif., Sage, 1990a.
- , «Narrative and sociology», *Journal of Contemporary Ethnography*, nº 19, págs. 116-135.
- Riddell, S., *Gender and the Politics of the Curriculum*, Londres, Routledge, 1992.
- Rierner, J. W., «Varieties of opportunistic research», *Urban Life*, vol. 5, nº 4, 1977, págs. 467-477.
- Riesman, D., «Interviews, elites, and academic freedom», *Social Problems*, nº 6, 1958, págs. 115-126.
- Robbins, T., *Cults, Converts and Charisma*, Newbury Park, Calif., Sage, 1988.
- Roberts, H. (comp.), *Doing Feminist Research*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1981.
- Robinson, D., *The Process of Becoming Ill*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1971.
- Robinson, W. S., «The logical structure of analytic induction», en G. J. McCall y J. L. Simmons (comps.), *Issues in Participant Observation: A Text and Reader*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1969.
- Rock, P., *Making People Pay*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1973.
- , *The Making of Symbolic Interactionism*, Londres, Macmillan, 1979.
- Rohner, R., *The Ethnography of Franz Boas*, Chicago, University of Chicago Press, 1969.
- Rosaldo, R., «From the door of his tent», en Clifford y Marcus (comps.), 1986.
- Rose, D., *Patterns of American Culture: Ethnography and Estrangement*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1989.
- Rosenhahn, D. L., «On being sane in insane places», *Science*, nº 179, 1973, págs. 250-258, reimpresso en Bulmer (comp.), 1982.
- Roth, J., «Comments on "secret observation"», *Social Problems*, vol. 9, nº 3, 1962, págs. 283-284.
- , *Timetables*, Nueva York, Bobbs-Merrill, 1963.
- Sacks, H., «On the analyzability of stories by children», en J. J. Gumperz y D. Hymes (comps.), *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1972.
- , «Everyone has to lie», en M. Sanches y B. Blount (comps.), *Sociocultural Dimensions of Language Use*, Londres, Academic Press, 1975.
- Sacks, H., E. A. Schegloff, y G. Jefferson, «A simplest systematics for the organisation of turn-taking for conversation», *Language*, nº 50, 1974, págs. 696-735.
- Sahlins, M. G. y E. R. Service (comps.), *Evolution and Culture*, Ann Arbor, Mich., University of Michigan Press, 1960.
- Said, E., *Orientalism*, Nueva York, Pantheon, 1978 (trad. cast.: *Orientalismo*, Madrid, Libertarias-Prodhuvi, 1990).
- Sanjek, R. (comp.), *Fieldnotes: The Makings of Anthropology*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1990.
- Scarth, J., «The influence of examinations on whole-school curriculum decision-making: an ethnographic case study», tesis doctoral no publicada, University of Lancaster, 1986.

- Scarth, J. y M. Hammersley, «Examinations and teaching: an exploratory study», *British Educational Research Journal*, vol. 14, n° 3, 1988, págs. 231-249; reimpresso en Hammersley, 1990.
- Schatzman, L. y A. Strauss, «Social class and modes of communication», *American Journal of Sociology*, n° 60, 1955, págs. 329-338.
- , *Field Research: Strategies for a Natural Sociology*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1973.
- Scheper-Hughes, N., *Saints, Scholars and Schizophrenics: Mental Illness in Rural Ireland*, 2ª ed., Berkeley, University of California Press, 1982.
- Schofield, J. W., «Increasing the generalizability of qualitative research», en E. W. Eisner y A. Peshkin (comps.), *Qualitative Inquiry in Education: The Continuing Debate*, Nueva York, Teachers College Press, 1990.
- Schuman, H., «Artifacts are in the mind of the beholder», *American Sociologist*, vol. 17, n° 1, 1982, págs. 21-28.
- Schutz, A., «The stranger: an essay in social psychology», en A. Schutz (comp.), *Collected Papers*, vol. II, La Haya, Martinus Nijhoff, 1964.
- Schwartz, H. y J. Jacobs, *Qualitative Sociology: A Method to the Madness*, Nueva York, Free Press, 1979.
- Scott, G. G., *The Magicians: A Study of the Use of Power in a Black Magic Group*, Nueva York, Irvington, 1983.
- Scott, M. B., *The Racing Game*, Chicago, Aldine, 1968.
- Scott, S., «The personable and the powerful: gender and status in social research», en Bell y Roberts (comps.), 1984.
- Seaman, G. y H. Williams, «Hypermedia in ethnography», en Crawford y Turton (comps.), 1992.
- Selltiz, C., M. Jahoda, M. Deutsch y S. Cook, *Research Methods in Social Relations*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1959.
- Sevigny, M. J., «Triangulated inquiry - a methodology for the analysis of classroom interaction», en J. L. Green y C. Wallat (comps.), *Ethnography and Language in Educational Settings*, Norwood, Ablex, 1981.
- Shaffir, W. B., «Some reflections on approaches to fieldwork in Hassidic communities», *Jewish Journal of Sociology*, vol. 27, n° 2, 1985, págs. 115-134.
- , «Managing a convincing self-presentation: some personal reflections on entering the field», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Shaffir, W. B. y R. A. Stebbins (comps.), *Experiencing Fieldwork: An Inside View of Qualitative Research*, Newbury Park, Calif., Sage, 1991.
- Shaffir, W. B., R. A. Stebbins y A. Turowetz (comps.), *Fieldwork Experience: Qualitative Approaches to Social Research*, Nueva York, St. Martin's Press, 1980.
- Shakespeare, P., «Aspects of confused speech», manuscrito no publicado, Open University, 1994.
- Sharrock, W. W. y R. J. Anderson, «On the demise of the native: some observations on and a proposal for ethnography», Occasional Paper 5, University of Manchester, Department of Sociology, 1980.
- Sheehan, E. A., «The student of culture and the ethnography of Irish intellectuals», en Brettel (comp.), 1993.

- Sheridan, D., «Writing to the archive: Mass Observation as autobiography», *Sociology*, vol. 27, nº 1, 1993, págs. 27-40.
- Shils, E., «Social inquiry and the autonomy of the individual», en D. P. Lerner (comp.), *The Human Meaning of the Human Sciences*, Nueva York, Meridian, 1959.
- Silverman, D., «Interview talk: bringing off a research instrument», *Sociology*, vol. 7, nº 1, 1973, págs. 31-48.
- , *Interpreting Qualitative Data: Methods for Analysing Talk, Text and Interaction*, Londres, Sage, 1993.
- Simons, H., «Conversation piece: the practice of interviewing in case study research», en C. Adelman (comp.), *Uttering, Muttering: Collecting, Using and Reporting Talk for Social and Educational Research*, Londres, Grant McIntyre, 1981.
- Sjoberg, G. y R. Nett, *A Methodology for Social Research*, Nueva York, Harper & Row, 1968.
- Skipper, J. K. y C. H. McCaghy, «Respondents' intrusion upon the situation: the problem of interviewing subjects with special qualities», *Sociological Quarterly*, nº 13, 1972, págs. 237-243.
- Skolnick, J., *Justice without Trial: Law Enforcement in Democratic Society*, Nueva York, Wiley, 1966.
- Smart, C., *The Ties that Bind: Law, Marriage and the Reproduction of Patriarchal Relations*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1984.
- Smigel, E., «Interviewing a legal elite: the Wall Street lawyer», *American Journal of Sociology*, nº 64, 1958, págs. 159-164.
- Smith, D., *The Everyday World as Problematic: A Feminist Sociology*, Boston, Mass., Northeastern University Press, 1987.
- , «"Literary" and business: "social problems" as social organization», en Holstein y Miller (comps.), 1993.
- Smith, J. K., *The Nature of Social and Educational Inquiry*, Norwood, NJ, Ablex, 1989.
- Smith, J. K. y L. Heshusius, «Closing down the conversation: the end of the quantitative-qualitative debate among educational inquirers», *Educational Researcher*, vol. 15, nº 1, 1986, págs. 4-12.
- Snow, D., «The disengagement process: a neglected problem in participant observation research», *Qualitative Sociology*, vol. 3, nº 2, 1980, págs. 100-122.
- Sontag, S., *Illness as Metaphor*, Londres, Allen Lane, 1979 (trad. cast.: *La enfermedad y sus metáforas*, Madrid, Taurus, 1996).
- Speier, M., *How to Observe Face-to-Face Communication: A Sociological Introduction*, Pacific Palisades, Calif., Goodyear, 1973.
- Spradley, J. P., *You Owe Yourself a Drunk: An Ethnography of Urban Nomads*, Boston, Mass., Little, Brown, 1970.
- , *The Ethnographic Interview*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1979.
- , *Participant Observation*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1980.
- Stanley, J., *Marks on the Memory*, Buckingham, Open University Press, 1989.
- Stanley, L., *The Auto/Biographical I: Theory and Practice of Feminist Auto/Biography*, Manchester, Manchester University Press, 1992.

- , «On auto/biography in sociology», *Sociology*, vol. 27, nº 1, 1993, págs. 41-52.
- Stanley, L. y S. Wise, *Breaking Out*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1983.
- Stein, M. R., «The eclipse of community: some glances at the education of a sociologist», en Vidich y otros (comps.), 1964.
- Stimson, G. V. y B. Webb, *Going to See the Doctor: The Consultation Process in General Practice*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.
- Strauss, A., «Discovering new theory from previous theory», en T. Shibutani (comp.), *Human Nature and Collective Behaviour: Essays in Honor of Herbert Blumer*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1970.
- , «A social world perspective», en N. K. Denzin (comp.), *Studies in Symbolic Interaction*, vol. 1, Greenwich, Conn., JAI Press, 1978.
- , *Qualitative Analysis for Social Scientists*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- , *Continual Permutations of Action*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1993.
- Strauss, A. y J. Corbin, *Basics of Qualitative Research: Grounded Theory Procedures and Techniques*, Newbury Park, Calif., Sage, 1990.
- Street, B. V., *Literacy in Theory and Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- Strong, P. M., *The Ceremonial Order of the Clinic: Parents, Doctors and Medical Bureaucracies*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979.
- , «The rivals: an essay on the sociological trades», en R. Dingwall y P. Lewis (comps.), *The Sociology of the Professions: Medicine, Law and Others*, Londres, Macmillan, 1982.
- Stryker, S., «Symbolic interactionism: themes and variations», en M. Rosenberg y R. H. Turner (comps.), *Social Psychology: Sociological Perspectives*, Nueva York, Basic Books, 1981.
- Styles, J., «Outsider/insider: researching gay baths», *Urban Life*, vol. 8, nº 2, 1979, págs. 135-152.
- Sudarkasa, N., «In a world of women: fieldwork in a Yoruba community», en Golde (comp.), 1986.
- Sudnow, D., «Normal crimes», *Social Problems*, nº 12, 1965, págs. 255-276.
- , *Passing On*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1967.
- Sullivan, M. A., S. A. Queen y R. C. Patrick, «Participant observation as employed in the study of a military training program», *American Sociological Review*, vol. 23, nº 6, 1958, págs. 660-667.
- Suttles, G. D., *The Social Order of the Slum*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.
- Sykes, G., *The Society of Captives: A Study of a Maximum Security Prison*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1958.
- Taylor, S. J., «Leaving the field: research, relationships, and responsibilities», en Shaffir y Stebbins (comp.), 1991.
- Tesch, R., *Qualitative Research: Analysis Types and Software Tools*, Londres, Falmer, 1990.
- Thomas, J., «Catching up to the cyber age», *Writing Sociology*, vol. 1, nº 2, 1993, págs. 1-3.
- Thomas, R. J., «Interviewing important people in big companies», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, nº 1, págs. 80-96.

- Thomas, W. I., *The Unadjusted Girl* (1923), Boston, Mass., Little Brown; Nueva York, Harper & Row, 1967.
- Thomas, W. I. y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Knopf, 1927.
- Thorne, B., «Political activist as participant observer: conflicts of commitment in a study of the draft resistance movement of the 1960s», en R. M. Emerson (comp.), *Contemporary Field Research*, Boston, Mass., Little, Brown, 1983.
- Tinbergen, N., *The Animal and its World*, vol. 1, Londres, Allen & Unwin, 1972.
- Tobias, S., *They're Not Dumb, They're Different*, Tucson, Ariz., Research Corporation, 1990.
- Toulmin, S., *Human Understanding*, Oxford, Clarendon Press, 1972 (trad. cast.: *La comprensión humana*, Madrid, Alianza, 1977).
- Troustine, P. y T. Christensen, *Movers and Shakers: the study of community power*, Nueva York, St Martin's Press, 1982.
- Troyna, B. y B. Carrington, «Whose side are we on? Ethical dilemmas in research on "race" and education», en Burgess (comp.), 1989.
- Truzzi, M. (comp.), *Verstehen: Subjective Understanding in the Social Sciences*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1974.
- Turnbull, C., *The Mountain People*, Londres, Cape, 1973.
- Turner, R. H., «Role-taking: process versus conformity», en A. M. Rose (comp.), *Human Behaviour and Social Processes*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1962.
- Tyler, S. A. (comp.), *Cognitive Anthropology*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1969.
- , «Post-modern ethnography: from document of the occult to occult document», en Clifford y Marcus (comps.), 1986.
- Van Maanen, J., *Tales of the Field*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.
- , «Playing back the tape: early days in the field», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Vidich, A. J. y J. Bensman, *Small Town in Mass Society*, Princeton, Princeton University Press, 1958.
- , «The Springdale case: academic bureaucrats and sensitive townspeople», en Vidich y otros (comps.), 1964.
- Vidich, A. J., J. Bensman y M. R. Stein (comps.), *Reflections on Community Studies*, Nueva York, Wiley, 1964.
- Von Wright, G. H., *Explanation and Understanding*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1971 (trad. cast.: *Explicación y comprensión*, 2ª ed., Madrid, Alianza, 1987).
- Walford, G. (comp.), *Doing Sociology of Education*, Londres, Falmer, 1987.
- , «Researching the City Technology College, Kingshurst» (1991a), en Walford (comp.), 1991b.
- (comp.), *Doing Educational Research*, Londres, Routledge, 1991b.
- (comp.), *Researching the Powerful in Education*, Londres, UCL Press, 1994.
- Walford, G. y H. Miller, *City Technology College*, Milton Keynes, Open University Press, 1991.

- , «On auto/biography in sociology», *Sociology*, vol. 27, n° 1, 1993, págs. 41-52.
- Stanley, L. y S. Wise, *Breaking Out*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1983.
- Stein, M. R., «The eclipse of community: some glances at the education of a sociologist», en Vidich y otros (comps.), 1964.
- Stimson, G. V. y B. Webb, *Going to See the Doctor: The Consultation Process in General Practice*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.
- Strauss, A., «Discovering new theory from previous theory», en T. Shibutani (comp.), *Human Nature and Collective Behaviour: Essays in Honor of Herbert Blumer*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1970.
- , «A social world perspective», en N. K. Denzin (comp.), *Studies in Symbolic Interaction*, vol. 1, Greenwich, Conn., JAI Press, 1978.
- , *Qualitative Analysis for Social Scientists*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- , *Continual Permutations of Action*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1993.
- Strauss, A. y J. Corbin, *Basics of Qualitative Research: Grounded Theory Procedures and Techniques*, Newbury Park, Calif., Sage, 1990.
- Street, B. V., *Literacy in Theory and Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- Strong, P. M., *The Ceremonial Order of the Clinic: Parents, Doctors and Medical Bureaucracies*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979.
- , «The rivals: an essay on the sociological trades», en R. Dingwall y P. Lewis (comps.), *The Sociology of the Professions: Medicine, Law and Others*, Londres, Macmillan, 1982.
- Stryker, S., «Symbolic interactionism: themes and variations», en M. Rosenberg y R. H. Turner (comps.), *Social Psychology: Sociological Perspectives*, Nueva York, Basic Books, 1981.
- Styles, J., «Outsider/insider: researching gay baths», *Urban Life*, vol. 8, n° 2, 1979, págs. 135-152.
- Sudarkasa, N., «In a world of women: fieldwork in a Yoruba community», en Golde (comp.), 1986.
- Sudnow, D., «Normal crimes», *Social Problems*, n° 12, 1965, págs. 255-276.
- , *Passing On*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1967.
- Sullivan, M. A., S. A. Queen y R. C. Patrick, «Participant observation as employed in the study of a military training program», *American Sociological Review*, vol. 23, n° 6, 1958, págs. 660-667.
- Suttles, G. D., *The Social Order of the Slum*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.
- Sykes, G., *The Society of Captives: A Study of a Maximum Security Prison*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1958.
- Taylor, S. J., «Leaving the field: research, relationships, and responsibilities», en Shaffir y Stebbins (comp.), 1991.
- Tesch, R., *Qualitative Research: Analysis Types and Software Tools*, Londres, Falmer, 1990.
- Thomas, J., «Catching up to the cyber age», *Writing Sociology*, vol. 1, n° 2, 1993, págs. 1-3.
- Thomas, R. J., «Interviewing important people in big companies», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, n° 1, págs. 80-96.

- Thomas, W. I., *The Unadjusted Girl* (1923), Boston, Mass., Little Brown; Nueva York, Harper & Row, 1967.
- Thomas, W. I. y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Knopf, 1927.
- Thorne, B., «Political activist as participant observer: conflicts of commitment in a study of the draft resistance movement of the 1960s», en R. M. Emerson (comp.), *Contemporary Field Research*, Boston, Mass., Little, Brown, 1983.
- Tinbergen, N., *The Animal and its World*, vol. 1, Londres, Allen & Unwin, 1972.
- Tobias, S., *They're Not Dumb, They're Different*, Tucson, Ariz., Research Corporation, 1990.
- Toulmin, S., *Human Understanding*, Oxford, Clarendon Press, 1972 (trad. cast.: *La comprensión humana*, Madrid, Alianza, 1977).
- Troustine, P. y T. Christensen, *Movers and Shakers: the study of community power*, Nueva York, St Martin's Press, 1982.
- Troyna, B. y B. Carrington, «Whose side are we on? Ethical dilemmas in research on "race" and education», en Burgess (comp.), 1989.
- Truzzi, M. (comp.), *Verstehen: Subjective Understanding in the Social Sciences*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1974.
- Turnbull, C., *The Mountain People*, Londres, Cape, 1973.
- Turner, R. H., «Role-taking: process versus conformity», en A. M. Rose (comp.), *Human Behaviour and Social Processes*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1962.
- Tyler, S. A. (comp.), *Cognitive Anthropology*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1969.
- , «Post-modern ethnography: from document of the occult to occult document», en Clifford y Marcus (comps.), 1986.
- Van Maanen, J., *Tales of the Field*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.
- , «Playing back the tape: early days in the field», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Vidich, A. J. y J. Bensman, *Small Town in Mass Society*, Princeton, Princeton University Press, 1958.
- , «The Springdale case: academic bureaucrats and sensitive townspeople», en Vidich y otros (comps.), 1964.
- Vidich, A. J., J. Bensman y M. R. Stein (comps.), *Reflections on Community Studies*, Nueva York, Wiley, 1964.
- Von Wright, G. H., *Explanation and Understanding*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1971 (trad. cast.: *Explicación y comprensión*, 2ª ed., Madrid, Alianza, 1987).
- Walford, G. (comp.), *Doing Sociology of Education*, Londres, Falmer, 1987.
- , «Researching the City Technology College, Kingshurst» (1991a), en Walford (comp.), 1991b.
- (comp.), *Doing Educational Research*, Londres, Routledge, 1991b.
- (comp.), *Researching the Powerful in Education*, Londres, UCL Press, 1994.
- Walford, G. y H. Miller, *City Technology College*, Milton Keynes, Open University Press, 1991.

- Walker, J. C., *Louts and Legends*, Sydney, Allen & Unwin, 1988.
- Walker, R., «The conduct of educational case studies: ethics, theories and procedures», en B. Dockerell y D. Hamilton (comps.), *Rethinking Educational Research*, Londres, Hodder & Stoughton, 1978.
- , «On the uses of fiction in educational research», en D. Smetherham (comp.), *Practising Evaluation*, Driffield, Nafferton, 1981.
- Walker, R. y C. Adelman, *Towards a Sociography of Classrooms*, informe definitivo, SSRC Grants HR 996/1, «The analysis of classroom behaviour», y HR 1442/1, «The long-term observation of classroom events using stop-frame and cinematography», Londres, Centre for Science Education, Chelsea College, 1972.
- Wallis, R., «The moral career of a research project», en Bell y Newby (comps.), 1977.
- Warnke, G., *Gadamer: Hermeneutics, Tradition and Reason*, Cambridge, Polity Press, 1987.
- Warren, C. A. B., «Observing the gay community», en J. D. Douglas (comp.), *Research on Deviance*, Nueva York, Random House, 1972.
- , *Identity and Community in the Gay World*, Nueva York, Wiley, 1974.
- , *Gender Issues in Field Research*, Newbury Park, Calif., Sage, 1988.
- Warren, C. A. B. y P. K. Rasmussen, «Sex and gender in field research», *Urban Life*, vol. 6, nº 3, 1977, págs. 349-369.
- Warwick, D. P., «Tearoom Trade: means and ends in social research», en Bulmer (comp.), 1982.
- Wax, M., «Reciprocity as a field technique», *Human Organization*, nº 11, 1952, págs. 34-37.
- , «Research reciprocity rather than informed consent in fieldwork», en J. E. Sieber (comp.), *The Ethics of Social Research: fieldwork, regulation and publication*, Nueva York, Springer Verlag, 1982.
- Wax, R., *Doing Fieldwork: Warnings and Advice*, Chicago, University of Chicago Press, 1971.
- Weaver, A. y P. A. Atkinson, *Microcomputing and Qualitative Data Analysis*, Aldershot, Avebury, 1994.
- Webb, E. J. y J. R. Salancik, «The interview or the only wheel in town», *Journalism Monographs*, 2 de noviembre de 1966, págs. 1-49.
- Webb, S. y B. Webb, *Methods of Social Study*, Londres, Longmans Green, 1932.
- Werthman, C., «Delinquents in schools: a test for the legitimacy of authority», *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 8, nº 1, págs. 39-60.
- West, W. G., «Access to adolescent deviants and deviance», en Saffir y otros (comps.), 1980.
- Whitehead, T. L., «Breakdown, resolution, and coherence: the fieldwork experiences of a big, brown, pretty-talking man in a West Indian community», en Whitehead y Conaway (comps.), 1986.
- Whitehead, T. L. y M. E. Conaway (comps.), *Self, Sex and Gender in Cross-Cultural Fieldwork*, Urbana, Ill., University of Illinois Press, 1986.
- Whitten, N., «Network analysis and processes of adaptation among Ecuadorian and Nova Scotian negroes», en M. Freilich (comp.), 1970a.

- Whyte, W. F., «Interviewing for organizational research», *Human Organization*, nº 12, 1953, págs. 15-22.
- , *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum*, 3ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- Wieder, D., *Language and Social Reality: The Case of Telling the Convict Code*, La Haya, Mouton, 1974a.
- , «Telling the code», en R. Turner (comp.), *Ethnomethodology*, Harmondsworth, Penguin, 1974b.
- Willer, D., *Scientific Sociology*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1967.
- Williams, R., «Symbolic interactionism: fusion of theory and research», en D. C. Thorns (comp.), *New Directions in Sociology*, Londres, David & Charles, 1976.
- Willis, P., *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*, Farnborough, Saxon House, 1977 (trad. cast.: *Aprendiendo a trabajar*, Tres Cantos, Akal, 1988).
- , «Cultural production is different from cultural reproduction is different from social reproduction is different from reproduction», *Interchange*, vol. 12, nº 2-3, 1981, págs. 48-67.
- Willmott, P., «A view from an independent research institute», en M. Cross (comp.), *Social Research and Public Policy: Three Perspectives*, Londres, Social Research Association, 1980.
- Wilson, T. P., «Normative and interpretive paradigms in sociology», en J. D. Douglas (comp.), *Understanding Everyday Life*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1971.
- Wintrob, R. M., «An inward focus: a consideration of psychological stress in fieldwork», en F. Henry y S. Saberwal (comps.), *Stress and Response in Fieldwork*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1969.
- Wolcott, H. F., *Writing Up Qualitative Research*, Newbury Park, Calif., Sage, 1990.
- Wolf, D., «High risk methodology: reflections on leaving an outlaw society», en Shaffir y Stebbins (comps.), 1991.
- Wolf, M., *A Thrice Told Tale: Feminism, Postmodernism and Ethnographic Responsibility*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1992.
- Wolff, K. H., «Surrender and community study of Loma», en Vidich y otros (comps.), 1964.
- Woods, P., *The Divided School*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979.
- , «Understanding through talk», en C. Adelman (comp.), *Uttering, Muttering: Collecting, Using and Reporting Talk for Social and Educational Research*, Londres, Grant McIntyre, 1981.
- , «Ethnography and theory construction in educational research» (1985), en Burgess (comp.), 1985c.
- , «Ethnography at the crossroads: a reply to Hammersley», *British Educational Research Journal*, vol. 13, nº 3, 1987, págs. 297-307.
- Wright, M., «Coming to terms with death: patient care in a hospice for the terminally ill» (1981), en Atkinson y Heath (comps.), 1991.
- Young, M., *An Inside Job: Policing and Police Culture in Britain*, Oxford, Clarendon Press, 1991.

- Young, M. F. D. (comp.), *Knowledge and Control: New Directions in the Sociology of Education*, Londres, Collier-Macmillan, 1971.
- Zelditch, M., «Some methodological problems of field studies», *American Journal of Sociology*, n° 67, 1962, págs. 566-576.
- Zerubavel, E., *Patterns of Time in Hospital Life*, Chicago, University of Chicago Press, 1979.
- Zimmerman, D. H., «Record-keeping and the intake process in a public welfare agency», en S. Wheeler (comp.), *On Record: Files and Dossiers in American Life*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1969.
- Zimmerman, D. H. y D. L. Wieder, «The diary: diary-interview method», *Urban Life*, vol. 5, n° 4, 1977, págs. 479-498.
- Znaniecki, F., *The Method of Sociology*, Nueva York, Farrar & Rinehart, 1934.
- Zorbaugh, H., *The Gold Coast and the Slum*, Chicago, University of Chicago Press, 1929.

ÍNDICE ANALÍTICO

- Abandonar el campo, 138-140
- Acceso a la información, 71-96
 - entrada al campo, 72-80
 - investigación encubierta, 84-90, 284-285, 295, 298
 - porteros, 50-51, 80-84, 295
 - relaciones que facilitan/dificultan, 91-96, 150-151
- Acción de investigación, 58, 285
- Almacenaje de datos, 210-221
- Análisis, 47-48, 180-181, 223-257
 - conceptos e indicadores, 236-245
 - conclusión, 257
 - desarrollar tipologías, 233-236
 - generar conceptos, 227-233
 - índice analítico, 213
 - notas analíticas, 208-210
 - teorías y método comparativo, 252-255
 - tipos de teorías, 255-257
 - validación de las respuestas, 246-249
 - y ordenadores, 211-221
- Análisis comparativo, 180-181, 252-255
- Análisis sustantivo, 47-48
- Apariencia personal, 100-109
- Archivar datos. *Véase* Datos, registro y organización
- Archivo de observación de masas, 181
- Asistencia Computerizada para el Análisis Cualitativo de Datos (CAQDAS), 214-215
 - *Etnograph*, 216, 217, 218, 219
 - *FYI3000Plus*, 218
 - *Golden Retriever*, 218
 - *IZE*, 218
 - *KWALITAN*, 218-219
 - *NUDIST*, 219
 - *Qualpro*, 216
 - *Text Analysis Package*, 216
 - *Textbase Alpha*, 216
- Audiencias, estilos y géneros, 178, 181-183, 240, 278-281
- Audio, registros de, 204-206
- Autoapertura, 108
- Autoridad, escritura y, 273-275
- Brujería, magia y oráculos entre los Azande* (Evans-Pritchard), 300-301
- Características personales del investigador, 109-116
- Centrar la atención de manera progresiva, 224-225
- «Choque cultural», extrañamiento y, 118-120
- Clasificación física de datos e información, 213-214
- Codificar los datos. *Véase* Datos, registro y organización
- Conceptos e indicadores, 236-245
 - contexto social, 239-243
 - generar conceptos, 227-233
 - personal, 245-246
 - tiempo, 243-245
- Consentimiento informado, 284-287, 297
- Consulta de información, 210-221
- Contexto, 184-192
 - «contextos de conciencia», 234-236
 - documentos en el, 184-192
 - muestreo, 67-69
 - social, 239-243
- Contexto social, 239-243
- «Convertirse en nativo», 128-130
- Cuidado de la presencia, 100-109
- Datos, registro y organización, 193-222
 - almacenaje y consulta, 210-222, 230-231
 - conclusión, 221-222
 - documentos, 207-208
 - notas analíticas, memorias, diarios, 208-210
 - notas de campo, 193-204
 - registros permanentes, 204-207
- Deconstrucción, 27-28
- Desarrollar tipologías, 233-236
- Diarios, trabajo de campo, 208-210

- Diarios, utilización de, 182-183
- Dimensiones temporales. Véase Temporalidad
- Diseño de la investigación, 39-69
 - desarrollo de los problemas de investigación, 45-52
 - muestras dentro del caso, 61-69
 - problemas preliminares, 40-45, 178
 - seleccionar lugares/casos, 52-69
- Disonancia cognitiva, 41
- Documentos, 175-184
 - en el contexto, 184-192
 - notas analíticas, memorias, diarios, 208, 210
 - «síndrome de desadaptación», 131-132
 - tipos de fuentes documentales, 177-192
 - y recoger/organizar datos, 208
- Documentos oficiales, 185-189
- Edad, del investigador, 114-116
- Educación. Véanse Estudios sobre escuelas; Profesores; Universidades
- Entrevistas, 148-150
 - como observación participante, 156-168
 - hacer preguntas, 168-178
- Escritura etnográfica, 177-180, 259-581
 - audiencias, estilos y géneros, 178, 181-184, 240, 278-281
 - disciplinas de lectura y escritura, 259-265
 - escritura y autoridad, 273-274
 - escritura y responsabilidad, 275-278
 - etnografía y retórica, 230, 265-273
- Escuela de Chicago, 23, 175, 176, 264-265
- Estadísticas oficiales, 186-188
- Estilos y géneros, 278-281
- Estructura de las revoluciones científicas, *La* (Khun), 26
- Estudio de la Kingshurst School, 44
- Estudio sobre la Iglesia de la cienciaología, 304-305
- Estudios de evaluación, 58
- Estudios sobre cuestiones médicas, 63-65, 168, 185-186
 - cirujanos, 77-78, 185-186
 - drogadicción, 112, 196-197, 304
 - estudiantes de enfermería, 190-191, 195-196
 - hematólogos, 198
 - mortalidad en los hospitales, 59
- Estudios sobre escuelas, 44, 53, 59-60, 83-84, 151, 189-190, 248-249, 302
 - actos desviados, 48-49
 - escuelas secundarias, 149, 163-164
 - escuelas privadas, 289-290
 - escuelas progresistas, 113
 - escuelas protestantes, 113
 - guarderías, 115-116
 - informes escolares, 188-190
 - investigando audiencias múltiples, 102-103
 - niños de clase trabajadora, 237-238
 - niños emocionalmente perturbados, 71-72
 - notas de campo, 199-200
 - registros médicos, 191
 - transición al trabajo, 51
- Estudios sobre homosexuales, 54, 112, 118, 195
- Ética, 29-30, 283-307
 - adoptar un punto de vista, 299-305
 - conclusión, 305-307
 - consecuencias para futuras investigaciones, 295-296
 - consentimiento informado, 284-287
 - diferentes perspectivas, 296-299
 - explotación, 294-295, 304-305
 - investigación encubierta, 84-90, 284-285, 295, 298
 - los asuntos, 284-296
 - perjuicio, 288-293, 297, 303-304
 - privacidad, 287-288, 297
- «Etnociencia», 229
- Etnografía:
 - acceso, 71-96
 - análisis, 233-257
 - definición, 15-37
 - — conclusión, 36-37
 - — críticas antirrealistas/políticas, 24-30
 - — positivismo *versus* naturalismo, 17-24
 - — reflexividad, 30-36
 - diseño de la investigación, 39-69
 - documentos, 175-192
 - escritura, 259-281
 - ética, 283-307
 - registro y organización de la información, 193-222
 - relaciones de campo, 97-140
 - relatos nativos, 141-173
- Etnografías posmodernas, 274

- Etnograph (software)*, 216, 217, 218, 219
 Explotación, 294-295, 304-305
- Feminismo, 29-30, 273-274, 293
 Fotografía, 206-207
 Fuentes documentales, 177-184
FY13000Plus (software), 218
- Géneros de escritura, 177-178, 181-183, 278-281
 Gente:
 — conceptos e indicadores, 245-246
 — muestreo y, 66-67
Gold Coast and the Slum, The, 176
Golden Retriever (software), 218
Guide (software para hipertextos), 220-221
- Hacer preguntas, 168-172
 Hipermedia, 207, 219-220
 — *Guide*, 220-221
 — *Hypersoft*, 220
- Indexación, 208, 210-221, 231
 Indicadores y conceptos, 236-251
 — contexto social, 239-243
 — personal, 245-246
 — tiempo, 243-245
 Interacción simbólica, 21
Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales (Goffman), 262, 263
 Investigación encubierta, 84-90, 284-285, 295, 298
 Ironía, uso de la, 270-271
IZE (software), 218
- KWALITAN (software)*, 218-219
- Lectura, disciplina de la, 228, 259-265
 Lugares/casos, selección, 52-61, 295-296
- Marginalidad, 127-130
 Memorias, 208-210
 Memorias personales, 177-180
 Metáfora, uso de la, 265-268
 Metodologistas del conflicto, 298
 Metonimia, uso de la, 268-269
 Muestreo, 58-59, 61-69
 — contexto, 67-69
 — gente, 66-67
 — tiempo, 62-65
 Muestreo de casos, 17, 61-69
 — contexto, 67-69
 — gente, 66-67
 — seleccionar, 52-61
 — tiempo, 62-65
 Mujeres, 30, 42-43, 67, 109, 116, 118-119, 274
 — estudios de, 294
 — — cáncer de mama, 50, 294
 — — madres pathan, 126
 — — trabajadoras en fábricas, 291
 — investigadoras, 44-45, 110-113
 — — seguridad, 135-136
 Multimedia interactivos, 207
- Naturalismo, 17-30
 — críticas antirrealistas/políticas, 24-30
 — — cuestionamiento del realismo, 25-28
 — — política de la etnografía, 29-30
 — versus positivismo, 17-24
 No solicitados/solicitados, relatos, 143-150
 Notas de campo, 193-204
 — diarios, 208-210
 — lista de control, 202-203
NUDIST (software), 219
- Observación participante, 125-126, 156-168
 Ordenadores, y gestión de datos, 211-221
 — Asistencia Computerizada para el Análisis Cualitativo de Datos (CAQ-DAS), 214-215
 — *Etnograph (software)*, 216-, 217, 219
- Parcialidad, 146, 183
 — el sentido de la audiencia del autor, 178
 — muestreo, 60
 — y relación social, 128
 Participante, observación, 15-16, 156-168, 176, 240-242
 Película etnográfica, 206-207
 Perjuicio, el asunto del, 288-293, 297, 303-304
 Perspectivas éticas, 269-299
Polish Peasant in Europe and America, The (Thomas y Znaniecki), 176
 Política y etnografía, 29-30, 283
 — críticas del naturalismo, 24-30
 — y reflexividad, 30-36
 Porteros, 50-51, 80-84, 295

- e investigación encubierta, 85-90, 295
- relaciones que favorecen/obstaculizan, 91-96, 151
- «Positivismo lógico», 17
- Positivismo *versus* naturalismo, 17-24
- Postestructuralismo, 27
- Privacidad, 287-288, 297-298
- Problemas preliminares, 18-24, 40-45, 178
- Profesores:
 - escuela progresista, 199-200
 - relaciones con el investigador, 106-108
 - relatos, 146-148
 - universidad, 133
- Qualpro* (software), 216
- Reciprocidad, 108-109
- Reflexividad, 30-37, 246, 259-260, 306
 - y audiencias, 278-281
 - y carácter político de la investigación, 34-36
 - y realismo, 32-34
- Registros permanentes, 204-207
- Relaciones de campo, 97-140
 - abandonar el campo, 138-140
 - administración de la marginalidad, 127-130
 - características personales del investigador, 109-116
 - conclusión, 140
 - el cuidado de la presencia, 100-109
 - respuestas iniciales, 97-100
 - roles en el campo, 117-127
 - tensiones en, 130-138
- Relaciones facilitadoras, 91-96, 150-151
- Relaciones obstructivas, 91-96, 150-151
- Relativismo ético, 297-298
- Relatos autobiográficos, 177-179
- Relatos nativos, 143-173
 - conclusión, 172-173
 - entrevistas como observación participante, 156-168
 - hacer preguntas, 168-172
 - mitos, 127-130
 - selección de informantes, 150-156
- solicitados/no solicitados, 143-150
- Relatos solicitados/no solicitados, 143-150
- Responsabilidad, escritura y, 275-278
- «Retórica contrastante», 230
- Retórica y etnografía, 265-272
- Roles de campo, 117-127
 - «incompetente aceptable», 121-126
 - participación total, 121
- Saints, Scholars and Schizophrenics* (Scheper-Hughes), 288
- Selección de informantes, 150-156
- Sinécdoque, uso de la, 268, 271-272
- Slim's Table* (Duneier), 271-272
- Software etnográfico, 211-221
- Street Corner Society* (Whyte), 281
- Subcultura de los motoristas, 75-76, 89, 101
- Taumaturgia, 267
- Temporalidad, 63, 179
 - conceptos e indicadores, 243-245
 - importancia, 62-65
- Tensiones del trabajo de campo, 130-138
- Teoría, 252-257
 - «enraizada», 261
 - tipos de, 255-257
 - y método comparativo, 252-255
- Teoría de la nivelación, 48-49
- «Teoría enraizada», 261
- Text Analysis Package* (software), 216
- Textbase Alpha* (software), 216
- Topoi*, uso de los, 272
- Tradición hermenéutica, 27
- Triangulación, 249-251
- Unadjusted Girl, The* (Thomas), 176
- Universidades, 39, 90, 98-99, 120-121, 133, 247
- Validación de respuestas, 246-251
 - triangulación, 249-252
- Verstehen*, 22
- Vídeo, registros, 206-207
- Vocabularios locales, 200-201